

Una Navidad de sangre y deseo

NAVIDAD UNIDA POR SANGRE

LYDIA HALL

UNA NAVIDAD DE SANGRE Y DESEO

LYDIA HALL

Copyright © 2025 de Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña.

Maquetado con Vellum

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Prólogo
2. Serena
3. Dante
4. Serena
5. Serena
6. Serena
7. Dante
8. Serena
9. Serena
10. Serena
11. Dante
12. Serena
13. Dante
14. Serena
15. Serena
16. Dante
17. Dante
18. Serena
19. Dante
20. Serena
21. Serena
22. Dante
23. Serena
24. Serena
25. Dante
26. Serena
27. Epílogo

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Estaba destinada a vivir tranquilamente.

Alimentar a desconocidos. Olvidarlo.

Criar a mi hijo bajo el aroma de los limones y las mentiras.

Pero el destino tiene un cruel sentido del humor.

Un banquete de Navidad.

Una villa ahogada en nieve y secretos.

Y **él**—

el hombre al que juré que no volvería a ver.

Dante Accardi.

El subjefe que una vez me besó entre el fuego y la harina,

que probó mi ragú como una confesión,

y convirtió mi cocina en una catedral.

Hace cinco años, huí de su mundo de sangre y juramentos.

Ahora está en el umbral de mi puerta—

más viejo, más duro, **coronado de pecado**—

y cada una de sus miradas dice que nunca me olvidó.

Dice que este no es mi sitio.

Pero sus ojos cuentan una historia diferente.

Una en la que sigo siendo su salvación.

Su pecado.

Su guerra inacabada.

La nieve cae.

Las familias se reúnen.

Y un secreto podría poner su imperio de rodillas.

Porque no solo abandoné al Don que me amaba—

le oculté un hijo.

Y esta Navidad…

viene a reclamarnos a los dos.

Nota de la autora: *Una novela romántica de mafia, oscura, sensual, de segundas oportunidades y ambientada en Navidad.*

Tirón y afloja • Diferencia de edad • Bebé secreto • Alto voltaje • Sin final abierto • Final feliz garantizado

1

PRÓLOGO

SERENA

El conductor me deja en una verja privada a las afueras de Milán, donde me han contratado por una semana como chef privada. Se supone que es sencillo. Cocinar, cobrar mi sueldo e irme a casa con un poco más de experiencia en mi currículum. La villa no es de mi incumbencia, pero, cuando el guardia me hace una seña para que pase y entro por el pasillo de servicio, ya percibo el olor a piedra pulida, a los cítricos del jardín y a una riqueza discreta. He oído susurros sobre el propietario; una propiedad de los Accardi, aunque nadie dice nunca qué Accardi. Son una poderosa dinastía criminal italiana de dinero viejo que se mueve tanto en los círculos de la élite de Milán como en las redes más oscuras que los financian. Se rumorea que este prefiere su intimidad, que sus cenas son privadas y que el personal no dura mucho si olvida la primera regla: no hacer preguntas jamás.

Llevo la maleta hasta la cocina y me detengo porque, por un segundo, se me olvida cómo moverme. Todo reluce. El fogón parece forjado para un pequeño ejército, las sartenes de cobre están lo bastante pulidas como para servir de espejos y las encimeras son losas de piedra fría lo bastante anchas como para estirar pasta para veinte personas. Hay una ventana que da a un jardín donde los

limoneros descansan en macetas de barro, y noto que la estancia espera a ver si merezco su tiempo.

Esta es la mejor cocina que he tocado en mi vida.

Una mujer con un portapapeles aparece, comprueba mi nombre en su lista y me explica las reglas. Ni fotos, ni cotilleos, ni deambular por ahí. El desayuno del personal es a las ocho, la cena del propietario a las nueve, y bajo ninguna circunstancia se le hace esperar.

—Yo tampoco hago esperar a los hornos —digo, y me lanza una mirada que sugiere que podría perdonarme la vida.

Desaparece y la cocina es mía. Saco mis cuchillos de su estuche y los coloco en una fila ordenada. Me lavo las manos dos veces, porque me ayuda a calmar los nervios, y abro la cámara frigorífica. El frío me da en la cara y me centra. Hay pescado envasado en hielo, hinojo con sus penachos, cajas de cítricos y una bandeja de huevos dispuestos en una pulcra pirámide. Quienquiera que haya encargado la compra sabe lo que se hace. Me lo tomo como un desafío.

Empiezo un sofrito porque le confiere estructura al día. Cebolla, apio, zanahoria, todo cortado en dados uniformes. El aceite de oliva se calienta en una olla pesada. El primer chisporroteo me saluda y respiro más tranquila. Mientras se ablanda, le hago unos cortes a la piel de una lubina y la seco con cuidado. Le echo sal con generosidad, sin miedo. Meto los tomates en el horno con ajo y unas ramitas de tomillo. Me obligo a ir lo bastante despacio como para probar cada paso, como la *nonna* siempre me obligaba a hacer, y tarareo para que no me tiemble el pulso. Una sombra se mueve en el umbral. No levanto la vista. Las cocinas te enseñan que, si es importante, esperará el momento adecuado. —¿Ha preparado usted esta salsa?

La voz es de un barítono grave, suave y pausado, sin el menor interés por impresionar a nadie, que es como sabes que

normalmente lo consigue. Me giro y veo a un hombre con un traje oscuro y el primer botón de la camisa desabrochado. Es alto y tiene esa quietud que hace que los demás llenen los silencios por él. Su pelo es oscuro, con un rastro de plata en las sienes, y su rostro está perfilado por una nariz recta y una mandíbula que parece no haber perdido una discusión en su vida. Recorre la estancia con una sola mirada y luego me observa con firme interés, como si esperara competencia y planeara molestarse si no la encuentra.

—No está terminada —digo—, pero sí.

Se acerca y se detiene junto a la isla, sin tocar nada, como si supiera que es mejor no poner las manos donde no debe. —Sabe a algo digno de ser recordado.

—Bien —digo, porque mi boca funciona incluso cuando se me acelera el pulso—. La comida olvidable me ofende.

La comisura de su boca se mueve. No es una sonrisa, pero podría serlo si le dieras un motivo. Echa un vistazo al pescado y a la harina para pasta que he preparado y luego vuelve a mirarme. —Usted es la chef.

—Chef privada, contrato temporal, una semana. —Asiento—. Serena Bellini.

Me responde con un gesto de cabeza. —Dante. —La respuesta es muy breve, quizá de forma intencionada—. A las nueve —dice—. Prefiero cenar sin conversación.

—Eso depende de si la comida habla —respondo, y deja la idea en el aire, como si fuera a retomarla más tarde.

Se va sin decir una palabra más. La puerta se cierra. La olla reclama mi atención con un suave murmullo y le doy lo que quiere. La estancia parece más cálida, pero puede que solo sea la sangre que corre bajo mi piel.

Los empleados van llegando antes de las ocho. Les doy de comer *frittata* con pimientos asados, pan grueso frotado con ajo y aceite de oliva, y un expreso que resucitaría a un santo. El jefe de servicio —Bianchi, cincuenta y tantos, la corbata demasiado apretada— acepta un plato, no dice nada y se come hasta la última miga. El lavaplatos es un tipo desgarbado con un tatuaje de una grulla de papel detrás de la oreja y una risa nerviosa. Me da las gracias dos veces. La mujer del portapapeles toma el café solo y califica la comida de «satisfactoria», lo cual es un cumplido en casas como esta.

Cuando se van, planifico. El propietario cena solo a las nueve y quiero una cena que haga que una persona se incline hacia delante sin darse cuenta. Esbozo un menú que se basa en la temporada sin resultar presuntuoso. Anchoas en cítricos con hinojo laminado. Calamares salteados rápidamente con alcaparras y limón. Pasta fresca cortada a mano y aderezada con un ragú que ha hervido a fuego tan lento que ha olvidado que alguna vez fue intenso. Lubina con naranja sanguina y aceitunas. Verduras amargas salteadas con sal. Un pequeño bizcocho de limón, porque mis manos saben hacerlo a oscuras.

Bianchi lee la lista y asiente una vez. —No le gustan las salsas con nata —dice—. Se da cuenta si el pescado está demasiado hecho.

—No tendrá que hacerlo —respondo.

—No le gusta esperar.

—A mí tampoco —digo, y lo digo en serio.

El día se asienta en el trabajo. Aso tomates hasta que la piel se ampolla y se desprende. Incorporo ralladura de limón a la harina y las yemas de huevo hasta que la masa queda lisa y elástica. La paso por la máquina y luego la dejo reposar bajo un paño de algodón, porque la impaciencia endurece la pasta. Pruebo el ragú a intervalos y ajusto la sal a medida que se intensifica el sabor. La lubina espera en una bandeja con la piel marcada y seca. Me muevo con un ritmo que es en parte ritual y en parte lista de tareas, y la cocina me

acepta porque la trato como a una compañera, no como a un escenario.

Preparo las anchoas al final, porque están mejor cuando no reposan mucho tiempo en ácido. Lamino el hinojo muy fino y lo mezclo con limón, aceite y un poco de sal; después, enfrío el plato para que el cítrico conserve su viveza. Saco el bizcocho del horno y lo pinto con un almíbar caliente de zumo de limón y azúcar. El aroma eleva las comisuras de mis labios sin mi permiso.

Se acercan las nueve. Me pongo una chaquetilla blanca sobre mi camiseta negra, me recojo el pelo de nuevo y limpio la zona de trabajo hasta la última miga. Preparo el primer plato y tomo una bocanada de aire que no es dramática, solo útil. Cuando levanto la vista, él está de nuevo en la puerta, como si nunca se hubiera marchado.

—Se adelanta usted —digo, porque es cierto.

—Llego a mi hora —responde, lo que es técnicamente verdad y no viene en absoluto al caso. Entra, más despacio esta vez, y parece menos una inspección y más una curiosidad que no quiere admitir.

—Empiezo con algo limpio —digo—. Anchoa, hinojo, limón. Hace que la boca preste atención.

—Le escucho —dice.

Le entrego el plato al camarero, lo veo alejarse y sirvo la segunda ración, porque odio enviar comida que no he probado en el mismo momento. Doy un bocado, noto el brillo del cítrico contra la sal del pescado y ajusto el aceite del siguiente en una sola cucharada. El segundo plato son calamares, sartén caliente, sin miedo, y el chisporroteo hace que el camarero dé un respingo. Los salteo con alcaparras, limón y un poco de perejil, los deslizo en el plato y compruebo la textura, porque los calamares demasiado hechos son un pecado con víctimas.

El comedor está fuera de mi vista, pero puedo interpretarlo por cómo se mueven los empleados y el tiempo que tardan los platos en volver. El primero regresa limpio. El segundo regresa limpio. Mis hombros descienden un centímetro. Salo el agua de la pasta como si fuera agua de mar y termino las cintas en un cucharón de ragú. La mantequilla es para otro día. Esta noche, el limón de la masa es suficiente.

Se acerca más, no para interferir, sino para estar cerca del lugar donde suceden las cosas. La luz se refleja en la plata de sus sienes y le da un aspecto más humano de lo que sugiere el traje.

—¿No bebe durante la cena? —pregunto, porque recuerdo la nota de Bianchi y quiero ver si es verdad.

—Bebo cuando hay un motivo —dice.

—La cena es un motivo.

—No siempre uno bueno.

—Esta noche es uno bueno —digo, y me mira como si le sorprendiera estar de acuerdo.

La pasta sale. La lubina va a la sartén con la piel hacia abajo e intenta pegarse, porque eso es lo que hacen los pescados cuando creen que pueden ganar. La dejo tranquila hasta que la piel se suelta y entonces la termino con naranja sanguina y aceitunas. La envío con confianza y una pequeña dosis de nervios, porque la confianza sin nervios es orgullo, y eso no tiene cabida en una cocina.

La ensalada sale y regresa con una marca de tenedor que sugiere que quizá debería haber preparado más. El bizcocho de limón se corta en un cuadrado perfecto y se decora con una fina rodaja de piel confitada. No me gusta el azúcar glas porque se te mete por la nariz y miente sobre si un bizcocho está jugoso.

Cuando por fin limpio la última encimera, el camarero me trae un mensaje. —El propietario desea hablar con usted.

Preferiría fregar el horno, pero esto es parte del trabajo, y estoy orgullosa de lo que he servido. Me desato el delantal, me enjuago las manos y cruzo la puerta.

El comedor es largo y silencioso, una mesa puesta para uno. Se sienta a la cabecera, sin chaqueta, con los puños arremangados una vez. Su plato está limpio, el tenedor y el cuchillo en reposo. No se levanta. No lo necesita. Me mira con un tipo de atención a la que no estoy acostumbrada, del tipo que se interesa primero por el trabajo y solo por la persona si el trabajo está a la altura.

—Ha cocinado para mí —dice—. No para la casa.

—Solo sé cocinar para personas —digo—. A las casas se les da mal dar las gracias.

La comisura de su boca se eleva. —Su pasta no es como las demás.

—Limón en la masa —respondo—. Lo despierta todo sin gritar.

—¿Y el pescado?

—Piel seca, sartén caliente, paciencia —digo—. La mayoría de los errores vienen del miedo.

—¿Comete muchos errores?

—Sí —respondo—. No los mismos.

Se recuesta en la silla y me estudia, y yo le sostengo la mirada porque no tengo nada que ocultar y necesito que lo sepa. Tras una pausa, asiente una vez, como si estuviera marcando algo en un archivo que no puedo ver.

—Mañana —dice—, a la misma hora.

—Pensaba que era una semana.

—Lo es.

—Entonces, mañana está incluido —digo, porque a veces mi boca se mueve más rápido que mi prudencia, y él parece un hombre que aprecia una respuesta que no pierde el tiempo.

—Lo está —dice, y me permito respirar.

Vuelvo a la cocina y el acero inoxidable me saluda como un amigo que de verdad ha escuchado toda mi historia. Apilo sartenes, envuelvo las sobras y pongo a reposar la masa para la mañana. El lavaplatos zumba. La casa se oscurece. Debería ir a la pequeña habitación que me han dado junto al pasillo y fingir que duermo, pero tengo las manos inquietas, así que echo harina sobre la encimera y empiezo a amasar.

Es una masa sencilla —harina, huevos, ralladura, dos gotas de aceite — y se forma bajo mis palmas con el tipo de calma que hace que la mente deje de darle vueltas a las cosas. La harina me cubre los dedos y el puente de la nariz porque me olvido y me aparto el pelo de donde no debe estar. Presiono con la palma de la mano, doblo y vuelvo a presionar. El ritmo es constante y privado. No tiene nada que demostrar.

La puerta se abre y se cierra tan suavemente que casi no me doy cuenta. No levanto la vista porque estoy en mitad de una cuenta y ya me da igual quién esté mirando. Cuando alzo la cabeza, está allí, en el otro extremo, sin moverse, como si intentara no perturbar el aire. Sus ojos bajan a mis manos y se quedan ahí, siguiendo el movimiento de presionar y doblar, la forma en que la harina se adhiere a la piel, la manera en que la masa se alisa como si siempre hubiera estado destinada a tener esa forma.

Un calor me sube por la garganta por razones que no tienen nada que ver con los hornos. No me mira como un hombre que quiere poseer algo. Me mira como un hombre que ha encontrado algo que no sabía que echaba de menos.

Se me calientan las mejillas. Me digo a mí misma que es por el calor de la cocina. Me digo que debería molestarme. Me digo todo tipo de

mentiras útiles. Lo que sé, por debajo de todo eso, es algo rápido y claro. Quiero que me mire.

2

SERENA

Una semana después, me digo a mí misma que sigo aquí porque la agenda está completa, que al administrador de la casa se le ha olvidado enviarme una hora de salida, que sería de mala educación dejar una cocina tan limpia sin un traspaso en condiciones. La verdad convive cómodamente con la mentira. Él no me ha pedido que me marche y yo no me he ofrecido a hacerlo. Los días empiezan a acumularse, ordenados y silenciosos, como los platos después de un servicio.

A estas alturas, sé dónde cae la luz sobre la mesa de preparación y qué fogón calienta más por puro instinto. Aprendo los ritmos de la casa, la forma en que el personal habla en voz baja antes de las diez, la manera en que el pasillo de fuera de la cocina se queda sin pisadas cuando él está de mal humor. Bianchi me trae facturas para que las firme y nunca se queda más de la cuenta. El lavaplatos me pregunta cómo limpiar una sartén de cobre sin rayarla y escucha como si le fuera la vida en ello. La cocina empieza a tratarme como si este fuera mi sitio.

Él no come con nadie más. Se sienta solo al extremo de una larga mesa en la que cabrían veinte personas y deja un sitio libre a su

derecha que parece una decisión deliberada. No hago preguntas. Hago mi trabajo.

La cena se convierte en un ritmo. Emplato para uno, lo mando a la sala, emplato para mí, pruebo, ajusto el plan para el siguiente plato y observo la puerta con el interés sereno de quien agradecería la aprobación, pero sobrevivirá sin ella. El camarero trae de vuelta los platos limpios, y con eso basta.

Una noche, pruebo algo que sabe a invierno y a costa. Tuesto una rebanada de pan, la froto con ajo y la cubro con anchoas e hinojo laminado aliñado con limón y aceite. El hinojo cruje bajo el cuchillo y su aroma atraviesa el aire cálido como el tintineo de una campanilla. Añado unas hebras de piel de naranja porque me apetece. El plato vuelve sin dejar lugar a dudas. Me hace sentir más alta.

Empieza a aparecer por la puerta de la cocina más a menudo. No se anuncia. Se queda de pie justo en el umbral, con las manos en los bolsillos, y me observa mientras pocho cebolla hasta dejarla transparente o remuevo la polenta como si me debiera dinero. Hace preguntas cortas que no son de cortesía. Me pregunta por qué le echo sal al agua de la pasta hasta que sabe a mar, si prefiero el azafrán de los Abruzos o el de Sicilia y cómo sé cuándo el pescado pide que le dé la vuelta. Yo respondo y dejo que mire, porque este es mi territorio y aquí puedo ser generosa.

—Limón otra vez —dice una noche, cuando toda la estancia huele a fresco.

—Funciona —digo, y rallo un poco de piel sobre la masa que reposa bajo un cuenco—. Me gusta la comida que despierta el paladar sin avasallarlo.

—No te gustan los gritos —dice, y no es realmente una pregunta.

—Me crie en una cocina pequeña con una mujer enorme —digo—. Si gritabas, te ponía a picar cebolla hasta que recordabas tus modales.

—Parece muy eficaz.

—Es una leyenda —digo, y no estoy segura de si estoy bromeando o diciendo la verdad—. Su bizcocho de limón podría provocar una guerra, y lo digo como un cumplido.

—¿Qué lo hace especial? —pregunta, inclinándose un poquitín, como un hombre cauto que se arriesga a propósito.

—La piel hervida, fina como un suspiro, y luego confitada en almíbar —respondo—. Se deshace en la miga. Ni un gramo de más de dulce.

Baja la mirada a mis manos y luego al cuenco, y su boca da forma a un pensamiento que no dice. —Deberías hacerlo —dice.

—Lo haré. —Levanto el cuenco y hundo los dedos en la masa. Vuelve a subir a mi encuentro—. Pero no esta noche.

—No —dice, y lo siento alejarse incluso antes de que retroceda. Se va con la misma levedad con la que llega. La puerta se cierra con un susurro. La masa recuerda mis manos, y eso es suficiente para mantenerme firme.

Cocino porque cocinar me da un lugar donde aferrarme cuando el resto del mundo se mueve. Él se sienta en su silencioso comedor y come como un hombre que quiere creer que la comida puede arreglar cosas que no están rotas por el hambre. No hablamos de lo que hay entre nosotros porque todavía no hay nada entre nosotros. Solo hay calor, trabajo y un tipo de atención que hace que se me caliente la nuca.

Otra noche, justo antes de las nueve, pongo un poco de ragú en un plato pequeño y dejo que se temple hasta una temperatura segura. Lleva casi todo el día a fuego lento, apenas moviéndose, profundizando su sabor a su propio ritmo. Tomates cocinados con sofrito, un toque de leche para redondearlo, laurel, un trozo de corteza del parmesano que en una casa menor se habría desperdiciado. Cojo una cuchara de madera, me giro y lo encuentro de nuevo en el umbral, lo bastante cerca como para percibir el aroma.

—Prueba —digo, y le tiendo la cuchara antes de poder arrepentirme.

Entra y la coge sin dudar. Cierra la boca alrededor de la cuchara, lo saborea y luego cierra los ojos como si alguien hubiera bajado el volumen del resto de la casa. No es una actuación. No es un actor. Es un hombre que se rinde a un buen bocado con la misma seriedad que le dedica a todo lo demás. —No cambies nada —dice, y su voz es cálida de una manera que todavía no le había oído.

—Entendido —digo y aparto el platito para mí. Lo pruebo un segundo después y siento el extraño impulso de sonreírle a una olla de salsa. Sabe a algo que ha aprendido a tener paciencia y está siendo recompensado por ello.

La línea entre lo personal y lo profesional se desplaza el ancho de un dedo con esa cuchara. Nada evidente cambia, pero ahora, cuando me muevo por la cocina, siento que compartimos el mismo aire, no como extraños, sino como personas que han hecho algo pequeño y amable el uno por el otro. Emplato para él con una atención más aguda de lo necesario. Él come concentrado, y yo observo el umbral y pienso en la forma en que sus ojos se cerraron mientras probaba la salsa.

La noche siguiente, saco un platito con una hebra de piel de naranja como una broma para mí misma. Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta.

—Limones y naranjas —dice—. ¿Costumbre o seña de identidad?

—Ninguna de las dos —contesto—. Son mi estado de ánimo.

—¿Y de qué humor estás esta noche?

—De parecer competente —digo, y él suelta una carcajada, grave, como si se hubiera olvidado de que sabía cómo hacerlo.

Se queda en la cocina más tiempo cuando tarareo. No es algo que me propusiera comprobar, pero al final de la semana, tengo datos y los datos son claros. Si me olvido y canto entre dientes, él

encontrará una razón para preguntar por la sal o la temperatura del horno, y se quedará lo bastante cerca como para ver la textura de la masa de la pasta. El tarareo no es un truco. Es la vieja costumbre de una chica que aprendió a seguir el ritmo con las manos. Aun así, me sorprendo haciéndolo más a menudo de lo necesario y finjo no saber por qué.

Empezamos a hablar a trocitos. Me pregunta por la cicatriz de mi antebrazo y le cuento que una sartén decidió volar por su cuenta en un restaurante donde el chef creía que la gravedad era opcional. Me pregunta quién me enseñó a hacer el ragú así, y le hablo del secreto de la leche de mi nonna y de cómo me hizo jurar silencio, así que, técnicamente, ya he traicionado a la familia. Me pregunta si alguna vez he trabajado en una cocina de tres estrellas y le digo que no, porque me gusta dormir y prefiero a los cocineros antes que a los dioses.

Le hago preguntas que no entrañan peligro. Le pregunto qué vino bebería si no tuviera que impresionar a nadie, y dice que un simple barbera que le recuerda a cenas que no duraban tres horas. Le pregunto cuál es su comida favorita cuando nadie mira, y dice que pan recién hecho con aceite y una rodaja de tomate que sepa a sol. No le pregunto de qué es la cicatriz que tiene en el dorso de la mano y él no me lo cuenta, así que, en vez de eso, trazo un dedo cerca de ella mientras corto fruta y no digo nada. No aparta la mano.

Con el tiempo, empiezo a dejar la puerta de la cocina abierta por la noche. Es una decisión práctica, porque la estancia respira mejor y los olores a limón y a caldo no se estancan en los rincones. También es una invitación, y lo sé. El personal pasa, cuidadoso y rápido, como si supiera que el umbral es una línea y que esa línea no debe cruzarse sin un propósito. La casa se vuelve más silenciosa después de las diez. Mis manos se mantienen ocupadas porque es lo que saben hacer.

Por mi parte, se convierte en una costumbre preparar un platito para que lo pruebe en la cocina antes de servir el plato. Es una

costumbre egoísta. Quiero ver su cara cuando decide que algo está bien. Una noche, frío unos pequeños discos de polenta hasta que los bordes se vuelven crujientes y el centro permanece tierno, y luego echo por encima un ragú de champiñones con una pizca de perejil. Da un bocado de pie junto a la encimera y dice: —Esto sabe a un lugar al que me gustaría volver —lo cual no es lenguaje culinario, pero entiendo lo que quiere decir.

—Bien —digo y le paso un segundo trozo porque parece que le vendrá bien.

—¿Comes conmigo? —pregunta, y no me está pidiendo que me siente a la larga mesa.

—Aquí dentro —respondo—. No como bien cuando la gente mira.

—No están mirando —dice, y sé que se refiere a la casa, al personal, a lo que sea que él crea que el mundo está haciendo.

—Yo sí —replico, y con eso se acaba el tema.

A veces, se queda de pie junto al fregadero con las mangas remangadas hasta los antebrazos mientras termino una salsa, y la imagen es absurda porque parece un hombre al que nunca le han pedido que lave algo que no haya roto a propósito, pero hace que la habitación parezca menos un escenario. Se sube los puños con una sola vuelta, pulcra y exacta, y entiendo que es una persona que no puede dejar una línea torcida. Archivo esto y no decido si es bueno o malo.

Unos diez días después de mi llegada, vuelve sin la chaqueta y algo en mí se desata. Apoya las manos en el borde de la encimera mientras yo rallo naranjas para un adobo, y la luz resalta las tenues marcas de sus nudillos como fantasmas de decisiones pasadas. Quiero preguntar la historia y a la vez no quiero saberla. En lugar de eso, le sujeto la muñeca sin pensar, dándole la vuelta a la mano para que la cicatriz del dorso capte la luz. Recorre el hueso como un río estrecho.

—¿Cómo? —pregunto, manteniendo la voz neutra.

—Un cristal —responde, y su respuesta es magnánima, como si entendiera la curiosidad y no le importara satisfacerla.

—¿A propósito?

Me mira, luego mira el cuchillo en mi mano, y de nuevo a mí. —No por mi parte.

—Deberías decirle a la gente que te peleas con cristales y ganas —digo, y le bajo la mano con suavidad.

—Deberías decirle a la gente que sostienes los cuchillos como si fueran instrumentos —dice, y eso es un cumplido que siento en las costillas.

Esa noche le preparo un plato sencillo porque la estancia lo necesita. Tomates calientes deshechos en aceite con ajo y albahaca, mezclados con espaguetis gruesos, rematado con un poco de pimienta molida y un puñado de queso rallado. Come despacio, y yo observo el segundero del reloj de la cocina fingiendo que no estoy contando.

Cuando el plato vuelve vacío, siento una pizca de satisfacción que me guardo en el bolsillo. Lo apilo con los demás para fregar y raspo lo último del tomate en un cuenco pequeño para mí. Como de pie con la cuchara que sabe a madera y a sal y a un poco de mantequilla que de alguna manera se ha colado cuando no miraba. Pienso en la forma en que su boca se mueve cuando habla y me pregunto qué me pasa, y luego decido que tengo diecinueve años y no soy una monja.

La cocina tiene una pequeña sala de estar al otro lado de un corto pasillo, amueblada por alguien que piensa que el personal necesita un sofá tanto como una escoba. Es mejor de lo que debería. Después del servicio, voy allí para estirar la espalda y dar un respiro a mis manos. Él no ha estado en esta habitación. Parece un terreno neutral.

No planeo quedarme dormida. Me siento con los pies debajo de mí y una toalla doblada bajo el cuello, y el sonido del lavavajillas en la habitación de al lado se convierte en un suave tamborileo. Pienso en qué preparar para mañana y si puedo salirme con la mía con una pequeña tarta de cítricos sin que parezca que me repito, y en algún momento los pensamientos se aflojan, y entonces el sofá me atrapa.

Me despierto en ese tipo de silencio que significa que la casa ha cerrado los ojos. Por un momento, no sé dónde estoy. El aire huele a piedra limpia y a piel de limón y a algo cálido que no es mío. Mi hombro pesa. Miro hacia abajo y veo una manta cubriéndome desde la clavícula hasta la espinilla, remetida con un cuidado que no es el estilo del lavaplatos. Es suave y más pesada que las toallas de la cocina. Deslizo los dedos hasta el borde y encuentro un ribete de seda.

En la silla baja junto al sofá, alguien ha dejado un abrigo. Es negro y de sastre y conserva el aroma limpio que he empezado a asociar con el hombre que se para en los umbrales y hace preguntas precisas. El abrigo mantiene su propia forma, como si estuviera acostumbrado a ser llevado por un cuerpo que no se dobla fácilmente. Hay un solo guante de cuero en el brazo de la silla, como si alguien hubiera sido interrumpido a mitad de un pensamiento.

Me incorporo lentamente, la manta deslizándose sobre mi regazo. El corazón me sube a la garganta y se instala allí, latiendo una, dos veces, para asegurarse de que estoy prestando atención. La puerta del pasillo está entreabierta. Más allá, la cocina descansa bajo el suave resplandor de una luz de noche, cada superficie en orden, esperando la mañana.

Aguzo el oído en busca de pasos. No oigo ninguno. Toco el borde de la manta como si pudiera revelar un secreto si soy lo suficientemente educada. Miro el abrigo y pienso en lo rápido que puede cambiar una habitación, en cómo una simple prenda de vestir puede llevar la forma de una persona a un espacio sin que esta tenga que estar allí.

Me quedo muy quieta y dejo que el hecho se asiente.

Me ha tapado. Ha dejado su abrigo.

3

DANTE

No creo en la indulgencia. Creo en el control, en las líneas definidas y las órdenes claras, en los cuchillos que van adonde se les ordena. El mundo funciona mejor cuando dejo una habitación sin aire y obligo a todo el mundo a respirar a mi ritmo.

Y entonces Serena entra en mi cocina y se niega a seguir el compás.

Se mueve como si el mismísimo concepto del fuego le perteneciera. Prepara su puesto de trabajo siempre de la misma manera —tabla, paño, cuchillo, sal al alcance de la mano— y todo lo que viene después es improvisación. Me digo a mí mismo que es una chica que cocina en una estancia que he pagado yo, una solución temporal a un problema de personal. Entonces, tararea entre dientes y retira una sartén justo antes de que se queme, y algo se me afloja en el pecho sin permiso.

Intento permanecer en las partes de la casa donde las decisiones tienen peso. Los tratos se cierran en los despachos, no en las cocinas. Pero después de la tercera cena —anchoas, hinojo, limón, pasta cortada a mano, pescado cocinado con la paciencia que ojalá tuvieran más hombres—, empiezo a buscar excusas para plantarme en el umbral de su puerta. Pregunto por la sal como si me importara

la sal. Observo cómo comprueba una salsa con el dorso de una cuchara, cómo prueba y rectifica sin que parezca que nada la altera. Lleva el pelo recogido, pero algunos rizos se escapan de la pinza y acaban espolvoreados de harina. Se los aparta con el dorso de la muñeca. Finjo que no quiero colocárselos detrás de la oreja.

Un martes por la noche prepara un glaseado de granada que deja la estancia en silencio. Las semillas estallan en la sartén, el azúcar se derrite y el aire se vuelve agridulce, como los mercados cercanos a Palermo en diciembre. No soy un hombre que deje que los recuerdos se interpongan en el trabajo, pero ese olor atraviesa de lleno mis costumbres. Es la Navidad en una casa que no celebra nada a menos que yo lo ordene.

—¿Qué es eso? —pregunto, y oigo el deseo en mi voz.

—Granada —dice sin volverse—. Melaza y zumo. Un poco de naranja. Será para las codornices.

Me acerco más de lo que debería. El vapor se eleva de la sartén y empaña el filo de su cuchillo. El glaseado cae de su cuchara, espeso y brillante. Mi madre solía pintar el cordero con algo parecido cuando aún vivíamos en un lugar donde el horno era lo más cálido que poseíamos.

—¿Demasiado dulce para ti? —pregunta ella.

—No suelo tomar dulce.

—A ti no te gustan la mayoría de las cosas —dice, y hay una sonrisa en sus palabras.

—Me gusta la competencia —replico.

—Me he dado cuenta —dice, y pasa un dedo por la cuchara de madera para comprobar el espesor. La veo lamerse la yema del dedo. Necesito salir de la habitación. No lo hago.

Bianchi me encuentra en la puerta y carraspea, la señal de que hay que firmar algo. Firmo sin leer. Se va con los papeles y una mirada

sobre la que no voy a preguntar. Luca pasa un momento después, inspecciona el pasillo, le dedica a Serena un único asentimiento, como si fuera un mueble que merece la pena proteger, y luego desaparece en las partes de la casa que no tienen ventanas.

No como al mediodía. No me entretengo con el café. No me acerco a un calor que no controlo. Y, sin embargo, cada noche estoy en este umbral, y cuando ella tararea, me quedo.

La quemadura ocurre una noche en que el ambiente en la casa está cargado. Las llamadas se acumulan. Un proveedor tiene un problema, llega un mensaje de un hombre al que le gusta el sonido de sus propias amenazas y la puerta principal registra un coche de más. Estoy al teléfono, en voz baja, con una mano apoyada en el borde de la encimera, cuando Serena echa un puñado de calamares en una sartén que está un segundo más caliente de la cuenta. El aceite salta, sisea, chasquea. Debería haberse apartado. No lo hace. Su muñeca recibe un beso limpio del calor.

No maldice. Se estremece una vez, se muerde el labio y va a coger la sal como si no hubiera pasado nada.

—Dame la mano —digo, ya en movimiento.

—No es nada —dice, lo cual es una mentira del color de la piel enrojecida.

—Serena.

Me mira una vez, deprisa. Le cojo la muñeca como cojo un cuchillo: con seguridad y sin temblar. La quemadura es pequeña, pero intensa. La llevo al fregadero de preparación, abro el grifo y dejo correr agua fría sobre la piel. Se queda quieta, con los hombros tensos, conteniendo la respiración. Puedo sentir el pulso en la base de su palma, un latido rápido que se sincroniza con el mío y hace que todo suene más alto.

—No sabía que supieras ser delicado —dice, en voz tan baja que podría habérmelo perdido si no estuviera más cerca de lo que

debería.

—Yo tampoco —respondo, porque sale de mi boca antes de que pueda evitarlo.

—Eso no es verdad —dice ella, con los ojos fijos en el agua—. Simplemente no tienes ocasión de practicar.

—Puede ser.

Levanta la vista. Sus pestañas están húmedas en las puntas por el vapor, no por el dolor. Me estudia la cara del mismo modo que estudia una salsa que está casi en su punto. Levanta la mano libre. Apoya los dedos en mi pecho, justo donde iría un chaleco si llevara uno en mi propia casa. Los mantiene ahí un instante, como si estuviera comprobando la temperatura.

—Sigue ahí —dice.

—¿El qué?

—Tu corazón.

—A la gente le gusta discutirlo.

—Están buscando en el lugar equivocado —dice, y solo cuando me ve respirar aparta la mano con suavidad.

Cierro el grifo, le seco la muñeca con un paño limpio y examino la piel. Ya se está calmando. Quiere apartarse. No la dejo hasta que veo que el color remite. La suelto, doy un paso atrás y la estancia vuelve a la normalidad. Echa la siguiente tanda de calamares calculando mejor el tiempo. Retrocedo tres pasos como si nada, y el teléfono que había abandonado empieza a sonar de nuevo, como si el lapso de tiempo entre timbrazos nunca hubiera existido.

Emplata el plato, lo manda servir y luego me mira sin moverse. Sirvo agua y le pongo el vaso cerca del codo. Bebe. Seguimos adelante.

Me digo a mí mismo que me iré después de la cena. No lo hago. Prepara pasta y observo cómo trabaja la masa con la base de la

mano. Corta cintas uniformes y las extiende como si las respetara. Reconozco esa costumbre. Es como yo coloco las armas de nuevo en sus cajones. Respeta la herramienta o te dejará marca.

Cuando me trae a probar el ragú en una cuchara de madera, no planeo cerrar los ojos. Ocurre de todos modos. La salsa entra suave y luego se vuelve profunda. Sabe como si alguien hubiera cogido un día duro y lo hubiera hecho portador de algo mejor.

—No cambies nada —digo, y mi voz me delata.

Ella asiente y vuelve a sumergirse en su trabajo. Me quedo donde estoy y siento el calor de los fogones a través de la isla, como una mano entre mis omóplatos.

Al final de la semana, conozco sus tics. Tararea cuando está tranquila. Se muerde el interior de la mejilla cuando está repasando un paso. Limpia la esquina de un plato con el pulgar cuando cree que nadie la mira. Y cuando la puerta de la cocina está abierta después del servicio, es que no está lista para desconectar del día.

p class="subsq">No se me da bien el después. Estoy hecho para el antes y el durante. El después es para hombres que duermen sin una luz encendida. Aun así, vuelvo a la cocina justo antes de medianoche y la encuentro en el pequeño sofá de la sala del personal, acurrucada bajo una fina manta que pertenece a la casa, con los ojos cerrados, la boca relajada, los dedos todavía manchados de limón. Llego solo hasta la puerta. Respira lentamente. Me quito el abrigo sin pensar y lo dejo en la silla a su alcance. La manta parece que no va a abrigar mucho. La cambio por una doblada en el armario de la ropa de casa y se la pongo por encima, con cuidado de no despertarla. Emite un pequeño sonido, algo entre satisfecho y cansado, y vuelve la cara hacia la almohada. Dejo la puerta entreabierta y salgo antes de decidir quedarme.

La noche siguiente, está más arisca. No pregunta por la manta ni por el abrigo. Se prepara como siempre, cocina como siempre, pero

hay un nuevo rictus en su boca cuando prueba la salsa. Sabe que estuve allí. No sabe por qué. Yo tampoco.

Intento convencerme de que este es un acuerdo que terminará cuando mi agenda lo diga. La casa dice lo contrario. El personal baja la voz cuando ella está cerca. Luca añade su nombre a una lista de personas a las que se deja pasar por la puerta trasera sin llamar. Bianchi le pregunta si necesita una nueva piedra de afilar. Son pequeños cambios, pero he construido una vida a base de pequeños cambios que se convierten en resultados. Debería despedirla. Debería decirle que el contrato termina el viernes y que el coche estará listo a mediodía.

No lo hago.

Prepara el bizcocho de limón una noche en que estoy tan tenso que podría romperme. El aroma llega pronto, incluso antes de poner el almíbar. Saca el bizcocho del molde, lo baña con el sirope de limón y siento cómo se me destensa la mandíbula por primera vez desde la mañana. Corta un trozo del extremo, el que le pertenece al cocinero, y se lo cojo antes de que pueda comérselo de pie.

—Ese es tuyo —dice.

—Lo sé —digo, y se lo devuelvo a la mano. Cojo el segundo trozo. La miga es fina, la ralladura de piel, delgada y tan suave que se deshace en la lengua. Termino el trozo sin hacer pausa. Ella me mira la boca. Yo la observo mirarme y no finjo que no me gusta.

—¿Qué quieres ahora? —pregunta, con voz ligera.

—Polenta —digo, sorprendiéndonos a ambos—. Con champiñones. Como la hiciste la otra noche.

Asiente y empieza a preparar la sartén. Aceite, ajo, un toque de picante. Los champiñones sudan y luego se doran. Añade sal cuando el sonido se lo indica. Vuelvo a colocarme demasiado cerca y ella me lo permite.

—¿Por qué te quedas? —pregunto, y no es lo más prudente que he dicho.

Aparta la vista de la sartén, sin ofenderse. —No me has pedido que me vaya.

—Esa no es una respuesta.

—Es la verdad. —Ladea la sartén, dejando que los champiñones cojan un poco más de color—. Estoy aprendiendo tu cocina. Es de buena educación terminar lo que se empieza.

—No me tienes miedo.

—Sí que te tengo —dice, y clava sus ojos en los míos—. Solo que no del modo que crees.

—¿Qué modo es ese?

—El modo útil —contesta—. El que me mantiene alerta.

Tengo hombres que me dicen verdades duras porque se les paga bien para hacerlo y les gusta respirar. No tengo a mucha gente que me mire a la cara y me mida sin pestañear. Emplata la polenta como si fuera la respuesta a una pregunta que no formulé bien. Le doy un bocado y comprendo que no va de farol.

Algunas noches, llevo papeleo a un rincón de la cocina y finjo que los fogones son una chimenea. Es una costumbre estúpida y no me importa. Su voz se oye baja cuando habla sola. Cuenta entre dientes. Le dice al agua de la pasta que se porte bien. Maldice una vez, en un susurro, cuando el horno se calienta demasiado. Me gusta más cuando se olvida de que estoy aquí.

Intento no parecer un hombre que espera el final del servicio. Fracaso. Cuando sale el último plato, me levanto antes de darme cuenta. Me pilla haciéndolo, y la mirada que intercambiamos tiene más significado del que debería.

—Deberías irte —dice una noche, sin brusquedad.

—¿Por qué?

—Tengo trabajo.

—Miraré.

—Ese es el problema —dice, pero sin acritud.

No me muevo. Ella niega con la cabeza, sin poder ocultar una sonrisa, y vuelve a rallar un limón como si no estuviera marcando territorio.

Una noche en que la casa está más silenciosa de lo habitual y la calle tras el muro está desierta, vuelve a sacar una sartén de calamares. El aceite está en su punto esta vez. Coloca los trozos y estos aceptan el calor sin quejarse. Me acerco a su lado porque quiero ver el momento en que les da la vuelta. No me mira. Menea la sartén, desliza una espátula por debajo y le da la vuelta a un trozo como si lo hubiera hecho mil veces.

—Ahí está —dice, como si me enseñara un truco.

—Lo veo —digo, y estoy más cerca de lo que debería.

—No le soples encima —dice, pero está sonriendo.

Nos quedamos así un instante de más. El aire entre nosotros parece un cable tensado. No tengo diecinueve años. Sé lo que es esto. Tampoco soy lo bastante precavido como para fingir que no lo quiero. —Serena —digo, y ella se queda quieta.

—¿Sí?

—Suelta la sartén.

Lo hace. Deja la espátula en el reposacucharas, se seca la mano en un paño y se vuelve hacia mí, como si esta fuera una decisión que tomó la semana pasada y que había guardado para ahora. Le cojo la mano. Sus dedos están calientes, con las yemas espolvoreadas de harina. Los levanto y le beso cada yema, despacio, saboreando la sal, el limón y algo que es simplemente ella. Emite un sonido,

pequeño pero no inseguro. Doy un paso, coloco mi boca en el hueco bajo su oreja, inspiro y le beso el cuello. Ella inclina la cabeza sin preguntar qué viene después.

Deslizo mis manos hasta sus caderas y la subo a la encimera de mármol. La cocina se ha quedado en completo silencio. Me detengo lo justo para asegurarme de que sus ojos están fijos en los míos y de que no estoy presuponiendo nada. —No te vayas —dice, apenas en un susurro.

—No pensaba hacerlo —respondo, y entonces dejo de planear nada en absoluto.

4

SERENA

Hunde la boca en mi cuello cuando susurro:

—Si sigues aspirándome así, se me va a quemar el pescado.

—El pescado puede esperar —murmura Dante, mientras sus labios rozan el punto justo bajo mi mandíbula—. Su mano se mantiene firme en mi cadera, el pulgar recorriendo la costura de mis vaqueros como si ya estuviera trazando el mapa para abrirme.

Apago el fuego y aparto la sartén. La encimera está fría bajo mi cuerpo, mármol contra el calor que asciende por mi piel. Me agarro al borde solo para recordar dónde estoy, pero él me sujeta la muñeca, la aplasta contra la superficie y me besa la palma de la mano.

—Hueles a limón y a fuego —dice en voz baja.

—Tú hueles a problemas —replico, y la voz me tiembla de una forma que nada tiene que ver con el miedo.

Su mirada se posa en la tabla de cortar que hay a nuestro lado, donde he dejado un plato de naranjas sanguinas para decorar. Coge un gajo entre el pulgar y el índice y me lo acerca a la boca.

—Abre.

La palabra no suena alta, pero es una orden en toda regla. Mis labios se separan. El cítrico estalla en mi lengua, ácido y dulce, y antes de que pueda tragar, su boca está sobre la mía, persiguiendo el zumo. Su lengua se enreda con la mía, resbaladiza y urgente, robándome el sabor directamente.

—Joder —susurro contra él.

—¿Te gusta? —Su voz es más áspera ahora, no tan cuidadosa.

—Dame más —digo, y no reconozco mi propia hambre.

Coge otro gajo, lo desliza por mi labio inferior hasta que el zumo gotea por mi barbilla. Lo lame con un gruñido que hace que se me encoja el estómago. Su mano se desliza bajo mi camiseta, la palma caliente contra mis costillas, el pulgar rozando el costado de mi pecho. Me arqueo, descarada.

—Estás temblando —dice.

—Tú me estás mirando —contesto—. Tócame como es debido.

Su risa es un estruendo oscuro. Desliza la boca por mi cuello, raspando con los dientes, mientras sus dedos se cuelan bajo el encaje de mi sujetador. Cuando me pellizca, suelto un respingo, y él muerde el hueco de mi garganta como si quisiera marcarlo.

—Di mi nombre —ordena.

—Dante. —Mi voz se quiebra al decirlo.

—Otra vez.

—Dante.

Coge otro trozo de naranja, pero esta vez lo presiona entre mis pechos, haciendo que el zumo resbale por mi piel. Su lengua lo sigue, caliente y ávida, y me oigo gemir como si hubiera olvidado que alguien más pudiera escucharme.

—Sabes mejor que nada de lo que me he metido en la boca —gruñe, levantando la cabeza lo justo para mirarme directamente a los ojos.

Le agarro del pelo y tiro de él para que baje de nuevo.

—Pues no pares.

Su boca desciende, siguiendo el rastro pegajoso del zumo, hasta donde mi camiseta ya está arremangada contra mis costillas. Su lengua se sumerge bajo el borde de encaje de mi sujetador, atrapando otra gota antes de que pueda deslizarse más abajo.

—Dante. —Mi cabeza se inclina hacia atrás, el pelo enredándose contra el mármol frío—. Me estás poniendo perdida.

Me mira desde debajo de sus pestañas, con una malicia endiablada.

—De eso se trata.

Me aprieta un pecho a través del encaje, lo estruja con la fuerza suficiente para hacerme jadear y luego desliza el pulgar sobre mi pezón hasta que se endurece, tenso contra la tela.

—¿Quieres que te toque como es debido? Pues quítate esto. —Sus dedos tiran del tirante del sujetador, bruscos y autoritarios.

Me lo quito contoneándome con su ayuda, los tirantes deslizándose por mis brazos como una rendición. El aire está frío sobre mi piel desnuda, pero su boca está más caliente y se cierra sobre mi pezón, succionando con fuerza, gimiendo como si estuviera hambriento.

—Joder… ay, Dios. —Le agarro el pelo con fuerza, arqueándome contra la húmeda succión de su boca.

—Dilo otra vez. —Muerde suavemente, lo suficiente para que me estremezca—. Di mi nombre.

—Dante. Por favor.

Sonríe contra mi piel, el muy cabronazo engreído, y vuelve a coger el plato. Un rastro de zumo de naranja sanguina brilla en sus dedos mientras presiona el gajo directamente contra mi pezón; el pinchazo de frío me hace gritar. Antes de que pueda recuperarme, su lengua ya está ahí, caliente, áspera, lamiendo el zumo hasta que estoy temblando, pegajosa, desesperada.

—Sabes a postre. Dulce, pringosa, jodidamente adictiva —gruñe, bajando más, besándome entre los pechos y descendiendo por mi estómago.

Sus dedos desabrochan de un tirón el botón de mis vaqueros.

—Quítamelos —jadeo.

—Oh, lo haré. —Su voz es lava fundida. Baja la cremallera lentamente, como si quisiera que me deshiciera en pedazos solo con el sonido. Mis vaqueros se deslizan por mis muslos con su ayuda, mis braguitas ya húmedas y ceñidas. Él olisquea contra el fino algodón, su aliento caliente.

—Ya estás mojada para mí —dice, con voz de oscuro terciopelo—. Ábrete para mí, Serena.

Separo las piernas sin pensar, desesperada. Engancha los pulgares en la cinturilla de mis braguitas, tira de ellas hacia abajo, y el frío me golpea y me encuentra desnuda, lubricada, dolorida.

—Joder, mírate. —Su lengua sale disparada para probarme una vez, un lento y cruel lametazo sobre mis pliegues que me ahoga un gemido—. Estás chorreando por mí. Di que quieres mi boca. Dilo.

—Dante… por favor… cómeme. No pares.

Su risa es áspera, hambrienta.

—Eso es todo lo que necesitaba oír. —Y entonces su boca está sobre mí, su lengua abriéndome, chupando, lamiendo como si quisiera ahogarse en mi sabor. Mis muslos tiemblan alrededor de su cabeza,

mis manos arañando el mármol solo para mantenerme entera mientras me devora.

Su boca es implacable, la lengua acariciando profundo, los labios succionando mi clítoris hasta que me retuerzo contra el mármol, mordiéndome la mano para ahogar los sonidos. Él gruñe al ver eso, me aparta la mano y la vuelve a inmovilizar.

tribulations.

—Quiero oírte. —Su voz suena destrozada, ahogada contra mí, y luego lame más fuerte, más rápido. Sus dientes me rozan y me vengo.

El orgasmo me atraviesa, agudo y caliente, mi cuerpo contrayéndose alrededor de la nada mientras grito su nombre como una plegaria. Él no para; sigue comiéndome mientras me corro, bebiéndose cada escalofrío, cada gota, hasta que tiemblo tanto que tengo que empujar sus hombros.

—Dante, basta.

—Nunca es suficiente. —Me lame una última vez, lenta y posesivamente, antes de arrastrarse cuerpo arriba. Tiene la cara mojada, la boca reluciente, y cuando me besa, me saboreo a mí misma mezclada con cítricos. Asqueroso. Adictivo.

Le araño la camisa, los botones salen volando mientras la abro de un tirón. Su pecho es duro, marcado por cicatrices, caliente bajo mis palmas. Se la quita de un encogimiento de hombros, la deja caer al suelo y yo ya estoy tirando de su cinturón.

—Quítatelos —jadeo—. Necesito…

—¿Necesitas esto? —Se aprieta la polla a través de la tela, y solo el contorno hace que se me haga la boca agua. Se desabrocha el cinturón con un chasquido, los pantalones caen, y entonces está desnudo contra mí, grueso, pesado, goteando ya. Le envuelvo la

mano alrededor, lo acaricio una vez, y él echa la cabeza hacia atrás con un gemido gutural.

—Joder, Serena… si sigues haciendo eso me correré antes de entrar en ti.

—Entonces no esperes. —Engancho mis piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo más cerca—. Fóllame, Dante.

Se aparta solo un momento para coger un condón, se lo pone y se posiciona, la punta roma de su polla deslizándose contra mis pliegues húmedos, y todo mi cuerpo tiembla de anticipación. Penetra solo un centímetro, luego se retira, provocando, torturando.

—Dilo otra vez. —Tiene la boca en mi oreja, la voz como grava—. Suplícamelo.

—Por favor —gimoteo, clavando las uñas en sus hombros—. Por favor, Dante, fóllame.

Eso es todo lo que hace falta. Me embiste con una sola estocada dura, abriéndome, robándome el aire de los pulmones. Mi grito se convierte en un beso porque su boca reclama la mía al mismo tiempo. El mármol está frío bajo mi espalda, কিন্তু todo lo demás es calor: sus caderas martilleando contra las mías, su lengua empujando en mi boca, su mano agarrando mi pelo con fuerza.

—Dios, estás jodidamente apretada a mi alrededor —gime contra mis labios, embistiendo más profundo, más fuerte—. Como si estuvieras hecha para mi polla.

Me aferro a él, besándolo en cada embestida, nuestras bocas un desastre, nuestros cuerpos chocando, la cocina llenándose con el sonido de piel contra piel y ambos jadeando como si estuviéramos hambrientos.

Sus embestidas me martillean hasta que apenas puedo respirar entre besos. Mis uñas arañan su espalda, deslizándose sobre músculos duros y piel resbaladiza por el sudor. Él gime en mi boca,

las caderas golpeando más fuerte, y entonces rompe el beso, jadeando contra mi mejilla.

—Arriba —ordena, con la voz destrozada. Sus manos están en mis muslos, abriéndome más—. Agárrate a mí.

Antes de que pueda discutir, me levanta de la encimera como si nada, mis piernas se enrollan a su alrededor por instinto. Mi espalda golpea el cristal frío de la ventana de la cocina, el panel traquetea mientras me estrella contra él.

—Oh, joder. —El impacto del frío contra mi piel desnuda, el calor de él dentro de mí, es demasiado. Mi aliento empaña el cristal, cada embestida sacude la ventana en su marco.

—Mira fuera —gruñe en mi oído—. Que pase quien sea, que te vean aquí clavada, chorreando sobre mi polla. Dime que te encanta.

—Me encanta —jadeo, con la voz quebrada—. Dios, me encanta… no pares…

Me aprieta el culo con la fuerza suficiente como para dejar un moratón, embistiendo tan profundo que grito. Sus dientes se hunden en el lateral de mi cuello, succionando, marcándome mientras sus caderas se precipitan hacia delante una y otra vez. Mi cabeza se echa hacia atrás contra el cristal, todo mi cuerpo temblando mientras me martillea contra la ventana.

Se retira hasta la mitad, solo para volver a embestir, el impacto haciendo que el cristal traquetee como si fuera a romperse. Mis uñas se clavan en sus hombros, desesperada por agarrarme mientras me folla contra el panel.

—Suplícalo más alto —gruñe, con embestidas salvajes—. Quiero que lo oigan las paredes. Quiero que toda la puta casa sepa sobre qué polla estás abierta en canal.

—¡Dante! Por favor… ¡más fuerte… fóllame más fuerte!

Su gruñido de respuesta es animal, sus caderas bombeando dentro de mí hasta que el cristal detrás de mí se empaña de calor y mi voz se rompe en sonidos crudos y desesperados. Su boca reclama la mía de nuevo, todo lengua, dientes y necesidad, besándome como si intentara devorarme mientras me martillea contra la ventana, el mundo exterior desapareciendo en nada más que sudor, piel y el ritmo de él dentro de mí.

El cristal chirría bajo la fuerza de cada embestida, mi aliento empañándolo de blanco mientras su polla me penetra una y otra vez. Mis piernas tiemblan alrededor de su cintura, mis uñas se clavan en sus hombros, pero él no cede. Está salvaje, estampándome contra el panel como si quisiera follarme hasta atravesarlo.

—Oh, Dios. Dante. No puedo…

—Sí que puedes. —Sus dientes rozan mi mandíbula, su voz baja y letal en mi oído—. Vas a correrme aquí mismo, de forma desastrosa y ruidosa, para que sepa que eres mía.

Su mano se cuela entre nosotros, dos dedos rodeando mi clítoris en caricias bruscas y rápidas. La sacudida me atraviesa y grito, mi cuerpo se tensa a su alrededor, cada embestida me empuja más alto hasta que no soy más que un sonido desesperado y calor.

—Joder… sí, no pares…

—Córrete, Serena. —Su orden es gutural, las caderas embistiendo con más fuerza, los dedos implacables—. Empapa mi polla. Dámelo.

Me golpea como un rayo y me rompo, gritando su nombre, mi coño apretándose a su alrededor en pulsaciones duras y despiadadas. El orgasmo me desgarra, inundándolo todo, mi cuerpo aferrándose a su polla como si nunca fuera a dejarlo marchar.

En el segundo en que me cierro a su alrededor, él gruñe en lo profundo de su pecho, las caderas sacudiéndose.

—Joder. Mierda. —Se entierra hasta el fondo, temblando mientras su propio clímax se desata. El sonido agudo del látex tensándose me dice que se está derramando dentro, cabalgando su orgasmo con embestidas salvajes que igualan las mías. Ambos temblamos, los cuerpos resbaladizos, las bocas chocando en un beso que es más mordisco que suavidad, tragándonos los gritos del otro mientras lo superamos.

Cuando finalmente me baja de la ventana, mis piernas casi ceden bajo mi peso. Dante me sujeta con un brazo, firme como si yo no pesara nada, y me presiona un beso en la sien. Mi cuerpo está destrozado, temblando por la forma en que me ha dejado exprimida, pero me hält él cerca, llevándome de vuelta a la encimera y cogiendo una toalla para limpiar el rastro pegajoso de zumo de naranja y sudor de mi piel. Sus manos, que hace solo unos minutos habían sido despiadadas, ahora son suaves, tranquilizadoras, cuidadosas con cada caricia. Odio cuánto me apoyo en ello. Odio lo segura que me siento en unos brazos que nunca deberían sentirse seguros.

Murmura algo en italiano que no logro entender, su voz baja y ronca, e incluso si no entiendo las palabras, el tono me deshace de nuevo. Me pone un vaso de agua en la mano, me obliga a beber un sorbo, luego acaricia mis labios con el pulgar como si no pudiera dejar de tocarme. Me digo a mí misma que esto ha sido un error, que debería coger mi bolso e irme, pero la forma en que su mirada arde en la mía lo hace imposible.

Los días siguientes se desdibujan con él. Cocino en la cocina y él merodea cerca, siempre demasiado cerca, siempre observando como si no pudiera decidir si quiere devorarme o adorarme. El sexo no para. Ni siquiera se ralentiza. De nuevo en la encimera de mármol, en la despensa donde las especias traquetean en los estantes, en su cama con sábanas de seda enredadas en nuestras piernas… me toma de maneras que dejan mi cuerpo dolorido, marcado, sellado. Y cada vez que me toca después, es con esa misma ternura que me deshace más de lo que la rudeza jamais podría.

Me digo a mí misma que no me enamore, pero ocurre de todos modos. En algún momento entre su boca contra mi hombro en las mañanas tranquilas y su mano en la parte baja de mi espalda cuando paseamos por el jardín por la noche, siento cómo me deslizo, aterrador e inevitable. Enamorarme de un hombre como Dante es lo peor que pourrait hacer y, aun así, mi corazón se niega a escuchar.

Una tarde después de cenar, cuando la casa se ha quedado en silencio y él ha dejado su abrigo sobre el respaldo de una silla, me lo pongo para abrigarme, hundiéndome en el aroma a humo y cítricos que se aferra a él. Mis dedos rozan el forro, tropiezan con algo duro y me quedo helada. Meto la mano, esperando quizás una petaca o alguna baratija olvidada, pero lo que saco es acero frío, pesado, innegable. Una pistola, guardada cuidadosamente dentro como si ese fuera su lugar.

Se me cae el alma a los pies, la respiración atrapada en la garganta. La vuelvo a meter en el bolsillo, el peso quemando a través de la tela como si pudiera abrasarme la piel. Me digo a mí misma que no piense, que no imagine, pero el sonido de su voz atraviesa el silencio antes de que pueda decidir qué hacer. Está en la habitación de al lado, con el teléfono pegado a la oreja, su tono cortante, autoritario.

—Me encargaré de ello —dice, tajante y definitivo—. Limpiadlo todo sin hacer ruido. Nada de cabos sueltos.

Sus palabras me hielan más que la pistola. Me quedo allí, con su abrigo puesto, el corazón desbocado, fingiendo por un instante peligroso que no entiendo lo que significan. Pero lo entiendo. Y saberlo me hace temblar, no solo de miedo, sino de la dolorosa verdad de que no sé si pourrait dejarlo, aunque debiera.

5

SERENA

No duermo en toda la noche. Me siento en el borde de su cama con su abrigo en el regazo, y el peso de su forro todavía me pesa en la cabeza. Oigo el eco de su voz desde la habitación de al lado —«encárgate, límpialo, que no queden cabos sueltos»— e intento fingir que podría significar cualquier otra cosa. Pero no es así. Cuando vuelve, me observa como si pudiera leer cada pensamiento que intento enterrar. No me quita el abrigo. Simplemente, alarga la mano, me desliza los dedos bajo la barbilla y me levanta la cara.

—Serena.

Mi nombre en su boca es una orden suave. Debería apartarme. No lo hago. Me levanto cuando tira de mí y me besa despacio, como si estuviera haciendo una promesa, y esa es la peor parte. Quiero la promesa. Quiero la mentira. Me tumba y sus manos son cuidadosas, como si yo fuera algo frágil y no un manojo de nervios. Después, me abraza con la boca cerca de mi pelo y apenas dice nada. Cuento los latidos de su corazón e intento no llevar la cuenta.

A la mañana siguiente, me digo a mí misma que me marche. Me ducho. Me visto. Preparo un desayuno que no como. Él entra en la cocina con una camisa oscura y sin corbata, y la habitación cambia a

su alrededor como siempre. El personal finge no mirar. Su guardaespaldas —Harrison, el de los gemelos con cabeza de lobo— asiente una vez y se esfuma de vuelta al pasillo.

—Quédate a comer —dice Dante, con un tono casual que no oculta la orden—. Volveré antes de las dos.

—Tengo otro cliente mañana —miento.

Se queda muy quieto.

—No es verdad.

Se me seca la boca.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Cuentas —dice, y empiezo a comprender que es una forma educada de referirse a otra cosa. Me besa una vez, rápido—. Te llamaré. No salgas de la finca.

Asiento. No se lo prometo.

La villa respira a un ritmo diferente cuando él no está. Menos pasos, menos voces. Los jardineros trabajan en la parte de atrás y fingen que los leones de piedra junto a la fuente no los vigilan. Preparo un adobo y corto hinojo e intento no sobresaltarme cuando el teléfono de la casa suena en el despacho del fondo del pasillo. El día se alarga. No llama. Cuando el sol empieza a ponerse, saco un plato y un vaso de agua a la galería solo para sentir un aire que no haya sido filtrado por el silencio.

Estoy a la mitad del vaso de agua cuando dos hombres con chaquetas de mantenimiento suben por el camino de servicio. Al principio, creo que son nuevos. Me levanto para decirles que las entregas van a la puerta este, but el más alto dice mi nombre y el otro ya tiene la mano dentro de la chaqueta. Sé, al instante, lo estúpida que he sido.

—Lo siento, signorina —dice el alto, casi con delicadeza—. No queremos montar una escena.

—Entonces no la monten —digo, y la voz me tiembla de una forma que hace que ambos se relajen. Creen que el miedo significa que seré dócil—. No es necesario que hagan esto.

—Pero sí que lo es —responde uno de ellos—. Y si da problemas, lo haremos de todos modos, pero será más desagradable.

Me conducen hacia la puerta lateral. Echo un vistazo a la cocina, donde un mozo está apilando platos. Levanta la vista, la baja y sus manos se mueven más rápido. Si lo ha visto, fingirá que no. Doy un paso en falso a propósito, y el más bajo me sujeta del codo. El más alto sonríe como si tuviera todo el tiempo del mundo. Huele a colonia barata y a metal.

Nos metemos en el pasillo de piedra bajo la escalera norte, donde las paredes amortiguan el sonido. El hombre más alto saca una brida de plástico del bolsillo.

—Las muñecas, por favor.

—Por favor —repito, porque necesito aire para no desmayarme, no la brida—. No tienen que…

—Es por la seguridad de todos —dice, como si todos fuéramos iguales en esta seguridad. Un segundo después, la brida se me clava en la piel. Me guía hacia delante. Su mano es educada y firme al mismo tiempo.

No me sacan por la puerta principal. Usan la puerta del jardinero que da a la arboleda, y hay una furgoneta esperando más allá de los setos. No es blanca, porque eso sería demasiado obvio. Es gris y zumba como si estuviera aburrida. El hombre más bajo abre la puerta lateral y el más alto me indica con la cabeza que entre. Quiero gritar. No lo hago. Quiero correr. No puedo. Subo al oscuro vientre de la furgoneta y me siento donde me dicen que me siente, y

cuando la puerta se cierra de un portazo, el mundo se hace muy pequeño.

—¿Teléfonos? —pregunta el conductor.

—Ninguno —contesta el alto—. Está limpia.

Dejé mi teléfono en la encimera de la cocina, pero se equivocan en que estoy limpia. Cada centímetro de mí huele a su casa. Lo llevo en el pelo, en la ropa y en la piel. A los hombres no les importa. Arrancamos. Intento seguir la pista de los giros, pero el conductor es bueno y la ciudad se difumina en un mapa que no se deja leer. Cruzamos un túnel. Pasamos una verja con un arco de piedra y una bandera que no reconozco. Cruzamos un puente donde el aire cambia y la furgoneta traquetea. No dejo de pensar que, si memorizo el orden de las cosas, podré contárselo a alguien más tarde. «Más tarde» es una palabra que uso para seguir respirando.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunto finalmente.

—Amigos —responde el alto.

—¿De quién?

—De viejos nombres —dice y sonríe, y no es una respuesta—. No se preocupe. Él vendrá.

—¿Quién?

No se molesta en contestar. Sabe que yo lo sé.

Nos detenemos en un garaje subterráneo que huele a aceite y a polvo. El bajo me pone una venda en los ojos con una mano lo suficientemente cuidadosa como para enfadarme más que si hubiera sido brusco. Me guía por un suelo liso y subiendo una escalera de pocos peldaños. Me arden las muñecas. La boca me sabe a metal.

Atravesamos un espacio que suena grande y vacío, y luego entramos en una habitación que suena pequeña. El aire es diferente. Papel viejo, café, un rastro de cloro. Me quitan la venda. Estoy en lo que

solía ser un despacho. Hay un escritorio sin nada encima y una tira de luz demasiado brillante. Las ventanas están pintadas. El hombre alto me corta la brida de las muñecas y flexiona las manos como si todo esto fuera un fastidio.

g

—Pórtese bien, signorina —dice—. No estará aquí mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Depende de él.

—¿Para quién trabajan?

—Hace muchas preguntas —dice, pero no se ofende—. Coma, si quiere. —Señala una bolsa de papel sobre el escritorio—. Podría estar aquí el tiempo suficiente para tener hambre.

Me dejan con la puerta cerrada, pero no con llave, porque cerrarla con llave sería demasiado honesto. Fuera de la habitación hay pasos y voces y el silbido de una tetera. Un televisor murmura en alguna parte, bajo. La bolsa de papel contiene dos botellas de agua y un sándwich, como si esto fuera una estación de tren y yo hubiera perdido el mío. No lo toco. Me siento en la silla y miro la pared blanca e intento evitar que mi cerebro me muestre imágenes de lo que él hará cuando se entere.

El mundo que rodea a Dante tiene reglas que no parecen reglas desde fuera. La gente habla mucho de la *omertà* como si fuera una idea romántica, pero en la práctica es contabilidad e influencias. Pagas a quien hay que pagar. Eliminas a quien no se puede pagar. Llevas los libros. Limpias los libros. No haces ruido cuando el silencio es suficiente. La razón por la que le temen es que él entiende cuándo el silencio no es suficiente y no duda. No da ejemplos. Provoca desapariciones. Mantiene su palabra, y todo el mundo sabe exactamente lo que cuesta convertirlo en un mentiroso. Lo sé porque he estado escuchando incluso cuando fingía no hacerlo. Lo sé porque he oído los nombres que la gente no dice en voz alta. Lo

sé porque he visto los ojos de Harrison cuando alguien que no le gusta se me acerca.

El tiempo se alarga. Oigo al hombre alto y al bajo fuera de la puerta, hablando de fútbol y de la boda de un primo y de cómo las viejas familias solían hacer las cosas mejor, incluso cuando «mejor» significaba más muertos. Llaman a alguien *zio*, aunque dudo que sea el tío de nadie. Suena un teléfono. Alguien contesta. Una voz que no conozco dice: «Lo sabe», y el aire de la habitación se tensa como si tiraran de él con alambres.

La puerta se abre, y el hombre alto parece diferente ahora. La calma se ha desvanecido de su rostro. Me estudia como si yo pudiera explotar.

—Cambio de planes —dice—. Nos vamos ya.

—¿Adónde? —Siento la boca entumecida.

—El intercambio —responde—. La entregamos como prueba de vida y luego vuelve. Las reglas del patio del colegio.

Se está mintiendo a sí mismo o a mí. Me hace un gesto y me levanto porque no hay otra cosa que hacer. Bajamos por un pasillo estrecho que huele a hormigón húmedo y siento el edificio a mi alrededor: viejo, reformado, el esqueleto de una lavandería, unos baños públicos o un archivo. Cuento puertas. Cuento pasos. Pasamos un tablón de corcho con dos folletos, ambos en italiano, ambos de clases que no tendrán lugar aquí. El hombre alto me sujeta el brazo por encima del codo, un agarre que dice que está intentando ser amable siempre que yo se lo ponga fácil.

Entramos en una sala más grande con techos altos y una amplia puerta enrollable encadenada a media altura. La luz del garaje al otro lado es diferente, más verdosa. Hay una segunda furgoneta. Hay un hombre con un traje demasiado caro para este lugar apoyado en ella, aburrido y cauteloso al mismo timepo. Es joven,

gemelos de color ámbar, el pelo demasiado perfecto. Teclea un mensaje en su teléfono sin levantar la vista.

—Ehi —grita el hombre alto—. Estamos listos.

El joven levanta la vista, me examina, guarda el teléfono con lenta precisión y sonríe como si estuviéramos todos en una fiesta de cumpleaños.

—Rinaldi dice que cinco minutos, y luego nos movemos.

Rinaldi. Un nombre que he oído en pasillos, en tonos cautelosos. Familia antigua. Dinero nuevo. No son amigos.

Un sonido grave retumba en el garaje, el tipo de sonido que hacen los motores grandes cuando no intentan esconderse. Crece y luego se apaga. Le siguen unos pasos. No muchos. Pasos uniformes, goma dura sobre hormigón, la zancada de alguien que es dueño del suelo que pisa. Harrison dobla la esquina de la puerta encadenada primero, con expresión vacía, las manos desnudas. Detrás de él hay dos hombres que no he visto nunca, con abrigos demasiado ligeros para la estación y caras que parecen haber sido pulidas hasta borrar cualquier gesto delator. Dante viene el último, sin prisa.

Lleva un abrigo que no reconozco. Le queda bien. No lleva corbata. Su pelo está arreglado. Sus ojos, no. Inspecciona la sala como un chef inspecciona su despensa. Lo que está al alcance. Lo que falta. Lo que hay que usar rápido. No me mira a mí primero. Mira las manos del hombre alto. Mira la cadena de la puerta enrollable. Mira al chico repeinado junto a la furgoneta con los gemelos de ámbar. Luego me mira a mí.

—Serena —dice.

El joven aplaude lentamente, como si fuera el presentador de un programa y la estrella hubiera llegado.

—Dante Accardi en un garaje público. Nos honra con su presencia.

Dante no le responde. Ladea ligeramente la cabeza.

—Dos furgonetas —observa, no es una pregunta. Harrison se ha detenido a tres pasos del hombro derecho de Dante, con las manos aún vacías. Los dos hombres del abrigo ligero se han movido sin que nadie se diera cuenta. Uno está junto al montacargas. El otro está cerca de la escalera, con aire casual y en medio del paso.

—No queremos problemas —dice el hombre alto, y por su tono sé que lo cree. El joven no.

—Problemas —repite el joven, sonriendo—. ¿Todavía vende esa palabra como si fuera pan? Usted trae problemas a donde quiera que va, Accardi. Solo que compra mejores platos.

Dante se encoge de hombros una fracción de milímetro.

—Ha cometido un error —dice—. Ha tocado algo que me pertenece.

Quiero odiar esa palabra. Me golpea en las entrañas como el calor.

El joven finge considerarlo.

—Pertenece —dice, saboreándola. Me dedica una mirada fugaz—. ¿Está ella de acuerdo?

—Nadie me ha preguntado —digo. Mi voz suena como si fuera de otra persona. Su sonrisa se ensancha.

—¿Ve? —dice—. En esto nos diferenciamos. Nosotros preguntamos.

—Usted ha robado —dice Dante, tajante.

—Tomado prestado —replica el joven—. Para hablar. Para presentarnos. Viejas costumbres. Su padre las tenía. Usted no.

Dante da un paso al frente y el aire se enrarece.

—Mi padre está muerto porque confundió la tradición con la seguridad —dice—. Yo no cometo ese error.

La boca del joven se tensa y luego se relaja.

—Debería haber venido solo —dice en voz baja—. Ha traído lobos.

—He traído un reloj —dice Dante, con la calma de una puerta cerrada—. Y el tiempo ya se ha acabado.

Por un segundo, nadie se mueve. El joven mete dos dedos en su chaqueta, despacio. Harrison no lo mira. Mira la cadena de la puerta del garaje. El hombre del abrigo ligero junto al ascensor exhala. Huelo algo acre, no es cloro, pero se le parece. Comprendo que estoy a punto de estar en una habitación que cambia de forma.

Dante saca un pequeño objeto de su bolsillo y lo gira en su mano. Hace un clic, una sola vez, apenas audible. La cadena de la puerta enrollable se afloja como un músculo que se relaja. Alguien fuera de mi vista ha hecho algo con una cizalla, una cuña y en el momento preciso. La puerta se eleva con más suavidad de la que debería. La luz verde lo inunda todo. Un segundo motor que no había registrado por encima del primero tose y se calma. La cabeza del joven gira dos grados hacia el ruido. Son dos grados de más.

Harrison se mueve como el agua. El hombre alto a mi lado intenta tirar de mí hacia atrás y luego inspira con sorpresa, que es cuando me doy cuenta de que Harrison no lo ha tocado a él. Ha tocado la cadena, y la cadena ha golpeado la muñeca del hombre alto con la fuerza suficiente para ser una lección. El bajo maldice e intenta alcanzar el interior de su chaqueta y el del abrigo ligero cerca de la escalera simplemente está ahí, presionando el antebrazo del hombre bajo contra la pared con una mano y la palma de la otra contra su garganta sin montar una escena. El joven vuelve a clavar los ojos en Dante, pero ya no hay nada de informal en ellos.

—Vinimos a hablar —dice.

—Vinieron a hacerme elegir un lugar público —replica Dante, sin levantar la voz—. Eligieron uno con solo dos salidas y sin cámaras. Pensaron que eso me haría ser cuidadoso. Pensaron que cuidadoso significaba débil.

El joven reprime algo.

—No me disparará aquí.

Los ojos de Dante se elevan hacia la puerta enrollable. El segundo motor acelera una vez, luego se apaga de nuevo. El mensaje es claro. Pueden, pero no lo necesitarán.

—No —dice Dante y da otro paso—. No lo necesito.

Su mano se mueve. No veo una pistola. No veo un cuchillo. Veo cómo se resquebraja la certeza del joven. El cuello del traje caro está de repente mal, torcido, los gemelos de ámbar destellan donde no deberían, y está contra la furgoneta, sin aliento. Dante no vuelve a tocarlo. Simplemente se queda muy cerca y deja que el silencio se agigante.

—Devuelvan lo que cogieron —dice Dante y me lanza una mirada—. Ahora.

Nadie discute. La boca del hombre alto se mueve. Se aparta, con las manos en alto, y siento el espacio abrirse donde me había estado sujetando el brazo. El hombre bajo deja de luchar contra la pared y usa sus ojos como si ya estuviera en otro lugar. Un momento después, Harrison me ha cogido el codo con la delicadeza de un enfermero de urgencias y me muevo hacia la puerta que ahora está abierta, hacia la luz verde y el aire que no puedo inhalar lo suficientemente rápido.

—Camina —murmura Harrison, y lo hago. Pasamos junto a la cadena enrollada en el suelo como una serpiente. Pasamos junto al hombre del ascensor, que podría estar sonriendo o no. Atravesamos el torrente de luz y entramos en el nivel inferior de un aparcamiento donde un sedán negro espera con las puertas ya abiertas. Es silencioso, de la forma en que lo son las cosas caras. Me deslizo en el asiento trasero y el cuero está frío. Harrison me cierra la puerta y el mundo exterior se amortigua. A través del cristal, veo a Dante todavía dentro del garaje, su cuerpo girado de modo que solo vemos su perfil. No me está mirando. Está terminando algo.

Pasa un minuto. Dos. Sale a un ritmo que dice que no hay necesidad de apresurarse. Se sienta a mi lado y el coche se mueve antes de que la puerta se cierre.

—¿Estás herida? —pregunta.

—No.

Me mira las muñecas. Hay una fina línea roja donde la brida se clavó. Me coge las manos y no las aparto. Les da la vuelta, sus pulgares se mueven en círculo como si estuviera alisando algo que no se puede alisar.

—¿Quiénes eran? —pregunto.

—El primo joven de Rinaldi —dice—. Quiere que lo vean.

—Te ha visto a ti.

—Quería que me vieran a mí —corrige Dante—. Hay una diferencia.

—¿Qué pasa ahora?

—Ahora devuelvo algo —dice, y su voz es tan plana que me asusta más de lo que lo harían los gritos—. Una lista y un recibo.

—No quiero saberlo —digo rápidamente.

—No deberías —concuerda. No me suelta las manos.

De vuelta en la villa, el personal nos mira como si fuéramos un fenómeno meteorológico. El mozo ꬱ me vio salir por esa puerta lateral sigue apilando platos y no parpadea. Harrison se desprende con un asentimiento. Dante me lleva a la cocina, de todos los sitios, y me sienta en el extremo de la mesa, donde puede estar de pie y moverse y aún así ver la puerta.

—Estás temblando —dice. Vierte agua. La bebo. Pone pan delante de mí, y *prosciutto*, y un pequeño cuenco de sal. Es la primera vez que me da de comer sin coquetear. Parece un ritual.

—¿Es esta la vida? —pregunto cuando mi garganta puede pronunciar las palabras—. ¿Es esto lo que es estar contigo?

No miente. Mira la ventana. Me mira a mí.

—Es más tranquila de lo que era —dice—. Pero no hay tranquilidad.

—No… no estoy segura de cómo expresar esto —digo, y oigo lo insignificante que suena—. Yo cocino. Pago el alquiler con retraso. No estoy hecha para esto.

—Estuviste muy tranquila —dice, como si eso fuera un argumento para algo—. Ahí dentro.

—No lo estaba —digo—. Solo me lo guardé para ahora.

Asiente una vez, como si respetara eso. Se sienta frente a mí, demasiado lejos para tocarme. Comemos. La comida es buena porque siempre lo es, pero apenas la saboreo. Me dice nombres sin darme detalles. Dice *caporegime* y *consigliere* y entiendo la estructura y no los detalles, que es como él quiere. Dice que habrá una reunión y que luego no habrá un primo con gemelos de ámbar en Milán por un tiempo. No pregunto qué significa «un tiempo».

Esa noche, no me toca. Duerme sobre las sábanas, o lo finge. Me quedo despierta a su lado y siento la forma de mi decisión presionar contra mis costillas. Por la mañana, está al teléfono antes de que yo esté completamente despierta, hablando en un italiano que suena a ley. Al mediodía, hay dos coches negros en la verja que no deja entrar. Al anochecer, hay un único sobre en su escritorio que Harrison sopesa con la mano y luego le pasa a Dante sin decir palabra. Dante lee. Lo quema en un plato de metal. Sale solo y vuelve antes del amanecer con sangre en el puño que no es suya. Él no se da cuenta. Yo sí. Cojo su camisa y la lavo antes de que me vea hacerlo. No sé por qué. Quizá para hacerlo menos real, como si las manchas fueran lo que hace que algo sea verdad.

Seguimos moviéndonos el uno alrededor del otro durante tres días como si estuviéramos en una cocina estrecha. Hay sexo de nuevo

porque siempre lo hay, duro y luego suave, y me enamoro a una velocidad poco saludable. Me enseña los nombres de las hierbas en italiano. Le digo la mejor manera de mantener tiernos los calamares. No se ríe a menudo, pero cuando lo hace, es como si soltara una pesada carga y quiero mantenerla ahí para siempre. En las salas públicas, nunca me roza la espalda. En privado, no puede quitarme las manos de encima. Me repito a mí misma que estoy tomando una decisión cada hora. Sigo oyendo el sonido de la cadena al levantarse.

En la cuarta noche, me despierto por un golpe que no oigo, pero él sí. Se levanta de la cama y se viste antes de que mi mente lo asimile. La voz de Harrison es baja en la puerta y solo distingo «camión» y «almacén» y «limpieza». Dante se acerca a la cama y se arrodilla, y me rompe que haga eso.

—Serena —dice—. Tengo que irme.

—¿Ahora? —digo, aunque sé que esa es la única respuesta.

Asiente. Me mira la boca como si quisiera besarme. No lo hace. Se pone de pie, se encoge de hombros para ponerse un abrigo, y esta vez, no finjo que не veo el peso en el forro. Se va con Harrison. La casa exhala. Me visto en la oscuridad, bajo las escaleras y me quedo en la cocina que huele a hinojo y limón y acero. Puedo ver una fina línea de amanecer en el borde del jardín. Intento imaginar una vida con mañanas que no empiecen así. Mi cuerpo me da un pequeño pulso de aviso, bajo y cruel como un calambre. Pasa. Pongo una mano ahí sin pensar y luego la quito como si me hubieran pillado.

Voy al dormitorio y hago la pequeña bolsa que me trajo aquí. No cojo nada que me diera. Dejo la llave de la despensa en la mesa de la cocina. Escribo una nota que solo dice *Gracias*, y la odio incluso mientras la escribo porque me hace débil, y luego recuerdo que se me permite ser débil porque no quiero que esta vida me endurezca hasta convertirme en otra cosa.

La estación de tren está gris y bulliciosa. Compro un billete hacia el sur con manos que no me funcionan del todo bien. Mientras espero en el andén, intento no parecer una persona que acaba de cambiar toda su vida antes del desayuno. El tren llega con un suspiro metálico. Subo. Cojo un asiento de ventanilla y presiono mi mano de nuevo en la parte baja de mi vientre porque el calambre vuelve, débil, constante, como un recuerdo.

Cuando la ciudad se aleja, veo que los tejados desaparecen primero. Los campos se extienden. El sol está saliendo, y hace que el cristal se caliente y mi garganta se enfríe. Lo saboreo cuando trago y odio que mi cuerpo siga jugándome estas pasadas. Tengo miedo y a la vez ya lo echo de menos, y no sé qué hacer con este tipo de pena por alguien que todavía respira.

No miro hacia atrás. Me obligo a mirar hacia delante mientras la línea de las vías me lleva hacia el sur. Cuento los segundos entre estaciones. Respiro en cuatro tiempos. Pienso en huevos y harina y cuántos gramos de sal por litro de agua y si el hinojo se marchitará antes del almuerzo en la cocina de la villa si nadie sabe ponerlo en un bol con hielo. Pienso en cómo Harrison nunca me hizo una pregunta y, sin embargo, siempre se paraba en el lugar donde se necesitaría una respuesta. Pienso en la cara del joven contra la furgoneta y en la voz de Dante cuando dijo «ahora» y en cómo no puedo construir una vida dentro de ese sonido.

En una pequeña estación, el tren se detiene más de lo debido. Una mujer sube con un niño que quiere mirarlo todo. Me sonríe porque debo de parecer alguien que necesita una sonrisa. Intento devolverle una. Se siente extraña en mi cara. Cuando el tren se mueve de nuevo, el niño presiona las manos contra el cristal y deja huellas en óvalos perfectos. Vuelvo a poner la mano en la parte baja de mi vientre. No sé qué espero sentir.

Los hoteles son fáciles cuando estás lo suficientemente cansada. Aceptan dinero y dan sábanas limpias y no preguntan dónde estuviste anoche. Duermo un día entero y luego no. Cocino en

cocinas alquiladas que no tienen los cuchillos adecuados. Compro limones y soy comedida con la sal. Me digo a mí misma que no miro a la puerta tanto como lo hago. Hago una lista de razones para ir más al sur y luego no la sigo porque parece que no puedo alejarme más de unas pocas calles de la línea de tren. No contesto a llamadas de números desconocidos. No abro correos sin asunto. No le escribo.

Pasan dos semanas porque las obligo a pasar. El malestar en mi cuerpo cambia de miedo a otra cosa. Me sabe mal la boca por la mañana. El café me da náuseas. Una chica que conozco en el mercado parlotea sobre el festival y cómo a su hermana se le antojan los cítricos, y compro naranjas sin pensar y luego no soporto el olor. Cuento hacia atrás. Intento mantener la respiración uniforme y la mente vacía. No funciona. En mi mente, estoy cada vez más segura de que el preservativo seguramente tampoco funcionó.

La clínica es blanca y silenciosa. Una enfermera de ojos amables me dice que espere aquí y luego allí y luego aquí de nuevo. Cojo el pequeño test y voy al baño porque no soporto estar sentada en la silla del pasillo con el póster sobre vitaminas. Leo las instrucciones, pero no es necesario. Sé contar hasta dos. Hago lo que tengo que hacer. Dejo la tira en el borde del lavabo y me digo a mí misma que no mire antes de tiempo. Miro antes de tiempo. Veo la segunda línea empezar a aparecer como si la estuviera dibujando una mano cuidadosa, y el aliento se me escapa del cuerpo como si hubieran abierto una válvula. No digo nada. Me agarro al lavabo. No siento las piernas.

Cuando puedo, alargo la mano y cojo el pequeño plástico blanco. Las líneas son claras ahora. No hay nada que interpretar. No lloro. Pensé que lo haría. En cambio, oigo su voz en el garaje diciendo «pertenece» y mi propia voz respondiendo que nadie me preguntó, y algo dentro de mí se estabiliza.

Presiono mi mano en la parte baja de mi vientre, con suavidad.

—Ahora eres mío —susurro, y la voz no me tiembla—. Solo mío.

Fuera de la puerta del baño, una enfermera me llama por mi nombre. Cierro la mano alrededor del test y, por primera vez desde que me fui de la villa, no miro a la puerta como si alguien pudiera entrar por ella y hacerme cambiar de opinión.

6

SERENA

Unos años después

Me he enseñado a no sobresaltarme cuando el timbre de la puerta suena al anochecer. Roma es más ruidosa que los lugares donde solía esconderme, y la ciudad tiene una forma de envolverte en su ruido hasta que tus miedos suenan como el tráfico. Vivo dos pisos por encima de una panadería que empieza a amasar a las cuatro de la mañana y de un *tabaccaio* que parece no cerrar nunca. La mujer de abajo me llama Signorina aunque tengo veinticuatro años y un hijo de cuatro que es capaz de comerse su peso en clementinas. Mi edificio huele a expreso y a piedra caliente, y a veces a lluvia en el hueco de la escalera. Me gusta porque son olores honestos.

Marco está tumbado en la alfombra del salón con sus coches. Los alinea en una fila perfecta y luego le susurra a cada uno antes de mandarlo debajo del sofá. Decide qué coche es valiente y cuál está cansado. Decide a quién le toca. Los valientes siempre van los últimos.

—La cena en diez minutos —le digo, mezclando la ralladura de limón con el azúcar usando los nudillos hasta que los granos adquieren un

brillo amarillo pálido y toda la cocina huele a recuerdos. Incorporo el azúcar a la ricota y bato hasta que la mezcla se aligera y brilla. No tengo una batidora amasadora porque no tengo espacio en la encimera, así que lo hago todo a mano. También me obliga a ser honesta.

Marco asoma la cabeza por la encimera y mira el cuenco como si este pudiera responderle a una pregunta. —¿Es la de nube?

—Es la de nube —digo—. Pero solo después de que te comas la pasta.

Sopesa el coste moral de la paciencia y luego se sube a su silla en la mesita que encontré en la Via Merulana por cuarenta euros y que restauré durante una ola de calor. Balancea los pies mientras sirvo la pasta al limone con cintas de calabacín y un poco de pecorino. Echo un chorrito de buen aceite sobre ambos platos. Él silba bajo como un anciano porque sabe que me hace reír.

Comemos mirando a la ventana. La dejo entornada porque los sonidos de la calle hacen que me sienta menos sola. Una Vespa pasa tosiendo. Una pareja en la acera discute en voz baja sobre dónde han aparcado. Marco mastica pensativo y luego hace la pregunta que ha empezado a hacer cada vez más a menudo.

—Mamá, ¿por qué no tengo papá?

El tenedor se detiene en mi mano. Mantengo la voz suave porque tiene cuatro años y porque me prometí que nunca le enseñaría a tener miedo de sus propias preguntas. —Me tienes a mí —digo, y empujo unas cuantas cintas de calabacín más en la salsa como si eso cambiara algo—. Y los domingos tienes a la nonna.

Él asimila esto como un científico. —¿Pero dónde está?

—No lo sé —digo, lo cual es cierto y no lo es a la vez—. A veces, las personas a las que se les daría mal estar cerca eligen mantenerse lejos.

—¿Mal como cuando corro por la calle?

—Mal como… que no cuidan los corazones —digo, y él asiente como si entendiera las normas de tráfico.

Enrolla la pasta en el tenedor. —¿Si tuviera un papá, le gustaría la crema de nube?

—Claro que le gustaría la crema de nube —digo, y el pecho me duele por un segundo en un lugar que mantengo en silencio—. Y si no, le enseñaríamos.

La idea de entrenar a un adulto hipotético le ilumina la cara. Come más rápido. Después de cenar, me pregunta si puede meter las «nieves» en el congelador —la ricota con azúcar y limón en vasitos pequeños, porque le gusta medio congelada, con los bordes convirtiéndose en hielo blando—. Le dejo, porque esta es nuestra casa y nuestras reglas, y porque es importante dejarle hacer cosas pequeñas que puede terminar.

Cuando lo acuesto, me pide que le cuente otra vez la historia de los pescadores. Me la invento sobre la marcha, como siempre: un barco al amanecer, siete redes, un festín prometido si el mar es generoso. No digo las palabras que aprendí hace cuatro años e intento olvidar cada día. *Omertà*. *Consigliere*. *Capodecina*. Digo anchoas y calamares y baccalà, y digo que el barco vuelve lleno, y le cuento que la ciudad resplandece cuando el festín está listo. Me pregunta si los pescadores comen con las manos. Le digo que sí, obviamente, porque algunas cosas saben mejor cuando las tocas.

Se duerme con la mano sobre la ballena de peluche que le cosí la semana en que decidí dejar de fingir que esperaba una llamada a la puerta que nunca sería amable. Lo observo respirar un minuto más de lo necesario. Luego limpio la cocina, respondo a dos correos de clientes sobre menús de Navidad y compruebo el precio de los pistachos sicilianos con la boca prieta, porque este año todo cuesta más y me he prometido que en primavera nos mudaremos a un sitio con una habitación más.

Estoy racionando la masa para las crostatas cuando mi móvil suena con un número que no reconozco. Dejo que suene dos veces, tres, y entonces contesto, porque antes los desconocidos eran peligrosos y ahora a veces son el alquiler.

—¿*Pronto*?

—¿Signorina Serena? —dice una voz de mujer con un deje de Perugia, enérgica y cuidadosa—. Me llamo Gabriella. Soy la encargada de una villa privada en Umbria. Necesitamos un servicio de catering de urgencia. Tres noches. El Festín de los Siete Peces la primera. Navideño, más o menos… Faltan cuatro días para la fecha, pero el Signore es muy particular. Hemos oído que trata el marisco con esmero y que sus pasteles de limón se deshacen como un recuerdo.

Cierro los ojos. La luz de la farola parpadea. —¿Quién le ha dado mi nombre?

—Su clienta de Trastevere. La del pop-up bajo los sicomoros. Dijo que su fritto misto no resultaba pesado al cabo de una hora.

Exhalo lentamente. —¿Menú, número de invitados y cocina del lugar?

—Veinticuatro invitados la primera noche, dieciocho las dos restantes. Hay una cocina completa. Podemos enviarle fotos. Un lugar apartado. Dormiría allí. Tarifa triple.

La tarifa triple es el tipo de cifra que hace que me tiemblen las manos, y por eso sé que no debería decir que sí de inmediato. Mis ojos se desvían hacia la puerta de la habitación de Marco, hacia la ballena a media luz sobre la colcha. —No viajo sola —digo—. Tengo un hijo.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro años. Se porta muy bien. Juega con coches y come más fruta de lo razonable.

—Podemos alojarlo —dice Gabriella sin dudarlo, lo que significa que la villa tiene personal y habitaciones y presupuesto—. Una habitación doble para los dos. En la planta baja, si lo prefiere.

—¿Y la seguridad? —La palabra se me escapa antes de poder suavizarla. Es la única vez que dejo que mi voz suene cortante.

Se oye una respiración al otro lado de la línea que me dice que en la villa están acostumbrados a andarse con rodeos. —Estamos en un lugar apartado —dice—. Hay una verja y un guarda. Es tranquilo.

Tranquilo no significa nada y lo significa todo. Tranquilo significa que quieren que vaya. Tranquilo significa que he aprendido lo suficiente como para no pedir el tipo de detalles que ya no importan una vez que estás allí. Vuelvo a mirar la puerta de Marco. Hago los cálculos en mi cabeza. La tarifa triple cubre dos meses de alquiler y la fianza más alta de un colegio mejor, y más si mantengo los costes bajos y no compro cuchillos nuevos.

—Iré —digo y anoto la dirección con un bolígrafo que se está quedando sin tinta—. Llevaré los contactos de mi pescadero de Roma. Si su proveedor local tiene buen baccalà, lo aceptaré. Si no, pondré yo el mío a remojo. Necesito cítricos. Muchos. Y hielo. Y una olla lo bastante grande como para bañar a un perro mediano.

Gabriella se ríe como si apreciara a los cocineros que dicen la verdad. —Envíe su lista. Hay un chófer si lo necesita. O puede traer una furgoneta y le abriremos la verja de servicio.

—Conduciré yo —digo, porque el control es más barato que el miedo.

Después de colgar, me quedo quieta en mi pequeña cocina mientras la ciudad se mueve al otro lado de la ventana y siento dos cosas opuestas a la vez: un alivio tan grande que me hace tambalear y un hilo de pavor que me recorre desde la garganta hasta las costillas. Umbria son viñedos y luz en las colinas y lagos que parecen esperar. También es una región rural que a veces mantiene a sus invitados

demasiado en silencio. Cierro los ojos y cuento hacia atrás desde veinticuatro, como me enseñé a hacer las noches en las que necesitaba dormirme sin soñar.

Por la mañana le digo a Marco que nos vamos de aventura. Aplaude como las focas y pregunta si las aventuras incluyen helado aunque haga frío. Le explico que el helado es una obligación durante todo el año, no un capricho. Mete a Rayo McQueen, su cochecito rojo favorito, en su pequeña mochila junto con un libro sobre peces que compramos en el mercado del domingo por un euro. Elige dos coches para llevar en los bolsillos y planea cirugías para los demás cuando volvamos. Se pone de pie en su silla mientras empaqueto las cajas: limones, naranjas sanguinas, bergamotas, perejil, menta e hinojo, ajos con la piel fina como el papel, anchoas en salazón, latas de aceite de oliva con el que me casaría si las leyes fueran otras, sal marina que cruje entre los dientes si no la respetas, harina, sémola, alcaparras en salmuera, latas de tomate San Marzano por si acaso, un tarro de guindillas que me hacen ser sincera. Dejo espacio para el pescado, porque eso será lo último que coja.

Pasamos por el mercado al amanecer. Mi pescadero, Carlo, empuja una caja hacia mí sin que se lo pida. —Para tus siete —dice, orgulloso—. Dile a quien te haya contratado que tiene suerte. Llévate almejas de más. Cantan más alto que los mejillones si las tratas bien.

—Siempre las trato bien —digo, y él me lanza un beso al aire junto a mi oreja.

El viaje para salir de Roma es una lenta lección de paciencia y luego una bendición una vez que dejamos atrás la carretera de circunvalación. La autopista se abre a las colinas, los olivos temblando apretados en sus hileras como un coro. Marco cuenta túneles. Cuenta vacas. Me pide que le cuente la historia de los pescadores, pero la de verdad, no la de los barcos que hablan. Le doy la versión edulcorada: siete platos porque el mar es generoso,

anchoas porque son valientes, gambas porque son dulces, calamares porque pueden ser tiernos si tú lo eres.

—Como las personas —dice él desde atrás, ya adormilado.

—Como las personas —convengo.

Pasamos Orte, luego Terni, y después cogemos una carretera secundaria que serpentea hacia arriba. Mi GPS insiste dos veces en que hemos llegado a nuestro destino antes de que la carretera decida dejar de discutir y nos lleve a un alto muro de piedra con un camino bordeado de cipreses y una verja que parece lo bastante vieja como para estar casada con la tierra. Una cámara nos observa con una desconfianza razonable. Pulso el botón y digo mi nombre, y una voz de mujer me dice que pase. La verja se abre como una boca que ha recordado cómo sonreír.

La villa se asienta en una ladera que mira a una vista de las que la gente escribe en las postales. Hileras de viñas descienden en terrazas y luego se allanan en un campo que acoge el invierno como una manta. La casa es de piedra, sabia, suavizada por el tiempo. Hay una capilla a un lado y un cobertizo de una almazara que ha sido retirado pero que conserva su forma como un viejo boxeador. La puerta de la cocina da al patio, cerca del antiguo pozo. Me gusta que alguien pensara en los cocineros cuando construyeron este lugar.

Una mujer nos recibe en la puerta con un jersey azul marino de mangas remangadas y una corta cadena de oro al cuello. Gabriella, supongo. Nos mira a mí, luego a Marco, luego a las cajas, y asiente una vez como si pudiera cargarlo todo si hiciera falta.

—*Benvenuti* —dice—. Soy Gabriella. Os hemos puesto en la habitación de la esquina, cerca de la cocina. Es cálida. Hay un radiador al que puedes darle una patada si se porta mal. Puedo ayudarla con las cajas. Y, *piccolo* —se agacha al nivel de Marco—, ¿tenemos un perro que se cree que es un gato. Te gustaría conocerlo después de que pongamos tus coches en un lugar seguro?

Marco asiente solemnemente. —Tengo un coche rojo que es valiente y un coche azul que está cansado.

—Los coches cansados van en los radiadores —dice Gabriella con gravedad—. Les gusta el calor.

Esto sella su amistad. Nos conduce a nuestra habitación, donde espera una cama con una colcha que parece un jardín y una cómoda estrecha que huele a cedro. Hay una ventanita con un alféizar lo bastante profundo para la flota de Marco. Lo instalo con el valiente coche rojo y un cuenco de gajos de clementina, y él hace las paces de inmediato con nuestra nueva vida. Me lavo las manos, me recojo el pelo y me remango, porque a las cocinas no les importa tu historia personal. Les importa si respetas sus cuchillos.

La cocina de la villa es una estancia que sabe para qué sirve. Mesas largas. Un horno con una boca como la puerta de una iglesia. Ollas de cobre que han sido pulidas, golpeadas y queridas. El tipo de fregadero que te hace pensar en bautizos. Alguien me ha dejado espacio en la mesa del fondo y una pila de paños recién planchados que me dan ganas de llorar sin motivo alguno. Alineo mis cuchillos. Respiro hondo una vez, un aire que sabe a piedra y a calor.

Empiezo con los cítricos porque los cítricos despiertan una habitación. Pongo una caja junto a la mesa de preparación y me llevo una naranja sanguina a la nariz. Huele al tipo correcto de invierno. Saco un microplano de mi bolsa y los primeros rizos de ralladura caen como nieve roja. Le enseño a Gabriella cómo apilar las bandejas para que el aire circule y cómo guardar las pieles para los aceites. Me observa como si antes cocinara y lo echara de menos.

—¿A qué hora comen? —pregunto.

—Tarde —dice—. Hablan. Hacen brindis. Serán más de las nueve antes de que alguien tenga hambre de verdad, y entonces tendrán muchísima hambre de repente.

—Bien —digo—. Me gusta el apetito honesto.

Pongo las anchoas a remojo. Salo las gambas y las dejo en un colador para que se limpien y se endulcen. Corto los cuerpos de los calamares en cintas y les hago un ligero corte para que se enrosquen como si quisieran complacerte. Dejo las almejas en agua con sal hasta que escupen arena y buenos modales. Huelo el baccalà y decido que el proveedor de la villa ha hecho un buen trabajo. Aun así, le daré un último baño largo.

Estoy desenvolviendo la segunda caja de limones cuando el aire cambia. Vives con una persona el tiempo suficiente y aprendes su clima. Incluso después de años, la presión en la habitación cambia y sabes que se acerca una tormenta. Mantengo las manos en movimiento porque parar sería una confesión. Cojo otro limón. Paso el rallador por su piel en trazos limpios. Mi corazón inicia un redoble en mis costillas que no tiene nada que ver con el trabajo. Unos pasos cruzan el umbral detrás de mí y se detienen. Son pasos tranquilos, medidos sin la teatralidad que los hombres usan cuando quieren que las habitaciones se fijen en ellos. Mantengo la vista en mis manos. La ralladura se amontona en suaves rizos de oro rojizo. Mis nudillos rozan la piel y se impregnan de su fragancia. Las ollas de cobre en la pared del fondo me muestran la mancha alargada de una figura donde debería haber piedra. —Sigues cocinando con limón, por lo que veo —dice, con la voz que me he dicho mil veces que había inventado y mil veces que sabía que no.

No me tiemblan los dedos. Ese es el milagro. Dejo el limón. Me doy la vuelta. El cuchillo está seguro en mi mano porque lo sujeto por el lomo y no por el filo. La cocina está tan silenciosa como una iglesia y tan ruidosa como un corazón. Dante está de pie justo en la entrada, con la mandíbula más marcada, la mirada más afilada, llevando un abrigo oscuro que no reconozco. El aposento se inclina a su alrededor como hacen los aposentos, como si hubiera sido construido hace años para dar sentido a esta forma exacta de pie aquí. Me mira como un hombre mide una distancia cuando la distancia tiene un nombre. Podría decir mil cosas. No puedo decir

ninguna de ellas. Así que digo la única que no me convierte en la persona que me prometí que no sería. —Es invierno —digo—. El limón ayuda.

7

DANTE

Villa Rosso, en la actualidad

Roma se te pega. Umbría te examina y decide si encajas. Villa Rosso descansa en una ladera como un gato viejo que ha aprendido a no acudir cuando lo llaman. La compré por sus cocinas y la línea de visión hacia todos los accesos. Me quedo por la tranquilidad, aunque esta nunca dure.

Está aquí.

Me he contado cien mentiras sobre lo que haría si volviera a verla. Sería sensato. Sería frío. Sería amable, que es otra forma de distancia. Cuatro años son suficientes para mellar una hoja. No embotan un recuerdo. Oigo su voz por el pasillo antes de doblar la esquina, y todas las habitaciones de Milán que dejé atrás se agolpan en un segundo y arden.

Me detengo en el umbral de la cocina porque los cocineros odian a los hombres que entran como si fueran los dueños de los fogones. El personal finge no darse cuenta de mi presencia. El buen personal siempre lo hace. Ella está de pie en la mesa del fondo, con el pelo recogido, las mangas remangadas, un limón en una mano y un rallador en la otra, purificando el aire. No ha cambiado en lo que

importa. Todavía se mueve como si tuviera un plan para los próximos tres pasos y uno de repuesto por si el suelo cediera.

—Veo que sigues cocinando con limón —digo.

Gira la cabeza. Tiene cuidado con el cuchillo, sujetándolo por el lomo, no por el filo. Así es Serena. Nunca malgasta un movimiento. Nunca malgasta una oportunidad de vivir.

—Es invierno —responde—. El limón ayuda.

Podría preguntarle cuándo empezó a tratar de tú al invierno. Podría preguntarle por qué no me ha llamado en cuatro años. En lugar de eso, le indico a Gabriella con un gesto que traiga el resto de las cajas y retrocedo. No me acerco más de lo que reflejan las sartenes de cobre. Primero hay un niño al que debo ver.

Lo encuentro en el patio con el perro del cuidador, que olvida que debe ser formal y renuncia a su dignidad por un corcho que le lanzan. El niño lanza mal y se ríe como si aun así contara. Lleva una mochila pequeña con un coche encajado de rueda en el bolsillo lateral. Le habla al perro como si esperara respuestas y no se decepciona cuando no las recibe. Frunce el ceño cuando el perro se niega a devolverle el corcho y ese gesto me golpea como un mal recuerdo: mi padre, a los ocho años, en fotos que nunca llegaron a enmarcarse porque no le gustaba su propia boca cuando estaba serio. El niño tiene mi boca cuando se pone serio.

—Marco —dice Gabriella detrás de mí, con suavidad, como si el niño pudiera asustarse—. Este es el *padrone*.

El niño se vuelve, me toma la medida, decide que no le sirvo. —Estoy jugando —me informa, que es el tipo de límite que respeto.

—Pues juega —digo—. Cuando termines, en la cocina hay un cuenco con tu nombre. A los coches cansados les gustan los radiadores. A los niños cansados, la sopa.

Se le ilumina la cara al oír la palabra «sopa», lo que me dice que Serena lo ha criado bien. Primero la comida. Todo lo demás, después. Corre de vuelta hacia el perro, que se ha comido el corcho y parece orgulloso.

Voy al estudio porque tiene una ventana que permite observar el patio sin ser visto. Harrison ya está allí, una sombra con un libro de contabilidad. No lo usa para el dinero. Lo usa para los nombres. Asiente una vez en dirección a la cocina, otra hacia el camino de entrada, una tercera hacia el cobertizo de las aceitunas donde instalamos una cámara la semana pasada después de que alguien que no debería conocer el camino encontrara la carretera secundaria.

—Tú no enviaste la invitación —dice.

—No. —Vuelvo a levantar el sobre, como si el papel pudiera revelar un secreto la segunda vez—. Sin marcar. Enviado por mensajero a una oficina que cerré hace tres años. Huellas dactilares limpias. Demasiado limpias—. Nuestro topo lo hizo.

—¿De dentro o de fuera?

—Para eso es la cumbre —digo, y ambos sabemos lo irónico que suena.

La cumbre es una cena de etiqueta y una pelea a navajazos en hojas de cálculo. Viejas familias, nuevos ricos, chicos perdidos con gemelos caros. Nos sentamos en una habitación y decimos «intereses» y «territorio» y «suministro» como si estuviéramos planeando una boda. Un matrimonio de conveniencia necesita un testigo, un bolígrafo y alguien dispuesto a correr si el vino se pica. Me marché de Milán porque las habitaciones de allí estaban llenas de fantasmas y de niñatos que querían ser hombres de la noche a la mañana. El aire de Umbría es puro, pero también escasea. Te quedas sin aliento más rápido si intentas hablar y mentir al mismo tiempo.

Observo a Serena a través del cristal. Coloca sus cuchillos en fila como soldados en formación y luego los ignora por un limón y sal. Prepara un aceite rápido con la ralladura, lo calienta, lo prueba con pan como una oración. Alimenta a gente que nunca la alimentó a ella. Sigue siendo lo más auténtico en cualquier habitación que compartimos.

—Sabías que estaba viva —dice Harrison.

—Sabía que estaba viva y bien —respondo. No añado con qué frecuencia lo comprobaba, cuánto pagaba por noticias que no decían nada, salvo que trabajaba, pagaba el alquiler, compraba demasiada fruta. Ninguno de los informes mencionaba a un niño.

—No sola —dice Harrison, en voz baja.

—No —digo, y la palabra sabe a confesión y a victoria a la vez.

No decimos el resto. No decimos que cuando vi la boca, el ceño fruncido, el coche en el bolsillo, hice los cálculos en un suspiro y sentí que el suelo se inclinaba. No decimos que merezco el cuchillo que la visión de ese niño me clava en las costillas. No decimos que un hombre como yo no recibe regalos como este sin que le pasen factura.

Me alejo de la ventana porque los hombres que observan demasiado tiempo hacen estupideces. Tengo una casa que proteger y una cumbre que organizar. Llamo a Rocco, que dirige el círculo exterior, y a Camilla, que se encarga de los teléfonos con manos demasiado limpias para que nadie se fije en ellas. Mantenemos nuestros cuadernos por separado. Rocco habla en metros y líneas de visión. Camilla habla en números que parecen listas de la compra y suenan de dos en dos.

—Tratad la cocina como una capilla —les digo—. Nadie entra sin una razón. Moved el primer círculo a la puerta y el segundo al olivar. Quiero la carretera junto a la almazara despejada y la cresta vigilada por alguien que sepa contar hasta diez antes de disparar.

Cerraremos la capilla y dejaremos la luz encendida. La gente piensa que los lugares vigilados son seguros.

Rocco asiente. —¿Espera invitados?

—Siempre espero invitados —digo, y no es ninguna broma.

Camilla sostiene dos teléfonos en bolsas transparentes. —Números nuevos. El suyo y el de Harrison. Dos toques para mí, tres para Rocco. Si oye un solo zumbido largo, es la cresta. Si no oye nada, es peor.

Somos eficientes. Esa es nuestra religión. De lo contrario, no duras mucho. Envío a Harrison a recorrer el perímetro porque los números lo calman. Escribo cartas que no enviaré y las guardo en un cajón porque el papel me calma cuando no puedo dormir. Me reúno con dos hombres de Orvieto que creen que entienden de vino e intentan enseñarme a sentarme. Firmo un albarán de entrega de pescado con un nombre que no uso. Me cambio de camisa porque el limón se impregna en la tela como un recuerdo y no quiero llevarlo a una habitación que más tarde olerá a aceite de armas.

Al anochecer, la cocina resplandece. La boca del horno es un pequeño sol. Serena trabaja sin mirar para ver si la estoy observando. Sala las gambas con una mano experta y las desliza en un aceite que canta lo justo. Comprueba si una almeja tiene arena y asiente para sí misma cuando está perfecta. Le enseña a Gabriella cómo sostener un cuchillo para que la muñeca no se rinda cuando le quedan cinco pescados más por racionar. Marco está apoyado en un taburete con un cuenco de sopa, tomándoselo en serio. Yo estoy de pie donde no se me puede ver y siento cómo la casa se asienta alrededor del sonido de las cucharas.

Los invitados llegan como lo hacen los invitados: educados, armados con sonrisas, listos para hacer promesas que no cumplirán. Los recibo en la puerta con la chaqueta abierta y las manos vacías, e intercambiamos nuestros abrigos y mentiras como gente civilizada. El viejo Corsi me besa en las mejillas y huele a una colonia hecha

para hombres que nunca han usado una pala. Su heredero está detrás de él con una mandíbula que dice que podría ser útil si alguien le enseña la diferencia entre un plan y un deseo. Rinaldi no viene. Envía una botella de algo más viejo que mi abuelo y una tarjeta que dice *Cordialmente* con una letra que ha escrito otra persona.

Comenzamos el baile. Estas noches tienen un orden si sabes dónde pisar. Sientas a los ruidosos donde el ruido de la cocina tapa las bravuconadas y a los silenciosos donde puedan oírte. Das a los hambrientos su comida primero y a los codiciosos su segundo plato al final. Dejas que los hombres hablen de barcos en los que no navegan. Dejas que las mujeres te tomen la medida y decidan si vales las calorías. Los guío durante los dos primeros platos, dejo que el vino haga parte del trabajo y regreso al estudio entre plato y plato para observar el patio.

Marco se queda dormido en el sofá de la biblioteca después del postre. Ha intentado resistirse. Se ha metido un cochecito bajo el muslo como un salvavidas y ha llegado hasta la última cucharada de crema celestial antes de que sus ojos olvidaran cómo mantenerse abiertos. Duerme como dormía Serena cuando creía que el techo aguantaría, profundamente y lista para echar a correr. Serena le pone su chal por encima y le coloca el coche en el hueco del brazo sin despertarlo. Mis manos necesitan algo que hacer, así que me sirvo un vaso de agua que no me bebo.

El topo come a pequeños bocados. Así es como se vive dentro de los muros. Lo veo en la línea que faltaba en el albarán, en el parpadeo de la cámara exterior cuando no soplaba el viento, en el sobre impecable con la invitación que bien podría haber sido un desafío. Alguien dentro de estos círculos quiere ruido. Alguien quiere mi atención en la puerta equivocada. Esta noche, pueden tener mi atención y morirse de hambre.

Entre platos, la conversación se inclina hacia los negocios porque siempre es así. Les doy tanto como merecen y tan poco como

puedan usar como arma. Discutimos sobre muelles y rutas con palabras que no sonarán a delito si se repiten. Hablamos de una huelga portuaria a dos provincias de distancia que obligará a los camiones a moverse de noche durante una semana. Hablamos de un magistrado que ha decidido que quiere ser famoso y de cómo la fama siempre vuelve descuidado a un hombre. Mantengo una sonrisa que dice que ya he pagado por la solución y que, además, ha sido más barata de lo previsto.

Durante el tercer plato, mi teléfono vibra dos veces. La cresta. Un coche en la carretera, lento y teatral. Esperando público. Harrison no se mueve. Yo no me muevo. Camilla se desliza por el pasillo con una expresión que dice que preparará una cafetera de todas formas. El coche se detiene en la puerta el tiempo suficiente para que la cámara capte una cara. La cara pertenece a un hombre que hace trabajos para gente a la que no le gusta que lo vean a la luz del día. Camilla envía su nombre a mi pantalla en el código que acordamos hace años, un pescado que nunca servimos. Le devuelvo el nombre de una herramienta, y el coche continúa más allá de la puerta porque, a veces, lo correcto es hacer que un hombre sienta que se ha perdido de verdad.

Cuando retiran los platos, dejo a mis invitados con café y una caja de cigarrillos que fingen no querer. Encuentro mi estudio vacío y la biblioteca casi en silencio. Serena está sentada en el extremo del sofá, con una mano en el tobillo de Marco, de la misma forma en que las madres sujetan a sus hijos sin despertarlos. Observa el fuego como si pudiera decirle cómo vivir los próximos diez minutos. Me quedo en el umbral y los miro a los dos. Encajan en esta habitación. Ese es el problema.

—Pareces Roma —digo.

No se sobresalta. No se vuelve. —¿Es un cumplido?

—Significa que aprendiste a vivir con el ruido y a hacer que jugara a tu favor —digo—. Significa que sobreviviste.

Su boca se tensa por un instante. —Hice lo obvio —dice—. Me fui.

—No me lo dijiste —digo, y la verdad de cuánto dolió aquello llega tarde, pero con fuerza.

—Tú no hiciste que fuera fácil decírtelo —responde, y tiene razón.

Nos quedamos en silencio un momento porque hay un niño durmiendo entre nosotros y porque las cosas que podríamos decir solo servirían para despertarlo. Le acaricia el tobillo una vez, ausente, como si contara.

—¿Quién me invitó? —pregunta.

—Alguien que me quiere distraído —digo—. Alguien que te ha vigilado más que yo, y eso ya es mucho decir.

—Siempre has tenido sombras.

—Tengo menos que antes —digo—. Prefiero las líneas de visión y las cerraduras honestas.

—¿Y esta casa? —Lanza una mirada a las estanterías, los mapas antiguos, el pesado escritorio donde firmo cosas que importan—. ¿Puedes mantenerla a salvo?

—Puedo mantener la mayoría de las cosas a salvo durante un tiempo —digo—. No puedo mantenerte a salvo a ti si no quieres que lo haga.

Se ríe una vez, una risa breve y cansada. —Eso no funciona así.

—Lo sé —digo, y es verdad.

Permanecemos así mucho tiempo, con el fuego consumiéndose y la noche escuchando. Quiero preguntar por los meses que no tuve, las primeras palabras que no oí, las rodillas raspadas que no curé. Quiero decir que te busqué y me detuve justo antes de llamar porque no creía merecer que me abrieras la puerta. Quiero preguntarle si al niño le gusta el mar o si finge que le gusta porque

a ella sí. Quiero decir que lo siento por todo y por nada, porque ambas cosas serían ciertas y ambas serían baratas.

Harrison aparece en el otro extremo del pasillo como un pensamiento que ya estabas teniendo. Me dirige una mirada que dice que la cresta está en calma, la cámara reiniciada, el mundo exterior puede esperar una hora más. Asiento. Él desaparece.

Entro en la habitación. Mi voz es baja porque debe serlo. —¿Sabe quién soy?

8

SERENA

—¿Sabe quién soy? —pregunta Dante.

—No —digo, manteniendo la voz baja para no despertar a Marco—. No se lo he dicho.

Dante se queda en el umbral, con una mano en el marco como si estuviera anclando la casa. El fuego crepita con un suave chasquido. El coche de juguete de Marco sigue pegado a su costado. Subo el chal por encima del hombro de mi hijo y dejo la mano ahí un segundo más. Luego me obligo a levantar la vista.

—Pregunta por qué no tiene papá —digo—. Le digo que me tiene a mí. No es la respuesta que quiere, pero es con la que puedo vivir por ahora. —Tomo una bocanada de aire que no siento que me llegue al fondo de los pulmones—. Sé que eso te cuesta. Lo siento. Eres su padre. Verlo así debe de ser duro.

—Duro y fácil —dice—. Parece que duerme bien.

—Sí, duerme bien. —Me alejo del sofá para que las palabras no caigan sobre Marco—. Necesito que esté protegido. Esa es mi primera y última condición para todo. No voy a cargar cuatro años

de respuestas sobre sus hombros a menos que tenga una razón que pueda defender.

—Crees que no puedo ser un padre —dice, y suena como una prueba.

—Creo que serías uno bueno —digo, y admitirlo me rompe algo en el pecho—. Le enseñarías a mirar a la gente a los ojos y a hacer las preguntas correctas. Le harías probar la salsa antes de echarle sal. No dejarías que le tuviera miedo a la oscuridad. Pero tu vida también enseña otras lecciones. No sé si debería aprenderlas. Y no sé si tienes el tipo de tiempo que un padre necesita.

Me estudia sin parpadear. La línea de su mandíbula se relaja medio grado. —No insistiré —dice—. No esta noche.

—Gracias —digo, y lo digo de verdad.

La casa cambia un instante antes de que las voces nos lleguen. Los Moretti llegan como una marea: trajes, perlas, suelas rojas cruzando la piedra antigua, risas suaves que esconden los dientes. En algún lugar del pasillo un camarero dice «*permesso*» y una puerta no se cierra del todo. Villa Rosso se ajusta, como hacen los edificios antiguos cuando recuerdan para qué fueron construidos.

—Tengo que trabajar —dice, desviando la mirada hacia el sonido y luego de vuelta a mí, como si se asegurara de que no me he movido.

—Estaré en la cocina —le digo—. Donde debo estar.

Harrison aparece al final del pasillo con un libro de contabilidad bajo el brazo y una mirada que conlleva una lista. Dante responde con el más leve asentimiento, y los dos vuelven a sus papeles. Le meto el chal a Marco por debajo de la barbilla y le susurro que estaré cerca. No se mueve. Salgo de la biblioteca y me adentro en el bullicio.

La cocina respira calor y propósito. El cobre refleja la luz del fuego. Los cuchillos relucen sobre las tablas. El vapor se enrosca sobre el

fregadero como una costumbre. Me lavo las manos, me ato el pelo y me sumo a un ritmo que no me exige mentir. Aceite de cítricos para el acabado. Almejas purgando en agua salada. Baccalà ablandado hasta la seda con muñeca firme y paciencia. El lavavajillas tararea una melodía que casi reconozco. Los camareros entran y salen en parejas, sus bandejas flotando niveladas, sus pasos respetuosos con las líneas invisibles que mantienen viva una sala.

Mi nombre resuena desde el comedor en voces en las que no confío. La chef de la trufa de cítricos. La romana que acertó con la lubina. La que trabaja con limpieza. Mantengo la cabeza gacha, probando y salando y palpando los pequeños traspiés que se convierten en problemas si no los pillas a tiempo. Una sartén se calienta demasiado. La retiro del fuego y dejo que se calme. Una salsa sabe sosa. Añado un soplo de limón y se yergue. Este es un idioma que hablo sin pensar.

Marco aparece en el umbral con dos miembros del personal a una distancia prudencial, azúcar glas en la mejilla, un dulce en la mano y las noticias en la punta de la lengua. —La fuente es mi castillo —declara—. Y el perro ha eructado.

—No más sopa para el perro —le digo, limpiándole los dedos—. Busca a Gabriella. Enséñale dónde duermen los coches valientes.

Hace un saludo militar que hace sonreír a los dos camareros, y luego se marcha hacia el pasillo, con los pequeños hombros erguidos, ya seguro de que la casa le escuchará si habla con claridad. Cree que esto son unas vacaciones. Quiero eso para él. También quiero una puerta para la que solo yo tenga la llave.

Enviamos el siguiente plato. El calor entra y sale. El estrépito se calma. Alguien al otro lado grita «*complimenti*» como si no le costara nada. Respiro una vez y miro la lista pegada a la pared, no porque haya olvidado algo, sino porque mirar el orden me baja las pulsaciones.

La puerta de servicio se abre y un hombre que no conozco cruza al lado equivocado del pase. Lleva un traje entallado del color de un buen café y una sonrisa que espera que los sirvientes se aparten a su paso. No se mueve como el personal. Se mueve como si las habitaciones se apartaran para él.

—*Scusi* —dice como si estuviera en su casa—. Es usted la chef. La del limón.

—¿Qué desea, *Signore*? —digo sin dejar de mover las manos—. Las peticiones especiales se hacen a través de los camareros.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Dante? —pregunta. Pronuncia «Dante» como si fuera un nombre de pila y una amenaza.

—Esta noche —digo—. Quizá mañana, si no quemo el sitio hasta los cimientos.

Se ríe, demasiado alto para esta sala. —¿Confía en usted para una noche importante después de solo un día?

—Confía en la comida —digo—. Y en Gabriella. Ella podría llevar el timón de un barco en plena tormenta.

—¿Cómo de bien conoce a su personal? —dice, con voz relajada y ojos atentos.

—Lo suficiente para saber dónde están las toallas —digo. Levanto la mirada hacia su cara, firme—. Lo suficiente para saber en qué lado de esta puerta no deberían estar los invitados.

Me sopesa con la mirada, se guarda algo invisible en el bolsillo y retrocede. No se molesta en cerrar la puerta. La cierro con la cadera y siento un cosquilleo recorrer mis brazos como una corriente de aire que no viene de los hornos.

Emplato, envío, me limpio las manos y camino hacia la antesala de la biblioteca. Dante está de pie con Harrison. Ninguno de los dos finge una conversación trivial. Ambos levantan la vista cuando entro.

—Uno de los primos de Moretti ha entrado en la cocina —digo—. Traje bonito. Voz educada. Las preguntas equivocadas. Cuánto tiempo llevo trabajando para usted. Cómo de bien conozco a su personal.

El rostro de Dante no cambia, pero algo detrás de él se agudiza. Mira a Harrison, que inclina el libro de contabilidad una fracción, como una manecilla de reloj que se mueve de las :28 a las :29.

—No debería haber estado en mi lado de la puerta —añado.

—Eso no ha sido casual —dice Dante. No me da las gracias. Coloca piezas que yo no puedo ver—. Estáis más seguros aquí que en la carretera. Están tanteando los límites.

—Poniéndome a prueba a mí —digo.

Me mira a los ojos y no aparta la vista. —Saben que me importas —dice—. Ese es el peligro.

Algo tenso tira y luego se suelta. Asiento una vez. —Entonces, haremos que su prueba sea aburrida. Volveré a los fogones, mantendré el pase bajo control. Tú vigila tus puertas. Terminamos el festín y se irán hablando de almejas.

Su boca se curva en el amago de una sonrisa que no planeaba gastar. Harrison ya se ha ido, el libro de contabilidad bajo su brazo moviéndose sin hacer ruido.

Vuelvo a la cocina y ato todos los cabos. Nadie pasa sin una bandeja o una toalla. Una camarera va a coger la pila de platos equivocada y le guío la mano a la correcta. El aceite está listo antes que la sartén, así que levanto la sartén, no el aceite. Las almejas entran cuando el ajo está a un suspiro de dorarse, no más allá. El vino sisea y el vapor huele a hogar, si el hogar fuera una cocina que cumpliera sus promesas.

Entre platos, Marco se cuela de nuevo con un libro maltrecho del mercado sobre peces. Se sube a un taburete y observa cómo se

abren las conchas. —Las estrellas tienen frío —dice, serio—. Les he dado las buenas noches.

—Bien —digo, apoyando una mano en su hombro el tiempo justo para sentir su peso—. Eso las ayuda a dormir.

Asiente y come un trozo de pan como si fuera un trabajo que puede hacer bien. Gabriella ronda lo suficientemente cerca para ser útil y lo suficientemente lejos para dejar que se sienta orgulloso. Me dice «brava» con los labios cuando él no mira, y se me hace un nudo en la garganta por un segundo.

Termino la lubina con un hilo de aceite de cítricos y un espolvoreo de hojas de hinojo. Los platos salen en fila. Un instante después, vuelve una ola de sonido: aprobación, tenedores, el ritmo de la conversación que se rompe y se rehace en torno a la comida. Limpio, preparo de nuevo, empiezo el fritto misto. La masa está fría, el aceite caliente, las piezas pequeñas y rápidas. Ninguna tanda espera. Cualquier plato que se demore, muere. Nos movemos rápido, con limpieza, con constancia. Envío la crema de nata y espolvoreo azúcar glas sobre las últimas trufas. El lavavajillas vuelve a tararear una canción de amor, un poco más alto ahora que cree que no hay nadie importante en la sala.

Un vaso se rompe en algún lugar al otro lado y el tono de la sala cambia. El personal se mueve hacia el sonido sin pánico. Me acerco al umbral y observo cómo los Moretti se mueven en grupo, cómo los más jóvenes miran a los rostros más viejos antes de decidir cuánta preocupación mostrar. Dante está de pie cerca del arco, con la chaqueta abierta, las manos vacías, hablando con el viejo Corsi en un tono que mantiene un círculo de paz a su alrededor. No mira hacia mí, y así es como sé que ya ha contado cuántos pasos le llevaría llegar a esta puerta y quién llegaría primero.

El hombre que antes entró en la cocina pasa a la deriva con una copa que no se ha servido él mismo. Sus ojos se deslizan por los rostros como si buscara reflejos de una respuesta. Me ve y no lo demuestra. Ha aprendido a no mostrar mucho. Retrocedo hacia el

calor y termino la bandeja que acabará con la conversación durante cinco minutos y nos dará espacio.

Después de medianoche, los coches se alejan en el orden que el dinero y la cautela deciden. La villa exhala. El personal apila, limpia y desaparece por pasillos que huelen a jabón y a cobre. Cuento los cuchillos en sus fundas y etiqueto lo que se puede guardar. Envuelvo las cáscaras de limón para el aceite de la mañana. Cierro la puerta del horno con la cadera y pongo el piloto al mínimo.

De camino a la biblioteca, el pasillo capta un susurro y me lo envía. Dos hombres, en voz baja y rápida, acostumbrados a pasar desapercibidos.

—La cocinera ve demasiado —dice uno, divertido, como si fuera un chiste viejo.

—Entonces, asegúrate de que vea menos —responde el otro.

Sigo caminando porque detenerme sería una confesión. La biblioteca es un remanso de aire más cálido. El fuego se ha reducido a brasas. La lámpara del escritorio proyecta un círculo de luz constante. Marco duerme en el sofá, con la boca abierta, el coche todavía aparcado. Su pelo se riza en la nuca, donde el calor y el sueño lo humedecen.

Dante está de pie junto a la chimenea con la palma de la mano sobre la piedra, los ojos fijos en el resplandor. No se gira cuando entro. No es necesario. Sabe que soy yo.

—¿Problemas? —pregunta en voz baja.

—Todavía no —digo—. Pero están al fuego.

Mira a Marco y luego a mí. —Terminamos la noche —dice—. Luego decidiremos a quién no volver a invitar.

Asiento. Cruzo hasta el sofá y me siento en el extremo, lo suficientemente cerca para tocar el borde de la manta. Mi mano descansa ahí. Siento el calor de mi hijo a través de la lana y el peso de la elección que sigo tomando. Pienso en el hombre en el umbral

de la cocina y en el susurro en el pasillo y en la forma en que Dante dijo «peligro» como si estuviera nombrando a una persona que todos conocemos.

—Mañana —dice, como si hubiera oído la lista en mi cabeza—, tú cocinas. Él juega. Yo trabajo. No nos moveremos a menos que sea imprescindible.

—¿Y si es imprescindible? —pregunto.

—Entonces nos moveremos temprano —dice—. Antes de que nadie más se ponga los zapatos.

Lo dice como un plan y no como una amenaza. Miro su perfil y pienso en el padre que podría ser si habitaciones como esta no tuvieran puertas que se abren por el lado equivocado. Él sería el que se arrodilla para atar los zapatos para que el nudo aguante. Él sería el que le enseñe a nuestro hijo a decir «no» y a decirlo en serio. Él sería el que le muestre cómo devolver algo mejor de como lo encontró. Lo sé. Y saberlo duele.

Una tubería que se enfría hace un chasquido en la pared. La casa se asienta un poco más sobre sus cimientos. Fuera, un coche rueda sobre la grava y continúa sin detenerse. El perro del patio tose una vez y decide que la noche puede apañárselas sola. Arropo a Marco con el chal y me pongo de pie. Mi cuerpo pesa en los lugares correctos: espalda, hombros, manos. El buen peso de una cocina que ha terminado por hoy. El mal peso de ser vista por gente que colecciona información por deporte.

En la puerta, me detengo. —Dante —digo—. Si tu primo el de las preguntas vuelve mañana, no lo quiero en mi lado de la puerta.

—No es mi primo —dice—. Y no volverá.

—Vendrá otro —digo.

Asiente una vez. —Y se encontrará la puerta cerrada.

Lo dejo con las brasas y a mi hijo con la manta y recorro el pasillo de vuelta a la pequeña habitación que huele a cedro y a sábanas limpias. Me lavo las manos en el lavabo aunque ya están limpias. Observo el agua correr, transparente. Preparo ropa para la mañana que huele a harina y a limón. Me envío un mensaje con una lista —*baccalà, almejas, masa de hojaldre, hielo, más toallas*— y añado una cosa que no puedo comprar.

Sé aburrida. Sé invisible.

El viento se levanta fuera y apoya una palma en la ventana como un amigo que comprueba si estoy despierta. Me meto en la cama y escucho la casa respirar y pienso en las dos voces del pasillo, tan bajas como un susurro.

La cocinera ve demasiado.

Asegúrate de que vea menos.

9

SERENA

—La cocinera ve demasiado.

—Asegúrate de que vea menos.

Las palabras siguen en mi cabeza cuando me despierto. Flotan antes de que lo haga la luz del sol, antes de que los radiadores crujan, antes de que los piececitos de Marco pisen el suelo frío y lo lleven hasta mi cama para que pueda susurrar: «Mamá, el castillo nos llama». Se refiere a la fuente. Se refiere al patio donde el perro ha decidido que debemos estar.

Nos visto a los dos con varias capas de ropa de abrigo y bajo con él. El aire del exterior es fino y limpio. Huele a piedra mojada y a olivas. Dos guardias mantienen la distancia en el borde del patio, con las manos en los abrigos, fingiendo que la mañana nos pertenece solo a nosotros. Yo dejo que así sea, porque Marco corre con esa alegría abierta y seria que le entra cuando decide que un lugar es suyo. Se sube al murete y abre los brazos para saludar al agua. La fuente le devuelve la luz como si fueran aplausos.

—¿Podemos explorar? —pregunta, dando saltitos.

—Podemos, siempre que seamos respetuosos con las habitaciones antiguas —digo, cogiéndole la mano—. Las habitaciones antiguas lo recuerdan todo.

Empezamos por el largo corredor este. Es él quien encuentra el pasillo pintado con santos sicilianos: los rostros son sencillos y amables, con las manos levantadas en señal de bendición o de advertencia, las túnicas bordeadas de símbolos que parecen hojas de limonero y pececillos. Marco se detiene ante cada uno y saluda como si tuviera todo el día. Un empleado que pasa con ropa de cama se detiene a mirarnos, luego sonríe y sigue su camino. Los santos siguen observando. Cuento los nichos entre los cuadros, los extraños huecos donde podría haber habido una puerta.

Giramos a la izquierda y el sonido de nuestros pasos cambia —de baldosa a madera—, conduciéndonos a una sala llena de gramófonos que parecen flores de latón. Algunos están pulidos, otros están quietos. Uno verde descansa sobre una mesa baja con una pila de discos al lado. Marco saca un disco a medias de su funda y se queda helado, observándome a la espera de una norma que aún no he enunciado.

—Primero pregunta —le digo—. Luego escucharemos una canción.

Le pregunta al aire vacío con ambas manos levantadas como si estuviera atrapando una pelota. Miro a mi alrededor en busca de personal. Nadie responde, así que coloco con cuidado el disco en el plato. La manivela del gramófono está oculta bajo un panel abatible. Gira con un pequeño y cansado quejido, luego la aguja encuentra el surco y una voz de tenor emerge del polvo, suave y segura. Marco se ríe como si la música fuera un truco y yo doy una palmada para que sepa que está permitido que sea maravillosa. Escuchamos la mitad de la canción, y entonces retiro la aguja con cuidado para que el disco duerma. Los guardias que hay fuera de la puerta tienen la cabeza inclinada hacia dentro, pero fingen no haber oído nada.

Más adelante, tras una puerta estrecha que se atasca antes de ceder, hay una despensa del tamaño de un pequeño andén de tren.

Hay estanterías que llegan hasta el techo. Cajones que recubren las paredes como las teclas de un órgano. Marco abre uno y se queda boquiabierto. Dentro, los cubiertos están dispuestos en terciopelo: tenedores de púas finas, cuchillos con mango de hueso, cucharas con cierto peso. Iniciales grabadas. Un juego pintado con limones diminutos que le hace gritar: «¡Para nosotros!».

—Preguntaremos —digo, pero ya veo el lugar en la larga mesa donde brillaría una cuchara con mango de limón.

Mientras él se asegura de que cada cajón se deslice y cada lecho de terciopelo guarde su tesoro, yo recorro los bordes. Hay una junta en el revestimiento de madera que no encaja bien. Una rejilla de ventilación que da a una habitación que no debería estar aquí. Un timbre de servicio que da a una pared y no a una puerta. Pruebo una sección de estanterías con la palma de la mano y siento un hueco detrás. No es un truco de la madera vieja: es espacio donde no debería haberlo.

—¿Una puerta secreta? —susurra Marco, con los ojos como platos, poniéndose de puntillas para presionar también el panel.

—Quizá —digo—. Esta es una casa antigua. Se construyó para que las cosas se movieran sin ser vistas.

Sonríe como si le hubiera contado un cuento de hadas. Tira de mí hacia una estrecha escalera encajonada en la esquina. Está pensada para pies que no quieren ser oídos. Subimos hasta la mitad y encontramos un rellano que se bifurca en dos direcciones. El pasadizo de la derecha desciende hacia las cocinas. El de la izquierda serpentea bajo el salón principal. Túneles de servicio. Pasadizos de despensa. Una ruta silenciosa de los fogones a la mesa. El tipo de planificación que te permite dar de comer a una sala y escucharla al mismo tiempo.

—La aventura para más tarde —digo, porque los escalones son estrechos y la mañana no lo es—. Tenemos otro trabajo que hacer.

En la cocina, los hornos ya están zumbando. Siento a Marco en la profunda ventana con su libro de peces y un vaso de agua y ordeno mi día como una hilera de cuchillos. Bacaladilla para remojar y batir. Azafrán para que florezca. Ralladura de limón para amasar en una masa de pasta hasta que desaparezca y deje solo la ligereza. El festín es un mapa, pero perdona los desvíos si tratas cada parada con respeto.

Un hombre se apoya en la puerta de la cámara frigorífica como si la cámara se hubiera apoyado allí primero. Luca. Ahora lo recuerdo de otra noche. El garaje. La forma en que la cadena se soltó sin dramatismo. La forma en que el brazo de un hombre encontró una pared sin hacer ruido. Tiene un rostro hecho para bromear y unos ojos que no. Se lleva dos dedos a la frente como si estuviéramos en una calle soleada y no bajo luces fluorescentes.

—Usted otra vez —dice—. Chef. Le debo las gracias por las almejas de anoche. Hasta los santos del pasillo se chupaban los dedos.

—Los santos no se chupan los dedos —dice Marco desde la ventana, sin levantar la vista.

—Eso es porque los pintores siempre ponen la comida en el suelo —responde Luca con facilidad, girando el cuerpo lo suficiente para incluir a mi hijo sin apartar nunca los ojos de mí—. Dales un poco de *fritto* y las historias cambiarían.

—El *fritto* para más tarde —digo, porque la mirada de Luca hace que se me erice la piel—. Por ahora, necesito espacio.

Se lleva una palma al pecho. Ofendido o fingiendo estarlo. —El espacio es su reino. Yo solo estoy robando una bocanada de ajo. —Golpea la puerta de la cámara dos veces, suavemente, como una llamada que ha aprendido a ser educada—. Si necesita que le lleven algo, llámeme.

Se refiere a platos. También se refiere a problemas. Se escabulle sin llegar a irse del todo. Se detiene para decirle a Marco que el perro

responde a Pippo porque a alguien le pareció divertido ponerle a un chucho el nombre de un príncipe. Marco lo archiva como si fuera ley. Luca archiva el mapa de la sala en su mirada y entonces, por fin, se va.

Pongo el azafrán en infusión en un poco de caldo caliente hasta que exhala color. Bato aire en el bacalao con aceite para hacerlo ligero sin mentir. Amaso la ralladura de limón en la pasta hasta que la masa huele a planificación y la dejo reposar bajo un cuenco. Cuelgo una lista en el tablón y la voy completando a medida que la mañana lo pide. Hielo. Más toallas. Un buen cuchillo para la zona de repostería porque el del cajón tiene una rebaba.

Entre tarea y tarea, exploramos un poco más. La estrecha escalera tras el panel falso nos lleva a un rellano con un calentador estropeado y una ventana que da al viñedo inferior. Desde aquí puedo ver el ángulo de la verja y el punto ciego donde una persona podría situarse sin ser contada. Un guardia cruza, y luego vuelve a cruzar, lento y regular. El ritmo de la gente a la que se le paga para ir segundos por delante de las malas ideas. Me doy la vuelta y cuento los pasos hasta la cocina para saber cuánto tardaría si tuviera que correr.

Por la tarde, cuando la casa bosteza y hasta las habitaciones más ajetreadas se toman un respiro, Marco insiste en enseñarme su nueva puerta favorita. Es baja y pesada y está desgastada por donde las manos la han empujado durante cien años, con un ojo de la cerradura lo bastante grande como para tentar a los dedos pequeños.

—Vino —susurra, encantado, porque alguien le ha enseñado la palabra.

—Al vino le gusta dormir —digo, probando el pomo. No cede. El olor que se filtra por la rendija es frío y viejo y con un toque de roble. Pero hay otro olor debajo, que no es de vino en absoluto. Hierro, tenue, persistente. A la izquierda de la puerta, en una mesita auxiliar medio escondida bajo un estante, un abrecartas yace junto a un

trapo. Alguien usó el trapo con prisa y no lo tiró. Incluso después de un enjuague, la mancha conserva la forma de una mano.

Cojo el abrecartas. Es pesado, un poco romo, con la forma de una pequeña daga a la que le han dado un trabajo de oficina. El trapo ha sido escurrido con tanta fuerza que se ha deformado. Dejo ambas cosas exactamente donde estaban y me limpio las yemas de los dedos en el delantal con un cuidado que parece costumbre y se siente como una advertencia.

Marco se arrodilla para mirar por el ojo de la cerradura. —Deberíamos pedir la llave.

—Deberíamos preguntarle a Gabriella dónde está la llave —corrijo, más bajo—. Y luego deberíamos pensar si necesitamos lo que hay detrás de esa puerta o si hay que dejarlo en paz.

Asiente, solemne, como si le hubiera dado una regla que puede enseñarle al perro. Volvemos a la cocina y me lavo las manos dos veces para quitarme una sensación que no se va.

Al anochecer, la casa empieza a vestirse de nuevo con sus invitados. Menos que la noche anterior, círculos más cerrados, el tipo de conversación que se mantiene más cerca de la puerta incluso cuando sonríe. Pongo el risotto de azafrán a florecer, dejando que el caldo caiga en la sartén en cucharones medidos. Remuevo con mano firme hasta que el arroz pasa de estar duro a estar receptivo. Echo la sal hacia el final, no al principio, para que el grano sepa dónde detenerse. El color adquiere el amarillo intenso de la buena luz. Pruebo, y el calor me llega hasta el fondo.

Dante aparece en el umbral como si la sala lo hubiera elevado hasta allí. No entra en la cocina. Conoce el límite. Lleva la chaqueta abierta. Tiene las manos vacías. Saluda a Gabriella con la cabeza. Mira a Marco con una suavidad que no puede disimular. Luego me mira a mí.

—¿Se está divirtiendo? —pregunta, inclinando la barbilla hacia nuestro hijo en la ventana, ocupado dibujando «mapas» del viñedo con ceras.

—Cree que la fuente es un castillo —digo—. Quiere sopa para el perro. Ha descubierto unos cubiertos con limones y ha decidido que tenemos que usarlos en la cena.

—Las cucharas de limón son para los santos —dice, impávido.

—Entonces esta noche los santos pueden compartir.

Algo tira de la comisura de su boca y no se gasta. Observa mis manos mientras termino el risotto, los lentos círculos que hacen que los granos se pongan de acuerdo entre sí.

—¿Todavía le pone ralladura de limón a la masa de la pasta? —pregunta.

—Cuando la pide —digo—. Algunas masas se ponen celosas.

Asiente una vez. No hace las preguntas que flotan en el aire. Las sostiene como una cerilla que no encendería en una habitación llena de gas. Yo no le ayudo.

—¿Me habría dicho la verdad si me hubiera quedado? —pregunto en su lugar. La cuchara sigue moviéndose en mi mano. El risotto me pide que no pare.

—No —dice, y no finge suavizarlo. La palabra cae, rotunda, y se asienta entre nosotros sin deslizarse. Se oye un sonido a lo lejos en los pasillos —una puerta, una risa demasiado aguda, un tacón sobre la piedra— y la casa parece tomar una respiración superficial.

—Gracias —digo. No es un perdón. Es una marca dejada donde ambos podemos verla. Él sabe a qué me refiero.

Echa un vistazo más allá de mí, hacia la cámara frigorífica, a la pared del fondo, al estrecho pasadizo de servicio que corre detrás del fregadero y da a la despensa. Él también está trazando un mapa.

Siempre lo está. —Luca ha estado rondando —dice. No es una pregunta.

—Bromea demasiado y observa demasiado de cerca —respondo—. Conoce cada costura de esta sala. Y yo también.

—Bien —dice Dante—. Que siga así.

Emplatamos. Servimos. La sala del otro lado se abre y se cierra como una marea. El azafrán triunfa. El bacalao desaparece. Alguien dice «brava» con toda la cara y no solo con la boca. Sigo moviéndome. No dejo que la palabra «suave» se asiente donde no debe.

Luca vuelve a entrar casi al final del servicio para llevar dos bandejas porque los camareros están desbordados. Las levanta con una sonrisa y una pequeña reverencia que Marco imita. —Para los santos —dice en voz baja. A mí, al pasar, bajo el siseo de una sartén, me dice—: Si una puerta está cerrada con llave, chef, es por una razón.

—A veces, la razón es la puerta —digo.

—Esa es una buena razón —responde y se va con los platos antes de que el aceite termine de cantar.

Cuando sale el último plato, la cocina exhala. Aparto un cuenco pequeño para Marco, y otro para mí, porque no hay que fiarse de una cocinera que no prueba su propia comida. Él se sienta en la ventana y come como un hombre con un trabajo que hacer. Coge una cuchara de limón y me mira de reojo, esperando la regla. Yo asiento. Él sonríe a su cuenco.

Dante aparece de nuevo, más cerca esta vez. La cocina está más silenciosa. Las líneas han cambiado. Inclina la cabeza hacia el patio como si pidiera un minuto. Me seco las manos y le sigo bajo el arco. La noche está tan despejada que la oscuridad tiene profundidad. La fuente murmura. En algún lugar de la cresta lejana, un coche avanza un tramo sin faros, luego se corrige y finge que no lo ha hecho.

—Ha encontrado la puerta de la bodega —dice, como si fuera un hecho y no una prueba.

—He encontrado una puerta que huele a vino y a hierro —digo—, y un abrecartas con un trapo que no acaba de limpiarse.

No parece sorprendido. No parece satisfecho. —No la abra.

—Está cerrada con llave —digo—, y no he pedido la llave.

—Esa ha sido la elección correcta.

—¿Qué pasó ahí abajo? —pregunto.

—Negocios —dice—. Y un error.

—¿De quién?

—De alguien que no volverá a pisar nuestras estancias.

No es suficiente. Es todo lo que voy a conseguir. Dejo ir la pregunta porque quiero conservar la parte de la noche que nos queda.

—¿Qué necesita de mí? —pregunto.

—Su atención donde ya la tiene —dice—. Que mantenga a su hijo cerca. Que su nombre no aparezca en ninguna lista que pueda viajar. Si alguien le hace preguntas amistosas, no las responda. Si alguien le hace preguntas hostiles, busque a Harrison.

—Ya lo he hecho —digo.

—Lo sé —dice él.

Su teléfono vibra en su chaqueta. Lo mira, frunce el ceño una vez y contesta sin apartarse. —Accardi. —Escucha. Los músculos de su mandíbula se tensan uno a uno—. No —dice al teléfono, tajante. Luego más alto, con fuerza, lo suficientemente agudo como para cortar el aire—: Me da igual que sea su boda. Dile a Paolo que si no aparece mañana, enviaré a alguien a sacarlo de su propia tumba.

Ya está avanzando por el pasillo antes de que termine la última palabra, su voz se vuelve dura y distante mientras resuena en la piedra. La fuente sigue hablando como si hubiera estado aquí más tiempo que nuestras amenazas. Los guardias del extremo del patio se recolocan paso a paso, suavemente, como si no quisieran que la noche se diera cuenta.

Dentro de la cocina, las últimas sartenes sisean y se silencian. Marco levanta la vista de su cuenco y pregunta si a los santos les gusta el azafrán. Le digo que sí, porque esta noche, sí les gusta. Observo el pasillo por el que ha desaparecido Dante y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

10

SERENA

La noche se toma su tiempo para asentarse sobre Villa Rosso. Se desliza por los pasillos, saca brillo a la piedra, suaviza los contornos de las vides. Dentro, se apilan los últimos platos, tintinean las últimas copas y los últimos invitados se dirigen hacia sus coches con promesas educadas y miradas silenciosas. Acurruco a Marco en la cama grande de nuestra pequeña habitación con un biberón de leche tibia y un montón de cómics antiguos que hemos encontrado en la biblioteca: héroes enmascarados, efectos de sonido brillantes, páginas que huelen a polvo y a tinta. Me pregunta si el perro puede dormir en su castillo junto a la fuente. Le digo que el perro tiene patrulla nocturna. Él hace un saludo militar, se termina la leche y se queda dormido antes de que pueda doblar la manta dos veces.

Me lavo las manos en el pequeño lavabo —el azafrán y el limón todavía impregnan mi piel— y salgo al patio. La fuente murmura. Las vides contienen la respiración. Una brisa trae romero de algún lugar que aún no he encontrado. A lo lejos, la radio de un guardia susurra y chasquea, y luego enmudece. El cielo está lo bastante despejado como para mostrar cada estrella tacaña.

Me siento en una de las sillas de hierro y dejo que el frío haga su trabajo. Mis hombros y mis manos zumban por el día, las cucharas,

el calor, el bajo murmullo de una sala que decidió que le gustaba lo que había cocinado. Debajo de eso están la puerta cerrada de la bodega, el trapo que no había manera de limpiar, el hombre equivocado con las preguntas adecuadas. Y debajo de todo ello están los cuatro años que he cargado a solas.

Unos pasos atraviesan el arco. Son de Dante. Se mueve como si Villa Rosso se hubiese ajustado a su paso el mismo día de su construcción. Lleva un vaso pesado de amaro; la oscuridad atrapa la luz de la lámpara, y la naranja amarga y las hierbas me llegan un segundo antes que él. Las sombras parecen seguirlo de buen grado. El patio le hace sitio.

Deja el vaso en la baja mesa de piedra que hay entre nosotros y ocupa la otra silla. Las orientamos, casi la una hacia la otra, casi hacia la fuente. No hablamos. El silencio no está vacío. Es un espacio en el que entras con cuidado, como en una capilla cuando nadie mira.

Él observa el agua durante un rato y yo observo la comisura de sus labios. El problema de otra persona todavía está en su mandíbula. La llamada de antes no ha abandonado su rostro. «Me da igual que sea su boda». Esa voz aún vive en la piedra. Me imagino al hombre al otro lado y me alegro de no haber tenido que aprenderme nunca el calendario de Paolo.

Empuja el amaro por la mesa con la punta del dedo.

—Te entrará en calor —dice.

—Chocará con el limón —digo, pero doy un sorbo de todos modos. Lo amargo se desliza hacia lo dulce y luego se asienta. El patio se vuelve una pizca más suave.

Me estudia, no como una amenaza, sino como un hombre que mide un corte que no puede deshacer. Mantengo la vista en la fuente. El agua sigue haciendo lo que hace el agua. Los faros traseros de los

dos últimos invitados se emborronan sobre la grava y desaparecen en la cresta de la colina.

—Te quise —digo, porque la noche es sincera y porque no hay nadie aquí para pedirme que lo adorne—. Ni siquiera necesitabas ser bueno. Solo sincero.

No sonríe. No se inmuta. Coloca las manos sobre las rodillas, con las palmas abiertas, como hacen los hombres cuando quieren demostrar que no sostienen nada que pueda hacerte daño.

—Lo sé —dice—. Y no lo fui.

Durante un rato, escuchamos la pequeña vida del patio: el lento goteo del borde de la fuente, el chasquido seco de una salamanquesa que se mueve sobre la piedra cálida, el suspiro de tela de las vides cuando la brisa cambia de dirección. Es suficiente para quitarme el día de los hombros. Es suficiente para dejar entrar los recuerdos.

Me coge la muñeca sin mirarme, como si ya supiera dónde está. Su pulgar encuentra la cara interna, donde la piel es fina y el pulso es sincero. Traza la pequeña cicatriz en forma de media luna que llevo desde que una sartén de calamares salpicó demasiado alto y demasiado rápido en una cocina que no era la mía. La vio la semana que nos conocimos. La besó una vez como si pudiera quitarle el calor.

Me estremezco. No de dolor. El pasado resurge tan nítidamente que parece la primera vez. El olor a calamar a la plancha. Su risa en la elegante cocina que tenía más ventanas que armarios. El pescado que casi quemo, y lo que vino después. Creía que era un mundo completamente diferente. Él levanta la vista entonces y el patio se acerca un grado más.

—Serena.

—No —empiezo a decir, porque hay una parte de mí que no tiene margen para errores.

—Entonces, dime que pare —dice él.

No lo hago. El amaro calienta un camino que se une al rastro de limón y encuentra el lugar donde he estado conteniendo la respiración.

Se inclina. Su boca encuentra la mía como si tuviera unas indicaciones que escribió hace años y que guardó dobladas en un bolsillo. Su beso no es cuidadoso. No corteja. Reclama y pregunta al mismo tiempo, y yo se lo permito. La silla raspa el suelo. La mesa emite una leve queja de piedra. La fuente sigue contando los segundos. Me lleva la mano a la mandíbula, con el pulgar bajo la oreja, la forma en que siempre encontraba el punto de presión exacto que hace que el ruido de mi cabeza se disuelva. Saboreo las hierbas amargas y su calor y algo que he estado fingiendo que había olvidado.

Me aparto una pizca porque necesito aire y porque quiero verlo cuando digo:

—Esto no cambia nada.

—Cambia lo que haré si alguien vuelve a entrar en tu cocina —dice, demasiado sereno, y ahí está el hombre al que temen las habitaciones.

—No estoy pidiendo protección —digo, aunque ya la he cobrado al cruzar su puerta.

—La tienes de todos modos —dice él.

El perro —Pippo— se acerca al borde del patio, nos mira como si estuviéramos fallando en nuestro puesto y se enrosca bajo el banco con un suspiro. En algún lugar del interior, una tabla del suelo se queja y se calla. Los guardias mantienen su respetuosa distancia, sombras contra una sombra más oscura.

Me besa de nuevo y la parte de mí que vive de aliento y calor deja de luchar. Sabe a noche y a una discusión que piensa ganar. Mi

mano encuentra su hombro y luego su nuca, porque ahí es donde siempre me agarraba cuando el mundo se desmoronaba. Siento el cambio en él cuando mis dedos se deslizan por el pelo corto de su nuca. La silla es un estorbo para la cercanía que necesitamos.

Él se levanta primero, con una mano en la parte baja de mi espalda y la otra cogiéndome la muñeca como si me tomara un pulso que piensa quedarse. La mesa de piedra detrás de mí está fría contra mis muslos cuando choco con ella. Esta vez no pregunta. Me levanta sobre la losa en un solo movimiento fluido, y el aire se me escapa del cuerpo con un sonido pequeño y desprotegido mientras sus manos se deslizan por mis muslos.

11

DANTE

La piedra está fría bajo sus muslos cuando la siento en la mesa, pero su piel arde tanto que ni lo nota. Se supone que la noche es tranquila —guardias en la cresta, Harrison haciendo sus rondas, Camilla con sus teléfonos—, pero nada de eso importa ahora mismo. Lo que importa es la respiración entrecortada de Serena cuando le subo las manos por los muslos y siento el calor que me espera bajo la tela vaquera.

No me dice que pare. Ni siquiera aparta la mirada. Me sostiene la mirada como si me retara a demostrar que cuatro años de silencio no han hecho que olvide su cuerpo.

Le agarro las corvas y se las separo, colocándome entre ellas. Mis labios se deslizan desde su mandíbula por la línea de su garganta. Se estremece, echando la cabeza hacia atrás, y yo me aprovecho: muerdo lo justo para que ahogue un grito y luego lo calmo con la lengua. Mi mano se desliza bajo su camiseta, encontrando piel desnuda, recorriendo sus costillas, mi pulgar rozando el borde de su sujetador hasta que se le entrecorta el aliento.

—Sabes igual —gruño contra su garganta—. A limón y fuego.

—Siempre has hablado demasiado —murmura, pero sus dedos se enredan en mi pelo, atrayéndome hacia ella.

Le subo la camiseta centímetro a centímetro, besando cada franja de piel nueva que queda al descubierto. Su vientre se contrae cuando mi lengua rodea su ombligo, sus muslos tiemblan alrededor de mis caderas. Huele a cítricos, a calor y a deseo. Cuando la beso a través del encaje del sujetador, sus uñas se clavan en mi cuero cabelludo, lo suficientemente afiladas como para que acoja el dolor con gusto. Se arquea contra mí, descarada, susurrando:

—Más.

—Paciencia —le digo, aunque la mía ya se ha agotado. Le bajo el encaje y succiono su pezón, mordiendo lo justo para oírla pronunciar mi nombre con voz ahogada. Ahueco el otro pecho con brusquedad, mi pulgar gira sobre el duro capullo hasta que se retuerce.

Sus vaqueros me estorban. Desabrocho el botón con una mano, manteniendo mi boca sobre ella, bajando la cremallera lentamente solo para oírla maldecir. Levanta las caderas y le bajo los vaqueros, mis dedos tropezando con un encaje húmedo. Su coño ya está tan húmedo que mancha mis nudillos a través de la fina tela cuando presiono.

—Joder, Dante —jadea, sus caderas meciéndose contra mi mano.

—Dilo otra vez —ordeno, apartando el encaje para sentir su piel desnuda. Mis dedos acarician la húmeda hendidura, separando sus pliegues, rodeando su clítoris hasta que tiembla—. Di mi nombre cuando te toque.

—Dante —gime, esta vez con más intensidad, echando la cabeza hacia atrás mientras le meto un dedo y luego otro. Sus paredes se contraen a mi alrededor, codiciosas, calientes, aceptando todo lo que le doy. La follo con los dedos, profundo y constante, curvándolos justo como es debido, mientras mi boca reclama su pecho, su garganta, su boca de nuevo cuando me atrae hacia arriba.

Besa como si estuviera hambrienta. Húmeda, desesperada, mordiéndome el labio inferior hasta que gimo en su boca. Sus muslos se cierran alrededor de mis caderas, atrayéndome más cerca, restregándose contra mi mano hasta que jadea en mi boca.

—Ya estás temblando por mí —murmuro contra sus labios—. Recuerdas cómo te hacía correrte. No finjas que lo has olvidado.

Su respuesta es un gemido lastimero, sus caderas sacudiéndose mientras acaricio su clítoris con el pulgar con más fuerza, más rápido, mis dedos hundiéndose en ella. Rompe el beso, jadeando contra mi mejilla.

—No pares. Por favor, no pares.

No lo hago. Curvo los dedos más adentro, presiono mi pulgar con más fuerza y la observo deshacerse sobre la mesa de piedra bajo las estrellas. Primero, su cuerpo se pone rígido: las caderas arqueadas, las uñas clavadas en mis hombros. Luego llega el sonido, agudo y crudo, mi nombre derramándose de su boca como si lo estuviera confesando. Se aprieta alrededor de mis dedos, estremeciéndose con fuerza, su calor húmedo palpitando contra mi mano. Sigo trabajando su clítoris, implacable, hasta que tiembla y jadea, su orgasmo desgarrándola mientras le muerdo la garganta para no perder yo también el control.

—Joder —resuella, con la voz quebrada. Sus muslos tiemblan, su jugo gotea por mi mano, y solo aflojo cuando gime por la sensibilidad.

Saco los dedos lentamente, resbaladizos y brillantes, y me los llevo a la boca. Me los limpio con la lengua delante de ella, gruñendo en voz baja.

—Sigues sabiendo tan dulce.

Sus ojos relampaguean ante eso —mitad furia, mitad hambre— y antes de que pueda decir otra palabra, me agarra del cinturón y tira de mí.

—Mi turno —dice, con voz áspera, sus labios ya en mi estómago.

—Serena…

No me deja terminar. Cae de rodillas en el patio, la piedra hiriéndola, pero no lo suficiente como para detenerla. Sus dedos se deshacen rápidamente de mi cinturón, tirando de él para soltarlo, bajándome la cremallera con el tipo de impaciencia que no deja espacio para pensar. Mi polla se libera, ya dura, palpitante, el aire fresco de la noche la golpea antes de que lo haga su cálida mano.

—Joder… —La palabra sale de mi boca con un gruñido mientras sus dedos me rodean, acariciándome una, dos veces, de forma lenta y deliberada. Sus ojos se alzan de golpe y se encuentran con los míos, retándome a apartar la mirada. No lo hago. No podría aunque lo intentara.

Primero lame la punta, saboreándome como si quisiera que supiera que ahora es ella la que manda. Su lengua se arremolina, juguetona, y luego se desliza por toda mi longitud en una caricia lenta que hace que mis rodillas amenacen con doblarse. Se aparta con una sucia sonrisita, con los labios relucientes.

—Echaba de menos esto —susurra, antes de metérmela hasta el fondo en la boca.

—Joder, Serena… —Mi mano se cierra en su pelo, no para guiarla, solo para aferrarme. Su boca es caliente, húmeda, codiciosa, succionándome hasta que la punta golpea el fondo de su garganta y gimo tan alto que probablemente los guardias al borde del patio me han oído. Ella gime a mi alrededor, la vibración recorriéndome la polla como una descarga eléctrica.

Me trabaja con la boca como si recordara todas las formas en las que me encanta: hundiendo las mejillas, la lengua acariciando por debajo, retirándose lentamente para que el aire golpee la humedad que ha dejado sobre mí antes de hundirse de nuevo, más profundo. Mis caderas se sacuden, traicionándome, y ella tararea como si le

gustara, su mano libre ahuecándome los cojones, apretando lo justo para hacerme maldecir su nombre.

—Intentas matarme —gruño, con la voz rota, viendo cómo mi polla desaparece entre sus labios.

Se aparta, se limpia la boca con el dorso de la mano, los ojos ardiendo mientras me mira.

—No. Solo intento recordártelo. —Entonces vuelve a metérmela, más fuerte, más rápido, hasta que apenas puedo respirar.

Me agarro al borde de la mesa de piedra que tengo detrás, luchando por mantener el control, porque si sigue así, me correré en su garganta antes de que la haya vuelto a poner en la mesa. Y eso no lo voy a permitir.

Su boca es el infierno y el cielo a la vez. Calor húmedo, succión perfecta, su lengua acariciando la parte inferior de mi polla hasta que cada músculo de mi cuerpo se tensa. Le agarro el pelo, no para forzarla, solo para aferrarme, porque si la suelto, podría perder el control aquí mismo, bajo las estrellas. Gime a mi alrededor como si saboreara cada espasmo, cada pulsación, el sonido vibrando a través de mí hasta que pronuncio su nombre con voz ahogada como una plegaria.

—Serena, joder… —Se me quiebra la voz. Estoy cerca, demasiado cerca, y ella lo sabe. Su ritmo se acelera, sus mejillas se hunden, la saliva le corre por la barbilla mientras me la mete tan profundo como puede, con una arcada y luego otra a propósito. Mis caderas se sacuden, traicionándome, y ella gime victoriosa.

Estoy a segundos de correrme en su garganta, pero esto no acaba así. No esta noche. No con ella aquí de nuevo, abierta para mí en la mesa de piedra bajo el cielo. Le echo la cabeza hacia atrás, mi polla se desliza de sus labios con un sonido húmedo y sucio. Ella jadea, la saliva brillándole en la barbilla, los ojos abiertos, furiosos y preciosos.

—Oh, no —gruño, poniéndola de pie y aplastando mi boca contra la suya. Saboreo mi propio sabor en su lengua, amargo y crudo, y solo me pone más duro. Mis manos le agarran el culo, subiéndola de nuevo a la mesa, donde debe estar—. No voy a acabar en tu boca esta noche. Vas a recibir cada centímetro de mí donde ya estás chorreando por ello.

Me araña la camisa, abriéndola de un tirón, los botones saltando por la piedra, y entonces me devuelve el beso, desordenado, mordiendo, restregando su coño empapado contra mi polla mientras presiono contra ella. El fino encaje ya no es nada. Lo aparto, arrastro la punta de mi polla por sus pliegues húmedos, cubriéndome de su calor hasta que ambos temblamos.

—Dante —jadea, agarrándose a mis hombros, separando más las piernas para mí, retándome.

Me coloco, empujando contra su entrada, la punta apenas abriéndose paso, caliente, apretada y perfecta. Hago una pausa, porque necesito ver su cara cuando me hunda dentro.

—Dilo —grazno—. Dime que lo quieres.

Sus ojos arden en los míos, su voz quebrada por la necesidad.

—Lo quiero. Te quiero dentro de mí. Ahora.

En el segundo en que me hundo en ella, todo lo demás —los guardias en la cresta, los susurros en el pasillo, la puta cumbre— deja de existir. Solo está ella. Su cuerpo me acoge como si me recordara, caliente y apretado, estirándose a mi alrededor centímetro a centímetro hasta que estoy completamente dentro de ella. Mi polla late, los nervios gritan, cada pulsación corresponde a la forma deliberada en que ella se aprieta a mi alrededor.

—Joder —gruño, con la frente pegada a la suya, mis manos agarrando sus muslos para no temblar—. Sigues estando… joder… tan apretada.

Sonríe, sin aliento, perversa, y luego lo hace de nuevo, apretando conscientemente su coño a mi alrededor, ondulando, una pequeña contracción juguetona que me hace ver las estrellas. Contengo una maldición, pero ella la oye de todos modos. Se ríe, baja y satisfecha, y balancea las caderas lo justo para que mi control se desmorone un poco más.

—¿Sientes eso? —susurra, con la voz áspera por la excitación.

—Me estás matando —grazno, retirándome casi por completo antes de volver a embestirla, lo suficientemente profundo como para hacerla gritar. La forma en que su coño me aprieta, apretado, húmedo y hambriento, es insoportable. Cada vez que embisto, ella me responde, cada vez que hago una pausa, se aprieta lo suficiente como para hacerme gemir.

No es solo sexo. Es ella jugando conmigo, haciéndome sentir cada centímetro, cada terminación nerviosa encendida. Mi polla está viva dentro de ella, cada movimiento de su cuerpo envía fuego por mi columna vertebral. Sabe lo que hace, sabe cómo ordeñarme, y lo hace a propósito, apretándose a mi alrededor hasta que mi visión se nubla.

—No… —Me ahogo con la palabra mientras ella vuelve a ondear a mi alrededor, larga y lentamente, como si me estuviera estrujando—. No hagas eso a menos que quieras que pierda el control aquí mismo.

—Quizá sí quiero —dice, sus uñas arañando mi espalda, atrayéndome más profundo, más fuerte.

Gruño contra su boca y la follo con fuerza y rapidez, el sonido de nuestros cuerpos chocando resuena en el patio. La mesa de piedra cruje bajo nosotros, sus gemidos ahogados en mis besos, mi polla enterrada hasta la empuñadura en su calor húmedo y apretado. Se aferra a mí, con las piernas fuertemente enrolladas en mi cintura, atrayéndome tan profundo como puedo llegar.

Cada embestida es una guerra entre el control y la ruina. Su coño me agarra como si fuera suyo, deliberado y despiadado, apretando mi polla hasta que no puedo respirar, hasta que cada nervio de mi cuerpo está en sintonía con ella. La siento apretarse en oleadas, cabalgando al límite, ordeñándome a propósito.

—Vas a hacer que… —Mis palabras se rompen cuando vuelve a contraerse, bruscamente y a tiempo con mi embestida, enviando un rayo a través de mi polla. Mis caderas se estrellan contra las suyas, más fuerte, más rápido, desesperado ahora. Ella grita, sus uñas dibujando medias lunas en mis hombros, su cuerpo temblando bajo el mío mientras su orgasmo la desgarra.

La forma en que se aprieta cuando se corre… joder, no puedo contenerme. Su coño pulsa, ordeñando mi polla en apretadas y húmedas oleadas, y eso me lleva al límite. Gimo su nombre, enterrándome profundamente mientras mi propio clímax estalla, derramándome con fuerza dentro del condón, cada nervio de mi polla explotando de calor.

La sujeto ahí, enterrado profundamente, ambos temblando, el sudor resbaladizo entre nosotros. Mi polla se contrae dentro de ella, todavía apretada por sus réplicas, su coño ordeñándome como si no quisiera dejarme ir. Mi aliento es entrecortado contra su cuello, sus uñas todavía en mi piel, sus piernas temblando a mi alrededor.

Durante un largo momento, no hay nada más que los latidos de mi corazón y la forma en que su cuerpo se niega a soltar el mío. Finalmente, levanto la cabeza, beso su boca.

—Vas a ser mi muerte —murmuro contra sus labios, mi polla todavía latiendo profundamente dentro de ella. Y ella sonríe, satisfecha y sin aliento, y me aprieta de nuevo a propósito.

Su cuerpo se ablanda bajo el mío, temblando en pequeñas oleadas que me mantienen enterrado en ella más tiempo del que debería. Mi polla sigue latiendo dentro de ella, más despacio ahora, agotada pero viva, contrayéndose cada vez que ella se aprieta

inconscientemente en las réplicas. Está resbaladiza, empapada, el condón tenso a mi alrededor, sus muslos pegajosos donde envuelven mis caderas.

Le beso el cuello, más despacio esta vez, dejando que el sabor de su sudor y su piel perdure en mi lengua. Mi mano ahueca su pecho, no para tomar más, sino para recordarle que sigo aquí, estabilizándola mientras su respiración se calma.

—Quédate quieta —murmuro, retirándome con cuidado, anudando el condón y tirándolo a un lado sin ceremonia. Ella hace una mueca ante el vacío y luego se relaja, suspirando contra mi boca.

La mesa de piedra es implacable, así que la cojo en brazos y me siento en la silla, acomodándola en mi regazo, su cabeza descansando en mi pecho. Ahora no tiene huesos, está pesada de satisfacción, sus piernas enredadas con las mías. Le acaricio el pelo hasta que tararea como si estuviera medio dormida.

—¿Mejor? —pregunto. Mi voz es áspera, más baja de lo habitual.

—Sabes que sí —murmura, sus dedos trazando círculos en mi piel—. No busques cumplidos.

Eso me hace reír con brusquedad. Le beso la sien.

—No necesito cumplidos. Solo necesito saber que no vas a salir corriendo.

Su cuerpo se tensa ante eso, solo por un segundo. Lo siento. Se aparta lo justo para mirarme.

—¿Me culparías si lo hiciera?

No respondo de inmediato. La noche que nos rodea es demasiado limpia para mentiras, demasiado afilada para el consuelo. La fuente murmura como si hubiera oído todo esto antes.

—Deberías —digo finalmente. Mi mano ahueca su nuca, presionando su cara contra mi pecho para que oiga mi corazón cuando lo digo—.

Deberías irte. Ahora. Antes de que esta casa cierre sus manos a tu alrededor.

Su respiración se detiene.

—¿Por qué?

Inspiro profundamente, despacio.

—Hay un topo. Alguien dentro de estos muros está filtrando nombres y horas. La invitación que te trajo aquí no fue mía. Fue de ellos. Alguien quiere distraerme y te usarán a ti para hacerlo.

Sus uñas se curvan contra mi pecho, afiladas.

—¿A mí?

—A ti. A Marco. A ambos. —Mi voz se endurece porque necesito que lo oiga—. Ya estáis marcados, aunque ellos aún no lo sepan. Y si pierdo la concentración mañana, si me pierdo la señal equivocada, si alguien aprieta el gatillo dos segundos antes de lo que espero…

Me detengo. Tiembla en mis brazos, no de placer ahora, sino por el peso de la verdad. Me odio por haberla puesto ahí.

Su voz llega, cruda, baja.

—¿Y si me quedo?

—Entonces siempre serás un arma que puedan usar contra mí. —Le levanto la barbilla para que tenga que mirarme—. No puedo volver a perderte. Y no puedo perderlo a él, Serena. No ahora que lo sé.

Las lágrimas brillan en sus ojos pero no caen. Traga saliva con dificultad y luego presiona su frente contra la mía. Nos quedamos así un largo rato, el silencio desplazando todo salvo el sonido de nuestras respiraciones.

12

SERENA

Yacía con la oreja pegada a su pecho y contaba los latidos que ya había perdido por él. *Vete*, dijo él. *Huye ya*. Pero la villa respiraba como si fuera un ser vivo. Cada pasillo guardaba un recuerdo, cada puerta tenía un público, y quienquiera que me hubiese traído aquí sabía perfectamente dónde encontrarnos. Si me voy, llevo una diana en la espalda en plena oscuridad con un niño de cuatro años de la mano. La carretera no tiene muros. Las estaciones tienen cámaras. El topo no necesita mi dirección. El topo sabe mi nombre.

Así que no me muevo. Me quedo quieta hasta que su respiración se vuelve regular, el murmullo de la fuente se calma y el collar del perro deja de tintinear. Cuando por fin me escabullo de sus brazos, voy a ver a Marco, le doy un beso en el pelo y duermo en la silla que hay entre la cama y la puerta, con los zapatos puestos.

El amanecer llega, tenue y azulado. La cocina se despierta como siempre: los hornos zumbando, el cobre reluciente, los cuchillos en fila. Amaso la masa con ralladura de limón hasta que desaparece. Infusiono el azafrán, pruebo el caldo, cuento las almejas. Marco come pan junto a la ventana y dibuja un mapa que une la fuente, la cocina y la capilla con flechas y un monigote que es, sin duda, el perro.

Todo el mundo se muestra educado y cansado. La casa camina de puntillas. La cumbre aguarda al otro lado del mediodía como una tormenta que fingirá no serlo. Mantengo a Marco cerca mientras exploramos: los santos del vestíbulo, los gramófonos dormidos, la despensa con sus cajones de terciopelo y las cucharas con mango de limón que desea usar desesperadamente. Los guardias nos siguen a una distancia que sugiere familia sin usar la palabra. Cada vez que una puerta se abre a mi espalda, me doy la vuelta.

A media tarde, el aire adquiere un sabor. A hierro y lluvia, aunque el cielo está despejado. Estoy doblando la última pasta cuando el grito llega desde el viñedo: agudo, seco, interrumpido bruscamente. Toda la cocina se paraliza. Una cuchara cae con estrépito. El lavaplatos se santigua sin pensar.

Ya estoy en movimiento. Gabriella me llama —¡Serena!—, pero ya he cruzado la puerta y estoy en el pasillo, siguiendo el sonido más allá del cobertizo de los olivos y bajando la ladera. El personal se dispersa entre las hileras de vides, como formas oscuras que se agachan y se levantan. Una caja de copas se vuelca y se hace añicos. Alguien grita que traigan una toalla como si eso fuera a arreglar algo.

Luca me encuentra antes de que yo encuentre el origen del grito. Aparece de la nada, me coge del codo y me aparta. —No —dice en voz baja, casi con dulzura—. Usted no.

—Marco —digo, y no es una palabra. Es un cuchillo.

—Ya está dentro —responde, y es entonces cuando lo veo: mi niño acurrucado en el otro brazo de Luca como si fuera un bulto, con la cara hundida en el hombro del sicario, los ojos muy abiertos, pero secos. Luca se lo entrega a Gabriella con una sola maniobra impecable—. Conmigo —le dice a Marco. Él se va sin armar un escándalo, y lo quiero por eso.

Luca me hace girar para que no mire hacia las viñas con una presión que podría resistir si quisiera montar una escena. Aun así, miro.

Abajo, junto a los barriles, pasada la última espaldera, un hombre yace boca abajo. Su sombrero está a cinco pasos de su cabeza. Una gran mancha se extiende bajo él, de un color anómalo y húmedo sobre la tierra compacta.

—¿Quién? —pregunto.

—El comerciante de vinos —dice Luca—. Un viejo proveedor. Dos veces al año, desde hace treinta años.

—¿Un resbalón? —pregunto, y ya sé que no me lo creo.

—Quieta —dice, y es lo mismo.

Llegamos al borde del patio de trabajo. Rocco ya está allí, a dos pasos del cuerpo, deteniendo a todo el mundo con una palma extendida. Harrison llega desde la cresta sin que parezca que ha corrido. Se pone en cuclillas una vez, agachado, con los ojos fijos en el suelo como algunos hombres leen un contrato. Dante es el último en llegar, lento, sin prisas, con la chaqueta abierta y las manos vacías. El círculo se cierra una fracción cuando entra. Nadie me mira, pero todos saben que estoy aquí.

A primera vista, podría ser una caída. El borde del barril está rozado. Una mancha se desliza por la madera curva como si la hubiera dejado una mano torpe. Pero la sangre no parece la de un golpe en la cabeza. Y hay una botella en ángulo bajo el botellero, rota por el hombro. Puedo olerla desde aquí: Barolo, viejo y caro, violetas y alquitrán, fantasmas de cerezas. La etiqueta está casi intacta, de color blanquecino, con un escudo en relieve, una barra diagonal en la R que solo he visto una vez, en un lugar.

La bodega.

La puerta cerrada con llave con el olor a hierro bajo el roble.

Los ojos de Dante se desvían hacia mí menos de un segundo y luego vuelven al cuerpo. Es una orden tajante —«lárgate»—, pero no la

dice. No le hace falta. La palma de Rocco se abre más y todos los que no son esenciales retroceden dos pasos. Eso me incluye a mí.

Los invitados se acercan al borde del patio con una curiosidad ensayada. Camilla se materializa con sus teléfonos y les dedica una sonrisa que sugiere que es por el tiempo. —*Un piccolo incidente* —le dice a un corrillo de perlas—. El terreno. Se ha resbalado. *Preghiamo*. —Ellas murmuran «*preghiamo*» y retroceden, porque eso es lo que se hace cuando alguien te dice que basta con rezar.

Me quedo a la sombra del arco con las manos vacías y observo la discusión que finge no serlo. Rocco señala la rozadura en el borde del barril. Harrison niega una vez con la cabeza y golpea con una bota una marca limpia y redonda en el suelo donde no debería haber estado un tacón. Luca rodea el botellero sin hablar y finalmente se arrodilla, no ante el cuerpo, sino ante la botella, levantando lo que queda de ella por el cuello con un paño de cocina, como un camarero que sabe lo que hace. Dante no levanta la voz. No le hace falta. Cada vez que habla, el círculo se reajusta.

A los invitados se los conduce al almuerzo. La cocina se reinicia como un corazón con una mano encima. Voy adonde me dicen —a los fogones—, pero no pongo ninguna sartén al fuego hasta que cuento las caras del personal. Marco está sentado junto a mi ventana, con su valiente coche en el alféizar y la mandíbula apretada. Le doy un beso en la coronilla y me dejo el delantal puesto.

Luca aparece en la puerta con la botella rota. Espera a que estemos solos en el pase y la deja entre nosotros, envuelta en un paño de lino que un día fue blanco. El cuello de la botella está arrancado de cuajo, el corcho metido dentro como un tapón. Utiliza una puntilla para sacar algo del agujero. Una fina tira de papel, doblada con esmero. No la toca con los dedos. La deposita sobre el acero y la alisa con el reverso del cuchillo.

—*La cena è l'arma* —lee—. La cena es el arma.

Los sonidos de la cocina se desvanecen: el vapor, el traqueteo, una voz que grita «¡caliente!». Lo único que oigo es la fuente de fuera, contando los segundos como un metrónomo.

—¿Instrucciones? —pregunto.

—Un mensaje para alguien de fuera —dice—. Creemos que el comerciante era la mula. La botella salió de la bodega.

—La bodega cerrada con llave —digo yo.

Su mirada se clava en mi cara. Asiente una vez. —Alguien rompió el corcho desde abajo y metió el papel por el cuello. Ingenioso. Fácil de pasar en una cata. Y huele a celebración.

Miro el lino. La mancha que tiene no es de vino. Es hierro viejo y el calor de hoy. —¿Cree que se cayó a propósito?

—Creo que alguien le ayudó —dice—, o que lo movieron después. En cualquier caso, enviar mensajes tiene consecuencias. Igual que ser pillado con la botella equivocada en la mano.

—¿Qué les va a decir a los invitados? —pregunto.

—Lo que ya han oído —dice—. Un accidente. El calor. Un traspié cerca de los barriles. —Vuelve a doblar el lino sobre la botella, como se cierran los ojos de un muerto—. No se separe de su hijo. Dígame si alguien le pregunta por los menús más de una vez.

—¿Quién lo envió? —pregunto, señalando la tira de papel.

—Alguien de la casa. —No parpadea—. Alguien que conoce la bodega mejor de lo que debería.

—¿Dante? —pregunto, porque quiero oírle decir que no.

—Dante es el objetivo —dice—. Y el escudo. No me haga adivinar cuál de los dos quiere usted que sea más.

Se va con la botella y la tira de papel. Me quedo allí, con la mano sobre el acero, e intento que mi respiración haga lo que se supone

que debe hacer. «La cena es el arma» da vueltas en mi cabeza al compás de la fuente. Veneno. Una pelea montada durante un cambio de plato. Un cuchillo que no es mío en el pase. Una tubería de gas que nadie revisó. Recorro la cocina como si fuera una habitación nueva. Abro los recipientes de la sal. Paso un dedo por la estantería de la harina buscando cualquier cosa que raspe. Cuento los cuchillos y luego los vuelvo a contar. Huelo el aceite. Hago que Gabriella vuelva a etiquetar las ollas de caldo que yo misma etiqueté ayer.

El día avanza a trompicones. El almuerzo tiene lugar porque tiene que tenerlo. Los invitados a la cumbre practican sonrisas mientras toman un espresso. Sirvo dos platos que no recuerdo haber terminado y, aun así, vuelven vacíos. Siento que cada puerta está esperando a que la toquen.

Dante no me llama. No me manda a ningún sitio. Pasa dos veces por la cocina y no golpea el marco de la puerta. La segunda vez, se detiene y mira a Marco como si estuviera memorizando el tamaño de sus manos. —Necesita una siesta —dice.

—Necesita un mundo que no sea un plan —respondo.

—Lo intento —dice él.

—Pues no se nota —digo, y las palabras aterrizan entre nosotros con un sonido sordo que ambos fingimos no oír.

La tarde cae a plomo. El personal está más silencioso que ayer, las voces un tono más bajas, los pasos cautelosos. Rocco patrulla la cresta una y otra vez. Harrison aparece en la biblioteca y desaparece antes de que la silla que ha usado deje de mecerse. Los teléfonos de Camilla parpadean sin sonido. Los santos del vestíbulo mantienen las manos levantadas como si pudieran bendecir el aire para que se comporte.

Cuando la casa por fin exhala, es tarde. Marco duerme en nuestra habitación, con el cómic abierto sobre el pecho y la leche del biberón

ya tibia. Me lavo las manos. Guardo una cuchara de limón en el cajón de donde salió y lo cierro sin hacer ruido. Luego cojo una linterna de la despensa y una toalla sin motivo aparente, y recorro el largo pasillo bajo los cuadros de santos hasta la puerta con el ojo de la cerradura grande y honesto.

El aire es más frío aquí, a piedra y roble y algo por debajo de ambos. El olor a vino se asienta en el ambiente. Debajo, percibo la leve nota metálica que he notado esta mañana al respirar de forma extraña. Pego la oreja a la madera. Nada. Pruebo el picaporte para demostrarme a mí misma que no puedo abrir. Gira. La puerta se abre unos centímetros y se detiene en la cadena que no está ahí.

La cerradura está rota.

13

DANTE

La puerta de la bodega está entornada cuando llego al final del pasillo. El viejo roble debería encajar a la perfección en su marco con el pestillo de hierro echado. Esta noche, está abierta un par de dedos. La placa de la cerradura está rota. Los tornillos son de metal recién mellado y un rizo de virutas de madera descansa en el suelo como una confesión.

Serena está de pie con una mano en el borde de la puerta y la otra en una linterna que no ha encendido. Tiene los hombros rectos. La mandíbula tensa. Cuando me oye, no se sobresalta. Tampoco retrocede. Me mira a mí y luego a la cerradura, como si quisiera decir que ambos sabemos lo que esto significa.

—¿Quién la ha abierto? —pregunto.

—He venido a mirar —responde—. Alguien me ha ahorrado la molestia.

Cojo la puerta y compruebo el movimiento. Las bisagras se mueven sin hacer ruido. La cadena no está. El cerrojo está partido por donde alguien hizo palanca con una barra estrecha y paciencia. Quienquiera que lo haya hecho sabía cómo hacer ceder la madera vieja sin despertar a la casa.

—Retrocede —le digo.

—No —su voz es tranquila—. Estoy cansada de retroceder.

—No es una petición. —Miro hacia el techo—. Harrison —digo, sin alzar la voz, y él está allí, al final del corto tramo de escaleras, como si la casa lo hubiera creado de la nada. No lleva ningún arma que yo pueda ver. Nunca lo hace cuando Serena está en la habitación.

—El perímetro está despejado —dice—. La cresta está tranquila. Rocco está patrullando el muro norte.

—Espere aquí. —Coloco el cuerpo de tal forma que Serena tiene que moverse conmigo o ponerse en medio. No se mueve. La mirada que me lanza podría mellar una hoja.

—No soy una niña —dice.

—Sé exactamente lo que eres. —Apunto con la linterna hacia abajo. Las escaleras excavadas en la colina son estrechas y están desgastadas por cien años de botas. Un aliento frío sube de la oscuridad. Roble viejo. Piedra húmeda. Vino dormido y algo que no es vino. Hierro, tenue y reciente.

—Te dije que no abrieras esta puerta —digo.

—No la he abierto yo —responde—. Lo ha hecho tu topo.

Debería enviarla a su habitación con un guardia y una llave. Debería entrar en la bodega solo con Harrison y volver con una lista de nombres y una historia creíble para los invitados. Pero está aquí. No se irá. Si la presiono ahora, se marchará rápido y en la dirección equivocada.

—Tú y Marco os vais con las primeras luces —digo—. Os vais a un piso franco que no es mío, con un nombre que no es el tuyo. Te daré un número al que no llamarás nunca, a menos que sea necesario. Conducirá alguien de mi confianza. No me dirás dónde estás. No enviarás ninguna carta. No volverás.

Ladea la cabeza. La luz recorre la curva de su mejilla y la cicatriz de la muñeca que le toqué anoche. —No.

—No entiendes lo cerca que estás de serle útil a la persona equivocada.

—¿Más cerca aquí o más cerca en una carretera donde el topo pueda contar cada curva? —Se acerca más a mí para que tenga que mirarla—. Me dijiste que me fuera. Le di vueltas toda la noche hasta la mañana. Quien me trajo aquí puede encontrarme de nuevo dondequiera que vaya. Lo sabes. Lo sabías cuando me dijiste que huyera.

—Nunca deberías haber estado aquí.

—Pero estoy aquí —su voz es firme y clara. No grita. Posee esa quietud que tienen los cocineros cuando el aceite está caliente y la cola es larga—. No me digas que abandone al padre de mi hijo porque tu agenda está apretada.

Harrison carraspea una vez. Es el sonido que hace cuando la emoción empieza a llenar un espacio que debería ocupar la razón. Levanto una mano sin mirarlo y él retrocede dos pasos. Mantengo la voz baja.

—Puedo mantenerte a salvo si sigues mi plan.

—Puedes mantener a salvo partes de las cosas —dice—. No puedes dirigir tu guerra y mi vida a la vez. Elige una.

—Tú no eres mi guerra —digo.

Ríe una vez, sin amabilidad. —Entonces deja de moverme como una pieza en tu tablero.

Me pellizco el puente de la nariz y respiro. El aire sabe a roble y a malas decisiones. —Esto no es un tablero, Serena. Es un incendio. *La cena es el arma*. Ese mensaje no era una broma. Estoy protegiendo una habitación llena de hombres que quemarían un país para mantener una botella en una estantería. Te usarán para

distraerme. Usarán a Marco porque no entienden la palabra «no» a menos que vaya seguida de algo que les haga zumbar los oídos.

—Pues cambia la cena de sitio —dice—. Cambia la habitación. Cambia el plan. Anoche me dijiste que prefieres las líneas de visión claras y las cerraduras honestas. Crea una.

Quiero enfadarme. Sería más fácil que esto. Me conformo con algo más frío. —Si te quedas —digo—, me obedecerás cuando te diga que te muevas. Responderás a mi gente cuando digan «dentro». No discutirás con Harrison. No bromearás con Luca. No abrirás puertas. No cerrarás puertas que yo esté abriendo.

—No soy un soldado —dice.

—Eres una madre —digo—. Compórtate como tal.

Sus ojos brillan. —No uses a mi hijo para ganarme una discusión.

La pelea se nos asienta en la lengua. La saboreo y la dejo ir. Si presiono más, ella me devolverá el golpe, y el pasillo se llenará de palabras que ninguno de los dos podrá retirar.

—Luz —le digo a Harrison. Baja un escalón y me pasa una segunda linterna. No mira a Serena. No tiene por qué. Sabe que ella es la razón por la que no estoy ya abajo.

Paseo el haz de luz por la jamba. La rotura reciente es limpia, no es un apalancamiento hecho por un borracho. Esto lo ha hecho alguien con tiempo y una plantilla. Deslizo la luz por las escaleras. El polvo yace como un puzle. Dos juegos de huellas, uno ancho, otro estrecho. De entrada y de salida. Sin forcejeos. Sin dudas. El juego estrecho resbala una vez en una zona húmeda cerca del tercer escalón. Las marcas de la puntera son superficiales. Zapatos nuevos. El juego ancho es firme, de talones pesados. La persona que guiaba el camino sabía cómo andar en la oscuridad.

—Rocco —digo. Aparece en el rellano, con la respiración tranquila, el abrigo abierto.

—El muro norte está tranquilo —ofrece.

—Busque a Camilla —le digo—. Quiero los albaranes de entrega de vino de los últimos seis meses. Quiero que un segundo par de ojos cuente cada corcho sellado en la prensa. Quiero los nombres de todos los conductores que han pasado por nuestra puerta desde ayer. Cada botella de Barolo de ese productor debe ser embalada y sellada. El escudo tiene un corte en la R. Retire cualquier cosa con esa marca, aunque no sea Barolo. Embálelo. Fotografíelo. Quiero que los corchos estén etiquetados. Los abriremos después de la cumbre en una habitación que se pueda quemar.

—Hecho —dice Rocco, y desaparece.

—Llaves —le digo a Harrison.

—Contabilidad tiene la llave de la bodega en un llavero. Gabriella guarda un duplicado en una caja fuerte de la cocina. —Hace una pausa—. Ambas están en su sitio.

—Así que la cerradura se ha abierto sin llave. —Vuelvo a mover el haz de luz. Los bordes del cerrojo son finos. Alguien trabajó con una barra delgada, hizo palanca y esperó—. Quédese con ella —le digo a Harrison—. Nadie entra. Nadie baja.

Harrison asiente. Me acerco a Serena. —Apártate de la puerta —digo en voz baja.

Me sostiene la mirada. Luego da un paso atrás. No es una rendición. Es un préstamo.

Bajo los tres primeros escalones sin hacer ruido y escucho. La bodega es grande y está construida en la ladera. El techo es un arco bajo. Los estantes son de madera vieja y acero nuevo. El aire es frío. El olor a hierro es más fuerte aquí, pero no es fresco. No de hoy. No voy más allá. Quiero ver el patrón antes de que se mueva más polvo. Tomo una última bocanada de aire y vuelvo a subir al pasillo.

—La aseguramos —digo—. Ponemos a un hombre en cada extremo y a otro en el lado de la capilla, bajo la prensa de aceite. No la volvemos a abrir hoy. Por nadie. Ni por el Papa. Si una botella tiene que salir de esta bodega, esperará.

—Tus invitados se darán cuenta —dice Serena.

—Mis invitados comerán lo que se les sirva —digo—. Si no se dan cuenta, significa que he elegido bien. Si lo hacen, significa que tengo trabajo que hacer.

Se cruza de brazos. —Vas a celebrar tu cumbre y a fingir que puedes sostenerme la mano a través de una puerta cerrada con llave.

—Voy a celebrar mi cumbre —digo— y a mantenerte con vida.

—No me mantuviste con vida hace cuatro años —dice en voz baja—. Lo hice yo.

Las palabras caen como una pequeña piedra que todavía sabe cómo romper cristales. Las acepto. Son ciertas. Podría decirle que está aquí por las cosas que hice después de que se fuera. Los hombres de los que me deshice. Los tratos que rompí. Las rutas que cerré porque estaban demasiado cerca de su calle. Podría hablarle de los nombres que coleccioné y del que quemé que hizo llorar a un primo y que un jefe vendiera una casa. Nada de eso le importa ahora. Y no debería.

—Nos vamos de este pasillo —digo—. Ahora.

—¿Porque tú lo dices? —pregunta.

—Porque estas paredes tienen oídos y yo no los alimento.

Casi sonríe. No es una sonrisa amable. —Hay oídos en cada pared junto a la que te pones.

—Camina —le digo y le pongo la mano ligeramente en el codo. No es una amenaza. Es una guía. Podría apartarse. No lo hace. Harrison nos sigue a tres pasos. Para cuando llegamos al final de las

escaleras, el pasillo ha reunido a personal con las caras inocentes que la gente pone cuando se detiene a atarse un zapato y a escuchar. Miro cada cara. Veo miedo. Veo apetito. Veo a una chica de la lavandería que es demasiado nueva para formar parte de esto y a un lacayo que ha trabajado en tres casas y no le ha gustado ninguna de ellas. Veo a Gabriella al fondo, con la barbilla alta y las manos firmes.

—A la cocina —le digo a Serena—. Hablamos allí.

Giramos hacia el pasillo de servicio que corre detrás de la despensa. Los santos de la larga pared nos ven pasar con sus ojos vacíos y sus manos alzadas por cosas en las que no creo. Abro la puerta de la cocina y la dejo pasar delante de mí. Harrison se detiene en el umbral como una bisagra. Hablará si es necesario. Será un mueble más si eso es lo que la habitación necesita.

La cocina es la única habitación honesta de la villa. Calor. Cuchillos. Trabajo. Todo lo demás es palabrería. Cuencos de cobre cuelgan sobre la mesa de preparación. Latas de harina se alinean en la estantería. Una sartén se seca sobre un paño. El olor es a limón, mantequilla y vapor. El dibujo de Marco de esta mañana está en el alféizar de la ventana, las flechas unen la fuente, la cocina y la capilla con el perro dibujado más grande que todos los edificios.

—Siéntate —digo.

—No me voy a sentar —dice.

—Entonces quédate quieta.

Se planta en el sitio. No pierdo el tiempo. —Tú y Marco os vais con las primeras luces —repito—. Os vais con dos coches y un nombre que no es el vuestro. Harrison os dará la bolsa que guardamos para esto. Hay ropa. Hay un teléfono que llama a un solo número. Hay un juego de papeles que os permitirá pasar un control si el hombre que lo revisa quiere llegar a casa para cenar. Hay dinero en efectivo. Hay

una historia. Hay un plan para las tres primeras horas y uno de respaldo para la cuarta.

—He dicho que no —dice, y su voz se eleva por primera vez en todo el día—. No puedes protegernos y dirigir tu cumbre. Lo has dicho tú mismo.

—O hago las dos cosas o no hago ninguna —digo.

—No eres un dios. —Me señala con la mano que ha alimentado a hombres que no saben lo que cuesta ser alimentados—. Mueves a la gente como si fueran platos. Los apilas y te dices a ti mismo que no los has roto porque no has oído el crujido. Yo no soy un plato.

La tensión en la habitación aumenta. Dejo que mi voz se vuelva más baja. La voz baja hace que la gente se incline hacia la verdad. —¿Crees que quiero que estés aquí?

—Anoche me dijiste que me fuera —dice—. Luego me besaste como si irse fuera una broma.

—Te dije que te fueras porque si mueres en mi casa, nunca podré dormir en ninguna otra. —Respiro hondo—. Nunca deberías haber estado aquí.

Avanza hasta que las puntas de sus pies tocan las mías. —Pero estoy aquí.

Nos separa un suspiro. El aire entre nosotros sabe a limón, a amaro y a algo que no debería nombrar. Está enfadada y viva y tan cerca que puedo oler la sal en la base de su garganta. Las palabras que ganarían esta discusión no existen. Soy bueno en muchas cosas. No soy bueno diciendo «por favor». Hago lo único que parece real.

La agarro de la muñeca y tiro de ella, no con fuerza, sin intención de hacer daño, y hundo el rostro en su cuello. Su piel está caliente. El pulso allí es un tambor rápido y constante. Inspiro y me permito ser un hombre que quiere lo que quiere sin llamarlo estrategia.

—Estoy cansado —digo contra su piel— de fingir que no te deseo. Que no te amo. Que no odio que te fueras. ¿Acaso sabes lo que hice para recuperarte?

Se queda quieta. Luego su mano sube a mi pelo y lo agarra con una fuerza que dice que no se dejará conmover por las palabras. —Dímelo —dice.

—Cerré una ruta a través de Como que enriqueció a tres hombres porque estaba a dos calles de tu apartamento —digo—. Pagué a un juez para que trasladara un caso a un calendario que mantendría a un primo ocupado en otra ciudad. Le quité un nombre a un hombre que tenía diez y se lo di a una mujer que quería dejar una casa como esta con las manos limpias. Desconecté Milán porque sus paredes te recordaban y yo no podía respirar. Hice cosas que no te contaré y cosas por las que no me perdonarías.

Se echa hacia atrás para mirarme. Sus ojos están brillantes, húmedos y duros. —No viniste a llamar a mi puerta —dice.

—No —digo—. No lo hice. Yo no era un hombre al que pudieras abrirle la puerta.

Me estudia durante un largo segundo, como si estuviera saboreando la palabra que no he dicho. Luego se pone de puntillas y me besa. No es bonito. No es amable. Es crudo. Su boca es caliente y segura, y toma la mía como una lucha y una tregua a la vez. Le cojo la cara con ambas manos y le respondo como lo hace un hombre que ha dejado de mentirse a sí mismo durante el lapso de un suspiro.

El sonido en la puerta cambia. Harrison no dice nada. La bisagra no chirría. Oigo sus pasos alejarse dos zancadas y luego oigo el suave golpeteo que significa que el pasillo está despejado por un minuto. Es un muro cuando lo necesitamos. Beso a Serena como si ese minuto fuera todo lo que tenemos.

Ella rompe el beso primero, respirando con dificultad. —No me voy —dice—. Deja de pedírmelo.

—Entonces nos adaptamos —digo—. Hacemos de la cena una trampa para el hombre que cree que es su arma. Servimos desde dos cocinas. Creamos un pasaplatos falso que atrae la atención y platos reales que se mueven fuera de la vista. Recortamos la carta de vinos a botellas de las que puedo dar cuenta y agua que sirvo yo mismo. Ponemos catadores en la puerta, y serán hombres que saben que están catando para sus madres. Cambiamos la disposición de los asientos para que los ruidosos se sienten cerca de los hornos. Ponemos a los cautelosos donde pueda verles las manos. Luca vigilará la puerta. Rocco vigilará la cresta. Camilla vigilará los teléfonos. Harrison te vigilará a ti.

—¿Marco? —pregunta.

—Estará en la capilla con Gabriella y dos hombres que pueden cargarlo más rápido de lo que tú puedes correr —digo—. Y con un perro que no abandona a un niño cuando se abre una puerta.

Asiente una vez. Lo odia. Lo acepta. No da las gracias. Yo no se las pido. Retrocede hasta la mesa de preparación y apoya ambas palmas sobre la madera como si estuviera decidiendo cómo cortar algo por la mitad. Observo cómo se separan sus dedos. El polvo de harina los cubre. La cuchara del limón está en el cajón equivocado. Nunca lo olvidaré.

—Háblame del mensaje en la botella —dice.

—*La cena es el'arma* —respondo—. Podría ser veneno. Podría ser una señal. Podría ser una pelea que empieza con un brindis. Podría ser un chef que no trabaja para mí con un cuchillo que sí lo hace.

—Yo no —dice.

—Lo sé —digo—. He probado tus saleros esta mañana cuando te has dado la vuelta.

Casi sonríe ante eso, y por un momento, la habitación es el lugar donde solo hablamos el lenguaje del calor y el tiempo. Luego la casa cruje y el momento se desvanece.

Saco mi teléfono y llamo a Camilla. —¿Tiene los albaranes?

—En su escritorio —dice—. El Barolo llegó hace tres semanas con una caja de aceite de oliva para disimular. El conductor cambió a mitad de camino. La aplicación de rutas muestra una parada en el pueblo. La cámara de la puerta no vio nada porque una rama se movió en el momento justo.

—Acabe con esa rama —digo—. Ponga la cámara en una línea aparte. Si alguien toca la lente, pierde la mano con la que la tocó. —Cuelgo la llamada y miro a Serena—. No te acerques más a la bodega.

—No lo haré —dice—. Huelo problemas ahí abajo.

—Tú hueles a limón —digo. Es una estupidez. También es verdad.

—Bien —dice y levanta la barbilla de una manera que siempre me ha hecho querer cogerla entre los dedos—. Mantiene el pescado honesto.

Llaman al marco de la puerta. Luca se asoma, con la mirada firme, la boca ligeramente inclinada para parecer inofensivo. Sostiene un sobre cerrado con una etiqueta cuidadosamente escrita a mano. —Para usted —me dice—. Sin remite. Dejado en la puerta.

—Más tarde —digo.

—Ahora —dice en voz baja—. Huele a papel y a funeral.

Lo cojo. El sello es de cera. Sin escudo. Dentro hay una sola tarjeta. Una hora. Un lugar entre las viñas y la prensa. Una nota bajo la hora escrita con una letra apretada y local. *Il cocinero permanece*. Trae a la cocinera.

Doblo la tarjeta. No se la enseño a Serena. Se la entrego a Harrison. —Queme la tarjeta. Quédese con las palabras. —Él asiente. Luca nos observa a ambos y finge ser un hombre que cuenta cucharas.

—Cambio de planes —le digo a Serena—. No te moverás sin Harrison. Ni a la despensa. Ni a la ventana. Si alguien te dice «ha dicho Dante», le pides que te lo repita a la cara con mi voz.

—Tengo una cocina que dirigir —dice.

—Tienes una vida que conservar —digo.

Sus ojos no se apartan de los míos. —Si alguien me hace elegir —dice—, tiraré toda la cena al patio y lo llamaré arte.

—Entonces les daremos pan y sal y los mandaremos a casa con hambre. —Me acerco y bajo la voz de nuevo—. Esto acabará pronto.

—Estás seguro —dice.

—Estoy cansado —digo—. Eso me hace eficiente.

Se queda inmóvil un instante. Luego me busca como siempre lo ha hecho cuando la noche se vuelve incierta. La pelea no ha desaparecido, pero convive con algo más antiguo. Entra en mi espacio y la tomo. Mi boca encuentra la suya y sus manos están en mi camisa en un segundo, abriéndola, tirando de mí hacia abajo. El sabor no es dulce. Somos nosotros. Es el único lugar donde el mundo no puede seguirnos.

La hago retroceder dos pasos hasta que la parte posterior de sus piernas toca la mesa de preparación. Los cuencos de cobre tintinean sobre nosotros. Las latas de harina nos aprietan las caderas. La subo a la madera, apartando los cuencos con el antebrazo hasta que se asientan en un nuevo orden. Su delantal se afloja bajo mis dedos y cae al suelo. La puerta se cierra con un clic detrás de nosotros.

14

SERENA

La puerta se cierra con un clic a nuestra espalda, sellando la cocina en un mundo propio, denso con los aromas de ralladura de limón y mantequilla caliente que se aferran al aire como un secreto. El corazón me martillea en el pecho, ya no por miedo, sino por la cruda atracción que ejerce sobre mí. Sus manos ya están desatando los lazos de mi delantal, dejándolo amontonarse en el suelo de baldosas como leche derramada. No me importa la cumbre, ni la bodega, ni el topo que acecha en las sombras. Ahora mismo, todo lo que siento es el calor de su cuerpo apretándose contra el mío, sus dedos, ásperos y urgentes, deslizándose bajo mi camisa, rozando la suave piel de mi cintura.

Agarro su camisa a puñados y la abro de un tirón, con un desgarro de botones que se esparcen por la mesa de preparación como diminutos granizos.

—¿Crees que puedes darme órdenes y luego besarme así? —susurro contra su boca, con la voz baja y cargada del fuego que hemos estado avivando toda la mañana. Mis labios rozan los suyos, provocadores, antes de morderle el labio inferior, lo bastante fuerte como para que gruña. Sus manos están por todas partes: suben por mis muslos, empujando mi falda hacia arriba hasta que el aire fresco

golpea mi piel, en contraste con la fiebre que se está acumulando entre nosotros.

Me sube a la mesa sin decir palabra, su fuerza sin esfuerzo, como si yo no pesara nada en su agarre. La madera es lisa bajo mi culo, todavía espolvoreada con la harina de antes, arenosa contra mis muslos desnudos mientras me separa las piernas. Engancho un tobillo detrás de su rodilla, atrayéndolo hacia mí, sintiendo la dura longitud de su polla tensándose contra sus pantalones, presionando justo donde la anhelo.

—A la mierda los planes —digo, con la respiración entrecortada mientras su boca encuentra mi cuello, succionando el punto del pulso que delata lo rápido que corre mi sangre—. Ahora mismo, quiero que me folles como si te importara, como si te murieras de ganas de enterrarte dentro de mí desde el momento en que volví a tu vida.

Su respuesta es una risa profunda y resonante contra mi garganta, sus dientes rozando mi clavícula mientras me desabrocha la blusa con deliberada lentitud, exponiendo mis pechos al aire cálido de la cocina. Los pezones se endurecen al instante, erizándose bajo su mirada, y no duda: se inclina y se lleva uno a la boca, haciendo girar la lengua a su alrededor mientras con la otra mano ahueca el otro, pellizcándolo lo justo para enviar una sacudida directa a mi sexo. Me arqueo contra él, mis dedos se enredan en su pelo, tirando de él para acercarlo. La sensación es eléctrica, calor húmedo y el leve roce de su barba incipiente, haciendo que mi piel hormiguee como si hubiera estado anhelando esto.

—Dios, tus tetas son perfectas —murmura con voz áspera, cargada de ese tono autoritario que siempre hace que se me contraiga el coño—. Tan llenas, tan jodidamente sensibles. Podría chuparlas toda la noche, hacer que me supliques por mi polla. —Sus palabras me golpean como una chispa en la yesca seca y me froto contra él, sintiendo la humedad empapando mis bragas. Me agacho, jugueteando con su cinturón, el cuero caliente por el calor de su

cuerpo, y libero su polla de un rápido tirón. Es gruesa, pesada en mi mano, las venas palpitando bajo mis dedos mientras lo recorro de la base a la punta, untando la gota de líquido preseminal sobre el glande con mi pulgar.

Gime, empujando en mi agarre, sus caderas se sacuden una vez antes de que me agarre la muñeca y me la sujete por encima de la cabeza contra el fondo de sacos de harina.

—Todavía no, Serena. Primero quiero probar lo mojada que estás por mí. —Antes de que pueda protestar, se arrodilla, el azulejo frío contra su piel, y me aparta las bragas de un tirón. El primer lametazo de su lengua es devastador: plano y ancho, recorriendo desde mi entrada hasta mi clítoris en una caricia larga y deliberada. Jadeo, el sonido resuena en las ollas de cobre; mi mano libre vuela al borde de la mesa para estabilizarme. Huele a sudor limpio y a la leve especia de su colonia, mezclado con el aroma terrenal de la excitación que empieza a llenar el espacio entre nosotros, y su aliento abanica caliente mis muslos internos, erizando el fino vello de esa zona.

Me devora como un hombre poseído, su lengua rodeando mi clítoris con una presión firme e insistente mientras dos dedos se deslizan en mi interior, curvándose justo para tocar ese punto que hace que se me encojan los dedos de los pies contra la madera. El estiramiento es exquisito, sus nudillos rozando mis pliegues resbaladizos, y puedo oír los sonidos húmedos de cómo me trabaja, obscenos y embriagadores en la silenciosa cocina.

—Sabes a pecado —gruñe contra mi coño; la vibración me provoca escalofríos por toda la columna—. Tan dulce y salada, ya goteando para mí. Dime cuánto más adentro quieres mi lengua, Serena.

Gimo, un gemido bajo y ronco, mis caderas se alzan para encontrarse con su boca mientras el placer se enrosca con fuerza en mi vientre.

—Más adentro —resoplo, con la voz quebrada por la palabra—. Joder, sí, justo así…, chúpame el clítoris más fuerte, haz que me corra en tu cara. —Él obedece, succionando mi clítoris entre sus labios con un chasquido que hace que se me nuble la vista, sus dedos empujando ahora más rápido, el talón de su mano frotándose contra mi monte de Venus. La presión aumenta sin tregua, una marea de calor y fricción, hasta que tiemblo, mis muslos se cierran alrededor de su cabeza mientras el orgasmo se abate sobre mí. Me recorre en oleadas, mi coño se contrae alrededor de sus dedos, mis jugos inundando su boca mientras grito, el sonido ahogado contra mi propio labio mordido para no alertar a la casa.

No se detiene, no hasta que estoy temblando y supersensible. Entonces, se levanta lentamente, con la barbilla brillante por mi flujo, los ojos oscuros y salvajes mientras se lame los labios.

—Ese es uno —dice con voz ronca por la necesidad—. Pero quiero que grites mi nombre antes de que acabemos. —Me levanta de la mesa de un movimiento fluido, me gira para que le dé la espalda, con las manos apoyadas en la superficie cubierta de harina. El aire fresco golpea mi culo expuesto mientras me sube la falda hasta la cintura, y siento la gruesa cabeza de su polla empujando mi entrada, provocándome con pequeñas embestidas que me hacen gemir.

—Abre más las piernas —ordena, su mano golpeando mi nalga con un azote seco que escuece como el fuego y florece en calor. Obedezco, arqueando la espalda para ofrecerme, la vulnerabilidad haciendo que mi pulso resuene en mis oídos. Me agarra las caderas con fuerza suficiente como para dejarme un moratón, y luego embiste, enterrándose hasta el fondo en una estocada brutal. La plenitud es abrumadora: su polla me estira del todo, las protuberancias rozando mis paredes internas mientras toca fondo, sus bolas golpeando mi clítoris. Grito; la sensación es cruda y perfecta, cada nervio encendido por el ardor de él llenándome por completo.

No me da tiempo a adaptarme, se retira solo para volver a embestir, marcando un ritmo castigador que hace crujir la mesa bajo nosotros, mientras los cuencos de cobre resuenan como truenos lejanos.

—Joder, qué coño más apretado tienes —gruñe, con su aliento caliente en mi cuello mientras se inclina sobre mí, deslizando una mano para rodearme la garganta; no aprieta, solo sujeta, un recordatorio de quién tiene el poder aquí—. Agarrándome como si no quisiera que me fuera nunca. Te encanta esto, ¿verdad? Que te follen como si fueras mi pequeño sucio secreto en medio de tu propia cocina.

—Sí —jadeo, empujando hacia atrás para encontrar sus embestidas, el sonido de piel contra piel resonando húmedo, mezclándose con el olor a sexo y cítricos que ahora domina la cocina—. Más fuerte… Dios, fóllame más fuerte, hazme sentir cada centímetro de esa polla gruesa arruinándome para cualquier otro.

Él gruñe en respuesta, su mano libre se desliza para frotar furiosos círculos en mi clítoris, el doble asalto haciendo que las estrellas estallen detrás de mis párpados. El sudor resbala por nuestros cuerpos, su pecho deslizándose contra mi espalda, el vello áspero de allí rozando mi piel de la mejor manera posible.

Pero aún no ha terminado de innovar. Se retira de repente, dejándome dolorida y vacía, y un quejido se escapa de mis labios antes de que me dé la vuelta sobre la mesa de nuevo, dejándome boca arriba con las piernas colgando del borde.

—Enrosca tus tobillos alrededor de mi cuello —ordena, y lo hago, doblándome casi por la mitad mientras él se coloca entre mis muslos, enganchando mis piernas en alto sobre sus hombros. La postura me expone por completo, mi coño abierto de par en par para él, y se desliza de nuevo en mi interior con un gemido, el ángulo más profundo que antes, su polla golpeando puntos que hacen que mi respiración se entrecorte. Es salvaje, casi acrobático: el estiramiento en mis muslos arde dulcemente mientras me dobla

así, embistiéndome con una fuerza implacable, su hueso púbico rozando mi clítoris con cada estocada.

Puedo sentirlo todo: la longitud venosa de él arrastrándose dentro de mí, la forma en que mis paredes se agitan a su alrededor, la madera fría bajo mis hombros contrastando con el fuego que se acumula en mi centro. Sus manos sujetan mis muñecas a la mesa por encima de mi cabeza, sus ojos fijos en los míos, oscuros e intensos.

—Mírate, toda doblada y abierta para mí —dice con voz áspera, sus embestidas ahora erráticas, persiguiendo su propio orgasmo—. Tu coño me está ordeñando tan bien. Dime que eres mía, Serena. Dilo mientras te follo hasta el olvido.

—Soy tuya —jadeo, las palabras brotan mientras otro orgasmo se acumula, enroscándose más apretado con cada zambullida profunda —. Toda tuya… Joder, no pares, me voy a correr otra vez. —Él inclina las caderas justo en el ángulo preciso, golpeando ese punto perfecto una y otra vez, y me rompo, mi coño se convulsiona a su alrededor, arrastrándolo más profundamente mientras las olas de placer me atraviesan, mis gritos agudos y sin control. La cocina da vueltas, los olores de nuestro sudor mezclado y la excitación espesa en mi nariz, el sabor a sal en mis labios de donde me los he mordido hasta dejarlos en carne viva.

Me sigue hasta el precipicio con un gemido gutural, enterrándose profundamente mientras se corre, chorros calientes que me llenan, su polla palpitando contra mis sensibles paredes. Permanecemos así abrazados durante un momento sin aliento, su peso presionándome hacia abajo, nuestros corazones latiendo al unísono. Luego baja mis piernas con suavidad, retirándose con un deslizamiento húmedo que me hace temblar, su líquido goteando por mis muslos. No me suelta del todo, me acerca a sus brazos, nuestros cuerpos agotados.

Pero incluso mientras las réplicas se desvanecen, sé que esto no ha terminado. El fuego entre nosotros hierve a fuego lento, listo para volver a encenderse a la menor chispa. Me besa en la frente, una

rara ternura en medio de la locura, y me apoyo en él, saboreando la sal de su piel, sintiendo el latido constante de su pulso bajo mis dedos. Nos quedamos así durante una pequeña infinidad antes de reanudar nuestras tareas, yo en mi cocina, él con sus invitados.

Después, los invitados disfrutan del almuerzo. Cuando terminan y las risas y el tintineo de las copas se desvanecen por los pasillos, lo que queda son los débiles aromas de hinojo asado, azafrán y humo. Vuelvo a la cocina, que está otra vez impecable, salvo un rincón: nuestro rincón. Dante me prometió un plato después de que el grupo de la cumbre terminara de comer, y cumple su palabra. Entra todavía con la misma camisa de hoy, con las mangas subidas, el cuello abierto, y la fatiga en su rostro no le resta ni un ápice de elegancia.

Señala el mostrador. —Siéntate. Has estado todo el día de pie.

Me río en voz baja y niego con la cabeza. —Podría decirte lo mismo.

Pero me siento de todos modos.

Abre una pequeña botella de Amarone y la sirve en dos copas sin tallo. —Esta noche no hay discursos —dice—. Ni invitados. Solo comida que sabe a comida.

En el plato hay lubina a la parrilla con limón y alcaparras, sobrante del festín pero emplatada como si la hubiera planeado solo para este momento. Añade una cucharada del risotto de azafrán que preparé antes y el aroma vuelve a llenar la estancia: brillante, cálido, casi indulgente.

Comemos lentamente. Hay algo tácito entre nosotros, el tipo de silencio que se parece más a contener la respiración que a relajarse. Cada vez que levanto la vista, sus ojos ya están sobre mí. No con hambre. Solo vigilantes.

—¿No te parece extraño —pregunto— que todos se hayan ido?

Se limpia la boca con la servilleta, se reclina en su silla y mira hacia el pasillo oscurecido. —Se siente más silencioso de lo que debería. No me fío del silencio.

Recorro el borde de mi copa. —Nunca te has fiado.

—Porque normalmente significa que alguien está planeando algo —dice—. El ruido es más seguro.

Intercambiamos una pequeña sonrisa, la primera de verdad en toda la noche. Se siente como el más mínimo respiro antes de la próxima tormenta.

Fuera, el viento se levanta entre las vides. En algún lugar más allá del patio, una contraventana golpea una vez y se queda quieta de nuevo. Dante mira instintivamente hacia el sonido, como un hombre que nunca deja de contar las salidas.

Consulta su reloj, luego su móvil. La pantalla ilumina su rostro brevemente antes de que lo vuelva a dejar sobre la mesa, con expresión indescifrable.

—¿Pasa algo? —pregunto.

No responde de inmediato. Se termina el vino, deja la copa con cuidado y luego dice: —Paolo todavía no ha llamado.

Conozco ese nombre. Su primo. Su solucionador. En quien confía cuando no confía en nadie más.

—Creía que habías dicho que se suponía que estaría aquí esta noche —digo.

—Así era —responde Dante—. Ha estado desconectado desde esta mañana.

Se me revuelve el estómago. —Quizá se ha retrasado.

Niega con la cabeza. —Paolo no se retrasa. Él es el que evita que los demás se retrasen. Y le dije que no se saliera de la ruta, no esta noche. Él lo sabe de sobra.

Su voz es tranquila, pero puedo oír el control en ella, ese tipo de control que se asienta justo sobre algo más oscuro. Se levanta y coge de nuevo el móvil, desplazándose por algo que parece un mapa, y luego suelta una palabrota en voz baja.

—Ha apagado su GPS —murmura—. O alguien lo ha hecho por él.

Me levanto y dejo la servilleta. —Dante, quizá solo ha…—

Me interrumpe con una mirada. —No. Si Paolo pudiera contactarme, lo haría. No responde a las llamadas, no envía señales y no se ha comunicado con los hombres de la ruta sur. Eso no es un error. Es un mensaje.

Ahora puedo sentir la tensión en el aire, la forma en que se espesa entre nosotros. Coge su chaqueta del respaldo de la silla, se la pone y mira alrededor de la habitación una vez: cada superficie, cada sombra.

—Volveré en cuanto lo encuentre —dice en voz baja.

Doy un paso adelante. —¿Vas a irte ahora?

—No hay nadie más que pueda hacerlo —responde—. He enviado a Luca a la carretera del oeste, pero el último rastro de Paolo estaba en las colinas. Si alguien lo está usando para llegar hasta mí, necesito saberlo antes de que decidan venir aquí.

Comprueba el seguro de la pistola que lleva en la funda bajo la chaqueta. El clic es suave pero definitivo.

—Dante —digo—, ten cuidado.

Me mira durante un largo momento. —Lo intentaré.

—Eso no es suficiente.

Casi sonríe, pero no le llega a los ojos. —Entonces lo haré mejor.

Se acerca, lo suficiente como para que pueda oler el vino en su aliento, el leve humo de la cocina todavía adherido a su camisa. —

Quédate con Marco —dice—. Si alguien llama, no abras la puerta. No importa qué nombre usen.

Asiento, pero siento que algo dentro de mí se está tensando, tirando del centro de mi pecho.

—No me gusta esto —susurro.

—A mí tampoco —dice en voz baja—. Pero no puedo perder a nadie más esta noche.

Se vuelve hacia la puerta, se detiene solo un segundo y mira hacia atrás. Su mirada se encuentra con la mía, firme, inquisitiva. —Cierra todo con llave detrás de mí.

Y entonces se va.

El sonido de sus pasos se desvanece por el pasillo y la casa se asienta de nuevo en su propio latido: lento, constante, demasiado fuerte en el silencio.

Los platos aún están calientes sobre la mesa. Su copa tiene una pequeña huella dactilar en el borde. La cojo sin pensar, trazo la marca con el pulgar y luego la vuelvo a dejar.

Fuera, un motor arranca en algún lugar más allá de la verja. El sonido se vuelve más suave, engullido por las colinas. Me quedo allí hasta que desaparece, observando el umbral vacío.

15

SERENA

El motor se desvanece entre las colinas y la casa contiene el aliento como si se preparara para una bofetada. Los platos aún están calientes sobre la mesita. Su vaso, manchado con una huella de pulgar que parece una decisión. Recorro las habitaciones como quien comprueba los fuegos de la cocina: la puerta de la cocina, el pestillo de la despensa, la estrecha puerta del fregadero que nunca me ha gustado. Toco todos los cerrojos de las ventanas.

Marco debería estar durmiendo la siesta.

—Diez minutos —le dije después de comer, besándole el pelo que olía a jabón y a harina. Él me saludó con el coche rojo y se deslizó bajo la colcha mientras Rosa ocupaba su puesto habitual en el sillón junto a la ventana, con la tableta apoyada en las rodillas y el té humeante a su lado—. Diez minutos —había dicho ella, sonriendo como si el mundo aún tuviera reglas.

Este silencio no es normal. No es el silencio agradable de la cocina después del servicio, con su zumbido limpio. No son los crujidos de los radiadores ensayando. Es de esos en los que los santos del pasillo levantan sus manos pintadas y no dicen por qué. La fuente se ha tragado una palabra y se niega a devolverla.

Miro el monitor del cuarto del niño. La imagen está congelada: Marco a media risa, con la boca abierta, inmóvil. La luz roja que debería parpadear se ha apagado.

—¿Rosa? —la llamo, mientras ya me pongo en marcha.

El pasillo de fuera de nuestra habitación sabe a piedra enfriada. Su sillón está ligeramente inclinado, la tableta boca abajo, el té derramado en una mancha pálida sobre la alfombra. Rosa está sentada, desplomada hacia un lado, con una respiración superficial pero constante y las pestañas temblorosas. Le toco la muñeca: el pulso es lento, espeso como el sirope. El aire huele ligeramente a almendras y a hierbas infusionadas de más.

—Rosa. —La sacudo del hombro una vez, con firmeza. Su cabeza se tambalea. Sus labios intentan formar una palabra que no llega a salir.

—¡Harrison! —Mi voz se quiebra en el pasillo como un cristal. Él aparece antes de que el eco se apague.

—La han drogado —digo, mientras acomodo a Rosa en la alfombra y le deslizo un cojín bajo la cabeza—. Está viva, pero inconsciente. Llama a Gabriella, al servicio médico; mantenla respirando.

Se agacha, le pone dos dedos en el cuello y asiente una vez. —Respira. Yo me encargo de ella.

Me pongo en pie con el pulso disparado. —Marco estaba con ella.

Las palabras convierten el aire en hielo. Abro la puerta de golpe.

La colcha está arrugada por un lado, como si un cuerpo pequeño se hubiera escurrido a toda prisa. El elefante, boca abajo en medio de la cama, con una oreja doblada como si se hubiera tropezado y no se hubiera levantado. Rayo McQueen ha desaparecido del alféizar. Faltan los zapatos de debajo de la silla. La bufanda roja que tanto le gusta —de lana gruesa, con rayas blancas en los extremos, de algún mercado— no cuelga de su percha.

El silencio se convierte en un estruendo.

—¿Marco?

Las llaves se caen de la mesilla, golpean el suelo y desaparecen como si lo hubieran planeado. Me arrodillo. Pelusas bajo la cama, la esquina de un cómic, nada más. —¡Marco! —Esta vez, medio en risa, medio en advertencia, como si estuviéramos jugando. El sonido me vuelve distorsionado.

Ya estoy corriendo cuando el aire se vuelve frío en mis manos.

El pasillo de servicio tiene olores francos: jabón, madera vieja, el fantasma del ajo. Al final, la puerta lateral está entornada un par de dedos. Un aliento invernal se cuela por la rendija. Empujo. Se abre con demasiada facilidad. El pestillo está echado. La cadena cuelga con el eslabón cortado y vuelto a colocar, como una broma.

—¡Eh! —El grito me desgarra la garganta, crudo—. ¡EH!

Botas sobre la piedra. La casa materializa a Harrison de la nada. Lo abarca todo con una sola mirada: la puerta, la cadena, mi cara, el año del calendario. —¿Qué pasa?

—Marco. —La palabra golpea las baldosas y se rompe—. No está en la cama. La puerta lateral…

Se mueve sin dejar que el pánico toque la bisagra de su codo. La mano en el marco. La bisagra. El metal cortado. La veta de la madera. Pulsa la radio que lleva enganchada bajo la chaqueta. —Cierre total. Todas las puertas. Todas las persianas. Que no entre ni salga nadie. Niño desaparecido. Repito, niño desaparecido.

Estática. Luego Gabriella, sólida como el suelo. —Entendido. Procediendo al cierre.

—Rocco —añade Harrison—. Perímetro exterior cerrado. Primero el bosquecillo oeste, luego el camino de la almazara. Camilla, los teléfonos. Corta la wifi de invitados. Saca todas las cámaras.

—Copiado —dice Camilla. Se la puede oír teclear—. No tengo visión en el barranco. La arboleda es muy densa. Estoy redirigiendo las señales.

Soy la única que no se mueve como es debido. Le agarro la manga. —Llevaba los zapatos puestos. El elefante estaba en la cama. La cadena. ¿Por qué la cadena…?

—Vamos a encontrarlo. —Lo dice como un cuchillo en el que puedes confiar—. Conoces sus rutas. ¿Adónde va cuando es un caballero?

—A la fuente. Al pasillo de los santos. A la despensa de las cucharas de limón. A los gramófonos porque cantan. Al invernadero porque hace calor.

—Invernadero —dice él por la radio—. Dos a la capilla. Quiero ojos en el barranco y en el viñedo inferior. Sin sirenas. —Y a mí—: Quédate conmigo.

Debería estar en cualquier sitio menos ante una puerta que no cierra. Me aprieto el puño contra la boca hasta que el hueso responde. Recupero el aliento. —Voy contigo —digo, y no pierde ni un segundo en discutir. Corremos.

La villa se encoge y se endurece con el cierre. La verja zumba y se cierra con un golpe sordo. Las persianas caen una a una, una percusión lenta alrededor de los muros. Los guardias salen de las sombras como si hubieran estado bajo una vitrina. Dos primos Moretti que se habían quedado después de que se fuera el resto de los invitados del almuerzo se dirigen hacia el arco con una sorpresa profesional grabada en las cejas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una mujer con perlas al aire—. ¿Hay un incendio?

—Dentro. —Gabriella no afloja el paso, su voz es una cuchilla envuelta en terciopelo—. Permanezcan juntos. No toquen las puertas.

—Somos invitados —dice un hombre más joven, ajustándose un puño de la camisa con un gesto que ha practicado—. No…

—Dentro —repite Gabriella, y él recuerda cómo comportarse.

Pippo aparece, veloz como un príncipe. Husmea mis manos, mi falda, el umbral. Levanta la cabeza hacia el invernadero y gime.

—Vamos —dice Harrison, y vamos: bajo los santos que levantan manos vacías, por el pasillo trasero que respira de forma extraña, pasando junto a una doncella pegada a la pared tras una pila de sábanas y con una cara que es una plegaria. Harrison le toca el hombro. Ella recuerda que tiene que moverse.

El invernadero resplandece verde incluso en invierno. La puerta está apuntalada con una cuña de terracota. El aire cálido y húmedo me golpea la cara y me hace escocer los ojos: olores a tierra, a cítricos y al julio de mi abuela.

—No pises. —La palma de Harrison en mi cadera. Explora con la mirada antes de mover la bota.

Ahí, cerca del banco de trabajo, donde las hojas de limonero se aplauden a sí mismas: migas, aplastadas bajo un tacón. El azúcar de los biscotti brilla como estrellas en el polvo de harina. Las huellas dactilares de Marco son un patrón que conozco. Come a pequeños bocados y deja la otra mitad «para luego», porque «luego» hace que la galleta sepa mejor.

Junto a las migas hay una manopla azul con una raya blanca. La recojo. Mi cuerpo quiere plegarse a su alrededor y no volver a levantarse. Me la aprieto contra el pecho y luego la pongo en la palma de Harrison, porque si me la quedo, dejaré de moverme. Él se la guarda dentro de la chaqueta con el cuidado que se usa con una sartén caliente.

Todo el cuerpo de Pippo se pone en tensión para seguir el rastro: nariz baja, cola recta, hombros que dicen «conozco esta historia». Una fina fibra roja se aferra a la esquina áspera del banco. La libero.

Un hilo de la bufanda. Me lo guardo en el bolsillo como un amuleto y me odio por recurrir a la magia.

—La puerta de atrás —dice Harrison. El pestillo, descorrido. Unas huellas húmedas marcan el hormigón y desaparecen en la grava. Una grande, una pequeña. Las pequeñas zigzaguean, porque los huevos de dragón, el barro de chocolate y las hojas ruidosas son irresistibles para la lógica de un niño de cuatro años. Las grandes no zigzaguean. Van en serio.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, porque el tiempo es una herramienta en las cocinas y en todas partes.

—Minutos. —Pasa una mano sobre las marcas húmedas donde el calor aún persiste—. No más de quince.

—Entonces podemos… —Mi voz se quiebra. La arreglo—. Entonces podemos alcanzarlos.

Activa la radio. —Ojos en el rastro del invernadero. Dos bajando desde la capilla. Uno hacia el camino de la almazara. ¿Rocco?

—Cresta norte despejada —responde Rocco, con el viento colándose entre sus palabras—. No me gusta que esté despejada.

—¿Camilla?

—Invitados a oscuras. Líneas cortadas. Paolo sigue fuera de la red. —Su voz es firme y metálica a la vez—. Estoy vigilando la puerta. Una rama ha inutilizado una cámara. Ya hemos arreglado el árbol. Puedo ver tu espalda desde tres ángulos.

—Sigue hablándome —dice Harrison, y la radio lo repite con un clic.

Nos movemos rápido. El sendero se curva detrás del cobertizo de la almazara y nos lleva a una arboleda donde el frío se aferra por más tiempo. El rastro cuenta la historia de un niño pequeño: piedras lisas (huevos de dragón), barro (chocolate), hojas (ruidosas). Una rama baja ha perdido una hoja por la mano de un niño. Yace en el camino

como un pensamiento abandonado. Restos de biscotti manchan una roca donde un pulgar trabajó demasiado.

—¡Marco! —lo llamo, con voz aguda y cortante, como le enseño a mirar antes de correr. El viento responde, autoritario. Las vides levantan y posan sus manos. La casa suspira, lejana.

—No vuelvas a llamar —dice Harrison en voz baja—. No somos los únicos que escuchan.

La ira es más fácil que el miedo. Él cuenta con eso. Le dejo.

Pasamos la capilla. La puerta, entornada; una vela, consumida y aún humeante. Gabriella no deja las mechas morir solas. Se me oprime el pecho.

—¿Aquí dentro? —pregunto.

—Luego —dice. Sabe cómo los umbrales roban minutos.

En la curva que hay pasada la almazara, encontramos una prueba. Una colilla aplastada en el barro: marca barata, tacón equivocado. No es nuestro. No es nuestra paciencia. Otro hilo rojo en un murete de piedra bajo que marca el inicio del matorral. Pippo lo olfatea, estornuda y se sacude como si quisiera quitarse el olor de encima.

El camino hacia el barranco no es tanto un camino como un desafío. En verano es bonito, con helechos y zumbidos de abejas, pequeños senderos que te hacen olvidar los precipicios. En invierno es una garganta. El agua lo abrió y nunca se disculpó. Viejas historias reposan en la tierra, de las que las *nonnas* sorben entre sorbo y sorbo. No llevas a un niño aquí sin una mano en la capucha, a menos que no lo quieras.

—¿Por qué aquí? —Odio el temblor de mi voz.

—Porque los coches no pueden acercarse. Porque los ecos mienten. Porque las madres corren de forma torpe cerca de un precipicio. —Harrison no es cruel al decirlo. Me está forjando el temple.

Las hojas muestran rozaduras donde alguien ha pisado rápido y se lo ha repensado. Una huella con forma de manopla se presiona en un suave edredón de barro y luego se desvanece en la grava. Las huellas grandes se mantienen firmes y cercanas. Quienquiera que lo tenga sabe cómo moverse sin armar jaleo. O quieren que leamos la historia y nos partamos en dos antes de la última página.

Las radios crepitan más adelante. No es nuestro murmullo limpio. Son más baratas. Entrecortadas. De las que compran los hombres cuando quieren sentirse hombres. Harrison levanta la mano sin mirar atrás. Nos detenemos. Nuestro aliento se vuelve blanco.

Voces a través de la maleza. Masculinas. Una más vieja, con humo en ella. Una más joven, con una risa que no se ha ganado pegada encima.

—… te dije que Luca cogería la carretera del oeste —dice el más joven, satisfecho de sí mismo—. Se cree que es un mago.

—Cállate —dice el mayor—. Coge al niño de la mano.

La sangre me hierve tanto que me hormiguean los dedos. Me muevo. La palma de Harrison se posa en mi estómago, una barrera que bien podría ser un muro. La mirada que me lanza tiene nombre. *Por favor*. Odio esa palabra. Aun así, escucho.

Las orejas de Pippo apuntan como cuchillos. Emite un zumbido de advertencia. Hundo la mano en su collar de pelo. Su corazón late al mismo ritmo que el mío.

Harrison hace una seña. Rocco a la izquierda, flanco alto. Luego al suelo. Bajo. La radio en su cadera emite un tic. —Atentos —susurra Camilla—. Hay movimiento en la banda civil. Dos cerca del barranco. Uno ha dicho «Luca».

—Lo hemos oído —susurra Harrison—. ¿Dónde estás?

—En la biblioteca. Con Gabriella. Los invitados dentro. Puertas selladas. He cortado dos llamadas a primos. Volverán a intentarlo.

—Mantenlos dentro —responde Harrison. Golpea su micro una vez: el código que significa «cállate y escucha ahora».

Marco se ríe. El sonido se adentra en el barranco y vuelve magullado. Pequeño. Una burbuja de agua golpeando la roca. Me muerdo la lengua con la fuerza suficiente para saborear el metal.

—¿Ves los cochecitos? —canturrea el más joven, con una dulzura falsa—. ¿Te gustan los coches?

—¿Dónde está tu mamá? —pregunta el mayor, y no hay nada de dulce en ello. Sabe cuál es su trabajo.

—Dentro —dice Marco, práctico y con la respiración entrecortada. Se ha estado moviendo rápido—. Les ha dicho a los santos que tenemos que ser educados.

—Educados —repite el más joven, riéndose por lo bajo—. Es un príncipe.

Harrison niega con un gesto minúsculo de la cabeza. No te quiebres. No corras. Espera a que tengamos algo que podamos usar.

Me presiono el talón de la mano contra el esternón. Cuento hacia atrás de cuatro en cuatro, como haces con el risotto. Uno, dos, tres, cuatro… caldo, sal… cuando la cuchara cambia. Mis dedos buscan en el bolsillo el hilo rojo y encuentran en su lugar un azucarillo del almuerzo. Lo rompo sin mirar. Un polvo dulce salta en el aire húmedo. Pippo estornuda y luego mordisquea un olor que solo él entiende. Su nariz gira bruscamente a la izquierda, con decisión.

Harrison lo ve y asiente. Barre el aire con la mano. Hacia arriba y alrededor, a un terreno más alto, mi cuerpo detrás del suyo, me guste o no. Quiero luchar contra el plan. Él ya se ha movido.

Avanzamos sigilosamente. La maleza susurra en mis muslos. Las hojas intentan delatarnos. El terreno se inclina como siempre se inclina Umbría, recordándote que las colinas son huesos viejos. La sombra de Rocco se desliza por un pliegue de la tierra, una

oscuridad más oscura cerca del precipicio. Carga su peso como si pudiera luchar y escalar al mismo tiempo. Me muevo como una cocinera en un servicio apretado: codo pegado al cuerpo, tres pasos por delante del derrame.

El barranco se abre sin permiso. Un paso más y habría sido aire. El agua brilla muy abajo como un cuchillo que alguien olvidó limpiar. La pared opuesta está lo suficientemente cerca como para lanzar una piedra y lo suficientemente lejos como para que la piedra mintiera descaradamente sobre lo que golpeó. Un sendero de cabras se aferra al borde, más estrecho que el miedo.

Están ahí. A veinte metros, detenidos donde el camino se ensancha bajo un abeto desgarbado. El mayor lleva una chaqueta marrón que quiere ser cara y un sombrero que se cree local. El más joven tiene un corte de pelo por el que ha pagado y unos zapatos que otro limpiará. Marco está entre ellos, con una manita en la del mayor, la bufanda roja enrollada dos veces y el extremo metido bajo el brazo. Su rostro tiene la expresión que pone cuando se hace el valiente por mí. No está llorando. Es muy consciente.

—Aguanta —susurra Harrison.

Hay algo más que no cuadra y tarda un segundo en revelar su nombre. El sendero muestra tres tipos de suelas: la pisada limpia de los hombres, las zapatillas en zigzag y una tercera: un patrón plano y suave, ligero y rápido, que se desvía pendiente arriba y desaparece. Se me eriza el vello de los brazos.

—Hay otro —artículo sin voz. Harrison asiente. *Lo sé*.

El mayor inclina la cabeza hacia la ladera, escuchando una voz en su bolsillo. Sus ojos se alzan como hacen los de la gente cuando un teléfono miente y creen que el cielo dirá la verdad. El más joven gira la cabeza demasiado cuando una piedra rueda entre la maleza.

Pendiente arriba, una sombra se desprende de un pino, esbelta, paciente. Ha estado observando. Ha estado esperando. No está con

los idiotas del borde. Él es el trabajo.

Mira hacia la casa. Me mira a mí. Esboza la más mínima sonrisa equivocada.

—Ahora —susurra Harrison, demasiado bajo para ser una palabra. Rocco cambia su peso, deslizándose por una costura de la colina. Puedo sentir cómo empiezan los cálculos corporales: ángulo, impulso, la gravedad pagada en moneda.

Casi me quiebro. Podría correr. Podría lanzar todo mi estúpido amor sobre el borde como una red y tener esperanza. La palma de Harrison está ahí de nuevo, la totalidad de un «no» construida en músculo. —Dos minutos —dice, solo con el aliento—. Dante está en camino.

Dos minutos antes no eran nada. Dos minutos antes eran un risotto esperando. Dos minutos son una vida.

—Marco —digo, como un hilo de voz. Me oye. Gira la cabeza. Sus ojos encuentran los míos.

—Cochecito rojo valiente —digo, tan suave que ni la nieve puede oírme—. Marcha atrás.

Su mano se crispa. El hombre mayor siente la sacudida y aprieta con fuerza. Es entonces cuando la sombra de la ladera se mueve, lenta, luego rápida. Cae como una ocurrencia que se torna en una mala idea.

Ya me estoy moviendo porque a mi cuerpo se le da mal ver cómo su hijo se convierte en una lección. Harrison no me detiene. Me iguala el paso y se asegura de que, si me caigo, caiga sobre él.

La sombra llega primero. No toca a Marco. Golpea la muñeca del mayor, de lado y por abajo. Se oye un sonido; lo conozco de la pizarra del carnicero cuando alguien usa un cuchillo mal. El mayor grita. El agarre se afloja.

—Marcha atrás —vuelvo a susurrar. Mi niño da un cuidadoso paso atrás como si llevara sopa.

El más joven rebusca en su cintura una pistola que se cree más valiente que él. Rocco se le echa encima antes de la segunda mitad de su pensamiento: un giro, un estrépito, el arma desaparece entre la maleza como si recordara que no está invitada.

Dos minutos. Un minuto. Puedo saborear el cobre.

La sombra —el tercer hombre— gira la cabeza lo justo para que le vea la cara. Nada que pudieras dibujar sin mover la mano rápidamente. Del tipo que olvidas si quieres. Sonríe de nuevo. No busca un rescate. Ni siquiera busca el pánico. Quiere que miremos. Quiere que un mensaje sobreviva a este día.

Da un paso atrás. Desaparece pendiente arriba antes de que la nieve recuerde su peso.

—No —dice Harrison por la radio, porque todos los guardias de la cresta quieren perseguirlo—. Primero aseguramos al niño.

Avanzamos centímetro a centímetro, intentando robarle centímetros a un acantilado. El mayor se acuna la muñeca e intenta aparentar que lo había planeado. El más joven se replantea su vida. Pippo tiembla de una manera que significa que morderá si alguien se lo pide amablemente.

—Esperad —dice Harrison sin voz. Da dos toques. La respuesta llega de la vibración en el bolsillo de mi delantal contra mis costillas: el mensaje de Camilla, seco y seguro.

Dos minutos. Está dentro del recinto.

La radio sigue con su voz. —Ya está aquí.

Los hombres también oyen eso. La boca del mayor se endurece. Por fin parece un hombre que puede imaginarse muriendo.

No nos movemos. Aprendemos la forma de la quietud. Puedo sentir la manita de mi niño en el espacio entre su mano y la mía como una cuerda tendida sobre el agua.

Pasos sobre piedra en la distancia, un ritmo que conozco mejor que el mío propio. Hombres tranquilos bajo una tormenta. En alguna parte, una puerta suspira al cerrarse. Toda la casa se inclina hacia nosotros.

—Aguanta —dice Harrison—. Marco en diez.

—Cubriéndote —le digo, una promesa que cumplo y que odio.

Roto los hombros. Mis dedos se deslizan en mi bolsillo alrededor del cuchillito que uso para los cítricos: hoja fina, honesta. La gente subestima el acero de cocina. Le gusta que lo subestimen. El mango se asienta perfecto en mi palma, como una palabra se asienta perfecta cuando te la has ganado.

—Marco —artículo sin voz—. *Bravissimo*.

Respira como le enseñé. Uno, dos, tres, cuatro. Su bufanda cabalga sobre su respiración como una bandera. No llora. Es muy consciente.

Detrás de nosotros, los santos mantienen las manos en alto. La fuente no devuelve la palabra. El viento desuella el barranco con un sonido como de nombres susurrados.

—Marco —dice Harrison, y nos movemos mientras el capítulo de nosotros que no sabe esperar da paso al que sí sabe.

16

DANTE

Doce horas han pasado y el día sigue intentando hincarme el diente. Nudillos despellejados, un rasguño en el costado, el abrigo salpicado de polvo y sangre que no es toda mía. En el camino de la cantera, la última señal de Paolo se pierde en un sendero de cabras. Su coche está cruzado contra un murete de piedra, con las puertas abiertas de par en par y el motor crepitando al enfriarse. Dos pares de huellas marcan el arcén, unas de arrastramiento. La colilla de una marca de tabaco equivocada está aplastada en el barro. Es la calma que sigue a una pelea que me he perdido por minutos.

No rezo. Cuento: ángulos, salidas, malas ideas. Los niñatos con pistolas alquiladas aprenden que los faros no me ciegan. Subestimarme, sí. Uno corre. Otro no vuelve a correr. El que importa se esconde detrás de otros y mantiene su nombre tras los dientes.

El altavoz del cupé sigue conectado a la casa por la línea de Luca. Sisea, crepita y entonces la voz de un guardia irrumpe tan clara que es como si estuviera sentado a mi lado. —Tenemos a un niño a la vista cerca del barranco. No está solo.

La carretera se hunde bajo mis pies como hielo quebradizo.

Solo hay un niño cuyo nombre llevo grabado a fuego. No pregunto cuál. No respondo. Piso a fondo. El coche ruge y toma la curva como si me debiera dinero. Caen unos copos, se lo piensan, vuelven a caer. Las vides pasan como un destello, hileras y más hileras de costillas blancas trepando por las colinas.

—La puerta del invernadero está abierta —dice Harrison en mi coche como si estuviera dentro de mi cabeza. Tranquilo. Sereno—. Migas. Una manopla. Fibra roja.

—Cerrad todo —responde Camilla, toda ella dedos y metal—. Invitados dentro. Puertas selladas. Líneas cortadas. Estoy a ciegas bajo los cedros. Arreglándolo.

—La cresta norte está despejada —gruñe Rocco—. No me gusta que esté tan despejada.

El camino secundario que lleva al viñedo es una cinta que alguien dejó caer y olvidó. Lo recorro más rápido de lo que dicta la prudencia y no tan rápido como exige la necesidad. La cámara de la verja parpadea al despertar cuando mis faros la rozan. El pestillo hace «clanc» antes de que termine de maldecir al viento.

—Abierto —dice Camilla—. Dentro.

La grava escupe. El arco se traga el coche. Salgo antes de que el motor recuerde cómo mantenerse al ralentí. Los hombres se convierten en siluetas afiladas contra las paredes. La casa respira como si recordara guerras más antiguas y decidiera ser útil.

Serena ya está corriendo. La falda recogida en un puño, el pelo tirante hacia atrás, los ojos negros y brillantes como si se hubiera tragado la lumbre. Unos copos de nieve le motean los hombros. No frena al verme. Corta el aire.

—El barranco —dice Camilla—. Dieron media vuelta. Migas del invernadero, azúcar. La manopla. Dos en el sendero de cabras. Hay un tercero… vigilando.

—¿Cómo…?

—La cadena de la puerta lateral, cortada y mal colgada. Un cigarrillo barato cerca del recodo de la prensa. Una rama movida a destiempo. Y el aire está enrarecido.

Si ella dice que el aire está enrarecido, es que lo está.

Nos deslizamos bajo santos con sus manos pintadas levantadas, como un coro que no puede hacer nada. Tomamos el pasadizo trasero para pies que no quieren ser contados. El invernadero golpea, cálido y húmedo. El polvo de azúcar aún brilla en el hormigón oscuro. Una manopla azul yace de lado como un pájaro caído. Me la guardo en el bolsillo como un talismán y odio esa superstición.

El rastro desciende hacia la maleza y luego hacia el atisbo de un camino que usan los lugareños cuando quieren fumar donde sus mujeres no puedan verlos. Muy abajo, el agua habla consigo misma en un idioma más antiguo. Unas voces ascienden con dificultad desde el barranco, que suenan mal hasta los huesos.

—Esperad —susurra Harrison desde algún punto más adelante—. Flanco izquierdo. Dos en el camino. El niño en medio.

Corro como un hombre con reglas, luego como los que han agotado todas sus reglas. Las agujas de los abetos me abofetean. Las hojas patinan. Las piedras ofrecen el tipo de ayuda por la que luego pagas un precio. El sendero de cabras aparece, intenta desaparecer de nuevo.

La cornisa se abre: roca sudando bajo una fina capa de nieve, un abeto desgarbado arraigado como un viejo testarudo. Debajo, nuestro chico. Con las rodillas juntas. La barbilla gacha. La línea roja de la bufanda respirando. Muy consciente. A tres metros, dos hombres vestidos como el tipo equivocado de lugareños. Ladera arriba, un tercer hombre se desprende de la sombra de un pino:

esbelto, paciente, cosido a la colina como si perteneciera a ella más que nosotros.

—Esperad —murmura Harrison, convirtiéndose en una arista y luego en una quietud tan absoluta que el aire se olvida de él. Desde la derecha, Rocco se convierte en maleza y malas ideas. Camilla vive en mi oído—. Dos minutos de señal limpia antes de que se degrade. Luego estaré a ciegas.

Ladera arriba, el tercero mira hacia la casa, hacia la mujer, hacia el niño. Media sonrisa. No ha venido a por un rescate. Ha venido a montar un teatro. Él escribe la invitación y le dice al camarero lo que significa. **Traed a la cocinera.** Me sabe la boca a cera y sellos en blanco y quiero romper cada mano que haya sostenido ese sello.

—Atentos a mi señal —dice Harrison, su aliento apenas una palabra.

El hombre mayor sujeta la mano de Marco. Puedo ver la blancura lechosa de los dedos apretados. El más joven juguetea con una pistola barata bajo su abrigo como si Google pudiera enseñarle a tener valor. Ladera arriba, el tercero se mueve. La nieve perdona el movimiento.

La quietud tiene peso. Dejo que haga su trabajo.

El hombre de la sombra cae primero: lento, luego rápido, como una mala idea que decide ser peor. No toca a Marco. Toca la muñeca del mayor con una torsión pequeña y certera que habla el lenguaje de las articulaciones con fluidez. El agarre cede. Los dedos del niño se liberan.

—Hacia atrás —susurra Serena.

Marco da un cuidadoso paso hacia atrás como se hace cuando llevas sopa y quieres que la historia termine bien.

El más joven empieza a desenfundar. Rocco se le adelanta. Un ruido metálico. La pistola desaparece entre la maleza como si recordara que no está invitada.

—Ahora —dice Harrison.

Nos movemos, no corriendo, sino en un deslizamiento resuelto sobre terreno difícil. Llego bajo el abeto antes de que los hombres tengan una nueva idea. Serena está delante de mí, porque siempre está delante de mí cuando importa.

El hombre mayor intenta agarrar la bufanda. Lana y aire. Su talón encuentra canicas donde no las hay. La hoja de cítricos de Serena le besa el antebrazo y le dice la verdad. Grita una vez, un grito torpe. No me gusta el sonido de los hombres que sufren. Ese sí me gusta.

Ladera arriba, el tercero observa, interesado, no alarmado. Ni un disparo. Ni pánico. Anota lo que rompemos y luego se desliza de lado y deja que la colina se lo trague. Quiere que elija mi guerra en el próximo minuto. Es cortés al respecto.

Ya estoy de rodillas en la pequeña capilla verde bajo el abeto, con las manos sobre mi hijo. Mi hijo. Caliente bajo la lana. Temblando como tiemblan los niños valientes después de que sus cuerpos los salvan.

—Soy yo —digo, atontado por el alivio—. *Piccolo*. Soy yo.

Su mano se alza lenta, cuidadosa, como si estuviera tocando un rumor. Encuentra mi mandíbula, comprueba sus líneas. Su boca se mueve una vez, sin sonido. Dos respiraciones rápidas que se entrecortan. Una que no.

—Tú eres mi papá, ¿verdad? —susurra, probando una puerta que le han dicho que no abra.

Una vida se rompe de una buena manera. Lo permito. —Sí. —Sin terciopelo. Sin trampas—. Lo soy.

Estudia mi cara como un plato que podría aguantar. Se decide. Su frente encuentra el hueco de mi hombro. Hace el sonido animal bajo que hace la gente cuando por fin alguien le baja el volumen al mundo.

—Vivo —dice Harrison detrás de mí, con la punta del pie en el pulso, dos dedos en la presión, con la calma de un contable.

—Al hospital, no —digo, sin apartar los ojos de mi hijo—. No hasta que me diga quién le enseñó sobre puertas. Si muere, no será bajo luces malas y con un teléfono.

—Esa es una elección —señala Harrison, sin juzgar.

—El segundo, contenido —dice Rocco—. El tercero se esfuma ladera arriba. No me gusta la facilidad con la que se mueve.

—Es la razón por la que estamos aquí —digo—. No está en su nómina. Tiene la suya propia.

—¿Nombre? —pregunta Harrison.

—Me lo ganaré —digo.

Serena se limpia la palma de la mano en la falda. La sangre deja un rastro a lo largo de la vieja cicatriz en forma de media luna de su muñeca. Le cojo la mano. El temblor le llega a los dedos ahora que las paredes están cerca. Quiero romper cualquier cosa que recuerde que ella tiene manos.

—Lo siento —le digo, porque hay deudas que se dicen en voz alta hasta que tu boca cree que las pagarás—. Te dejé con una guerra mientras yo perseguía un fantasma. Le has clavado un cuchillo a un hombre para que nuestro hijo pudiera respirar. Lo siento.

Parece que quiere rechazar la disculpa y conservarla a la vez. —Cógelo —dice, señalando a Marco—. Necesita calor. A mí se me ha acabado.

Lo levanto. Pesa de esa manera que hace que un hombre se sienta agradecido: lana, niño y futuro. Me rodea el cuello con los brazos y apoya la mejilla en mi cuello como si hubiera estado guardando ese sitio. Su aliento calienta el lugar donde mi garganta recuerda haber sido usada para mentir. Este trabajo me gusta más.

—Papá —dice contra mi abrigo, probando la palabra y gustándole el sabor—. Has venido rápido.

—No lo bastante rápido —digo, porque la verdad compra más verdad—. Nunca más volveré a no ser lo bastante rápido.

—De vuelta a la casa —ordena Harrison, dividiendo ya el aire en carriles. Nos movemos como una unidad que ha practicado en noches más antiguas. Pippo se coloca junto a las rodillas de Marco, con la cola como una bandera que dice «atrévete». El barranco sigue hablando de agua y tiempo. El abeto se sacude como un anciano que se levanta de una silla.

Bajo el arco, la luz trata las caras con amabilidad. Gabriella nos recibe con una manta y una taza de la que emana vapor de sopa. Envuelve a Marco con fuerza y me lo devuelve cuando sus dedos se niegan a soltar mi abrigo. Pippo se desploma sobre sus pies como un tope de puerta con placa.

Las primas Moretti se reúnen en una estampa de preocupación. Veo cálculo bajo las perlas, ofensa bajo un puño de camisa perfecto. Camilla se mantiene apartada con dos teléfonos en bolsas transparentes y una mirada que significa «luego haré inventario de los pecados. Y tú pagarás». Los santos levantan sus manos pintadas. Serena se mete la mano temblorosa del cuchillo en el delantal como un secreto y levanta la barbilla hasta que el temblor recuerda quién es su dueña.

—Sepáralos —le digo a Harrison, refiriéndome a los dos hombres—. Habitaciones diferentes. Sin nombres. Sin ir al baño sin un amigo. Sin cura. Hablo yo primero.

—El estudio y la sala de mapas —dice. Rocco guía al que sangra hacia la sala de mapas, donde la madera recuerda fronteras. Otro guardia escolta al más joven al estudio, donde las historias aprenden a no mentir.

—Luca —digo por la radio—. Carretera oeste. De la cantera a la cresta. Quiero a Paolo, o sus huesos, o el nombre del hombre que cree que puede quedarse con él.

—En ello —responde Luca. Suena como un santo del libro equivocado: sangre seca en el labio, una sonrisa lo bastante afilada como para cortar papel—. Furgoneta sin matrícula de verdad. El parloteo huele a alquilados. No está con ellos. Todavía.

—Cómprales de nuevo el valor —digo—. Con intereses.

—Con intereses —dice, ya en movimiento.

Camilla me desliza un sobre cerrado bajo la palma de la mano. —Dejado en la verja, justo antes de que fallaran las luces. Sin huellas. Sin sello. —Dentro, una caligrafía pulcra que aprendió a comportarse en la iglesia: *Il cocinero se queda*. La cocinera se queda. Debajo, más pequeño, «Esto de hoy es un ensayo». El papel huele a dinero y cámaras. No se lo enseño a Serena.

—Luego —le digo a Camilla.

—Luego —responde ella, lo que significa «ya lo sé».

Marco se mueve, se inclina hacia atrás para estudiarme como un plato que planea usar todos los días. Un dedo traza mi mandíbula como si fuera una costa. —Tú eres mi papá —dice de nuevo. Esta vez no es una pregunta.

—Sí —digo, y si la palabra se quiebra, es de la forma que deja entrar la luz—. Sí, Marco.

Él asiente, solemne, contrato firmado. La mejilla hacia abajo. Respiraciones uniformes. El sueño negocia con sus pestañas y gana.

Me vuelvo hacia Serena porque le debo las arterias. —Lo siento —digo de nuevo, sintiendo que aterriza donde debe—. Perseguí un fantasma y dejé una puerta de verdad para que otro la sujetara. Lo arreglaré. Arrancaré la raíz y la quemaré donde los hombres que la regaron puedan verlo. No habrá una segunda vez.

No me bendice y no me quema. Entra en el pequeño país que formamos —niño, manta, perro, pecho— y apoya su frente en la mía hasta que la casa recuerda que su verdadero trabajo es mantener el mal tiempo fuera.

—Entonces, cumple tu promesa —dice—. Y mantén las manos donde deben estar.

—Sobre ti —digo—. Sobre él. En la cerradura.

Detrás de nosotros, el trabajo continúa: la voz de contable de Harrison tomando nombres, las botas de Rocco enseñando respeto, las listas de Camilla convirtiéndose en ley, la sopa de Gabriella exhalando una oración que ningún cura puede poseer. La nieve por fin se decide y empieza a caer con sinceridad, extendiendo una mentira limpia sobre las huellas, haciendo que las vides parezcan suaves. Al mediodía, ha desaparecido. La Umbría enseña en qué se puede confiar y qué se debe dejar pasar.

Escucho el siseo en las ventanas y hago una promesa que siento como acero calentándose en mis manos. —Esta es la última vez —digo contra el pelo de Serena, contra la lana de Marco, en la ridícula oreja del perro—. La última vez que dejo que se acerquen a ti. La última vez que dejo que se acerquen a él. La última vez que elijo la guerra equivocada.

La palma de Marco se posa plana sobre mi pecho como un sello. —Papá —murmura, ya quedándose dormido—. No te vayas.

—No voy a ninguna parte —le digo, y mi boca por fin sabe cómo hacer que sea verdad.

17

DANTE

No bajo a Marco hasta que su respiración se acompasa y su pequeño peso pasa de la alarma al sueño. Serena mantiene una mano en mi muñeca mientras lo sostengo, no para detenerme, solo para mantener viva la promesa. Pippo aprieta todo su cuerpo contra mi espinilla como si se creyera un muro. La casa escucha. Sabe cuándo mantener la boca cerrada.

Llevo a mi hijo a través de la biblioteca para que pueda ver el fuego con los ojos entreabiertos y creer que el mundo se ha quedado encendido a propósito para él. Hace un ruidito y mete la mano bajo mi cuello como si ahora ese sitio le perteneciera. Le beso el pelo y me sabe a lana, a jabón y al exterior. No vuelvo a llorar. Solo respiro como si hubiera aprendido la lección.

—A la cama —dice Serena en voz baja, pasándome el pulgar por la garganta como si estuviera comprobando si funciona.

—A la cama —repito, y recorro el pasillo que ya se ha aprendido nuestros pasos. Gabriella abre la puerta de Serena antes de que yo toque el pestillo. La pequeña habitación huele a cedro, a harina y al sueño de un niño. Los cómics siguen en la silla, con los héroes en

mitad de un puñetazo y las onomatopeyas congeladas en su mejor forma.

Dejo a Marco en la cama y le desenredo la bufanda del cuello como se retiran las espinas de una anchoa: rápido, con seguridad, con cuidado de la carne que importa. Coge el elefante de peluche sin despertarse y se lo coloca debajo de la barbilla como si se hubiera entrenado esta tarde precisamente para esto. Le subo la manta, sin apretarla demasiado. Serena se inclina y le besa la sien. Su boca toca el mismo sitio que yo acabo de besar y los dos gestos encajan como las piezas de una cerradura.

—Quedaos —murmura Marco, sin dirigirse a nadie y a todos a la vez.

—Aquí estamos —le digo, en voz baja y con sinceridad, y bajo la intensidad de la lámpara hasta un resplandor que perdona.

Serena me sigue fuera y cierra la puerta con ese toque de cocinera que puede posar la tapa de una olla sin que cante. En el pasillo, me detiene con la palma de la mano en mi pecho. Nos quedamos ahí, en el aire silencioso, como si nos hubieran pillado, y quizá sea así.

—No prometiste luz —dice, con la mirada firme—. Prometiste cerrojos.

—Tienes ambas cosas —digo, y lo digo más en serio que nada de lo que he dicho este año—. Y un perro que se cree una bisagra.

Casi sonríe. «Ve y haz tu parte», dice y me devuelve a la guerra.

Al atardecer del día siguiente, la villa se cambia de abrigo.

La villa no está en silencio. Solo lo parece cuando no estás entrenado para escucharla. Los coches de los Moretti zumban en la verja, bajos y caros, haciéndole saber a las colinas quiénes se creen que son. El chófer de Corsi tose como lo hacen los motores viejos que no pertenecen a hombres viejos. La pareja de Orvieto, que finge ser vino y en realidad son rutas, llega en un coche de alquiler demasiado limpio para ser de fiar. Otros nombres se deslizan bajo

los grandes como pececillos bajo un bote: hombres pequeños con demasiados favores, dos chicos con gemelos y una valentía por estrenar, una mujer de Nápoles que nunca malgasta un paso y sabe exactamente cuántos cuchillos viven en mi cocina.

No están aquí para una fiesta. No exactamente. Esta es la cena de Nochebuena que pasa por una tregua en nuestro mundo —las viejas familias y los que buscan titulares, los chicos de logística y los santos de la costumbre—, todos fingiendo bendecir la temporada con pescado y vino mientras contamos los soldados del otro por el número de abrigos colgados en el pasillo. La llamamos paz porque las iglesias abren hasta tarde y a la ciudad le gustan las historias que la ayudan a dormir.

Rosa se está recuperando en la enfermería. Se pondrá bien. Un informe me dice que fue un sedante y no veneno. Pero mi mente se niega a aceptar cualquier forma de descanso. Entro en el estudio que me sirve de esclusa entre la honestidad y todo lo demás. Harrison está allí antes que yo. Siempre lo está cuando la casa necesita una columna vertebral. Su libro de contabilidad está abierto sobre el escritorio, con columnas limpias como los bancos de una iglesia. Hay una mancha en el borde, donde no debería haber habido una botella. Sé lo que dice sin mirarlo. *La cena es el arma*. Esta noche, pretendo ser el que la empuña por el mango.

—Perímetro —digo.

—Anillo exterior duplicado —responde—. Dos de paisano en la capilla, uno en el coro que puede disparar sin hacer ruido. La cresta está vigilada. La carretera oeste es de Luca. El muro norte patrulla cada siete. El sendero sur parece adormilado. Rocco lo quiere furioso.

—Hazlo furioso —digo—. Se acabaron los límites educados.

Asiente una vez. —¿Paolo?

—No está aquí —le digo, y mi mandíbula rechina una vez con el nombre que solía pronunciar con los pies en alto—. La última señal fue en la cantera. Lo sacaron de la carretera y me dejaron un cebo. Luego se volvieron codiciosos y vinieron a por los míos. Eso se ha acabado.

Camilla aparece como un fantasma con dos bolsas transparentes y unos ojos que ya conocen los tres problemas siguientes. «Guests at the arch. The primos envían saludos y una tía. Rinaldi sent flowers and a note that smells like someone else wrote it. The magistrate's nephew is 'lost' and expects the kitchen to be patient».

—Piérdelo otra vez —digo—. En una habitación con agua.

—¿Y la bodega? —pregunta, con demasiada ecuanimidad.

—Cerrada —digo—. Sellada. Si una botella necesita respirar, que lo haga en una iglesia.

Casi sonríe y me entrega el teléfono nuevo. «Esta línea está limpia. Dos toques para mí, tres para Rocco. Si sientes una vibración larga, es la cresta. Si no sientes nada, es peor».

—Entendido —digo—. Hazlos pasar. Dales de comer respeto y cebo.

Voy a la puerta y recibo a las primeras oleadas con el abrigo abierto, las manos vacías y una sonrisa que aprendí de un hombre que murió intentando enseñarme a tener paciencia. El viejo Corsi me besa en ambas mejillas y huele a cuero que nunca ha visto una herramienta. Su heredero se mantiene dos pasos por detrás, con la mandíbula rumiando una opinión que él cree que es un plan. Moretti en persona no viene. Envía a un primo con ojos como un cuchillo en el que no confías y una risa que quiere que lo hagas. Dos jóvenes de Florencia me estrechan la mano como si estuvieran practicando y una mujer de Nápoles me dedica una larga mirada que sopesa la casa, a Serena, a mí y el precio de las naranjas con un solo vistazo.

—*Buona vigilia* —dicen, con las bocas forradas de azúcar y los ojos llenos de dientes.

—*Buona* —replico—. Bienvenidos a mi mesa. Será una noche segura si os comportáis.

Serena está en el umbral de la cocina con un delantal limpio, el pelo recogido, las muñecas frotadas y el limón viviendo en su piel. Ha movido su puesto como planeamos: más cerca de la puerta de servicio que lleva al pasillo corto detrás de la despensa y al pesado roble que protege la bodega. Lo hablamos con tres frases y una mirada. Mantenemos el pase cerrado. Creamos un pase falso para atraer las miradas. Ponemos los platos de verdad en manos de confianza a través de la puerta corta. Si la serpiente sale de la bodega, entonces la persona en la que más confío está donde puede oírla moverse. Lo odio. Es lo que funciona.

Me mira y ladea la cabeza una fracción hacia el salón de los santos. Lo entiendo. Los invitados ya están poniendo a prueba los límites. La mujer de Nápoles ha preguntado si las cucharas de limón son de verdad o una historia. El primo de los Moretti se ha acercado a tres tablas del lado equivocado del pase y ha sonreído como si no se hubiera dado cuenta. Serena apenas gira los hombros y la sala obedece. Finjo que es normal y le quito el peso de encima con mis pasos.

—Dante —me llama una voz, cálida y equivocada, y Paolo aparece en la luz como una disculpa con traje.

Tiene buen aspecto. Siempre lo tiene. Un abrigo que le queda bien, un pelo de una revista que no existe en esta casa, unas manos que nunca muestran suciedad ni cuando ha estado cavando. Pero esta noche hay algo vidrioso en sus ojos, un brillo que no es ni pena ni orgullo. Pulido, sí. Pulido como algo que se ha lijado demasiado tiempo.

—¿Dónde has estado? —pregunto con ecuanimidad; saludo y pregunta en el mismo aliento.

—Ocupado —dice, con las palmas hacia arriba, la palabra que usa cuando quiere que crea que es indispensable—. Rastreando el

primer pecado, no el último. Tu chef...

—Di su nombre —le corto, sin cortesía.

Me mira a los ojos y, por medio segundo, el brillo se resquebraja. —Serena —dice—. Fui a buscar a quien hizo que el hombre de antes de ella enfermara. El que nos prometieron. Pensé que, si encontraba a quien le despejó el camino, sabría quién quiere desequilibrarte. No me estaba escondiendo. Estaba trabajando.

—Si no respondes cuando te llamo, te estás escondiendo —digo—. Te sacaron de un camino de cabras. Desapareciste del mapa. ¿Quién te tocó?

—Un par de chicos que alquilan el coraje por horas —dice, encogiéndose de hombros como si pudiera quitárselo de encima—. No fueron los Moretti. Ni los Corsi. Gente de fuera. La nota de la botella es puro teatro. El verdadero juego es el recuento.

—¿Qué recuento? —pregunta Harrison desde el lado del libro de contabilidad, con una voz como el aire de invierno.

Paolo lo mira y vuelve a apoyarse en su encanto. —Alguien está tomando prestados a nuestros soldados cuando no miras —dice—. Reasignando hombres sin que tu mano esté en la página. Fui a tirar del hilo y me llevó a donde no te gustó. Ya estoy aquí. —Extiende las manos como si acabara de pedirle a un coro que cante—. Sabes que llevo esta casa en la sangre.

Le miro las manos, limpias como siempre. Recuerdo la sensación de los hombros de Marco metidos en mi cuello. Recuerdo el cuchillo de cocina en la barriga de un extraño y el hilo de la bufanda roja enganchado en el gozne de un invernadero. Puedo oír el barranco hablando consigo mismo por debajo de todo.

—Hablaremos más tarde —digo, moviéndolo ya a un lugar donde pueda verlo a él y a la puerta a la vez—. Ahora mismo, alimentamos a los lobos y evitamos que se crean los dueños del corral.

Asiente como un hombre que cree que la reunión ha salido como él quería. No ha sido así.

Convocamos el consejo de guerra después del segundo plato, en la pequeña sala junto a la biblioteca donde cuelgan los mapas y el viejo escritorio tiene marcas de dientes de otra vida. Los llamo a todos: Harrison, Rocco, Luca, Camilla, Paolo y dos más que se han ganado su nombre por las malas. Solo la mitad llega a tiempo. Los otros envían disculpas, promesas de dos minutos y pasos que primero van en la dirección equivocada. No es caos. Es un retraso coreografiado. Eso es peor.

—Informe —digo, con la espalda contra el escritorio.

—El muro norte sigue furioso —dice Rocco, complacido—. Tres intentos que parecían un cigarrillo y un beso. Los hemos despachado con una historia que no contarán dos veces. El sendero sur ha intentado echarse una siesta. Lo hemos despertado.

—Teléfonos —dice Camilla, con los ojos en mí, porque leerá el ambiente antes de leer la pantalla—. Tres números internacionales han llegado a la caja de la cresta y han muerto. La cámara de la verja parpadeó dos veces y conservó la grabación. El micro de la despensa está limpio. La capilla es una habitación silenciosa. El invernadero tiene una cadena nueva y un perro que se cree policía.

—Carretera oeste —dice Luca, con una mueca en la boca—. Dos coches, ambos locales. Les he hecho sentir como turistas. No comprarán postales.

—¿Reasignaciones? —pregunto.

Harrison responde con una sola línea. —Alguien ha movido a cuatro hombres de la guardia este al anillo interior durante una hora sin que la llamada pasara por mí.

—¿Quién lo firmó? —digo.

—El usuario de Paolo —dice Harrison, como si estuviera nombrando un frente meteorológico. No mira a Paolo. Me mira a mí.

—Yo no estaba en el tablero cuando eso pasó —dice Paolo rápidamente, con las palmas hacia arriba de nuevo—. Si mi nombre está ahí, alguien lo ha puesto para que lo veas. No estoy moviendo piezas de ajedrez en tu casa sin decirte a qué juego jugamos.

—Alguien sí lo está haciendo —digo, manteniendo la voz baja para que la verdad suene más alta—. A alguien le gusta escribir mi nombre con manos ajenas. Alguien quiere un cuchillo de cocina en el lugar equivocado y a un niño al borde de una colina.

Serena no está en la habitación, pero es como si lo estuviera. Ella vive dentro de cada decisión que tomo ahora. Miro el plano del comedor y los círculos que dibujé antes del almuerzo. Los muevo. Pongo a los hombres ruidosos cerca de los hornos para que el calor y el ruido apaguen sus fanfarronadas. Siento a los cuidadosos donde pueda verles las manos y los ojos a la vez. Muevo a la mujer de Nápoles junto al salón de los santos porque quiero que entienda que la veo venir y no me importa. Alejo al primo de los Moretti de la puerta de servicio y lo siento en una silla que parece importante y no lo es. Muevo la mesa de preparación de Serena un metro más cerca de la bodega, no para que corra peligro, sino para que, si el cerrojo respira, ella lo sienta antes que una cámara. Pongo a dos de mis hombres con chaquetas de camarero y a dos camareros con trajes al fondo de la sala para hacer que los mentirosos se lo curren.

Paolo observa cómo se mueven las piezas con la cabeza ladeada, como si sonara una música y no pudiera reconocer la canción. —Quieres que me ponga junto a la bodega —se ofrece, ansioso por ser esencial—. Si hay una puerta que se abre, yo la cerraré.

—Te quiero donde pueda verte —digo—. En la puerta del estudio. Si alguien intenta irse con una historia, se la quitas antes de que le crezcan piernas.

Aprieta la boca por primera vez esta noche. Asiente como si estuviera masticando un limón y decidiera no mostrarlo. —Como digas.

Disolvemos el consejo y volvemos a las salas como si no fuéramos más que buenos anfitriones a los que les gusta contar cosas. Llega el tercer plato —el azafrán que huele como una hora cálida de la que desearías tener dos— y el ruido en el comedor sube y se asienta de una manera que me dice que la comida tiene la palabra. Serena se mueve por su cocina con esos movimientos pequeños y exactos que convierten a una persona en un metrónomo. Le está enseñando a una chica de la zona de pastelería a sujetar un cuchillo para que la muñeca no pague la factura de la mano. Me mira una vez por encima del pase, lo justo para que yo le dedique un pequeño asentimiento que significa que el mundo está tan seguro como puede estarlo cuando no lo está.

La mujer de Nápoles me mira y levanta su copa como una prueba. Levanto la mía a cambio y no bebo. El primo de los Moretti se ríe un poco demasiado fuerte de algo que nadie gracioso ha dicho. Corsi come como un hombre que espera que otro mastique por él, y yo le dejo.

Entre platos, recorro la espina dorsal de la casa: el salón de los santos, el rellano de la despensa, el pasillo corto donde vive el aire viciado, la capilla donde dos hombres se sientan de espaldas a la puerta y con los ojos en las ventanas como si esperaran que Dios llamara. Un mensaje de Luca vibra en mi muñeca.

21:17 Paolo en el aparador; se ha colado con la pareja de Orvieto. Lo tengo controlado con los ojos.

Marco duerme a dos habitaciones de distancia con un perro bajo la mano. Cada paso que doy es una respuesta a la única pregunta que importa. ¿Puedo mantenerlos a salvo? La respuesta esta noche es sí, hasta que deje de serlo.

Al pasar por la sala de seguridad, me detengo porque los hombres que cumplen sus promesas comprueban sus herramientas. La puerta está cerrada, pero no con llave. Mi regla es con llave o abierta, nada intermedio. La abro. El equipo brilla con ese suave azul idiota. Huelo a polvo caliente y a plástico. Los monitores recorren lenta y ordenadamente las imágenes: verja, cresta, pasillo, pase de cocina, pared de los santos, capilla; como un desfile para el que no se aplaude. La vista del viñedo está en blanco, y eso está mal.

—Marcha atrás —digo para nadie y para todos, y toco la pantalla del viñedo. Tartamudea, tiembla y luego me da un educado cuadrado negro con letras blancas que me amargan la lengua.

SIN ARCHIVO.

Retrocedo las horas manualmente. Hace diez minutos. El viñedo me da nieve y cepas. Veinte minutos. Nieve y la sombra de un hombre que pertenece allí. Treinta. Lo mismo. Una hora. Lo mismo. La ventana que debería contener el tramo desde el invernadero hasta el barranco —las migajas de azúcar, el destello del hilo rojo, la silueta de dos cobardes que pensaron que tomarían prestado a un niño— permanece vacía como si nunca hubiera ocurrido.

Camilla aparece a mi lado sin que la puerta respire. Su boca se aplana al ver la pantalla, no sorprendida, sino enfadada consigo misma por no estarlo. «Don’t say it», advierte en voz baja.

—No lo diré —respondo, porque no hay frase en ese idioma que haga que mis manos se comporten.

Harrison entra detrás de mí con un libro de contabilidad y una cara como una piedra que ha decidido ser útil. Lanza una mirada, larga. —¿Copia? —pregunta.

Niego con la cabeza. —No se la han llevado. La han matado donde vivía.

—¿Desde aquí? —dice, con los ojos en la pequeña ranura donde debería estar durmiendo una tarjeta y no está—. ¿O desde la red

principal?

—Da igual —digo, y mi voz es demasiado tranquila—. Me han tocado los ojos y no les he pillado la muñeca.

En la imagen de la cocina, Serena desliza una bandeja hacia el pase y limpia el borde como si estuviera bendiciendo el plato. En la imagen del pasillo, los santos levantan las manos hacia nada en particular. En la imagen de la capilla, un perro levanta la cabeza, oye un ruido a cuatro habitaciones de distancia y decide que no vale la pena despertar a un niño por ello.

La imagen del viñedo permanece en negro. Las horas que más importan ahora mismo no tienen registro. La persona que me quiere ciego acaba de decirme que está en la habitación con las luces. Pongo las manos planas sobre el escritorio y presiono hasta que la madera habla.

—Quienquiera que haya borrado mis cintas —digo, ni alto ni bajo—, ha comido en mi mesa esta noche o lo hará mañana.

Los dedos de Camilla se mueven una vez sobre el panel y se detienen. —Puedo construirnos nuevos ojos —dice, práctica como una lista de la compra—. Pero no puedo construir el ayer.

—Entonces les tenderemos una trampa con el mañana —digo—. Mientras tanto, Harrison, dile a Luca que registre a fondo la habitación de Paolo.

Harrison no asiente. Su presencia es asentimiento. Golpea el libro de contabilidad con un dedo donde los números suman una verdad que no me gusta. Alguien está dentro del círculo que dibujo cuando cierro los ojos.

Fuera, en el comedor, las risas suben y bajan como las olas en una ciudad sin mar. En la cocina, Serena levanta la barbilla y la sala se mueve. En la capilla, mi hijo duerme con una mano en la oreja de un perro y confía en una promesa que voy a cumplir aunque tenga que arrancar los cerrojos del mundo.

Cierro la puerta de la sala de seguridad con la palma de la mano, y el suave clic suena como una pistola en una iglesia.

18

SERENA

Lo único que puede distraerme de todo el estrés que me rodea es una ducha larga y caliente. El vapor se eleva en gruesos zarcillos serpenteantes del agua caliente que cae en cascada sobre mi piel, convirtiendo la ducha de azulejos en un capullo neblinoso al que no llegan las sombras de la villa. He cerrado la puerta del baño con llave, pero la ira hierve bajo mi piel como brasas que se niegan a apagarse. La cumbre de Dante, los secretos de la bodega, la seguridad de Marco... Todo está enmarañado en mi pecho, pero el nudo más apretado es el que me une a él, al hombre que no para de desaparecer. Mi mano se desliza por mi vientre, los dedos separando los pliegues entre mis muslos mientras me apoyo en la fría pared de mármol. El agua golpea mis hombros, rítmica e insistente, imitando el pulso que late en mi sexo.

Cierro los ojos e imagino el rostro de Dante. Pero la fantasía se tuerce, sin querer, hacia el dolor que no deja de abandonar a su paso. Mis dedos rodean mi clítoris, lentos al principio, aumentando la presión que hace que se me entrecorte la respiración. La sensación es aguda, eléctrica; el agua se desliza sobre mi mano como la lengua de un amante, tibia e implacable. Me introduzco dos dedos, curvándolos contra esa sensible cresta, embistiendo superficialmente

mientras mi pulgar restriega mi clítoris. Un gemido grave se me escapa, ahogado por el torrente de la ducha, mientras que mi mano libre se apoya más arriba en la pared, con las uñas arañando los azulejos. —Que te jodan —le susurro al vapor, imaginando su polla en su lugar: gruesa, exigente, la forma en que me llenó en la mesa de preparación hace apenas unas horas. Mis caderas se mecen hacia delante, persiguiendo la fricción, la espiral de mi vientre se tensa mientras la humedad de la excitación se mezcla con el agua que recorre mis piernas. No es suficiente. Nunca es suficiente cuando la ira lo alimenta, convirtiendo el placer en algo más feroz, más punitivo.

La puerta hace un suave clic y Dante entra, su silueta recortándose en la niebla como una cuchilla. Va sin camisa, con los pantalones bajos sobre las caderas y los ojos oscuros e indescifrables bajo la tenue luz que se filtra por la ventana esmerilada. —¿Pero qué coño? —espeto, apartando la mano de un tirón, pero no me cubro. La ira se aviva, mezclándose con el ardor inacabado entre mis piernas—. Fuera. Ahora.

No lo hace. En lugar de eso, cierra la puerta de una patada a su espalda, la madera cruje en señal de protesta, y se quita los pantalones en un solo movimiento fluido, revelando las duras líneas de su cuerpo, con la polla ya medio erecta y curvada hacia su ombligo. El aire se vuelve más denso con el olor de su piel, almizcle y lluvia y ese ligero y agudo matiz a aceite de pistola que nunca se quita del todo. —Te he oído —dice, con voz grave y ronca, metiéndose en la ducha sin invitación. El agua lo golpea de inmediato, pegándole el pelo oscuro a la frente, los hilos de agua trazando las cicatrices de su pecho, recordatorios de peleas en las que no estuve, ausencias que reflejan mis propios resentimientos—. Parecía que necesitabas ayuda para terminar lo que has empezado.

Lo empujo, con la palma de la mano plana contra su pecho húmedo, pero no se mueve, solo me agarra la muñeca y me acerca, el chorro de agua envolviéndonos a los dos. Su cuerpo es un muro de calor contra el mío, su polla rozándome el muslo, gruesa e insistente. —

¿Crees que puedes entrar así como si nada? ¿Después de todo? —La voz se me quiebra de furia, las palabras se derraman como veneno. Me retuerzo en su agarre, pero a medias. La ira se convierte en algo más oscuro, más hambriento; mi coño se contrae ante la proximidad, todavía húmedo por mi propio tacto.

Dante entrecierra los ojos, el agua le corre por la cara, pero no retrocede. En vez de eso, me hace girar y me estampa la espalda contra la pared de la ducha con una fuerza controlada; el mármol, frío, se clava en mi columna. Me agarra el pelo mojado con una mano, inclinando mi cabeza hacia atrás para que el agua me golpee la cara, obligándome a tomar aire. —¿Enfadada conmigo? —gruñe, su mano libre agarrando mi cadera con la fuerza suficiente para dejarme marcas, los dedos hundiéndose en la carne blanda—. Bien. Úsalo. Ya he probado tu fuego antes, Serena. Deja que me queme ahora. —Su boca se estrella contra la mía, nada gentil, un beso brutal que sabe a sal y a rabia, su lengua invadiéndome como si reclamara un territorio largamente negado.

Le muerdo el labio en represalia, extrayendo un sabor cobrizo que se mezcla con el agua, y él sisea, retrocediendo lo justo para volver a darme la vuelta, con mi mejilla apretada contra el azulejo y el culo arqueado bajo el chorro implacable. —Cabrón —escupo, pero mis manos se abren contra la pared, preparándome mientras su polla se introduce entre mis muslos por detrás, deslizándose por mis pliegues húmedos sin entrar. El juego es enloquecedor, la gruesa cabeza golpeando mi clítoris con cada leve vaivén de sus caderas, enviando sacudidas por mi espina dorsal. El vapor me obstruye los pulmones, cada respiración es pesada por el olor a jabón y a nuestra excitación compartida, el húmedo chasquido de la piel ya haciendo eco en el recinto.

No pregunta, embiste con fuerza, hundiéndose hasta la raíz en una sola y brutal estocada, el estiramiento arde deliciosamente mientras mi coño cede ante él. Grito, un sonido crudo y resonante, mis paredes se contraen alrededor de su grosor, sintiendo cada cresta y vena mientras se mantiene quieto por un instante, dejándome

adaptarme a la invasión. El agua cae en cascada sobre nosotros, caliente y calmando el escozor, pero nada templa la furia. —Eso es —susurra con voz rasposa contra mi oreja, su pecho deslizándose húmedo contra mi espalda, una mano sujetando mis muñecas por encima de mi cabeza mientras la otra se desliza para pellizcarme un pezón, retorciéndolo hasta que me arqueo—. Lucha contra mí con este coño apretado. Apriétame como si me odiaras... porque me odias, ¿verdad?

—Jódete —jadeo, empujando hacia atrás contra él, el movimiento hundiéndolo más, el ángulo golpeando ese punto dentro de mí que hace que las estrellas estallen tras mis párpados. Marca un ritmo castigador de inmediato, sus caderas se mueven hacia adelante con húmedos y contundentes golpes que ahogan el rugido de la ducha, sus huevos golpeando mi clítoris rítmicamente. La sensación es abrumadora: plenitud y fricción, el agua haciendo que todo se deslice más suave, más caliente, mi piel hipersensible donde sus dedos magullan mis caderas. Giro la cabeza, atrapando su boca en un beso desordenado y furioso por encima de mi hombro, los dientes chocan, las lenguas luchan mientras me muevo hacia atrás, respondiendo a cada embestida con mi propio ritmo rencoroso.

—Estás chorreando por ella —se burla, con el aliento caliente y entrecortado en mi oído, su mano soltando mis muñecas para deslizarse hacia abajo, sus dedos encontrando mi clítoris y frotándolo en círculos bruscos que hacen que mis rodillas se doblen —. Toda esa rabia, y tu coño suplicando por mi polla. Admítelo, has querido esto, has querido hacerme pagar cada noche que no estuve aquí. —Puntualiza las palabras con una embestida más profunda, penetrando hasta mi cérvix, la presión acumulándose como una tormenta en mis entrañas, enroscándose, apretada y viciosa.

—Sí... Dios, sí, te odio por ello —gimo, la confesión arrancada de mí mientras el placer se dispara, mi cuerpo traicionando la rabia con cada aleteo a su alrededor. Se retira de repente, dejándome vacía y quejumbrosa, y luego me levanta, haciéndome girar para encararlo. El agua me ciega momentáneamente, pero veo el brillo salvaje en

sus ojos, la forma en que su polla se yergue, resbaladiza y venosa, exigente. —De rodillas —ordena, pero en lugar de eso lo empujo, invirtiendo nuestras posiciones de modo que su espalda golpea la pared.

—Así no —gruño, dejándome caer de todos modos, pero tomando el control; mis manos en sus muslos, las uñas clavándose mientras le meto la polla en la boca de un solo movimiento rápido, chupando con fuerza, mi lengua arremolinándose en el glande para saborearme en él. Él gime, su cabeza golpea contra el azulejo, sus dedos se enredan en mi pelo, pero yo marco el ritmo, ahuecando mis mejillas y bajando profundamente, atragantándome ligeramente con su longitud antes de retirarme con un chasquido. El agua me entra en la boca, mezclándose con su pre-eyaculación, salada y amarga, alimentando el desenfreno. —Ya no me vas a dar más órdenes —digo, poniéndome de pie y empujándolo al suelo de la ducha en un enredo de miembros.

Aterriza de culo con un chapoteo, pero me baja a su regazo en el mismo aliento, nuestros cuerpos resbaladizos y deslizantes. Me siento a horcajadas sobre él, de espaldas, agarrándome a sus rodillas para hacer palanca mientras me hundo en su polla; la postura me abre, dejándole llegar más profundo que antes. El azulejo está duro bajo su espalda, pero no se queja, solo me agarra el culo, abriéndome más mientras lo cabalgo furiosamente, mis caderas golpeando hacia abajo con húmedos chasquidos que salpican agua. —Así —exijo, con la voz quebrada por un jadeo mientras su pulgar encuentra mi ano, rodeando el apretado anillo a modo de provocación—. Haz que duela, hazme sentir cada segundo que estuviste fuera.

Presiona para entrar, solo la punta. La doble penetración me hace estremecer, mi coño se contrae con más fuerza alrededor de su polla mientras brinco, el ardor es exquisito y sucio. Su otra mano me rodea para darme una ligera palmada en el clítoris, el escozor me empuja más cerca del límite, las sensaciones se superponen: plenitud en mis entrañas, presión en mi culo, el incesante roce

contra mi punto G. —Eres una salvaje —gruñe, empujando hacia arriba para encontrarse conmigo, el ritmo ahora errático, el agua acumulándose a nuestro alrededor como un mar poco profundo—. Cabalgándome como si quisieras romperme. Vamos, Serena, empapa mi polla con esa corrida furiosa.

El orgasmo me golpea como una bofetada, recorriendo mi cuerpo en violentas oleadas, mi coño espasmándose salvajemente a su alrededor, mis fluidos mezclándose con el agua mientras grito, la espalda arqueada, las uñas arañando sus muslos. No se detiene, nos da la vuelta en el charco resbaladizo de modo que quedo boca arriba, con las piernas enganchadas sobre sus hombros en una postura retorcida que me estira de forma imposible, su polla volviendo a hundirse con renovada fuerza. El nuevo ángulo es salvaje, su cuerpo casi dobla el mío por la mitad, cada embestida tocando fondo mientras él persigue su propio orgasmo, gruñendo con cada golpe de sus caderas. —Joder... tu coño me está arrastrando —resuella, con los ojos fijos en el punto donde estamos unidos, la visión obscena por el agua y la humedad.

Le araño la espalda, dibujando líneas rojas que manan sangre, el olor metálico atraviesa el vapor, y él se corre con un rugido gutural, derramándose caliente dentro de mí, sus pulsaciones inundando mis paredes mientras se hunde profundamente. Nos desplomamos en un montón, nuestras respiraciones se mezclan entrecortadamente, la ducha todavía cayendo sobre nosotros como una lluvia interminable, lavando la evidencia pero no la furia que solo está contenida, no extinguida. Su mano se demora en mi muslo, posesiva incluso en el resplandor posterior, y la aparto débilmente, la ira vuelve a encenderse en medio de la neblina saciada. Después, intenta hablar. Niego con la cabeza. Aún no estoy lista para las palabras. Él lo acepta y se va, silencioso en su comprensión.

La mañana llega equivocada y brillante, de ese tipo de sol invernal que aparenta calidez cuando el aire todavía te muerde los nudillos. Me despierto con el sonido de unas ruedas sobre la madera —pequeñas, de plástico— y un susurro que significa negociación. —

Los coches no duermen debajo de las almohadas —le dice Marco al elefante de peluche, muy serio—. Duermen en las carreteras.

—Carreteras —repite Dante, con la voz grave y gastada, y no necesito abrir los ojos para verlo agachado en la alfombra en la esquina de la silla, sin chaqueta, con las mangas de la camisa arremangadas, toda su postura diciendo: «Me quedo aquí, le guste al mundo o no». Levanta la vista cuando siente que lo estoy observando. El hombre tiene un radar para mis ojos. Se toca el pecho con dos dedos como si estuviera pasando lista. —Presente.

Aparto la manta y me levanto en el frío, frotándome los brazos. —Deberías haber dormido en una cama.

—He dormido en la silla —dice, como si esa fuera la victoria que quería—. Marco quería un guardia.

—Guardia —repite Marco, satisfecho, y estrella el coche suavemente contra el rodapié para que el perro no se sienta excluido. Pippo levanta la cabeza de la alfombra, decide que estamos todos localizados y golpea la cola dos veces.

No lo perdono de inmediato. No sé cómo hacerlo rápidamente. El dolor que viví en mí cuando vi la cama vacía anoche sigue ahí, un moratón bajo la piel que no se ve hasta que lo presionas. No estaba allí cuando nuestro hijo desapareció. Estaba en su guerra y nosotros en la nuestra. Y entonces lo vi cargar a Marco a través de la oscuridad, una mano extendida sobre la parte baja de su espalda como si sostuviera el techo con la palma, y llegó otro dolor, diferente y más antiguo, el que sabe qué aspecto tiene un hombre cuando elige lo correcto en el segundo exacto que importa.

Me pongo un jersey sobre la camisa de ayer y apoyo las manos en el lavabo. El espejo del pequeño baño es de los que muestran la verdad sin ayudarte a mentir. Mis ojos dicen cansancio. Mi boca dice obstinación. Mis manos dicen cocina. Me salpico agua, me ato el pelo y, cuando vuelvo a la habitación, Dante sostiene el zapato de

Marco en una mano y los cordones en la otra, agachado, con los hombros anchos; toda la imagen es tan doméstica que escuece.

—¿Te acuerdas del nudo? —pregunta.

Marco asiente como si lo hubiera inventado. —El conejito rodea el árbol y entra en la cueva.

—Dos veces —dice Dante, con voz suave, paciente—. Para que no se deshaga cuando corras.

Me miran a la vez, y puedo sentir que el perdón me tiende la mano. Dejo que me toque la manga. Aún no la garganta. Aún no el corazón. Pero no lo aparto.

—A desayunar —digo, y Marco vitorea como si le hubiera prometido Roma.

En la gran cocina, el aire es frío y limpio, como se siente una habitación justo antes de hacerla tuya. Gabriella ya está allí con café, lo que significa que la quiero de una manera que no necesita palabras. Pone una taza en mis manos y otra en las de Dante y le dice a Marco que los santos le han dado los buenos días. Él saluda a las ollas de cobre por si se lo cuentan a los santos.

Comemos algo sencillo, pan calentado en el horno lo justo para despertarlo. Mermelada de un tarro con una etiqueta que parece escrita por la tía de alguien. Huevos blandos con un poco de limón incorporado porque los tres tenemos un lenguaje ahora y esa es una de sus frases. Marco come como un hombre que tiene trabajo dentro de poco. Dante lo observa como un hombre que ha encontrado oxígeno de nuevo y no confía en que se quede.

—No puedo cambiar el hecho de que no estaba en la habitación cuando todo se torció —dice, en voz baja, cuando Marco se deja caer al suelo con Pippo para «enseñarle» a aparcar un coche—. Pero puedo cambiar dónde estoy cuando vuelva a ocurrir.

—No puede volver a ocurrir —digo, porque esa es la regla, no la esperanza.

—No ocurrirá. —Deja su taza, con la palma de la mano plana sobre la encimera—. Moveré montañas con mis manos.

—No puedes moverlo todo —le recuerdo, y él asiente, lo acepta, y luego vuelve a mirar a Marco como si pensara intentarlo de todos modos.

El día se construye a sí mismo de la manera en que lo hacen los días importantes: rápido y largo al mismo tiempo. La villa zumba bajo los ruidos educados que hace la gente cuando trae viejos rencores a una fiesta y los viste de colonia. Los chóferes dan marcha atrás sobre la grava como bailarinas que fingen ser camiones. Un primo se ríe de la nada en las escaleras como si le pagaran por decibelio. Los teléfonos de Camilla parpadean, se detienen y vuelven a parpadear como pequeños metrónomos. Los santos del pasillo observan con las mismas manos levantadas que tenían ayer. No bendicen. Son testigos.

Me pongo el delantal y construyo un día que puedo ganar. A los Moretti les gustan los sabores fuertes y la comida que recuerda a Sicilia. Les gusta que les recuerden que el mar existe para alimentarlos. Así que preparo un estofado de pez espada que sabe a una historia que te contó tu abuela y que solo te creíste a medias hasta que la cuchara te tocó la boca.

El pescado viene en filetes gruesos, firmes y casi dulces cuando está bien, traicioneros cuando no. Lo limpio yo misma, deslizando el cuchillo bajo la membrana, buscando la línea donde la piel cede. Las espinas van a una olla con los extremos de la cebolla, las puntas del hinojo y las partes rebeldes del perejil, cubiertas de agua y besadas con vino blanco y una rodaja de piel de naranja. Lo llevo justo a un hervor y lo mantengo ahí —sin violencia— para que el caldo se mantenga claro y honesto.

En la gran *rondeau*, caliento aceite de oliva hasta que suspira y luego deslizo el sofrito: cebolla finamente picada, bulbo de hinojo en rodajas finas, un diente de ajo machacado para que sepa que no fue invitado por accidente. Se vuelve brillante y suave, el hinojo se despierta dulce bajo el calor. Añado una cucharada de concentrado de tomate y lo dejo tostar hasta que se pone rojo ladrillo y huele a una calle en verano. Luego, van los tomates triturados, San Marzano de lata porque los buenos saben esperar, y remuevo hasta que el aceite pinta la salsa y la salsa responde.

Las alcaparras se enjuagan y se echan, pequeñas bombas de sal e historia. Un puñado de aceitunas verdes, deshuesadas y rotas con los dedos porque el cuchillo las hace comportarse demasiado bien. Una pizca de guindilla —hoy pasta calabresa, oscura y redonda, un picante que rueda en lugar de apuñalar—. Unas pocas pasas para los Moretti porque sus tías lo aprobarían, y un puñado de piñones más tarde, para la textura y el recuerdo. Vierto un cucharón del caldo de pescado, luego otro, y dejo que el guiso respire. La habitación huele a capilla junto al mar.

El pez espada entra casi al final, cortado en cubos gruesos que se mantendrán tiernos si los tratas como si estuvieran escuchando. Si lo hierves, te castigará. Si esperas, te recompensará. Sazono los cubos con sal y un hilo de ralladura de limón y los deslizo en el hervor para que se escalfen en la salsa como si les estuvieran contando un secreto que quieren oír. No remuevo con fuerza. Doy toques suaves. El calor hace el resto.

—¿Pan? —pregunta Gabriella, ya cogiéndolo.

—De dos tipos —digo, porque no se hace un guiso como este para luego matar de hambre al plato—. Frotado con ajo. Y normal, para los santos.

Ella sonríe porque lo sabe. Siempre lo sabe.

Me muevo por la cocina como una mujer que confía en sus manos. Pruebo. Ajusto. Añado una cuchara de caldo y observo cómo la línea

de aceite en la superficie pasa de ser demasiado orgullosa a estar en su punto. Exprimo media naranja en la olla porque los sicilianos entienden el sol en un cuenco. Pico perejil y hojas de hinojo juntos y hago una gremolata rústica con ralladura de limón que despertará el guiso en el pase. Aparto un pequeño cuenco para Marco, sin guindilla, con pan extra, porque le enseñamos con degustaciones y aprende rápido.

Dante no merodea. Entra y sale como un fantasma, ahora con la chaqueta puesta, el abrigo abierto, las manos vacías, los ojos siempre dirigiéndose a los lugares que importan. Se detiene en la puerta dos veces para observarme y no habla porque conoce el lenguaje. La segunda vez, se inclina y me da un beso en la coronilla, rápido y seguro, y luego se va sin darle importancia. Mi corazón tropieza y sigue caminando. Lo dejo.

La cocina tiene un ritmo y la sala lo sabe. Los cuchillos hablan con las tablas. Las ollas susurran. El lavavajillas tararea una melodía que casi recuerdo. El personal se mueve alrededor de los demás en esos pequeños casi-choques que significan confianza. Entonces Paolo entra por la puerta vaivén, y toda la sala inspira y se olvida de soltar el aire.

Sonríe con toda la boca y nada en los ojos. Viste como un hombre que cree que el lino resuelve los problemas. Sus zapatos no tienen ni una mota y estamos en una cocina en diciembre. Dice mi nombre como si fuera una pregunta que ya ha respondido. —Chef.

—No soy su prima —digo sin levantar la vista del guiso—. No soy su jefa. No soy nada suyo. ¿Qué necesita, Paolo?

—Solo presentar mis respetos —dice, dando exactamente un paso más allá de donde pertenece un invitado—. Esta sala salvó la noche. Soy un hombre agradecido.

—Nunca lo he visto comer —respondo, probando, salando, ignorando la forma en que todos los hombros de la sala se encogieron y se quedaron así.

Se ríe suavemente y deja que su mirada se deslice por los cuchillos en la tira magnética, la salsa en el borde de mi sartén, la estación que moví más cerca de la puerta de la bodega porque Dante y yo decidimos que era un tipo de peligro inteligente. —Quizás soy un hombre que sobrevive de la gratitud.

—Entonces se está muriendo de hambre —digo, finalmente encontrando sus ojos porque quiero que vea que veo el brillo allí y la delgadez debajo—. Ya puede abandonar mi lado del pase. Aquí no emplatamos cumplidos.

Levanta las manos en señal de rendición, esquivo y lento, y retrocede, dejando que la puerta bese su hombro al pasar. La sala exhala de una forma que no es exactamente alivio.

Luca aparece donde estaba Paolo hace medio segundo, como si siempre hubiera estado allí. Mira la puerta, luego a mí. No bromea. Esa es la broma. —¿Quiere que acuñe una silla bajo esa manilla, chef?

—Quiero que deje de probar lo cerca que puede llegar a mi fogón —digo, observando el aceite del guiso, la forma en que retiene la luz —. Y quiero el rollo de cuchillos que vive bajo el pase.

Gabriella ya lo está sacando, el cuero gastado y suave por años de mis manos. Suelto las hebillas por memoria muscular y compruebo el peso antes siquiera de mirar. Los cuchillos tienen una forma de asentarse cuando están en casa. Cada uno tiene su sonido sobre la lona. La puntilla susurra. El cuchillo deshuesador murmura. El de sierra suspira. El *gyuto* canta cuando lo tocas: el cuchillo de chef de veintiún centímetros con el mango de madera de limonero, el que cojo sin pensar. Su ausencia resuena más fuerte que una sartén golpeando el azulejo.

—Falta uno —digo, tranquila porque si dejo entrar el pánico, derribará las ollas—. El que yo uso.

—¿El *santoku*? —pregunta Gabriella, ya escaneando las estaciones, la zona de lavado, sus manos moviéndose por sí solas.

—El *gyuto* —digo—. Madera de limonero. Un arañazo cerca de la virola que parece una luna creciente. Si alguien lo ha tocado, tiene que decirlo ahora.

Nadie habla. No porque me tengan miedo. Porque tienen miedo de que se les haya pasado algo y que esa cosa que falta tenga dientes.

—Te vi usarlo en el almuerzo —ofrece la chica de pastelería, con voz débil, queriendo ser útil—. Para el hinojo.

—Lo devolví a su sitio —digo, y lo hice, porque los cuchillos van donde viven o la gente sale herida.

Los ojos de Luca van al pase, a la tira magnética, a la zona de lavado, al fregadero de desinfección como si estuviera repasando un simulacro en su cabeza. —¿Quiere que empiece a hacer preguntas con una cara que no parezca una pregunta?

—Todavía no —digo—. No asustamos a nuestra propia cocina. Contamos. Comprobamos. No asumimos nada y lo etiquetamos todo. Y vigilamos las puertas.

Él asiente y se aleja, sus hombros adoptando una nueva forma que no le había visto: algo que dice que está dispuesto a dejar de bromear durante una semana si se lo pido.

Termino el guiso porque si paro ahora, empezaré a romper cosas que no son mías. Vuelvo a probar el caldo. Es redondo y brillante, el picante justo donde debe, el hinojo susurrando en los bordes, el pez espada cocido pero aún lo suficientemente tierno como para que una cuchara pueda convencerlo de ser generoso. Pongo un poco en un cuenco pequeño para probar, lo rocío con la gremolata de perejil e hinojo y un hilo de aceite de oliva, coloco un trozo de pan de ajo en el borde y se lo doy a Gabriella. —Dime si los santos lo aprueban —digo, porque ambas somos lo suficientemente supersticiosas como para dejar que los muertos decidan algunas cosas fáciles.

Cierra los ojos en el primer sorbo como si estuviera en la iglesia. —Están aplaudiendo —dice, y dejo que la comisura de mi boca se levante el medio milímetro de victoria que la cocina permite.

Llevo un cuenco al pase y siento cómo la sala cambia como lo hace cuando un plato dice que sabe cuál es su trabajo. Los camareros se alinean, la puerta se abre, el comedor inspira. El guiso aterriza donde se supone que debe aterrizar, frente a los hombres a los que les gusta pensar en sí mismos como tormentas. Comen como murciélagos: rápido, en silencio y de forma desordenada cuando creen que nadie los ve. La mujer de Nápoles prueba como si fuera a recordar la receta y a ponerle otro nombre. Corsi no se da cuenta de lo que le gusta hasta que la cuchara está vacía y entonces mira a su alrededor como si hubiera querido hacer eso. El primo de los Moretti da un bocado y asiente como un hombre que acaba de darse cuenta de que la cocina no es una habitación que pueda permitirse ofender.

Estoy limpiando el pase cuando noto un cosquilleo en la nuca. Aprendes a escuchar eso. Levanto la vista y la puerta vaivén no se mueve, pero la delgada rendija muestra una sombra donde no debería haberla. La despensa está silenciosa de la manera equivocada: el tipo de silencio profundo, no el de trabajo. Le entrego el cucharón al camarero como si fuera un testigo y entro sin prisa, secándome las manos como si fuera a buscar toallas.

La despensa es una larga habitación de estanterías, cajones y secretos. Las cucharas con mango de limonero brillan en su terciopelo como santos en sus nichos. Las campanas de servicio están en su fila como un coro sin himno. La puerta de la pequeña escalera que serpentea detrás del lavadero está entornada dos dedos y el aire que entra huele a exterior: metal frío, diésel y el aliento del patio inferior.

Dejo la toalla. Muevo las cucharas un centímetro como una mujer a la que le importan demasiado las líneas rectas. Escucho. Voces, bajas. No en la despensa. Más allá. Me acerco al pequeño cuadrado de ventana en la puerta trasera y miro hacia el estrecho carril de

reparto que corre a lo largo del lateral de la casa. Se supone que debe estar vacío ahora mismo. Los invitados tienen sus puertas y el personal las suyas. Esto no es ni lo uno ni lo otro.

Paolo está de espaldas a mí, su perfil recortado por la luz de seguridad, una postura que dice «habla», pero un cuerpo que dice «no lo hagas». Está hablando con un hombre con una chaqueta de reparto que no reconozco. No es nuestro pescadero. No es el panadero. No es el chico de las verduras del mercado que flirtea con los lavaplatos y bromea conmigo sobre los tomates. Este es de hombros estrechos y brazos largos, el tipo de constitución que me hace pensar en palancas y cerraduras. La chaqueta dice una empresa que conozco lo suficiente como para saber que no está en la lista de esta noche. Tiene un portapapeles en la mano que parece de atrezo.

No oigo palabras. Oigo intención. La cabeza de Paolo se inclina como si estuviera dando instrucciones, no preguntando. El conductor mira hacia la entrada de invitados como si esperara que se derritiera. No debería estar ni cerca de ella.

Doy un paso atrás y mi talón golpea el estante inferior. Las cucharas de limonero emiten un delicado tintineo como una campana de advertencia.

La cabeza de Paolo se mueve una fracción, su atención se desliza como lo hace la de un gato cuando decide que ha oído un ratón en las paredes. No se gira. Mete la mano en su abrigo y saca algo que podría ser un papel doblado, una nota o una llave. Se lo pasa al conductor con un apretón de manos que parece inofensivo y no lo es. El conductor lo mete en el puño de su guante como si lo hubiera hecho desde que nació. Todo el intercambio es lo suficientemente pulcro como para oler mal.

Suelto el aire lentamente. Se me enfrían los dedos. El *gyuto* perdido zumba en mi cabeza como un mosquito que no puedo aplastar.

—Gabriella —digo, no en voz alta, sin mover mucho la boca. Está detrás de mí antes de que termine la palabra, porque la cocina es un coro y ella canta la melodía—. Mira el rollo otra vez —murmuro, con los ojos todavía en la ventana—. Revisa la zona de lavado. Revisa el cajón junto a la harina con las toallas que nadie usa. Cuenta los cuchillos por el sonido. El de madera de limonero ha desaparecido.

Su inspiración es pequeña pero aguda. —Lo encontraré —dice, que es exactamente la mentira que necesitamos.

—No parezcas que estás buscando —digo—. Y dile a Luca que la puerta de mi despensa se atasca.

Se va, suave como el vapor, y la habitación vuelve a fingir que es una habitación.

Paolo y el conductor se separan como si también hubieran oído eso. Paolo le da una palmada en el hombro al hombre como si acabaran de hablar del tiempo y camina hacia el pasillo de invitados con la zancada suelta de un hombre sin enemigos en esta casa. El conductor se sube el cuello de la chaqueta y se dirige hacia el patio inferior donde las cajas vacías se apilan como un muro. No debería estar aquí. No debería haber podido llegar hasta aquí. Se supone que la cámara de la esquina está vigilando. Se suponía que la cinta del viñedo también estaba vigilando, y todos sabemos lo que le pasó.

Saco el teléfono del bolsillo de mi delantal y tecleo con el pulgar porque con las dos manos parecería pánico. Mantengo los ojos en la ventana y la espalda a la habitación como una mujer contando azúcar. El mensaje se escribe solo. No es un párrafo. Es un cuchillo.

Está en la cocina otra vez. No debería.

19

DANTE

El avvocato Bellini está sentado frente a mí, en la mesita del despacho, y se come el estofado de Serena como si este pudiera revelarle un secreto si mastica despacio. Es el consigliere de Moretti, tanto de título como por temperamento: traje gris de corte holgado, voz aún más suave, un hombre que se ha labrado una larga vida a costa del mal genio de los demás. No para de limpiarse la comisura de los labios con un pañuelo de lino, dirigiéndome la misma sonrisa una y otra vez, como si fuera una servilleta reutilizable.

—La Nochebuena será tranquila —dice, que es la clase de cosas que dicen los abogados cuando están a punto de pedirte un sitio que no quieres ceder—. A mi gente le gustan vuestras cocinas. Vuestra capilla tiene un ambiente especial. Deberíamos celebrar en familia.

—Mi casa no es una iglesia —respondo, y me llevo a la boca lo que queda del estofado de pez espada de Serena porque quiero ser el último en probarlo antes de que la sala se vacíe. El caldo se asienta en la garganta: cítricos, hinojo y un calor que se extiende en lugar de apuñalar. Es un buen plato. Un plato que no miente—. Pero podemos honrar la festividad.

Él musita su aprobación con los ojos fijos en los míos por encima del borde del vaso. —Apreciamos el honor. Y la tradición. Evitan que los hombres cometan errores.

El móvil me vibra en el bolsillo con dos toques cortos. Serena. La pantalla me ilumina la mano. Su mensaje es escueto y sin adornos. *Está en la cocina otra vez. No debería estar ahí.*

El ruido se desvanece de la habitación por un segundo, como si el aire recordara lo que me debía. Impido que mi rostro se mueva. Dejo la cuchara y me reclino como si Bellini y yo acabáramos de resolver un rompecabezas juntos. Luego, señalo su cuenco.

—¿Quiere otro poco? —digo, poniéndome en pie antes de que pueda responder—. Déjeme preguntar en la cocina. ¿Me disculpa?

—Por supuesto —dice, porque los hombres como él nunca le dicen que no a la cortesía. Echa un vistazo al cuadro que hay sobre mi escritorio y deja que sus ojos se detengan ahí. Sabe adónde mirar y cuándo fingir que no lo hace.

Cruzo la puerta y recorro el pasillo antes de que el pañuelo de lino se asiente en su rodilla. En la villa hay ruido y silencio al mismo tiempo —voces apiladas sobre el mármol, zapatos sobre la piedra, el zumbido del lavavajillas como un latido—, pero el pasillo de detrás de la despensa respira su propio aire. Tiene el olor seco de la madera de las estanterías, del azúcar en polvo, de la piel de limón y de la harina. También es donde esta casa habla consigo misma cuando cree que no la escucho.

Envío tres toques a Rocco y dos a Camilla sin detenerme. El código ya vive en mis dedos. La respuesta de Rocco es un toque largo desde la cresta: silencio. Camilla me envía la cuadrícula de las cámaras del pasillo de reparto y de la puerta de la despensa. Tres recuadros están activos. Uno va pasando de una cámara a otra. La cámara de la esquina titubea, el mismo tartamudeo que me enseñó después de que se borrara la cinta del viñedo. Cortamos la rama esta mañana. Alguien ha cortado algo más.

La puerta de la despensa está entreabierta, apenas el grosor de dos dedos, que es como los hombres que te ponen a prueba aprenden a hacer que una cerradura parezca intacta. Sigo moviéndome. La atravieso con el hombro, como si fuera el dueño del aire y no me importaran los moratones.

Paolo está a medio camino entre las cucharas de limón y la puerta trasera, con la cabeza inclinada, hablando con un repartidor que no trabaja para nadie a quien yo pague. Conozco esa chaqueta. Conozco la empresa. No tenían asignado ningún hueco en el manifiesto de esta noche. El repartidor mantiene las manos bajas, con los dedos ocultos en los guantes. Cuando levanta la barbilla y me ve, observo cómo se le apaga la mirada y cómo la decisión le llega primero a las piernas.

—Ni se te ocurra —le digo, pero ya se está deslizando. Finta a la izquierda, amaga a la derecha, se golpea el hombro contra la pila de cajas y toda la fila se derrumba con la suave lluvia de listones de madera al chocar contra las baldosas.

Paolo retrocede como si el desastre lo hubiera ofendido personalmente. —Dante…

No lo miro. Me estoy moviendo. El repartidor se cuela por la puerta de servicio y sale al pasillo de reparto a todo correr, con las botas clavándose en la grava húmeda, con una zancada larga que me dice que ya ha huido antes de gente que dispara primero. El pasillo lo canaliza hacia el patio inferior y la esquina ciega cerca de la prensa de aceite, donde se supone que la cámara lo ve todo. Intentará tomar un atajo por ahí y desaparecer entre los árboles que hay sobre el barranco. Podría perseguirlo. Quiero hacerlo. También quiero saber la razón por la que ha llegado a mi despensa sin escolta, y eso no está en el pasillo. Está bajo mi mano.

—Luca —lo llamo sin levantar la voz, y él ya se está moviendo, devorando la distancia como si se la hubiera tragado. Es todo hombros y sonrisas hasta que la cosa se pone seria, y entonces se convierte en una puerta en movimiento. Pasa a mi lado y sale al

pasillo en cuatro largas zancadas, gritando: «¡Un hombre a tu izquierda!», como si fuera el salvador de los corredores. El repartidor echa a correr con más ganas. Luca no se precipita. Lo acorrala. Sabe por dónde se estrecha la esquina. Sabe dónde una rodilla besará la piedra. Si el hombre se escapa, no le saldrá gratis.

Paolo sigue aquí. Bien. Lo quiero de pie. Lo quiero contra la pared.

Me dedica la sonrisa que usa para pedir un postre que no se comerá. —¿Qué es esto? Un malentendido. Estaba comprobando el vino para el…

Le hundo el puño en las entrañas, bajo y limpio, y siento cómo el aire se le escapa como de un fuelle. Se dobla por la mitad y lo estampo contra la pared con mi mano izquierda plana en su nuca para que el yeso se lleve el insulto y no su cráneo. Estoy de peor humor cuando estoy cansado, y no lo siento.

Recupera el aliento con una risa entrecortada que se le atasca en la garganta y le duele al salir. Levanta ambas manos donde yo pueda verlas y finge que es por mí y no por las cámaras. —Yo… primo…

—No somos primos —le digo, inclinándome hasta que mi nariz casi toca la suya y mi voz no puede viajar más allá de su oído—. Somos un hombre junto a sus fogones y otro con las manos en el cajón equivocado.

—Estaba comprobando el vino —repite, con voz más queda. Las palabras huelen a papel viejo y a sellos malos.

—¿En el pasillo de la despensa con un repartidor que no debería estar en mi propiedad? ¿En una puerta que da a la cocina en la que tienes prohibido entrar a menos que quieras que la mujer a la que intentaste quitar de en medio te convierta en sopa? —Mi mano se desliza una fracción, lo justo para hacer que su aliento se estrelle contra la pared—. ¿No me oíste cuando te dije que no?

Parpadea como si estuviera rastreando el control de versiones en su memoria. —El proveedor dijo… —Jadea e intenta encogerse de

hombros, golpeándose el omóplato contra el yeso—. La bodega. Tuvimos un debate. Sobre el Barolo. Me pareció bien llevar la conversación a un lugar tranquilo. No quería molestar a tu chef.

—Mi chef. —Oír eso me provoca algo. Dejo que le dé un matiz cortante a mi voz y luego lo suavizo. Mantengo la mano ligera y el cuerpo pesado, como se hace con los hombres que interpretan fragilidad cuando sus espaldas tocan una superficie vertical—. Quieres que me crea que estabas protegiendo mi cocina acercando a un mentiroso a ella.

Me lanza una mirada con la que solía salirse con la suya en Milán: un poco divertido, un poco ofendido, todo estudiado. —Antes te gustaba mi iniciativa.

—Antes me gustabas en habitaciones donde no podías alcanzar mis cuchillos.

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla, como si hubiera saboreado la palabra y encontrado un fragmento de cristal. —Estás bajo presión. Puedo ayudar. Déjame ayudarte.

—No necesito tu ayuda. Necesito que te calles. —Retrocedo lo justo para que pueda enderezarse por sus propios medios. Lo hace lentamente, con una mano en la pared, la barbilla levantada como si quisiera ser alto por un segundo.

Luca aparece al final del pasillo, andando rápido, sin correr, con la chaqueta abierta y las palmas de las manos vacías; su lenguaje corporal delata que no acaba de perseguir a una rata entre mis contenedores. Me hace una sola inclinación de cabeza. —Ha cogido el sendero del barranco —dice con voz tranquila, y sus ojos me indican que no ha malgastado las piernas en un esprint que no tenía por qué ganar—. Se ha resbalado en la esquina y me ha regalado un guante. Le sacaré las huellas. Perdió algo por intentar pasarse de listo. Pequeño. De papel. No tenía las manos libres para recuperarlo.

—No te lo guardes en el bolsillo —le digo.

—Está en una bolsa —dice, mostrándome ya la bolsita transparente de Camilla con cierre hermético—. Lo vi encontrarse con Paolo cuando la cámara falló. Vaya un fallo más oportuno. Qué buen momento para una rama que cortamos. —Mira a Paolo como si no mereciera la pena mirarlo y luego vuelve a mirarme—. ¿Lo quieres dentro o fuera?

—Dentro —digo—. Y fuera.

La sonrisa de Paolo vacila. —Explícame la poesía.

—Vas a venir conmigo y a disculparte con el avvocato Bellini —le digo—. Luego vas a decirle que no te encuentras bien: estrés, la familia, lo que sea que digan las ratas para excusarse. Vas a prometerle que lo llamarás mañana para arreglar lo que no has arreglado esta noche. Después te irás de mi casa. No estás en mi lista de invitados de Nochebuena. No estás en mi perímetro de Nochebuena. Tus soldados me informarán a través de Rocco hasta que recuerden sus nombres. Si no los recuerdan, les asignaré otros nuevos, y esos les gustarán menos.

Intenta parecer dolido y fracasa porque no está lo bastante cansado como para que le salga bien. —No puedes apartarme por un malentendido.

—He apartado a hombres por menos que un entendimiento —digo, y si es tan listo como se cree, oirá el tono de Milán en mi voz y decidirá volverse bueno diciendo que sí.

Se lame el labio inferior y mira a Luca como si pudiera encontrar un juez más blando. Luca le dedica una sonrisa radiante y vacía y se acerca medio paso, un movimiento que los hombres como Paolo siempre sienten, aunque finjan que no. La despensa respira. La villa respira. Siento a la chica de la lavandería al otro lado de la pared conteniendo la respiración porque nunca me ha oído hablar así. Siento a Serena dentro de la habitación de mi casa que no es una habitación: en algún lugar en la sombra detrás de la puerta, en

algún lugar cerca de las cucharas de limón, donde el aire se curva de forma diferente.

Paolo extiende las manos y derrama teatralidad por todo el suelo de baldosas. —Si me pides que me vaya, me voy. Lo sabes. Pero dará que hablar.

—Parecerá un hombre que respeta una pared —digo—. Y si parece otra cosa, haré que parezca una lección.

—Dante —dice, ahora más bajo, intentando encontrarme con la misma voz que usó la noche que decidimos mover un cargamento una calle más allá para evitar que un niño oyera los camiones mientras dormía—. La familia.

No parpadeo. —Hay un niño durmiendo a dos habitaciones de donde estamos. Si vuelves a usar esa palabra en mi casa para pedir permiso para obligarme a elegir algo que no sea bueno para él, dejaré que Luca elija de qué hombro prefieres prescindir para seguir viviendo.

Se lleva ambas manos a los hombros como si estuviéramos en una prueba de vestuario. Casi me hace reír y odio que casi lo consiga.

Los dos toques de Camilla vuelven a sonar en mi móvil. Un fotograma de la cámara de la esquina que captó un rostro de perfil y el puño de un guante con una ranura por donde un hombre esconde lo que otros esperan que no exista. Debajo escribe una palabra en nuestro código. *Sardina*: alguien pequeño, escurridizo, utilizado por peces más gordos. La sigue con una marca de tiempo y un punto en el mapa. El punto se sitúa exactamente donde la cámara falló. La parte de mí que ha pasado media vida trazando líneas sobre mapas tira de un hilo.

—Anda —le digo a Paolo y lo empujo con dos dedos en dirección al despacho, como si volviéramos a una conversación civilizada sobre vino—. Puedes explicarle a Bellini que la bodega estaba demasiado fría para tus senos nasales.

Se ajusta la chaqueta, se arregla los puños y echa una ojeada a la puerta de la despensa con una mirada privada, destinada a un espejo. No me gustan los hombres que ensayan caras de camino a una habitación. Esboza su sonrisa, se la pone y caminamos juntos como si nunca hubiéramos discutido.

Cruzamos la zona de los hombres de confianza. Todo el mundo levanta la vista cuando nos movemos por un espacio como este. Huelen los cambios de temperatura antes de que cambie el tiempo. Los primos de Moretti giran las mejillas hacia nosotros como si el sol acabara de cambiar de posición. El anciano que nunca usa una pala sonríe con la boca y no con los ojos. Las mujeres miran mis manos primero y luego mi cara, porque las mujeres siempre miran donde están las partes sinceras. Mantengo la chaqueta abierta y las manos vacías y llevo a Paolo de vuelta a Bellini como un anfitrión que se disculpa por un retraso.

—Avvocato —digo cordialmente—. Mi primo…

—No soy tu… —empieza Paolo, y le ejerzo un poco de presión en el codo con los dedos. Se estremece como lo hace un hombre cuando de repente recuerda todas las veces que no lo hizo.

—… estaba en el pasillo equivocado haciendo lo correcto —termino, como si lo hubiéramos ensayado—. Estaba comprobando que un antiguo proveedor no trajera la caja equivocada a la puerta equivocada y acabara en el lado equivocado de la opinión de Gabriella. Quería asegurarse de que su mesa siguiera recibiendo comida. Debería habérmelo dicho primero.

Bellini dobla su servilleta sobre el borde del cuenco vacío como si este pudiera rellenarse si se muestra humilde. —Admiro la iniciativa cuando es cortés.

—No lo fue —dice Paolo, compungido porque le he dicho que eso es lo que es. Baja la barbilla y finge ser consciente de sí mismo—. No volverá a suceder. Voy a tomar un poco el aire. Estoy un poco mareado. —Se toca el estómago, donde reside mi puño, y logra

dedicarme una sonrisa que casi se vende como gratitud—. Disculpadme.

—Por supuesto —digo, porque me gusta decir mentiras que se sienten como elecciones.

Se escabulle de la forma en que lo hacen los hombres de nuestro negocio cuando quieren que se les vea marcharse y no que se les vea después de haberse marchado. Luca tiene la puerta que quiere lista para él. Rocco ya está enviando el mensaje a tres equipos que dice que Paolo es ahora un invitado en el exterior de la línea de mi propiedad y que debe ser tratado como cualquier hombre que insiste en discutir en una puerta.

Bellini observa todo eso sin mover la cabeza. Es un profesional. Decide qué archivar para más tarde y deja que el resto abandone la habitación. —Mantiene una casa limpia —dice.

—Cocino en ella —respondo, porque el estofado de Serena todavía está en el aire y quiero que saboree esa frase con la próxima cucharada que se lleve a la boca.

Asiente y empieza una frase sobre los asientos, sobre la Nochebuena, sobre un sobrino con mucha memoria y poca paciencia, y le dejo hablar porque puedo escuchar y planear al mismo tiempo. Por el rabillo del ojo, veo a Harrison deslizarse por la pared del fondo del estudio como una bisagra, con el libro de contabilidad bajo el brazo, el rostro sin expresar nada y su presencia diciendo que nos deberemos una conversación que ninguna de estas personas con buenos zapatos debería oír.

Camilla me envía un segundo fotograma y una cadena de números: el registro de la ruta del camión de ese repartidor, la matrícula obtenida gracias a dos llamadas telefónicas y un favor del marido de una prima a quien no le cae bien Paolo. El camión se detuvo dos veces antes de mi puerta y una vez en la carretera del pueblo de abajo, donde se pierde la cobertura. La misma parada que figuraba en la agenda de Paolo esta mañana como «café». Yo estaba

persiguiendo a un fantasma en las colinas. Serena estaba en mi cocina cortando hinojo. Una botella en mi bodega tenía un mensaje en la garganta y un hombre con un abrecartas sin filo había convertido el trapo en una confesión.

Siento que el peso de mi casa se asienta de forma diferente sobre sus cimientos. Vuelvo a ver la distribución de los asientos sin mirar el papel en el que la dibujamos. Veo la Nochebuena moverse como una marea lenta sobre una mesa que no es tan larga como algunos hombres creen. Veo la cocina, el pase y el pasillo de la despensa como un mapa donde cada línea es una vena. El gyuto desaparecido zumba en un rincón de mi cabeza. Oigo las palabras de la botella —*La cena es el'arma*— y oigo la voz de Serena diciéndome que podemos convertir una cena en una trampa y alimentar a la sala con los platos de verdad mientras los falsos brillan.

—Tengo que disculparme —le digo a Bellini después de la cantidad adecuada de escucha—. El siguiente es su cuenco. Si sigue con hambre, le traeré algo que no sea estratégico.

Él sonríe como si le gustara esa frase porque le permite sentirse humano sobre algo que no lo es. Lo dejo con su pañuelo de lino y el cuadro y salgo al pasillo que tiene a todos mis hombres de confianza y nada de mi perdón.

La puerta de la cocina tiene buenas bisagras. Sabe cómo moverse sin ser oída. La empujo con la palma de la mano y entro en el calor, el limón, el acero y el zumbido que significa que cada plato que debe salir va a salir. Gabriella me mira a la cara y asiente una vez, acusando recibo de noticias que no he traído. La chica de la pastelería parece ocupada con tres cosas que necesitan una persona. La zona de lavado canta. Luca entra a la deriva a mi espalda, con una postura risueña pero con ojos serios, y niego dos veces con la cabeza: aquí no, ahora no.

La sombra de Serena está donde esperaba, metida en el marco de la puerta de la despensa, con una mano apoyada en el marco como si estuviera discutiendo con la madera. Lleva el pelo recogido, las

mangas remangadas, tiene harina en el antebrazo y ralladura de limón en el hueco de la base de la garganta. Es un mapa que puedo leer al tacto. También es la única persona en esta casa que ve a través de cada habitación en la que entro y de cada habitación que dejo.

No dice ni una palabra. Solo observa. Lo cual es peor.

—¿Cuántos cuencos? —le pregunto a Gabriella sin apartar los ojos de Serena.

—Dieciséis ahora, seis esperando —dice, porque puede contar, hablar y arder en llamas sin moverse—. Dos para los hombres de confianza. Uno para tu despacho.

—Envíale a Bellini un segundo —digo—. Que parezca una disculpa que podamos comer.

Ella sonríe porque esa es una buena frase y alivia la tensión en la cocina un poco.

Luca se apoya en la cámara frigorífica con un pie apoyado y las muñecas cruzadas, como hace cuando le apetecería un cigarrillo y una broma y no piensa tener ninguna de las dos cosas. Levanta la bolsita con el guante del repartidor y el papel doblado dentro. La cojo sin mirarla aquí. Más tarde, con Harrison, con la puerta cerrada y la luz encendida, la abriremos y decidiremos si escupir fuego o agua.

—¿Paolo? —pregunta.

—Se ha ido —digo—. No volverá.

Asiente y dirige la mirada hacia el pasillo como si quisiera ver si a la pared le han crecido orejas. Así ha sido.

Finalmente, miro a Serena. No me acerco. Mi casa sabe cuándo un paso se convertirá en una discusión. Su mirada es baja y brillante, como el acero que acaba de salir de la piedra de afilar. Sé lo que vio. Sé lo que había en mi cara en la despensa cuando puse la mano en

el cuello de Paolo. Es la mirada que llevaba en Milán cuando hacía cosas de las que no hablamos si queremos mantener la paz en una habitación.

—¿Estás bien? —pregunto, porque tengo que preguntarle algo que pueda arreglar.

Ella inclina la cabeza. El movimiento es pequeño. Levanta la cicatriz de su muñeca hacia la luz. —Tu cara —dice en voz baja, no para el resto de la sala—. Ha vuelto al sitio donde la dejé.

No parpadeo. James Dean apartaría la mirada aquí. Yo no. —La he puesto donde debe estar.

—¿Y dónde estamos nosotros cuando la llevas puesta? —pregunta.

La cocina sigue en movimiento. La cuenta atrás para servir el estofado continúa. Los hombres de confianza siguen levantando las manos a la nada. La villa finge que no está escuchando. Luca coge una miga del borde del pase y se la come como si fuera su trabajo.

—A mi izquierda —digo—. Detrás de mi derecha. Delante de mí si empiezo a mentir.

Su boca hace algo que no es una sonrisa. Asiente una vez, como si las palabras costaran menos de lo que esperaba y más de lo que quería. Luego se vuelve a sus ollas porque alguien tiene que alimentar a esta casa mientras decide si ser un hogar o un campo de batalla, y a ella se le da mejor remover que a mí rezar.

Me dirijo a la sala de seguridad porque hay cintas que revisar y hombres a los que recordar que las cámaras no son adornos. Los monitores me iluminan las manos cuando entro. Dos pantallas muestran el patio sin problemas. Una muestra el patio inferior. La cuarta —la que debería mostrarme el camino del viñedo— pasa a negro y luego a un azul en blanco que no es una señal ni un fallo. Es una elección. Las etiquetas de las grabaciones están limpias. A los códigos de tiempo les faltan dientes.

Harrison llega detrás de mí como una sombra con un libro de contabilidad. No necesita decirme lo que estoy viendo, pero lo dice de todos modos, porque los hechos importan cuando los sentimientos arden. —La cinta del viñedo está borrada. La misma ventana que mostraba SIN ARCHIVO hace una hora. No borrada por un fallo. Borrada a mano. Quienquiera que lo hiciera no tocó las otras grabaciones. Sabían qué habitación querían a oscuras.

—Paolo tenía al repartidor en la puerta de la despensa cuando la cámara de la esquina falló —digo—. Luca tiene el guante. Camilla tiene la ruta. El tipo del vino «se resbaló» junto al barril esta tarde con un mensaje en su botella que me decía que la cena es el arma. La puerta de la bodega fue forzada anoche mientras contábamos a los hombres de confianza. El cuchillo que Serena usa ha desaparecido de su estuche. —Pongo las manos en el borde metálico de la consola y siento el frío colarse en mis dedos—. No nos están robando. Nos están haciendo una pregunta.

Harrison abre el libro de contabilidad por una lista que escribió antes de que yo supiera que la necesitaría. —Quieres que todos en la cena de Nochebuena la respondan —dice—. En una sola mesa.

—Quiero que crean que lo han hecho —digo—. Y luego quiero que el hombre correcto se ponga en pie en una sala que no está preparada para perdonarlo.

—Sentaremos la silla vacía de Paolo junto al hombre que le dio las órdenes —dice Harrison, siguiendo mi silueta sin levantar la voz—. Dejaremos una copa de Barolo en su sitio y le serviremos agua cuando la coja. Le dejaremos entender dónde está.

—Luca lo mantendrá fuera de la propiedad —digo—. Si a Paolo le da por hacerse el valiente, la puerta le enseñará modales.

—¿Y Serena? —pregunta Harrison, sin levantar la vista, porque sabe que es mejor no mirar fijamente la herida de un hombre y preguntar cómo se siente.

—Se queda en la única habitación honesta de esta casa —digo—. Remueve, sala y nos mantiene vivos.

No dice lo que ambos sabemos: que en la habitación honesta fue donde desapareció el cuchillo.

Me quedo de pie un largo minuto y escucho a mi casa. Es un sonido que o entiendes o no. Las paredes soportan el peso de las pisadas. El suelo me enseña a quién pertenece cada zapato. Los radiadores golpean en un lenguaje más antiguo que la mitad de los hombres del linaje de Moretti. Debajo de todo eso, oigo la cuchara de Serena rascar el fondo de una olla y pienso en cómo un cuenco de estofado es más sincero que un tratado.

Cuando vuelvo al pasillo, la luz es diferente. La hora ha cambiado mientras contaba puertas. Las vides tras el cristal son líneas negras contra un cielo de lana oscura. La fuente es una boca que no dejará de contarle a la noche lo que ya ha oído.

Vuelvo a mirar hacia la cocina, solo para fijarme en lo único de esta casa que cumple sus promesas. Serena está de pie en el pase, con la cabeza alta y la mano firme. Tiene su cuchillo en la otra mano; no el de madera de limonero, sino el segundo, el que confía cuando su favorito la traiciona. Sus ojos se encuentran con los míos y se sostienen.

Me observa. Ve la mirada que aprendí en Milán, la que hace que los hombres olviden que tuvieron madres. Está en mi cara porque la puse ahí, porque a veces necesito mostrarle a una sala que la piedad tiene un coste extra y que la factura venció hace mucho tiempo. Ella no se inmuta. Lo asimila como asimila el calor, cuadra los hombros y alimenta a mi casa.

No me muevo hacia ella. No hablo. Me doy la vuelta y camino de nuevo hacia mi guerra, frío, despiadado, solo.

20

SERENA

El servicio de la cena en la víspera de la Nochebuena se alarga hasta que la cocina respira como un animal cansado y la última cuchara choca contra el último platillo sin oponer resistencia. Limpio el pasaplatos, apilo las sartenes y siento cómo el día se me escurre de los hombros lentamente. La olla del estofado está vacía. El aire huele a limón, a hinojo y a un calor que se ha asentado en el cobre como un secreto. Gabriella envía a casa al último turno de dos en dos. Luca pasa como un fantasma por la puerta y me lanza una mirada que dice que ha puesto a Paolo donde la verja le enseñará modales. Asiento una vez porque es la única respuesta que me queda.

Antes de ir a ninguna parte, voy a ver a Marco. El pasillo que lleva a nuestra habitación está más cálido que el resto de la casa y los radiadores canturrean una nana bajo los rostros inexpresivos de los santos. Dos guardias flanquean su puerta con las manos metidas bajo las chaquetas, la mirada al frente, alerta pero sin hacer ruido. Pippo, el perro, está tumbado a sus pies, con el hocico sobre las patas y las orejas moviéndose sin que él mueva la cabeza. Levanta la vista cuando me acerco y golpea el suelo con la cola una vez, como diciendo: «A esta la conozco. Es de aquí».

Dentro, la lámpara está baja y la habitación huele a sábanas limpias y a leche. Marco duerme de lado, con la mejilla apoyada en su elefante de peluche, la boca abierta y un fino hilo de baba brillando sobre el algodón. El pelo se le riza, húmedo, en la nuca, donde el sueño y el calor lo vuelven rebelde. La bufanda roja que Dante le regaló —demasiado grande, demasiado llamativa, demasiado esperanzadora— descansa doblada en la silla. Sus zapatos están junto al radiador, con las puntas orientadas hacia el calor y los cordones anudados de la forma en que solo los atan los niños cansados y los hombres que no aprendieron a tomarse las cosas con calma.

La signora Teresa está sentada en la silla junto a la ventana, vestida con una rebeca del color del té con leche y con las manos cruzadas sobre las rodillas. Tiene el aspecto exacto de la clase de mujer que cría lobos hasta convertirlos en hombres y luego los riñe para que se coman un segundo plato. La niñera de la infancia de Dante ha llegado esta tarde en avión sin fanfarrias y ya forma parte del aire. Se cruza con mi mirada e inclina la cabeza hacia la cama, como diciendo: «Bien, duerme a pierna suelta». Luego, desvía la vista hacia la puerta: «Yo me encargo. Ve a hacer lo que solo tú puedes hacer».

—*Grazie* —le susurro.

—*Prego* —me responde en un soplo, la palabra suave como el pan —. Vaya. Es un niño. Se despertará y pedirá tostadas. Le haré tostadas y le diré que a los santos les gustan los que saben escuchar.

Sonrío sin enseñar los dientes, porque algo más resplandeciente se resquebrajaría. Arropo a mi hijo hasta la barbilla y le doy un beso en la frente. No se mueve. Los guardias de fuera solo se apartan lo justo para que la puerta se abra y se cierre. Pippo suelta un suspiro por la nariz y decide que la noche puede cuidarse sola.

La sala de catas de la villa se encuentra al lado del largo pasillo sur, el que tiene los mapas antiguos y la ventana que da a las viñas

inferiores. Camino hacia allí con el delantal desatado y colgando de una mano, el cordón arrastrándose por la piedra como una línea que puedo seguir de vuelta. Las voces del comedor se atenúan y se desvanecen. El zumbido del lavavajillas se toma un respiro y vuelve a empezar. En algún lugar, una puerta se cierra y un zapato roza el suelo. La casa se escucha a sí misma.

Está en la sala de catas, exactamente donde esperaba y temía que estuviera. La chimenea irradia un brillo constante. Las llamas no son ostentosas. Se aferran a la leña y hacen su trabajo. La habitación huele a roble, a cítricos y a humo. Una sola copa de limoncello reposa sobre la mesa de catas, pálida y brillante, sudando por su propio frío, intacta. Tiene los nudillos magullados. Cómo no.

Dante está de pie, con un hombro apoyado en la repisa de la chimenea, sin corbata, con los botones superiores de la camisa desabrochados y las mangas remangadas hasta los antebrazos, con esa pose desgarbada a lo James Dean que no es que adopte, sino que se olvida de quitarse. El fuego convierte su mandíbula en una línea que podría cortar una soga. Mira el limoncello y no a mí, y así es como sé que sabía que iba a venir.

No digo ni una palabra. Me quito el delantal y lo doblo en el borde de la mesa, alisándolo con la palma de la mano como si estuviera aplanando un recuerdo. Luego, me acerco a la chimenea y extiendo las manos hacia el calor. Las llamas me lamen la piel sin pedirme explicaciones. Nos quedamos así durante diez, veinte, treinta segundos; dos animales recuperando el aliento junto a una luz segura.

—¿Marco? —pregunta, con la voz lo suficientemente baja como para que no salga de la habitación.

—Dormido —digo—. Protegido como un tesoro. Su signora Teresa les ha ordenado a los guardias que se quiten los zapatos al entrar. Le han obedecido sin pestañear.

Resopla un sonido que casi quiere ser una risa. —Me crio a mí. Crio a mis primos. Crio la idea de mí que conservamos cuando la casa se olvidó de ser amable.

Miro el limoncello. —¿Vas a bebértelo?

—No. —Niega con la cabeza una vez, lentamente—. Me pareció correcto servirlo. Pero tocarlo me parece incorrecto.

Me acerco más al fuego y luego más a él, como te acercas a una criatura salvaje que está decidiendo si perteneces a ese lugar. De cerca, los moratones de sus nudillos tienen la forma de las costillas de Paolo. La piel está abierta en un punto donde la pared le devolvió el golpe. Le cojo la mano, le doy la vuelta, con la palma hacia arriba, y coloco mis dedos sobre la herida. Su piel está cálida, áspera y es sincera bajo la mía. Me mira la boca como si esta pudiera cambiar lo que siente su mano.

—¿Qué le pasa a una casa como esta —pregunto— cuando un niño duerme en ella?

—Aprende modales o arde. —Su voz es el sonido que hace una cuerda al tensarse—. Yo le enseñaría. Haría que aprendiera.

—Esa no es una respuesta.

Sus ojos se elevan hacia los míos. El fuego dice lo que dice en su reflejo: peligro, refugio, dioses antiguos. —Lo quemaría todo por él. —Se traga el resto y luego lo suelta en voz baja—: Por ti.

Un calor que no tiene nada que ver con la chimenea se extiende bajo mi piel. Mantengo la mano sobre sus moratones y siento cómo se queda muy quieto para no asustarme con su deseo. Tiene una forma de besarme que parece la de un hombre que lleva años ahogándose y por fin ha encontrado una superficie que lo sostendrá. Lo hace ahora, y yo le dejo.

Su boca encaja con la mía como si recordara el ángulo, la presión, la medida exacta entre la urgencia y el cuidado, como si tuviera un

mapa doblado bajo la lengua con mis indicaciones escritas en tinta antigua. Saboreo su sabor y el del limón y el humo y la distancia que hemos estado recorriendo de vuelta desde el minuto en que entré en su cocina con un cuenco bajo el brazo. Su mano libre se posa en mi cintura y se cierra allí, no para sujetarme, sino para estabilizar la habitación mientras se inclina.

—Odio este mundo —digo contra su boca, porque la honestidad sabe mejor cuando está caliente.

—Y yo —responde, su boca moviéndose contra la mía, las palabras ásperas, el aliento cálido—. Pero conozco sus puertas. Sé cuáles no te pillarán los dedos.

—No estabas aquí —digo, y la frase impacta porque tiene que hacerlo—. Cuando se lo llevaron de mi pasillo. Cuando encontré la manopla y el hilo rojo.

—Lo sé. —Apoya su frente en la mía. Su aliento, su arrepentimiento —. Lo sé, lo sé, lo sé. Estaba persiguiendo a un fantasma que creía que era un hombre. Pensé que podría escapar de lo que se me venía encima corriendo hacia ello. Me equivoqué.

—No vuelvas a equivocarte.

—No lo haré —dice, y la forma en que lo dice no es una promesa. Es una sentencia.

Me besa hasta que mis rodillas recuerdan que la madera puede ser blanda si alguien te sujeta de la manera correcta. Sabe a hambre y a disculpa y a eso que los hombres creen que es poder hasta que aprenden que la palabra es devoción. Mis manos trepan por su pecho bajo los botones abiertos, mis dedos trazando su calor, su complexión, la cicatriz de la que nunca hablamos. Su pulso martillea contra mis palmas como si hubiera estado esperando en una cola y por fin le hubieran llamado.

—Dime qué pasa ahora —digo, porque quiero que lo diga donde el fuego pueda oírlo.

—Ahora —responde, con la boca en mi mejilla, la voz en mi oído—, dejamos de fingir que el silencio es seguro. Ponemos la mesa de la forma en que queremos que se rompa la habitación. Movemos el vino. Cambiamos los pases. Sentamos a los hombres que se creen leones bajo luces que muestran que sus dientes son prestados. Mantenemos la cocina limpia y la capilla cerrada con llave. Dejamos que los Moretti piensen que la Nochebuena es suya mientras hacemos que la habitación te pertenezca a ti.

—¿Y cuando se abra la puerta y alguien piense que yo soy el arma?

—Tú eres la comida —dice, casi una sonrisa, casi no—. Y la oración. Y el fuego de la cocina. Cualquiera que intente alcanzarte aprenderá por qué un fogón tiene más de un nivel de calor.

No debería reírme. Pero lo hago, porque algo en mi pecho necesita volver a ser lo que era antes de aprender lo que los hombres pueden quitarte cuando no pones la mano en la puerta. El sonido se enreda con un pequeño jadeo que él emite cuando deslizo mis dedos por su pelo y tiro de él, no para moverlo, sino para recordarle que sé cómo hacerlo.

Me besa como un hombre al borde de un precipicio que por fin puede apoyarse en una pared. Me vuelve imprudente y sensata a la vez. Lo empujo hasta que sus caderas chocan con la mesa de catas, hasta que la copa de limoncello intacta se tambalea y se estabiliza. La coge con la mano izquierda sin mirar y no deja que se derrame porque sabe que no quiero el suelo ni pegajoso ni frío. Luego la coloca lo suficientemente lejos como para que podamos olvidar que intentábamos actuar como personas con sentido común.

—Para cuando lo necesites —dice en mi boca. Asiento y luego le respondo en el idioma que él habla mejor que los hombres que confunden el peligro con el permiso. Vuelvo a tocar su mano magullada, presiono un beso sobre la piel abierta porque soy cocinera y madre y sé cómo cuidar algo sin que parezca una herida.

Los botones de mi blusa ya están sueltos. De todos modos, se toma su tiempo, no porque sea cuidadoso, sino porque ha aprendido lo que la espera le hace a la respiración entre nosotros. La luz del fuego roza la parte superior de mis pechos cuando aparta la tela. El aire es cálido y luego su boca es más cálida. Traza una línea con la lengua que hace que mi espalda quiera arquearse y mi boca decir su nombre como si los santos estuvieran escuchando. Me chupa el pezón, primero con suavidad y luego con más fuerza cuando me arqueo contra su mano, el lento deslizamiento de su palma por mis costillas haciéndome sentir sujeta y liberada en el mismo centímetro de piel.

p>

—Dime —dice, y lo hago, porque a él le gusto honesta y a mí me gusta ruidosa, y la sala de catas es el tipo de lugar privado que significa que la casa fingirá que no puede oír.

—Más —le digo, porque he acabado de pedir permiso a habitaciones que no me dan de comer—. Tu boca, ahí, sí, así. No pares.

No para. Mantiene su boca sobre mí y su mano en la parte baja de mi espalda donde vive el calor, y luego desliza esa mano más abajo y encuentra el borde de mi falda. La sube con esa presión constante que dice que podríamos mover una montaña si tuviéramos una razón. La chimenea lanza una chispa y luego otra porque sabe lo que pasa cuando el calor y el oxígeno dejan de fingir que no son la misma cosa.

Voy a por su cinturón y me agarra la muñeca, no para detenerme, sino para hacer que lo mire. Sus ojos son oscuros y las pequeñas arrugas en las comisuras parecen algo que aprendió a sonreír y olvidó cómo hacerlo cuando el trabajo se volvió ruidoso. Me besa la palma de la mano —la mano magullada presionada contra mi piel como una disculpa que no puede ofrecer a nadie más— y luego me deja desabrocharle el cinturón y liberarlo.

Está duro en mi mano y la sensación de tenerlo así hace que algo fácil y codicioso se desenrosque en mi vientre. Lo acaricio hasta que su aliento se entrecorta contra mi boca. Gime y me muerde el labio inferior, lo justo para que me den ganas de devolverle el mordisco. Aparta mis bragas, sus nudillos rozando mi muslo, la punta roma de su miembro deslizándose por la humedad que él ha puesto ahí con su boca, su voz y sus manos.

—Serena —dice, y suena como una confesión y un juramento—. Mírame.

—Lo hago —digo, porque siempre lo he hecho—. No me hagas esperar.

Se clava dentro de mí en una embestida larga y profunda que hace que la mesa parezca que acaba de recordar la gravedad. Hay un segundo en el que el mundo se reajusta alrededor de donde se unen nuestros cuerpos y luego ya no queda espacio para otras frases. Me llena y yo lo acojo y nos encontramos en el medio, donde duele de forma placentera y luego mejor. Mis dedos se clavan en sus hombros mientras marca un ritmo que no se parece en nada a la cocina y es exactamente como una cocina: medido, concentrado, limpio, con espacio para un error perfecto o tres.

—Avísame si es demasiado —dice, y me río un poco y luego se me olvida cómo reír porque su mano baja a mi cadera y me coloca en el ángulo que convierte toda la habitación en una solución. Me sujeta la espalda con un brazo y me sostiene el muslo con el otro, con sus nudillos magullados presionados contra la suave cara interna que conoce su nombre.

—Más fuerte —respiro, y no es un desafío. Es una receta. Me da lo que le pido sin cortesía, sin disculpas. Me embiste hasta que la mesa de catas se queja, hasta que la copa de limoncello resuena como una campana, hasta que mi aliento se quiebra en ununa palabra que nunca iba a to be the right one. El fuego crepita, el sudor resbala, la madera bajo mis hombros está fría y luego caliente y luego nada que pueda nombrar.

Me corro rápido porque el día ha sido una larga sarta de «casis» y mi cuerpo está listo para tener certezas. Golpea como un calor que se extiende bajo y luego estalla por mis bordes. Entrelazo las piernas alrededor de sus caderas y cabalgo la ola mientras él muerde el lugar donde mi cuello se une a mi hombro, mi nombre es un sonido que vive contra mi piel. Sigue moviéndose a través de ello porque le gusto demasiado como para detenerse en lo primero que hacemos bien. Me estremezco y no me suelta hasta que la segunda ola se vuelve cruel y luego dulce, hasta que le estoy diciendo cosas en la boca que harían que los santos bajaran las palmas.

Está cerca y quiero llevármelo conmigo. Deslizo la mano entre nosotros y froto el lugar que todavía canta, uso sus embestidas y mis dedos para desgarrarme de nuevo, y la expresión de su cara cuando me siente contraerse por segunda vez es algo que quiero conservar en un frasco y poner en la estantería junto al azafrán. Gime, profundo e indefenso, y se hunde en mí tres veces como un hombre que sabe exactamente cómo terminar una noche. Se derrama con un sonido que no es bonito y no necesita serlo. Lo abrazo como una mujer que sabe lo que le cuesta estar tan desprotegido y ninguno de esos costes me corresponde pagarlo a mí.

Durante un largo minuto nos quedamos donde estamos: su frente contra la mía, mis dedos en su pelo, nuestra respiración ruidosa en una casa que finge no poder oír. Su corazón retumba contra mi pecho. El mío responde, no porque deba, sino porque quiere. El fuego se asienta, las llamas se reducen a brasas que brillan como el interior de una naranja.

Se desliza fuera de mí con un cuidado que no emplea para casi nada más y me baja la falda, sus manos alisando la tela con una concentración que me hace un nudo en la garganta. Me acurruca contra él, me levanta de la mesa y me lleva los dos pasos hasta el banco de cuero junto al fuego como si yo no pesara con todo lo que acabamos de hacer. Nos sentamos. Me pliego en él. Él me rodea. La

copa de limoncello está sobre la mesa, captando la luz, y la condensación que resbala traza su propio camino hasta la madera.

—¿Me perdonas? —pregunta en mi pelo. No lo convierte en una actuación. No le pone precio. Pregunta como un hombre que sobrevivirá a cualquiera de las dos respuestas y construirá una casa mejor con la verdad.

—No con una noche —digo—. No con una pelea en la puerta de una despensa. Pero cada minuto que eres el hombre que vi bajo ese cedro con mi hijo en brazos y tus rodillas en el barro, te ganas el resto.

—No quiero ganármelo —dice—. Quiero merecerlo.

—Entonces no vuelvas a dejarnos solos —respondo—. Ni porque creas que puedes correr más rápido que un error. Ni porque tus fantasmas te parezcan más ruidosos que nuestras voces.

Su pecho se mueve bajo mi mejilla, una respiración que suena como la de un hombre que deja marchar algo sin lo que creía que no podía vivir. —No lo haré —dice—. No mientras me quede aliento. He traído a Teresa porque confías en ella más que en mis guardias. He doblado la vigilancia porque mis hombres confían más en su miedo que en su orgullo. He trasladado tu preparación de mañana más cerca de la bodega porque no puedo mantener esa puerta a buen recaudo si estás demasiado lejos de ella. Sé que lo has visto. Sé que crees que es una trampa. Lo es. Pero no es para ti.

—Lo sé —digo. Pienso en la hoja que falta en mi estuche. Pienso en Paolo, en sus gemelos y en sus manos que nunca han levantado una sartén. Pienso en el mensaje de la botella de Barolo. *La cena è l'arma*. —Creen que la cena es el arma. Dejémosles creerlo. Les daré una cuchara y haré que se traguen su orgullo.

Sonríe contra mi coronilla. —Esa es mi chica.

Me tenso y luego me relajo, porque la palabra suena diferente en su boca que en las habitaciones donde a los hombres les gusta poseer

cosas. Lo nota y se corrige sin dar un discurso. —Esa es mi mujer —dice—. Esa es la madre de mi hijo. Esa es la persona que decide si esta casa puede llamarse un hogar.

Nos quedamos sentados así y hablamos en voz baja y con sencillez. Hablamos de la disposición de los asientos, de los platos y de los cuchillos pequeños que desaparecen si no los cuentas. Hablamos de los santos del pasillo y de cuál de ellos parece que quiere bajar la mano y coger una cuchara. Hablamos de la capilla y de si Gabriella lo matará si intenta reasignarla al pase. Hablamos del perro que ha aprendido a qué puertas merece la pena ladrar. Hablamos de los pulmones de Marco y de cómo se abrieron cuando corrió de la fuente a la cocina y me dijo que las estrellas tenían frío y que les había dado las buenas noches a cada una para que pudieran dormir.

—No —dice—. No como tú quieres. No como yo quería cuando pensaba que podía construir una habitación, cerrar una puerta y fingir que los hombres que fui no sabían dónde llamar. Pero puede ser nuestro. Puede ser más seguro de lo que el mundo espera para niños como Marco. Puede ser una casa que sepa la diferencia entre un invitado y una amenaza.

—¿Y cuando vuelva a preguntarme por qué no tenía un papá?

—Le dices que sí lo tenía —dice—. Solo que tardó un poco más en quitarse los zapatos en la puerta.

Me río contra su camisa y saboreo el humo. Me levanta la barbilla y vuelve a besarme, más suavemente ahora, sin ahogos, solo respirando el mismo aire. Cuando nos separamos, la habitación parece diferente. No arreglada. No perdonada. Solo menos como un túnel y más como un sendero.

—Bébetelo —digo, inclinando la cabeza hacia el limoncello—. Lo has servido por una razón.

Coge el vaso y lo sostiene a la luz del fuego, el amarillo pálido capturando el resplandor como una promesa. Me lo ofrece a mí

primero. Doy un sorbo y se desliza por mi garganta, dulce, intenso y limpio, con el limón cantando en el fondo de mi boca como un himno que aprendí de niña y que había olvidado que me gustaba. Se lo devuelvo. Se lo termina y deja el vaso con cuidado.

Nos ponemos de pie. Él me arregla la blusa, con los dedos ágiles y la expresión concentrada, como si este fuera el paso que decide si el plato sale del pase. Yo le aliso el cuello y le abrocho el segundo botón, porque hay viejos que lo llamarán maleducado si no finge que le importa. Gira su mano magullada y la mira como un hombre que mide el coste de no golpear una pared la próxima vez. La cojo y la presiono contra mi boca. No decimos nada.

—Ven a la cama —digo finalmente, porque solo hay dos respuestas a un día como este. Luchar o dormir—. Se despertará temprano y pedirá tostadas. Tú se las llevarás. Y yo decidiré si te dejo fingir que les has puesto bien la mantequilla.

—Sí, chef —dice, y por primera vez desde que esta casa abrió sus puertas a mis fantasmas, le creo.

Salimos juntos de la sala de catas. El fuego se reduce a brasas que serán sinceras por la mañana. El pasillo contiene la respiración y luego la suelta. Los guardias en la puerta de Marco se ponen firmes sin mover la mirada. La signora Teresa levanta la vista y asiente una vez, una general satisfecha con zapatos blandos. Beso la frente de mi hijo de nuevo y saboreo el sueño, la leche y la seguridad construida a base de tiempo y decisiones.

En la oscuridad entre nuestra habitación y el resto de la casa, Dante me coge la mano. Sus nudillos magullados rozan mi palma. Su voz es baja, todo grava y promesa. —Mañana les daremos de comer —dice—. Y entonces sabremos quién tiene hambre de lo que no debe.

—Mañana —respondo—. Esta noche, descansamos.

Se quita los zapatos junto a la puerta sin que se lo digan. Lo observo mientras se acerca al borde de la cama, de espaldas a mí por un

momento, los hombros girando mientras se quita la camisa, la tela amontonándose en el suelo en un montón descuidado. Los moratones de los nudillos captan la luz, flores púrpuras contra su piel, y algo en mi pecho se oprime, ya no es ira, sino una ternura feroz que me hace querer trazar cada marca que se ha ganado esta noche.

Me acerco, mis pies descalzos silenciosos sobre la alfombra tejida, y coloco mis manos sobre sus hombros desde atrás, sintiendo los músculos tensos moverse bajo mis palmas, cálidos y vivos. Él se queda quieto, su respiración se hace más profunda, y me inclino, presionando mis labios en la nuca, donde su pelo se riza ligeramente, húmedo por los esfuerzos de la noche. Su sabor es sal y humo, un sabor que se ha vuelto tan familiar como las hierbas de mi cocina, que me ancla a la tierra incluso mientras aviva las brasas en lo más profundo de mi vientre. —Dante —murmuro contra su piel, mi voz un hilo de sonido en la tranquila habitación—, date la vuelta. Déjame verte.

Lo hace, lentamente, sus ojos encontrando los míos en la penumbra, oscuros e inquisitivos, como si estuviera trazando los contornos de mi cara en busca de cualquier señal de retirada. Aquí no hay pretensiones, ni los muros de la sala de catas o las miradas recelosas de la cocina; solo nosotros, reducidos a la crudeza que ambos hemos estado ocultando. Me llevo la mano al bajo de la blusa, tirando de ella por encima de la cabeza con un movimiento fluido, dejándola caer junto a su camisa en el suelo. El aire besa mi piel, frío contra el rubor que sube por mi pecho, mis pezones se endurecen bajo su mirada. Él observa, sin parpadear, sus manos flexionándose a los costados como si luchara contra el impulso de tocar, de reclamar, pero espera; siempre esa hambre cautelosa en él, la que sabe que ya me he quemado antes.

Mi falda le sigue, deslizándose por mis caderas con un susurro de tela, amontonándose a mis pies como un territorio rendido. Me planto ante él solo con mi piel, las tenues cicatrices del nacimiento de Marco como un mapa plateado sobre mi abdomen, y no las

oculto; le dejo verme entera, la fuerza y la fragilidad entretejidas. Su respiración se entrecorta, un sonido bajo que vibra en el espacio entre nosotros, y da un paso adelante, acortando la distancia hasta que su pecho roza el mío, el calor de su cuerpo filtrándose en mí como la luz del sol a través de las hojas de olivo.

—Serena —dice, mi nombre es una reverencia en sus labios, áspero por la emoción que rara vez deja aflorar. Levanta las manos, ahuecando mi cara, sus pulgares trazando la línea de mi mandíbula, y entonces me besa.

Nuestras bocas se mueven juntas, las lenguas enredándose en una danza que es a partes iguales exploración y regreso a casa, saboreando el dulce mordisco del limoncello que aún perdura en él, mezclándose con el débil rastro herbal de mi propio aliento. Me entrego al beso, mis manos deslizándose por su pecho, mis dedos extendiéndose sobre los firmes planos de músculo, sintiendo el latido constante de su corazón debajo, sincronizándose con el mío en un ritmo que ha esperado años para reanudarse. Él gime suavemente en mi boca, el sonido vibrando contra mis labios, y sus brazos me rodean, atrayéndome con fuerza contra él, su erección presionando, caliente e insistente, contra mi vientre, una promesa del fuego que ambos anhelamos.

Nos hundimos juntos en la cama, el colchón cediendo bajo nuestro peso como tierra fértil, las sábanas frías y frescas contra mi espalda mientras me tumba con delicadeza. Se cierne sobre mí por un momento, apoyado en los codos, sus ojos recorriendo mi cuerpo con una reverencia que hace vibrar mi piel, cada centímetro de mí despertando bajo esa mirada. —Eres preciosa —susurra, con la voz embargada por la admiración, y no es un halago; es la verdad, dicha como un hombre que ha visto demasiada fealdad como para malgastar palabras en mentiras. Su boca sigue a sus ojos, trazando besos por mi garganta, deteniéndose en el hueco de mi clavícula, donde mi pulso aletea como un pájaro atrapado. Me arqueo hacia él, mis dedos enredándose en su pelo, guiándolo hacia abajo, necesitando el calor de sus labios en mis pechos.

Él obedece, tomando un pezón en su boca con una suave succión que envía chispas a través de mí, su lengua girando lenta y deliberadamente, tentando la punta hasta que está dolorida y dura. —Sí —respiro, la palabra escapando en un suspiro, mi cuerpo respondiendo con un torrente de calor entre mis muslos, la humedad acumulándose mientras la excitación sube como la masa en un horno tibio. Su mano ahueca el otro pecho, amasando suavemente, el pulgar moviendo el pezón al compás de su boca, la doble sensación arrancando un gemido de lo profundo de mi pecho, bajo y gutural, que resuena suavemente en la habitación. Cambia de lado, prodigándole la misma atención, su barba rozando mi piel como arena fina, una deliciosa aspereza que intensifica cada caricia.

Mis piernas se abren instintivamente, invitándolo a acercarse, y él se acomoda entre ellas, sus caderas acunándose contra las mías, la dura longitud de su polla deslizándose contra mis pliegues, sin entrar todavía pero tentando con una fricción que me hace jadear. Me muevo contra él, buscando más, el deslizamiento húmedo de ambos facilitando el camino, construyendo esa presión exquisita. —Dante, por favor —murmuro, mi voz teñida de necesidad, mis manos recorriendo su espalda, las uñas arañando ligeramente la piel, instándolo a continuar. Levanta la cabeza, sus ojos se clavan en los míos, y hay una pregunta allí, una comprobación silenciosa nacida de la confianza que estamos reconstruyendo, pero asiento, atrayéndolo hacia mí para otro beso, feroz y afirmativo.

Se mete entre nosotros, guiándose hasta mi entrada, y empuja lentamente, centímetro a centímetro, el estiramiento es una plenitud perfecta que hace que mi respiración se enganche, mis paredes aleteando a su alrededor mientras me llena por completo. Ambos nos quedamos quietos por un latido, saboreando la conexión, la forma en que encaja en mí como si estuviera hecho para esto, el calor de su cuerpo palpitando dentro de mí, nuestros cuerpos recordándose después de demasiado tiempo separados. Luego comienza a moverse, una embestida suave al principio, profunda y

medida, sus caderas girando en un ritmo que es apasionado pero sin prisas, cada estocada arrancando suspiros y susurros de ambos.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, mis talones clavándose en la parte baja de su espalda, atrayéndolo más profundamente, respondiendo a sus embestidas con las mías, nuestros cuerpos encontrando esa sincronización perfecta donde el placer se acumula en capas, como sabores que se funden en una salsa a fuego lento. Su boca encuentra la mía de nuevo, los besos volviéndose húmedos y acalorados a medida que el ritmo se acelera, los alientos mezclándose en jadeos calientes. —Me pones increíble —gime contra mis labios, su mano deslizándose hacia abajo para agarrar mi muslo, levantando mi pierna más alto para cambiar el ángulo, golpeando ese punto dentro de mí que hace que las estrellas florezcan detrás de mis párpados. La sensación es eléctrica, enroscándose con fuerza en mi centro, cada nervio encendido con su deslizamiento.

Me aferro a él, mis manos por todas partes: enredándose en su pelo, trazando las crestas de su columna vertebral, ahuecando su culo para instarle a ir más rápido. —No pares —jadeo, las palabras rompiéndose en un gemido mientras él embiste más profundo, la cama crujiendo suavemente bajo nosotros, un contrapunto a los sonidos húmedos de nuestra unión. Entierra su cara en mi cuello, sus labios rozando mi oreja, susurrando mi nombre como una oración —«Serena, Serena»—, cada enunciado enviando escalofríos por mi espalda, empujándome más cerca del borde. Su mano se desliza de nuevo entre nosotros, sus dedos encontrando mi clítoris, rodeándolo con la presión justa, firme e insistente, amplificando la ola creciente hasta que tiemblo debajo de él.

El orgasmo crece lentamente al principio, luego se estrella sobre mí en un torrente de calor y luz, mi coño apretándose a su alrededor en pulsos rítmicos, arrancando un gemido gutural de su garganta mientras yo grito, el sonido ahogado contra su hombro. Olas de placer me recorren, mi cuerpo arqueándose sobre la cama, las uñas clavándose en su espalda mientras lo disfruto, cada embestida

prolongando la dicha. Él le sigue poco después, las embestidas se vuelven erráticas, más profundas, su respiración entrecortada contra mi piel. —Soy tuyo —murmura, la confesión derramándose mientras se corre, caliente e inundándome por dentro, su polla palpitando con cada chorro, nuestros cuerpos unidos en esa liberación perfecta y estremecedora.

Nos derrumbamos en un enredo de extremidades, sudorosos y exhaustos, su peso un ancla bienvenida sobre mí mientras nuestras respiraciones se normalizan, los corazones latiendo al unísono. Se gira hacia un lado después de un momento, arrastrándome con él, nuestras piernas entrelazadas, su mano dibujando patrones perezosos en mi espalda. La habitación se asienta a nuestro alrededor, la lámpara proyectando sombras doradas en las paredes, el zumbido distante de la villa desvaneciéndose en una canción de cuna. Presiono mi frente contra su pecho, escuchando el latido constante debajo, sintiendo el subir y bajar de sus respiraciones, y por primera vez en años, la ira se siente lejana, reemplazada por esta certeza silenciosa.

Pero la pasión persiste, una chispa no del todo extinguida; a medida que nuestras caricias se vuelven exploratorias de nuevo, más suaves ahora, me muevo contra él, sintiéndole endurecerse una vez más dentro de mí, la intimidad reavivándose con un suave balanceo de mis caderas. Suelta una risa baja, el sonido retumbando en su pecho, y captura mi boca en un beso que es todo calidez y promesa. —¿Otra vez? —pregunta, sus ojos brillando con esa rara picardía, y asiento, sonriendo contra sus labios, lista para perdernos en la noche.

Nos movemos juntos más lentamente esta vez, las caras a centímetros de distancia, los ojos fijos mientras él embiste perezosamente, profundamente, cada movimiento arrancando suspiros y susurros de afecto. Mis manos lo exploran —la curva de sus bíceps, la concavidad de su cintura— mientras sus labios trazan besos a lo largo de mi mandíbula, mi garganta, murmurando palabras en italiano que entiendo a medias pero siento en mis

huesos: «amore, mia, sempre». La subida es lánguida, el placer desplegándose como pétalos a la luz de la mañana, mi clítoris rozando su hueso púbico con cada balanceo, sus dedos tentando mis pezones hasta que están duros y sensibles.

Cuando llega el segundo clímax, es compartido, una culminación mutua en la que jadeamos en la boca del otro, los cuerpos temblando en sincronía, la conexión profunda y sin prisas. Se derrama dentro de mí de nuevo, más suave esta vez, y yo le sigo con un gemido silencioso, mis paredes ordeñándole mientras el calor se extiende por ambos. Nos abrazamos durante las réplicas, los besos convirtiéndose en caricias, el mundo reduciéndose a esta cama, a este momento.

Finalmente, el sueño tira de los bordes, pero antes de que nos reclame, trazo los moratones de su mano una vez más, presionando un beso en cada uno. —Descansa —susurro, y él asiente, echando las sábanas sobre nosotros, su brazo una banda protectora alrededor de mi cintura. El fuego es un ojo bajo de color ámbar, que respira. Me coloca un rizo detrás de la oreja con esos dedos destrozados. —¿Te duele algo? —pregunta, con la voz áspera, no por poder, sino por alivio.

Niego con la cabeza suavemente. —Estoy bien.

Su mirada baja a nuestras manos. —Debería haber estado aquí cuando me necesitabas.

—Estás aquí ahora —digo, mi pulgar barriendo su pulso—. Y él está dormido. Tus hombres están en su puerta. —Señalo con la cabeza su teléfono en la mesa. La pantalla está oscura—. Estamos cubiertos. Por este minuto.

—Por este minuto —repite, como si lo archivara bajo el epígrafe de votos. Se inclina y apoya su frente en la mía—. No paro de contar salidas cuando debería estar contando bendiciones.

—Cuenta ambas cosas —digo—. Pero no me descartes a mí.

Su boca se curva. —Te lo dije en la cocina —murmura—. Lo quemaría todo por él. Por ti.

Algo dentro de mí se afloja y se tensa al mismo tiempo. —Entonces empieza por la podredumbre que tienes bajo tu techo —digo—. Empieza por el hombre que sonríe con demasiada intensidad.

Asiente una vez, como un general que acepta una línea que debería haber trazado antes. —He movido a los guardias. Doblado la vigilancia en la cresta. He cambiado el servicio de vinos a botellas que he sacado yo mismo. Nadie se acerca a la bodega sin Harrison. Nadie toca tu puesto.

—Mi estuche de cuchillos estaba abierto —digo—. Falta una hoja.

El color se drena de su rostro. En ese mismo momento, unos pasos resuenan en el pasillo. Un nudillo golpea la madera una vez, firme, urgente. La voz de Luca llega a través de la puerta. —Dante —llama —. Falta el vino.

21

SERENA

La voz de Luca todavía resuena en la puerta cuando me levanto. Al principio, Dante no se mueve. Me mira a la cara como si quisiera memorizarla antes de que la atmósfera de la habitación cambie. La lámpara hace un clic y el silencio deja de sentirse como un manto protector para empezar a sentirse como una advertencia.

—Marco —digo.

—Él ya está asintiendo—. Primero, él.

Nos movemos antes de que el eco de la llamada de Luca se desvanezca. El aire del pasillo es más fresco que el de la sala de catas: todo piedra, robles viejos y el tenue aliento metálico de la casa después de medianoche. Los dedos de Dante me rozan la parte baja de la espalda —firmes, presentes, como un punto de control— y pasamos por debajo de los santos, con sus manos pintadas levantadas como si nos bendijeran o nos riñeran; nunca sé cuál de las dos.

En la puerta de Marco, el guardia se endereza.

—Todo en calma —informa en voz baja—. La niñera está dentro.

Dante da unos golpecitos con los nudillos —nuestra clave, dos cortos y uno largo— y entramos en la penumbra de una lámpara y un aire que huele a leche tibia. Mi niño es una pequeña colina bajo las mantas, con el cómic abierto sobre el pecho y el elefante de peluche panza arriba como si se hubiera desmayado tras una gran aventura. Sus zapatos están uno al lado del otro en el suelo, con los cordones metidos como si fuera una regla que ha cumplido. La anciana de la silla —la niñera de la infancia de Dante, con el pelo plateado y un moño apretado como un puño— inclina la cabeza a modo de saludo. Apoyo la palma de la mano en el pelo de Marco. Está cálido y húmedo donde el sueño ha hecho su trabajo. Suspira una vez, gira la cara hacia la almohada y se sume más en el sueño. Beso el rizo de su nuca y siento que mis costillas me devuelven un poco de aire.

—Estamos bien —susurro.

Dante se besa dos dedos y los posa en la manta, cerca del tobillo de nuestro hijo. Lo veo: cuánto le cuesta, cuánto le da. Se endereza y su rostro vuelve a adoptar esa expresión a la que obedece la casa.

—La bodega —dice en voz baja.

Volvemos a salir, la puerta se cierra con llave tras nosotros y el guardia vuelve a ocupar su puesto como una bisagra. Luca nos espera en la siguiente esquina, con la chaqueta abierta y los ojos febriles y cansados.

—Aviso del inventario —dice—. Vino de postre de añada. Falta media caja.

—¿Qué vino de postre? —pregunto, con el corazón encogido, aunque no quiero darle esa ventaja.

—Recioto. Nuestro brindis de Nochebuena —aprieta los labios—. El mismo productor que la botella del viñedo. El mismo emblema. Esa R en diagonal como una cicatriz.

Barolo para el mensaje. Recioto para la celebración. Una casa, dos caras. Alguien tenía sentido del espectáculo y sangre fría para los

cálculos.

Nos movemos como una unidad: Dante un paso por delante, Luca en nuestro flanco, yo manteniendo el ritmo aunque el suelo se inclina sutilmente aquí y mis zapatos prefieren las cocinas a la piedra. Harrison se despega de una sombra y se une sin preguntar. Esa es su magia. Camilla se desliza en la otra dirección, con los teléfonos en dos bolsas, sacando ya registros que tendrán respuestas o más preguntas. Los santos nos ven pasar y no dicen nada.

El pasillo de la bodega respira frío. Una puerta de roble más alta que cualquier ser vivo espera al fondo, con bandas de hierro, con una placa de bocallave lo suficientemente vieja como para recordar otras manos. Se me encoge el estómago al ver las nuevas cicatrices en la jamba. La última vez que vinimos, la cerradura había sido forzada como en un crimen sutil. Esta noche, una aldaba nueva la protege y el ojo de una cámara reluce encima.

p class="subsq">Rocco está allí de pie, grande como un muro y el doble de paciente. Sostiene el llavero.

—La llave de contabilidad nunca ha salido de su gancho —dice—. El duplicado de la cocina sigue en la caja fuerte. Pusimos una tercera aquí después del allanamiento; solo mi mano y la de Harrison la han tocado. Nada en la grabación.

—Abre —dice Dante.

Rocco gira la llave. El hierro suspira como un anciano al levantarse. El aire frío nos envuelve. La oscuridad ríe por lo bajo. Harrison da el primer paso hacia abajo, con la linterna baja, el haz de luz abriendo un camino que no levanta demasiado el polvo. Huele a roble, a piedra húmeda y a un fantasma de hierro que no me gusta.

Dentro, la bodega se extiende en pulcros pasillos: antiguos botelleros de madera a un lado, nuevos de acero al otro, un matrimonio entre el antes y el ahora que hace felices a los

contables. Las botellas yacen como secretos en un centenar de lechos perfectos. Hasta el silencio aquí tiene etiqueta.

—Enséñame —dice Dante.

Rocco nos lleva al fondo, donde duermen las añadas de postre. Las cajas están apiladas por año, la caligrafía de las tapas es pulcra y territorial. 2009, 2012, 2016. Sellos de cera roja besan cada corcho a través de las tablillas por donde se cuela la luz. La caja superior de 2012 —nuestro año elegido— tiene una tablilla que ha sido forzada y vuelta a colocar. Si no supieras qué aspecto tiene lo que amas, no te darías cuenta. Yo lo sé.

—¿Cuántas? —pregunta Dante.

—Seis —dice Rocco.

—¿Quién ha tocado esta pila hoy? —pregunto.

—Nadie con un nombre que esté dispuesto a conservar —dice Luca, con la mandíbula tensa.

Harrison se agacha.

—No hay rozaduras en el suelo —señala—. Ni marcas de arrastre. Quien lo hizo sabía que tenía que levantar, no tirar. Guantes. Suelas blandas. Entrar y salir.

—O las cambiaron aquí mismo —digo, con la palma sobre la madera de la caja, buscando un latido—. Y luego la cerraron con un reemplazo.

Rocco se inclina y encuentra una fisura.

—La línea de pegamento está fresca —confirma—. Dos horas, quizá cuatro.

La voz de Camilla crepita en la radio de hombro de Luca.

—Tengo un aviso del registro de un carro hace nueve minutos en el pasillo de servicio de arriba. Cambio de peso cerca del almacén de

secos.

Los cuatro compartimos una mirada que no contiene paciencia alguna.

—Sella esta puerta —le ordena Dante a Rocco—. Que no entre nadie. Me da igual si lo pide un santo.

Nos movemos de nuevo, subiendo por las escaleras de servicio a las que no les gustan los pies pesados, pasando por la despensa donde los cajones guardan tesoros en terciopelo, pasando por el rellano estrechísimo donde se bifurcan los túneles de servicio. Arriba, la puerta del almacén de secos está abierta apenas un dedo. La luz interior está encendida. Los santos de esta pared son sicilianos y severos. Los siento en mi nuca como la mirada de una abuela.

Dentro, las cajas están apiladas ordenadamente, como si no faltara nada en el mundo. Harinas para pan. Tomates enlatados que brillan como rubíes tras el cristal. Aceite de oliva en latas que convirtieron mil ensaladas en hogar. Y allí, en la segunda balda desde arriba, una caja de recioto con el emblema de la R en diagonal demasiado bien colocada. La línea de pegamento brilla de forma extraña. Los clavos son nuevos y están orgullosos de serlo.

—Cabrones —musita Luca.

Harrison saca un cúter del bolsillo y me lo entrega.

—Tus ojos —dice—. Tú decides.

A Dante le chasquea la mandíbula una vez, el sonido que hace su ira cuando se levanta y se abrocha el abrigo. Todavía no me dice que no lo toque. Está aprendiendo.

Deslizo la cuchilla bajo la tablilla superior como lo haría bajo la piel de un pescado rebelde. La madera cede con un pequeño suspiro. Los clavos se quejan y luego se rinden. La levantamos juntos —yo por un extremo, Harrison por el otro— y dejamos la tablilla a un lado. Seis botellas nos miran, con sus panzas oscuras y

prometedoras. La cera roja de sus corchos es nueva, demasiado limpia, el sello imperfecto, el emblema ligeramente descentrado como una sonrisa falsa.

p class="subsq">—Las seis que faltaban —dice Harrison.

—Reemplazadas —digo—. Vueltas a sellar.

—Aquí arriba —añade Luca, con un asco espeso en la voz—. Para que pensáramos que siempre habían estado aquí.

Se me oprime el pecho.

—Una cata —digo, y la palabra sabe a miedo y a sal—. El brindis final. Envenenan al jefe, el resto bebe el eco y la sala se convierte en un rumor del que nunca nos recuperaremos.

Los ojos de Dante se clavan en mí. No están fríos. Son brillantes y peligrosos.

—No —dice—. Otra vez no.

—Lo sabré si lo pruebo —respondo, y oigo la ronquera en mi voz, pero no me retracto—. Almendra. Estaño. El mismo fantasma que olí junto a las barricas. Una sola gota del corcho es suficiente para avisar, no para hacer daño. Ya he hecho esto antes —trago saliva—. No este veneno. Pero uno parecido.

—No te estoy pidiendo que te metas nada en la boca que pueda matarte —dice. No es un gruñido. Es peor: autocontrol mantenido a duras penas.

—No estoy pidiendo permiso —digo, y lo alcanzo porque necesito que sienta que estoy firme—. Usaré una cuchara de porcelana. Un toque con la lengua y lo escupo. Pan para cortarlo. Aceite para cubrir. Tendré agua por si el susurro quema. Sé lo que hago.

Mira a Harrison. La cara de Harrison es un mapa de síes y noes. No le gusta esto. A mí tampoco. Pero la sala más allá de esta puerta se llenará mañana de hombres que nunca practican el decir por favor.

Pienso en el mensaje de la botella. *La cena è l'arma*. La cena es el arma. Luego pienso en el cómic de mi hijo sobre su pecho y en el elefante boca abajo como una advertencia de la que nos reímos. Pienso en los ojos cuidadosos del patriarca Moretti sobre la sopa y en la forma en que los Moretti más jóvenes observan las bocas antes de decidir dónde reside el poder.

—Dame tu palabra —dice Dante, y las palabras son suaves, no flexibles—. Si pruebas el fantasma equivocado, te detienes.

—Me detengo —digo.

—Y yo te mantendré en pie —añade.

—Siempre lo has hecho —digo, y algo en su garganta se mueve que no tiene nada que ver con la ira.

Gabriella aparece en el umbral como si la habitación la hubiera convocado. Trae un plato de pan limpio, una cuchara de cata de porcelana, un mendrugo de pan de pueblo, un plato hondo con aceite nuevo y una pequeña servilleta de lino doblada como una verdad. Sus ojos se encuentran con los míos y asiente una vez. Hemos dirigido cocinas que preferirían mentir antes que decirnos lo que necesitaban. Ella conoce este lenguaje.

Montamos la estación en una estantería vacía: plato, cuchara, pan, aceite. Harrison coloca un cubo en la esquina, por si no me gusta el sabor del mundo. Dante se pone a mi lado, lo suficientemente cerca como para que su aliento mueva mi pelo, lo suficientemente lejos como para no influir en la balanza.

—Primero los corchos —digo, y Harrison se inclina de nuevo con el cúter, raspando una fina viruta de cera de la primera tapa. Giro el corcho con dos dedos para que el borde superior se tiña de vino. Toco la cuchara de porcelana, solo una pizca de rojo, menos que una gota de lluvia. Me la llevo a la lengua, solo la punta, como se prueba la leche en la piel de un recién nacido. Dejo que el sabor suba. Escupo en la servilleta. Pan. Aceite. Respiro.

Cereza seca. Cacao. Un leve recuerdo balsámico. Ninguna sombra. Buen vino haciendo lo que hace el buen vino.

—Una —digo.

Pasamos a la siguiente. Raspar. Girar. Untar. Tocar. Escupir. Pan. Aceite. Respirar.

Ciruela negra. Piel de naranja confitada. Un dulzor que no miente. Ningún fantasma metálico.

—Dos.

Para la tercera, el sudor se ha acumulado en mi nuca. No exactamente por miedo, sino por la forma en que cada nervio se pone en alerta y escucha.

—Tres —digo—. Higos. Té negro. Una nota como a tabaco bajo la lluvia. Limpio.

—Cuatro —digo. Y entonces dejo de decir nada por un segundo, porque una nota fina cabalga sobre el azúcar: almendra amarga soplada a través de una pajita de estaño. No es fuerte. Es definida. No le importa si la crees. Sabe que ganará si no lo haces.

—¿Serena? —la voz de Dante es una cuerda que me lanza.

Escupo con fuerza, aunque solo le di un beso con la punta de la lengua. Pan. Aceite. Aprieto el pan contra el paladar hasta que duele. El mundo se estabiliza. El fantasma persiste, fino y engreído.

—La cuatro está mal —digo, y la habitación se queda tan en silencio que oigo el zumbido de la luz fluorescente sobre los contenedores de harina a tres habitaciones de distancia—. Almendra. Estaño. El susurro que olimos en el viñedo. El toque en el aire que hace que tu nuca recuerde que estás vivo.

Luca suelta una palabrota, baja y cruel, como si se ofreciera a sujetarle el abrigo al hombre al que estoy a punto de dar una paliza. Harrison ya ha sacado la botella de la caja con una toalla en su

panza y la ha dejado a un lado en el suelo como una bomba que quiere ser una botella. Etiqueta el cuello con cinta adhesiva y escribe un 4 limpio en números de imprenta.

—Sigue —dice Dante, no para apurarme, sino para quemar el tiempo como se quema la maleza antes de que un incendio la elija.

La cinco está limpia. La seis tiene una suave grieta bajo el dulzor, como si el veneno hubiera pensado en vivir allí y luego se hubiera ido a otra parte.

—La seis —digo—, está limpia, pero su corcho estuvo cerca de las malas compañías.

Harrison etiqueta la cinco como buena y la seis como buena. Las aparta de la cuatro como si estuviéramos creando islas. Levanta la tablilla de la siguiente caja y yo sigo.

La siete está bien. La ocho, bien. La nueve, bien. La diez… mi lengua duda antes de que mi cabeza sepa por qué, y ahí está de nuevo. Almendra, menos estaño, más fantasma. Una mano más débil. Una gota que besó el corcho y no se hundió, esperando que el vertido la arrastrara.

—La diez —digo.

Las manos de Harrison se mueven más rápido ahora, cuidadosas de una manera que no es delicada. La etiqueta. La once está limpia. La doce está limpia. Descanso un segundo, no porque mi boca lo necesite, sino porque mi cabeza sí. La mano de Dante encuentra mi nuca, no para guiar, solo para decir «esta es mi casa y no voy a dejar que te la arrebate».

—Tenemos dos sucias y dos docenas limpias —dice Harrison cuando he terminado con las seis sacadas y una muestra aleatoria del resto —. Quienquiera que haya hecho esto no ha salado todo el océano. Ha salado dos pozos.

—Para la mesa principal —dice Luca—. Para el brindis.

—Para el patriarca —digo, con la garganta apretada por una ira que he estado guardando para los hombres que llaman estrategia a lo que hacen cuando es solo miedo con mejores zapatos—. Para el único asiento que hace que el resto se ponga de pie.

La mirada de Dante se clava en mí.

—¿Estás segura?

Sostengo su mirada.

—Si no lo hubiera probado, el patriarca Moretti habría muerto.

Nadie respira por un instante. La frase saca sangre y la devuelve. Dante se vuelve hacia Luca.

—Equipo silencioso —dice—. Sacad las otras cajas de esta añada, tanto las del almacén de secos como las que nunca salieron de la bodega. Harrison, haz que Camilla compruebe la ruta de entrega con el conductor que vimos cerca de la entrada de invitados. Rocco, quiero un hombre en cada puerta entre aquí y la capilla. Nadie toca una copa sin dos pares de ojos y la oración de una madre.

—¿Y Paolo? —pregunta Luca, tajante.

—Paolo está fuera —dice Dante, las palabras limpias como un corte —. Si respira en el pasillo equivocado, le enseñaremos a su tráquea un truco nuevo.

Luca asiente una vez. No sonríe. Ya está en movimiento.

Me limpio la lengua una y otra vez, aunque el fantasma se ha ido. La rabia sabe a metal si la dejas reposar. Trago aire y me enderezo.

—Necesitamos marcar la copa —digo—. La que está destinada a él.

Los ojos de Dante se entrecierran.

—Cancelamos el brindis, Serena. No servimos nada. Damos agua y la llamamos bendita.

—No —digo, y niego con la cabeza con tanta fuerza que el pelo me tira de las horquillas—. Usaremos esto a nuestro favor para hacer salir al topo.

Me mira fijamente. No discute. Ya está allí, en el mapa de la sala, en la forma en que a los hombres les gusta ver su trabajo.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

—Una copa de la mesa principal —digo—. Y la tendrás tú, no el patriarca. Luego simulamos el servicio. Controlamos cada botella y cada mano. Dejamos que quien quiera un funeral venga al funeral.

—¿Y si no muerden el anzuelo? —pregunta Harrison.

—Entonces el patriarca vive, y nuestra trampa vive para atrapar algo peor —responde Dante—. Y lo único que lamentaré es no haberles hecho perder más tiempo.

Nos movemos como una cocina cuando las comandas se imprimen sin parar. Harrison vuelve a sellar lo que hay que volver a sellar y etiqueta lo que debe dormir por separado. Luca lleva los venenos etiquetados a una caja fuerte que una vez guardó las nóminas y ahora guardará pruebas y el tipo de objeto que espero no ver nunca cargado. Rocco asigna a dos hombres en los que confío —uno era paramédico, las manos del otro son demasiado firmes para no haber cosido cosas— para que vigilen la mesa principal con bandejas vacías y los pies silenciosos que los santos desearían. Camilla imprime una hoja de llamadas para el servicio de mañana que pone caras conocidas donde los extraños esperan extraños. Gabriella limpia mi plato de cata como si estuviera levantando huellas dactilares, luego me mira y me da el «brava» más diminuto que nadie haya ganado jamás.

Dante no se aparta de mi lado hasta que hemos revisado el almacén de arriba dos veces. Gabriella me trae la copa que el servicio ha elegido para el brindis: flautas de tallo largo con un borde delicado, grabadas con un patrón que solo se ve cuando la luz posa sus

manos sobre ellas. Doy la vuelta a la flauta de la silla principal y estudio la base. Hay una pequeña muesca donde una marca anterior dejó un fantasma. Algún viejo maître d' una vez necesitó saber qué copa era cuál.

—Lápiz graso —digo—. Blanco.

Gabriella me lo pasa como un cirujano pasa un bisturí. Hago rodar la flauta entre mis dedos y dibujo una pequeña X bajo la base, metida en la muesca para que la línea viva en un valle que ningún ojo captará desde arriba. Luego, con la punta de mi propia puntilla —una en la que confío porque me pertenece a mí y a nadie más—, rasco una segunda X dentro de la primera, lo suficientemente pequeña como para que solo un hombre que lavara esta copa cada noche la encontrara.

Dante observa mi mano, no para corregirla, sino para conocer la marca como conoce cada ángulo de cámara en la cresta. Sus nudillos todavía están despellejados. Quiero llevármelos a la boca y hacer que el escozor valga la pena. Más tarde.

—Mañana —digo, dejando que la copa respire aire—, servirás de las botellas que yo saque. Harrison se colocará detrás de la silla del patriarca. Rocco pondrá dos guardias a la sombra del arco para que cualquiera que intente algo sin motivo pierda el brazo con el que lo intentó. Paolo no se enterará de nada a menos que sea el momento adecuado. Camilla vigilará las puertas por si aparecen hombres que fingen ser chicos enviados a por más hielo. Dejaremos que la sala piense que les estamos dando una gran noche. En lugar de eso, atraparemos a un ladrón.

—¿Y si han infiltrado a alguien en el servicio? —pregunta Harrison, pragmático como un libro de contabilidad que cobra deudas e intereses.

—Entonces el servicio cenará en mi mesa esta noche —digo—. Les daremos sopa y pan y los mantendremos demasiado llenos para que puedan correr —vuelvo a colocar la flauta en su sitio, con la pequeña

marca escondida como un santo a la vista de todos—. No me gusta que me vigilen en mi propia cocina.

Dante me mira. No sonríe. Su rostro carga con demasiado para eso. Pero hay algo parecido al orgullo en la forma en que sus ojos se suavizan un grado.

—Siempre se te ha dado mejor el cuchillo que a cualquiera que pensara que los cuchillos eran cosa de hombres —dice.

No le doy las gracias. Estoy demasiado cansada para ser educada, y el cumplido es un arma compartida que no tenemos que pulir en público.

—Mañana prepararé yo misma la estación de dulces —digo en su lugar—. Nadie más tocará el aceite de cítricos. Nadie más sostendrá el azúcar. Si alguien quiere escribir un mensaje en el vapor, tendrá que hacerlo a través de mis manos.

—Hecho —dice.

Volvemos a caminar por el pasillo de servicio, los santos con sus ojos silenciosos observando como si conocieran la línea que estamos trazando. El cristal del invernadero zumba bajo el viento. Las vides de fuera duermen con una oreja abierta. El aire de la cocina me recibe como si conociera mis hombros por su nombre. Me lavo las manos de nuevo aunque no he tocado gran cosa, solo para quitarme de la cabeza la idea del estaño. La ralladura de limón que preparé para la crema nube de mañana huele brillante, honesta, como un pequeño sol. La inspiro. Mi pulso se calma.

—Come —ordena Gabriella, tendiéndome un cuenco pequeño con arroz al azafrán y una cuchara—. No puedes ser lista si tienes hambre.

Obedezco porque la última mujer que ignoró a Gabriella acabó más salada que su caldo. Dante come la mitad del cuenco, luego me lo devuelve con una mirada que dice que ha visto lo que he hecho y no

se moverá hasta que lo haya hecho por mí misma también. Me lo termino. El arroz sienta bien. El mundo se estabiliza.

Camilla aparece con unas hojas impresas como el pañuelo de un mago. Le lanza una a Harrison.

—El registro del carro en el pasillo de secos muestra un cambio de peso a las 00:19 y a las 00:27 —dice—. Mismo ID de carro. Misma tarjeta de acceso. La tarjeta pertenece a un temporal que trabajó en el almuerzo y fichó su salida a las nueve. La tarjeta fue usada más tarde por un zurdo, no por él.

—¿Paolo? —pregunta Luca, porque ya ha dejado de fingir que lo obvio no es evidente.

A Camilla se le crispa la boca.

—Si fue Paolo, por fin ha aprendido a encoger cinco centímetros y a afeitarse los nudillos.

—Tarjeta prestada. Clonada o robada. En cualquier caso, la mano sabía qué puerta muerde y cuál besa.

—Pues morderemos de vuelta —dice Dante.

Hacemos una última revisión en el almacén de arriba: cinta sobre las tablillas de las cajas, firmas en las juntas, un poco de polvo del contenedor de harina frotado en el pegamento para que la próxima mano que lo abra tenga que confesar. En la bodega, Rocco tiene una silla cerca de la puerta y el tipo de libro que solo pueden leer los hombres que han matado tanto el tiempo como el arrepentimiento. Me asiente. Le devuelvo el asentimiento. Significa que aguantaremos.

Al pasar por la habitación de Marco, nos detenemos de nuevo. El guardia inclina la barbilla.

—Todo en calma —dentro, la niñera se ha adormecido con un rosario enrollado en la muñeca. Marco se ha puesto boca arriba, con un brazo extendido como si sostuviera una bandera en una carrera que

solo él está ganando. Pongo el elefante derecho en la almohada, porque las supersticiones todavía cuentan si hacen que el aire sea más fácil de respirar. Beso la frente de mi niño y dejo que su calor queme lo que queda del frío de la bodega.

Dante se queda en el umbral un segundo más de lo que pretende. Veo cómo se le tensa la mandíbula, cómo flexiona la mano como si quisiera sostener dos things a la vez y no pudiera, todavía no. Cuando me mira, le doy lo que tengo: firmeza, costumbre al calor, renuencia a huir. De vuelta en la sala de catas, Dante se sienta, con los codos en las rodillas, las manos entrelazadas como una oración en la que no cree pero que sigue rezando por costumbre. Se mira los nudillos como si quisiera pedirles perdón. Le cojo la mano y la pongo palma arriba. Tenemos un segundo para la ternura.

—Mañana —digo—, les daremos de comer, cogeremos lo que trajeron a nuestra puerta y se lo devolveremos con intereses.

Él asiente.

—Mañana, limpiaremos una habitación.

La casa se asienta. El fuego respira hondo. En algún lugar, una contraventana recuerda aplaudir una vez para dar suerte. En la oscuridad, justo antes de nuestra puerta, los dedos de Dante vuelven a rozar los míos, un viejo mapa que encuentra un camino conocido. Entrelazo mi mano con la suya y aprieto.

—La X marca el lugar —le digo.

—Entonces ahí es donde nos quedaremos —dice.

22

DANTE

Nochebuena, la Noche del Banquete

La Nochebuena empieza antes de que amanezca. La mansión contiene el aliento, con una quietud de esas que ponen a prueba de qué pasta estás hecho. Me afeito a tientas, me anudo la corbata negra dos veces porque quiero que el gesto se grabe en mi memoria muscular y luego me pongo la chaqueta, que me sienta como una promesa. Los gemelos son antiguos: los leones de mi abuelo. No creo en presagios, pero me gusta su peso.

Harrison golpea el marco, no la puerta. Dos toques rápidos, uno lento. —El perímetro está despejado —dice, entregándome ya las listas de comprobación que he redactado con su voz—. Ridge hace la ronda cada hora en punto. Camilla se encarga de las líneas troncales. Rocco está en la bodega. Los precintos del almacén de arriba están intactos.

—¿Y Paolo?

—Donde le dijiste que estuviera —dice—, que es en ningún sitio cerca de aquí.

Asiento. Mi teléfono es un metrónomo: mensajes de hombres que llaman a esta noche «la Víspera» como si hubieran nacido para ella. Deslizo cada uno a su sitio. Todo plan necesita un bolígrafo. Los que importan necesitan carácter.

En el cuarto del niño, Marco duerme con un brazo extendido de par en par, como si estuviera ocupando un carril. La niñera está sentada en su silla, con el rosario rodeándole la muñeca. El perro, Pippo, está debajo de la cama; su cola da dos golpes cuando entro y luego se queda quieta. Le doy un beso en el pelo a mi hijo y siento que algo se destensa en mi pecho. «Haremos esto de forma limpia», me digo a mí mismo, y la casa escucha.

soberanamente a una desgracia.

Los santos del pasillo alzan sus manos. Yo alzo las mías en respuesta. La puerta de la cocina se abre bajo mi palma y me ofrece limón, mantequilla, calor. Serena ya está en movimiento: el pelo recogido, las mangas remangadas, los cuchillos dispuestos como un pequeño ejército que sabe exactamente cuándo retirarse. Levanta la cabeza sin dejar de mover las manos. La mirada que me dedica es una línea sobre la que puedo caminar.

—¿Has comido? —pregunta, deslizando una bandeja de filetes de bacalao en salazón hacia la harina como si estuviera echando las cartas.

—Luego —digo.

—Ahora —corrige, y Gabriella aparece con un mendrugo de pan y una cucharada del arroz al azafrán de ayer. Obedezco, porque ignorar a Gabriella el día del banquete es el camino más corto a la deshonra.

—Controlaremos el pasaplatos al milímetro —continúa Serena, con los ojos en su tarea y la voz para mí—. Nada de extraños. Nada de primos serviciales. El *fritto* sale en tandas pequeñas. Nada se queda

esperando. Los *vongole*, al minuto. La anguila requiere paciencia, ella misma te dice cuándo está lista.

soberanamente a una desgracia.

—¿El vino de postre?

—Bajo mi vista hasta que lo cojas con tus manos —dice. Su barbilla señala las estanterías forradas donde las botellas seguras están en formación, con etiquetas como plegarias manoseadas—. La copa marcada está donde debe. Las demás son gemelas.

Alargo la mano y ella me corresponde. Mi pulgar encuentra la pequeña cicatriz en forma de media luna de su muñeca. Una noche de sueño no ha borrado el fuego que sentí anoche en los huesos, ni el juramento que le susurré contra la boca cuando la voz de Luca partió la habitación en dos. *No me ocultes secretos. Esta vez no.* No lo haré.

—Líneas de visión —digo—. Cerraduras fiables.

Ella asiente una vez. —Ve a jugar a ser el rey —dice, con una pequeña sonrisa que me infunde valor—. Yo mantendré vivo el fuego.

El comedor reluce de esa forma que los ricos de toda la vida creen haber inventado. La cera de abeja y la luz de las velas convierten la plata en estrellas. La mesa ocupa casi todo el largo de la sala: mantelería tensa como un tambor, cristal brillante, tarjetas con los nombres como pequeñas banderas. La silla de la presidencia es un trono silencioso. La copa de flauta en ese sitio parece igual a cualquier otra, a menos que te arrodilles y mires por debajo del pie. Mi X vive ahí, pequeña y exacta. Me siento mejor sabiendo que en la sala vive un secreto de nuestro lado.

Luca se acerca a mí con un traje que finge no haber sido cortado para pelear. —La puerta oeste está lista —dice—. Las puertas laterales, con temporizadores. He apostado a un hombre que me debe la vida en cada bisagra y le gusta ir pagando la deuda.

—¿Paolo?

—En ninguna parte —dice—. Ya te lo he dicho.

—Dímelo otra vez si aparece en alguna parte. —Recorro el salón con la mirada—. ¿Rinaldi?

—Presenta sus disculpas —dice Luca con sequedad—. Y una botella de algo más viejo que el pecado. No la hemos abierto.

—Bien —digo—. Luego bautizaremos la grava con ella.

Camilla se desliza con pies silenciosos, dos teléfonos en sendas bolsas transparentes. —Timbres de la puerta probados —dice—. Línea de la cocina limpia. Si una cámara parpadea, es porque yo se lo permito.

—¿Alguien ha tocado las líneas troncales de la carretera?

—Un zorro —dice—. Rocco le dio salchicha. Ha presentado una queja.

Los primeros invitados llegan con la risa ensayada de la gente a la que le gusta ser esperada. Los recibo con la chaqueta abierta y las manos vacías. El viejo Corsi huele a una colonia que cuesta lo que un coche. Me besa en ambas mejillas y dice que la sala es preciosa como si le perteneciera. Su heredero merodea, hambriento, con los ojos tomando notas que no leerá.

El patriarca de los Moretti llega precisamente cuando quiere que se note su presencia. Lleva su edad como una armadura. Su traje es azul marino; su abrigo, de color camel; su sonrisa, una cuchilla que mantiene limpia. Detrás de él, el heredero de la mandíbula, más afilada esta noche, el pelo demasiado perfecto, la corbata un poco apretada. Su *consigliere*, inmaculado y divertido, luce el tipo de rostro que ha visto a hombres desangrarse por menos que un adjetivo equivocado.

—Accardi —dice el patriarca, cálido como un sol de invierno que todavía puede matarte—. Su casa es generosa.

—Lo intenta —respondo—. Esta noche, vive de su bendición.

Suelta una risita gutural. —Las bendiciones son para los santos. Yo traigo apetito.

—Entonces no lo insultaremos —digo, y eso le parece bien.

Los sentamos, a los ruidosos en el lado de la cocina, donde el murmullo puede ahogar una fanfarronada. A los cautelosos, donde puedo verles las manos. A las mujeres, donde lo oirán todo. A los hombres que creen mover ficha, donde descubrirán que ellos son el tablero. Mi sitio no es la presidencia. Ocupo un asiento que ve el arco, el pasaplatos, el reflejo de los Moretti en la tapa del plato y la marca bajo la copa de flauta si un hombre con buenas rodillas la inspecciona.

Las puertas de la cocina tiemblan un instante y luego los primeros platos flotan sobre una marea de calor y aceite. El baccalà frito llega crujiente y ligero, soltando un susurro de vapor. El rebozado de Serena es fino и frío, el aceite está caliente y es honesto, la sal dice la verdad. El pescado se hace añicos cuando lo muerdes. El interior permanece tierno, seda bajo el crujido. El alioli del lado brilla como una moneda a la luz del sol. Un gajo de limón espera para ser útil. Observo las caras. Sorpresa primero, luego placer. El tipo de silencio adecuado. Un par de los chicos de Moretti dan un golpecito con el tenedor como si recordaran que son humanos.

Los camareros se mueven como un banco de peces que ha hecho este baile desde antes de saber leer. Ningún plato se queda esperando. Ningún plato se enfría. La puerta de la cocina respira y Hannah, una de las chicas nuevas que ya se mueve como de la familia, me guiña un ojo sin saber que lo ha hecho. Luca vigila el arco con una mirada que dice que podría matar una mosca en pleno vuelo con una servilleta de lino.

Me permito probar un trozo de baccalà con los dedos, partiéndolo por la mitad para que el vapor me dé en la cara y la sal transporte el

limón. Mi abuela solía decir que el pescado frito es una oración: o te eleva o te arruina. Serena solo reza de una manera.

Siguen los *espaguetis a las almejas*, con las conchas de las almejas repiqueteando como aplausos. La pasta está fina y elástica, la salsa resbaladiza por un buen aceite y la cantidad justa de ajo. La guindilla vibra suavemente, el perejil es confeti. Observo el vapor, luego las bocas. El ojo del patriarca se arruga un grado. Para un hombre como él, eso es como lanzar un sombrero al aire.

Entre platos, la conversación deriva hacia las mentiras de siempre: rutas y «asociaciones», el magistrado que quiere prensa, un chico con un barco que no sabe aparcar. Les tomo la medida sin creerme sus historias. Harrison roza las paredes, con el libro de cuentas en la cabeza, un asiento detrás del patriarca siempre a su alcance. Camilla aparece como un fantasma cerca del aparador, con la mirada suave como la seda y la mente como una trampa. Rocco finge hablar con un camarero y vigila el pasillo con el rabillo del ojo.

La anguila a la parrilla llega con un balsámico que ha sido reducido hasta brillar, dulce y lo suficientemente oscuro como para guardar secretos. La carne es rica, la piel crujiente y lacada. Hebras de hinojo suavizan el punto y la ralladura de naranja lo despierta. El heredero de los Moretti dice algo sobre Roma como si Roma perteneciera a sus dientes. Lo dejo terminar y luego le doy otro bocado asegurándome de que su plato no esté vacío. Los hombres no empiezan peleas con la boca llena. No suelen hacerlo.

Siento a Serena a través de la puerta, de la misma manera que un soldado sabe dónde está su compañero en un camino oscuro. No nos miramos porque no lo necesitamos. Ella es un punto fijo. Eso hace que todo lo demás sea fluido.

Toda la noche tengo los ojos puestos en las esquinas. El vino llega en los momentos adecuados, a las temperaturas adecuadas, de las botellas adecuadas; las que Serena ha cogido con sus propias manos y ha marcado como un santo marca una puerta. Las licoreras son puro teatro. Nada toca el aire que no hayamos aprobado. Cualquiera

que quiera cambiar una botella se dará de bruces contra una pared, y yo disfrutaré pidiendo disculpas a su familia más tarde.

El último pescado sale del pasaplatos y el aire cambia. Ocurre cada noche de banquete: la conversación sube, luego la marea cambia y la sala espera la parte en la que los hombres fingen que les gustan los discursos. Esta noche, el cambio conlleva una carga eléctrica, un parpadeo que te perderías si no vivieras al límite. Las velas dibujan círculos más pequeños. La plata contiene la respiración. Hasta las flores se sientan más erguidas.

Harrison está a mi hombro sin que lo llame. —La bodega está asegurada —dice en voz baja—. Los precintos del almacén de seco, intactos. Tu X está donde la dejaste.

—¿Alguna sospecha? —pregunto.

—Una —dice—. Un conductor de la semana pasada intentó entrar por la puerta de servicio. Luca lo mandó a misa.

—Bien —digo y me bebo lo que queda de mi agua porque quiero tener la boca limpia para lo que viene ahora.

Gabriella aparece con una bandeja de plata y seis copas de flauta. Cinco son gemelas. Una lleva un peso que solo nosotros sentimos. Dejo que mis dedos rocen el pie de la copa de la presidencia. La pequeña muesca está ahí. La X de lápiz blanco se esconde en su sombra. Pienso en la punta del cuchillo de Serena haciendo la marca. Pienso en su lengua probando almendra y estaño y escupiéndolo como un insulto.

Me pongo de pie.

La sala se calla como lo hacen las salas cuando las viejas costumbres mandan. Las sillas enmudecen. Los tenedores deciden descansar. El patriarca se recuesta un grado, con una expresión como una puerta dejada entornada a propósito. El heredero baja la mandíbula. El *consigliere* sonríe con los ojos como si nada le sorprendiera. Es una buena cara. No me fío de ella.

—Amigos —digo, y la palabra es un traje que me pongo porque se ajusta a la ocasión—. Habéis comido bien. Habéis dicho cosas que fingiréis no haber dicho. Habéis medido la sala y habéis encontrado vuestro lugar en ella. Yo también.

Hay una oleada de risas educadas. Del tipo que le lanzas a un anfitrión como confeti cuando quieres guardarte la plata en el bolsillo e irte pronto. Dejo que caiga y muera.

—En casas como las nuestras —continúo—, fingimos que el brindis va de paz. De familia, suerte y borrón y cuenta nueva. —Cojo la copa marcada. Se siente como lo que es: cristal y una trampa—. Brindamos por el año que queremos, no por el que nos hemos ganado.

Algunas cabezas se inclinan. Los ojos del patriarca se agudizan, no lo suficiente como para cortar, pero sí para advertir. Le devuelvo la sonrisa. Es algo pequeño. Muestra los dientes.

Detrás de mí, Harrison asiente una vez a Gabriella. Ella deja la bandeja. Sirvo. A mí primero, de una botella que Serena y yo contamos tres veces. Luego al patriarca, de la gemela. Luego a los herederos. Luego a los hombres ruidosos que piensan que llegar antes a una copa es lo mismo que llegar antes a una guerra. El buen Recioto se mueve como miel que ha pagado la cuota del gimnasio. Huele a cereza negra y a promesas cumplidas. Está limpio. El veneno que encontramos está en una caja fuerte donde no puede hacer daño a nadie más que al hombre que lo puso allí.

Mientras sirvo, vigilo los bordes. Un primo de los Moretti estira el cuello para ver mejor la copa de la presidencia. La mirada del *consigliere* baja una vez hacia las copas y luego vuelve a mi cara. Un camarero retira un plato que no existe. Los ojos de Luca se desvían en esa dirección y el camarero recuerda que el plato pertenece a un fantasma y lo vuelve a dejar donde el fantasma empezó.

Las copas aterrizan donde deben. Rocco se desliza hacia la sombra junto a las puertas. Camilla ajusta el regulador de luz un ápice para

que la habitación se vuelva más tenue y cualquiera con una cámara en un gemelo obtenga un borrón en lugar de una foto. Harrison se mueve medio paso. El patriarca podría echarse hacia atrás y caer en su sombra. Gabriella sostiene su bandeja como si guardara un secreto que no tiene intención de contar.

Levanto mi copa. La X marcada besa mi palma a través del lino, del aire y del conocimiento de su existencia. Siento que la sala se inclina hacia mí, no porque les caiga bien, sino porque los rituales sostienen a los hombres cuando están cansados, y este es más antiguo que la mayoría de sus pecados.

—Alzo esta copa —digo, y mi voz se vuelve más grave para que tengan que esforzarse un poco. Los hombres escuchan con más atención las palabras que persiguen—. No por la paz…

Alguien se ríe demasiado alto, un primo que cree que sabe adónde va esto. El patriarca no lo mira y la risa muere de vergüenza en el plato.

—Sino por la verdad.

La palabra cae como una llave en una cerradura que fingía no tener ojo. Cada cabeza se levanta una fracción. Cada sonrisa muestra los dientes.

No bebo. Sostengo la copa a una altura que dice que podría, que dice que no lo haré, que dice cien noches de cosas que hombres como estos entienden.

Al otro lado de la sala, Luca me mira a los ojos. La mirada que me devuelve es una piedra que he lanzado mil veces. Se gira. Las puertas hacen clic. Luego un golpe seco. El sonido es definitivo, como puede serlo el invierno: sin ira, sin prisa, solo el peso de una estación que no pide permiso.

Varios invitados miran hacia atrás de la forma educada en que lo hacen los hombres educados cuando quieren saber si están

atrapados. Lo están. Los hombres educados se vuelven maleducados rápidamente.

—Sentaos —digo amablemente, sonriendo más allá del león de mi gemelo al hombre más viejo de la sala—. Todavía no hemos terminado.

23

SERENA

Las puertas ya están cerradas con llave cuando el estruendo irrumpe en la sala: el chirrido de las sillas al arrastrarse, el chasquido metálico de las malas decisiones. Estoy en el pase con un paño sobre el hombro y un cucharón en la mano, probando el último toque de glaseado de una sartén caliente, y la oleada de ruido recorre el salón como una bocanada de calor. Gritos. La inspiración entrecortada de una mujer. Un hombre que ríe de una forma extraña.

—Quédate con la línea —le digo a Gabriella, pero ya me estoy moviendo antes de que pueda responder. Atravieso la puerta que da al comedor y el calor de la cocina da paso a la luz de las velas y a miradas que cortan como cuchillos.

Los Moretti se levantan como un solo organismo: la mitad de ellos ruidosos, la otra mitad silenciosos, todos peligrosos. Unas cuantas manos se deslizan bajo las chaquetas. Un primo ya sostiene el acero como si esperase un aplauso. El patriarca ni siquiera parpadea. Se limita a apoyar la barbilla en una mano y observar a Dante como un gato observa a un pájaro que se cree que ha inventado el cielo.

Dante está de pie a la cabeza de la mesa con una copa de flauta en la mano y esa clase de quietud que solo se puede comprar con cicatrices. Lleva la chaqueta como si viniera con la casa. Está tranquilo de una forma que pone nerviosos a los demás hombres, la voz firme y serena, como si estuviera describiendo el tiempo y no el momento en que alguien ha intentado matar a un rey.

—El vino estaba envenenado —dice, y sus palabras suenan secas y sencillas—. Un vino de postre de reserva guardado para vuestro brindis final. —Inclina la copa en su mano lo justo para que toda la sala la vea—. La misma cosecha que encontramos en el viñedo junto a un hombre muerto con un mensaje enrollado en la garganta.

—*La cena è l'arma* —dice el consigliere en voz baja, con los ojos divertidos, pero no la boca—. La cena es el arma.

—Brava —responde Dante, como si estuvieran intercambiando recetas—. Alguien lo suficientemente cercano a mi cocina como para tocar lo que llega a vuestra mesa ha intentado hacer realidad ese mensaje.

Se levanta una oleada de ruido. Los jóvenes adoptan poses. Los mayores eligen en qué rostros confiar. Luca está de pie junto a las puertas con las manos sueltas, en una postura despreocupada, pero sus ojos cuentan venas. Harrison es una sombra al hombro del patriarca, con el libro de cuentas grabado en los huesos. Camilla se desliza como humo a lo largo de la pared, dos teléfonos en bolsas transparentes brillando en sus manos, con una expresión tan educada que nunca adivinarías que podría cortar la luz de una manzana entera con un solo pulgar.

Paolo se levanta lentamente desde el extremo izquierdo, cerca del aparador; el asiento de un hombre que cree que puede ver la cocina sin ser visto por ella. Se alisa la solapa, inclina la cabeza en una reverencia que no se ha ganado. Tiene buen aspecto porque siempre lo tiene. El lustre es el adecuado. Los zapatos brillan. Pero sus ojos no están bien; son brillantes como una mancha de aceite sobre el asfalto cuando llueve.

—*Cugino* —dice, con voz suave y dolida, como si la palabra por sí sola debiera bastar para cerrar puertas y detener relojes—. Encierras a tus invitados y lanzas acusaciones. En Navidad. Vas a asustar a los santos.

Dante aún no lo mira. Observa la sala. —Nadie bebe —dice, y la forma en que lo dice hace que hasta los primos más ruidosos dejen sus copas sin poder hacerse los listos.

—¿Está sugiriendo que uno de nosotros ha hecho esto? —pregunta el consigliere, afable, preciso.

—Estoy sugiriendo que lo ha hecho uno de los míos —dice Dante. Su mirada se mueve como una cuchilla con la que podrías afeitarte. Finalmente, la posa en Paolo—. Lo que reduce el campo de búsqueda.

Paolo interpreta el papel de inocente como si lo hubiera ensayado frente al espejo. Levanta las manos vacías. —Ya no pongo un pie en tu cocina. Órdenes tuyas, ¿recuerdas? —Me dedica una media sonrisa, casi tierna, como si compartiéramos un chiste privado de un salón mejor—. A la chef no le gusta tener a los primos incordiando.

—A la chef no le gusta nadie que esté en el lado equivocado de la puerta —digo. Mi voz llega más lejos de lo que debería. La mirada del patriarca se desvía hacia mí. No le importa que las mujeres hablen cuando traen comida y hechos.

Dante inclina la copa marcada hacia el asiento de la cabecera. —Esto era para usted —le dice al patriarca, sin parpadear—. Encontramos una gemela en una caja que fue resellada arriba después de un viaje que nunca debería haber hecho. Encontramos corchos que habían sido sacados y vueltos a poner. Encontramos la cerradura de la bodega forzada por alguien que sabía cómo trabajar sin despertar a toda una casa.

—Grandes palabras —dice Paolo, sonriendo más ampliamente; ahora empieza el espectáculo—. Las cerraduras se rompen. Los

transportistas cometen errores. Los viticultores se equivocan con las etiquetas. Sabes cómo es la gente, Dante. Decepcionan.

No se equivoca. Solo que cree que eso lo absuelve.

Dante asiente una vez hacia Camilla. Ella da un paso al frente con el tipo de gracia que hace que los hombres subestimen el peso que carga. Toca la pantalla de su teléfono y una imagen florece en la pared del fondo, proyectada en el yeso entre dos santos; granulada pero lo suficientemente nítida para que la sala la vea. La cámara de la almazara. El ángulo en el que Dante insistió después de lo del viñedo. La línea independiente que le hizo instalar cuando se borraron las primeras cintas.

La imagen fija tiene la marca de tiempo a las 03:14. Un hombre en la puerta de servicio con un abrigo oscuro, la capucha puesta contra un frío que no existe a las tres de la mañana, una caja a sus pies. A su lado, medio de espaldas a la lente, como hacen los hombres que saben que a las cámaras les gusta mirar, está Paolo. La mandíbula no deja lugar a dudas. La cicatriz junto a la oreja no es una coincidencia. Le está entregando algo pequeño y metálico, que brilla a la luz. El transportista levanta la caja. La puerta se abre como una garganta.

—Me reúno con una docena de transportistas a la semana —dice Paolo, demasiado rápido—. Me pides que me asegure de que las entregas no se pierdan. Que sea tu cara visible cuando necesitas estar en otro sitio.

—Siguiente imagen —dice Dante.

Camilla desliza el dedo. La caja está en un carrito. El pasillo es el que hay detrás de mi despensa. El ángulo es bajo, el tipo de cámara que un dueño esconde porque sabe contar. La mano de Paolo descansa en el asa. El transportista ha desaparecido. Paolo levanta la vista, solo una vez, y en esa fracción de segundo, la capucha se le cae. No queda más defensa en la sala que la mentira.

El consigliere observa la pared con el interés de un hombre en una obra de teatro poco común. El ojo del patriarca se arruga medio grado. Eso es una sentencia de muerte envuelta en buenos modales.

—Una coincidencia —dice Paolo, y su voz se vuelve más fina—. La cocina necesitaba harina al amanecer. La caja parece de harina para un idiota. Esto no es nada.

—Era un vino de postre de reserva —dice Dante, casi con amabilidad —. Envuelto para que pareciera harina para un idiota.

Luca se acerca dos pasos más a Paolo y se detiene como si hubiera llegado a una línea que él mismo había trazado.

Dante golpea el tallo de la copa contra la palma de su mano, pensativo. —Las pruebas resultan aburridas para algunas personas —dice—. Pero he traído algunas de todos modos.

Asiente de nuevo y Rocco —Dios bendiga a los hombres testarudos con manos grandes— sale de detrás de la última fila de sillas con una bolsa transparente. Dentro, una palanqueta corta descansa como un pecado. Estrecha. Vieja. Los bordes están pulidos por el uso. La empuñadura está envuelta en cuero, el envoltorio oscuro por el aceite de una palma que no suda a menos que quiera. Cerca de la cruceta, una muesca corta el metal: diminuta, precisa, como un diente de lobo arrancado de una mandíbula y engastado en hierro.

—Te di esto hace diez años —dice Dante, tan suavemente que casi no suena a nada—. Cuando todavía éramos unos críos que fingían que nuestros padres tenían una versión mejor de nosotros escondida en sus bolsillos. Te gustaban las herramientas que se adaptaban a la mano. —Señala la muesca—. Hiciste esa marca con mi navaja la semana que perdimos el almacén del canal. Pensabas que así la hacías tuya.

La boca de Paolo no dice nada. Sus ojos dicen demasiado.

—Hemos sacado serrín de roble fresco de esa muesca esta tarde —continúa Dante—. La misma firma de taninos que la puerta de la

bodega. Cogimos las virutas del suelo junto al cerrojo roto y las comparamos con las virutas de esa bolsa. La palanqueta estaba escondida bajo tu rueda de repuesto.

Un murmullo recorre la sala. Incluso los primos ruidosos saben a qué huele el roble fresco cuando se arranca de una puerta que no quería abrirse.

—Hay más —dice Dante, casi disculpándose—. Encontramos un sello de latón en tu maletero. Se parece al escudo del viñedo. Casi. —Levanta otra bolsa. Dentro, un pequeño troquel de latón capta la luz de las velas: una elegante letra R con una barra diagonal un pelo más larga—. Una falsificación. Crea un escudo que parece auténtico hasta que lo pones al lado del verdadero. Fotografiamos cada caja que entró en esta casa después de lo del viñedo. Camilla encontró tres con la marca falsa. La caja resellada de arriba la llevaba. También la botella junto al hombre muerto.

No levanta la voz. No tiene por qué. Los hechos hacen su propio trabajo.

Paolo se ríe entonces. Es una risa demasiado brillante. Se vuelve quebradiza en los bordes. Extiende las manos hacia la sala como un cura a punto de bendecir a una multitud que no soporta. —¿Y esto…, esta es tu prueba? ¿Una herramienta de tu infancia, un sello que podrían tener cien hombres, una foto borrosa en la oscuridad? ¿Quieres cerrar estas puertas y llamarme Judas porque no puedes mantener tu casa limpia?

—Cuidado —dice el consigliere con pereza—. Aún no ha terminado.

Dante inclina la cabeza hacia mí. Siento que la mirada de la sala se posa sobre mí con la fuerza suficiente como para que mi piel quiera dar un paso atrás. No lo hago.

—La cata —dice Dante—. Ella habría muerto por usted esta noche para que su viejo corazón siguiera latiendo. —Vuelve a mirar al patriarca—. Ella encontró el sabor a almendra y a metal, dos veces.

Marcó la copa que lo habría matado, y la puso donde yo pudiera ver la equis sin que nadie más supiera que la sala ya había sido salvada.

Los ojos de Paolo se clavan en mí. Ahora hay algo mezquino en la mirada, un gesto rápido que dice que se suponía que yo no debía estar en esta historia en absoluto, y mucho menos con una pluma en la mano.

—Chef —dice, suavizando el tono como si fuera a venderme una camisa que no me queda bien—. Ha trabajado muy duro esta semana. Estoy seguro de que la presión…

—No le hables a ella —dice Dante, y la forma en que lo dice hace que se me erice el vello de la nuca. No es posesión. Es protección con dientes.

Paolo deja caer el encanto como una máscara sudada. Se vuelve hacia el patriarca Moretti con las palmas de las manos extendidas de nuevo. —¿Oye esto? Deja que una cocinera marque su copa y lo llama seguridad. Lo trae a una mesa y habla de la verdad como un cura. Mientras tanto, los muelles se pudren, los chicos de Termoli se mueren de hambre y nuestros enemigos se llenan los bolsillos. Las viejas costumbres mantenían la comida en los platos. Este hombre guarda discursos en los libros.

—¿Viejas costumbres? —repite el patriarca. Parece divertido—. ¿Las tiene en el bolsillo? Muéstreme una.

—Las viejas costumbres están muertas —espeta Paolo. Clava los talones en el suelo. Levanta la barbilla. Parece un niño probándose la furia de un padre—. Y él es demasiado blando para ser Don. Cierra puertas y juega a los detectives mientras los de fuera cambian nuestras rutas por cuadros en sus paredes. Debería haber derramado sangre hace años. En lugar de eso, colecciona primos como si fueran recuerdos y besa a mujeres que no pertenecen a esta sala.

Luca da otro pequeño paso. La línea entre ellos vibra.

—Siéntate —dice Dante. No se mueve. Su copa no tiembla. Podría estar pidiendo la sal—. Hemos terminado.

—No —dice Paolo, y su mano va a la parte baja de su espalda como un mal hábito. Por un instante, pienso *pistola* y se me hiela el estómago. No saca una pistola. Saca acero.

Es mi cuchillo.

Lo reconozco como se reconoce la propia caligrafía. El lomo tiene un arañazo minúsculo de cuando un lavaplatos lo dejó caer hace seis meses. El talón está pulido hasta un brillo suave por mil horas de balanceo entre cebollas, hierbas y raíces de invierno. El mango está desgastado a la medida de mi mano. Lo levanta a la luz de las velas como un hombre que muestra una reliquia.

—Deja eso —digo, y mi voz abandona el lugar donde habita en mi pecho. Sale grave y clara. La sala la oye.

Paolo sonríe porque cree que acaba de ganar algo. —¿Qué dices? ¿Esto? ¿El favorito de la chef? Todo el mundo sabe que cocina con limón. Todo el mundo sabe que trabaja de forma limpia. —Lo hace girar en su mano como un juguete que ha comprado en un mercado —. Todo el mundo sabe que le dice al hombre de la corona dónde ponerse.

Harrison da un paso. Dante no. Los ojos del patriarca brillan como un cristal sacado de un estante frío y puesto bajo agua tibia. El consigliere levanta una mano un centímetro y tres primos de los Moretti quitan los seguros de las correas que no deberían haber quitado en una casa que les da de comer.

La voz de Paolo se eleva. Se vuelve metálica. Se mueve porque ya ha perdido el equilibrio en el terreno de los hechos, y ahora necesita ruido, necesita impulso, necesita una nueva historia que meter con calzador en la sala. —Las viejas costumbres están muertas —repite, demasiado alto ahora, con el tono equivocado—. Y él es demasiado débil para llevar lo que le fue dado.

—Mi casa no es tu portavoz —dice Dante, lo suficientemente bajo como para que la sala vuelva a inclinarse para oír.

Entonces Paolo se quiebra. No es una gran ruptura. Es la pequeña, la que importa. La que deja entrar la luz y salir el mal aire. Sus ojos se vuelven brillantes, luego vacíos. Gira la hoja en su mano, con la punta hacia delante, cambiando de postura como si fuera a cortar una cuerda, no a gente.

Mira a Dante una vez. Mira al patriarca Moretti dos veces. Y entonces me mira a mí.

—No lo hagas —dice Dante, y la palabra quiebra algo en el aire.

Paolo se abalanza sobre él.

24

SERENA

El tiempo se estira como el caramelo cuando hierve. El cuerpo de Paolo se inclina y el cuchillo reluce —mi cuchillo, brillante y hambriento, apuntando a las costillas de Dante—. No me lo pienso. El estante de servicio está a mi izquierda, la pequeña olla de cobre con el aceite de acabado todavía reluce por el último plato. La cojo por el asa con un paño y la lanzo.

El arco es perfecto. El aceite cítrico caliente se abre en abanico como un ala. Le da a Paolo de lleno en la cara y en el pecho. Grita —un chillido agudo, animal, de sorpresa— y se tambalea, arañándose los ojos mientras el cuchillo se desvía bruscamente. El aceite se le cuela por el cuello de la camisa, sobre la seda cara, por las muñecas. Su piel se ampolla al instante. Tropieza hacia atrás contra una silla, la patea contra las rodillas de un primo y tira una copa que estalla en mil pedazos.

Luca desenfunda y dispara una vez, rápido. El tiro se desvía y resquebraja la aureola de un santo en la pared. Paolo sale disparado, medio ciego, quemándose, aullando, abriéndose paso a empujones entre un cúmulo de perlas y pánico. La sala se divide en dos: la mitad de los Moretti se levanta de un salto para seguirlo; los

otros se quedan paralizados, calculando. El patriarca no se mueve. Sus ojos son de mármol antiguo a la luz de las velas.

Dante ya está delante de mí, con las manos en mis hombros, comprobando si tengo sangre, si respiro, si hay agujeros. —¿Estás herida? —Su voz es grave y firme como el filo de una navaja. Solo sus ojos lo delatan.

—Estoy temblando —confieso, porque la sinceridad resulta más fácil cuando acabas de lanzar fuego—, pero estoy bien.

—Acabas de salvarme la...

—No. —Mi garganta toma la palabra y la pronuncia con nitidez—. Nos he dado a todos la oportunidad de luchar.

Asiente una vez —el único agradecimiento que funciona en una sala como esta—, y pivota, con la pistola en alto, apuntando. Paolo rebota en la jamba, con el pelo humeante y la boca abierta en una maldición. Durante un instante, se vuelve hacia nosotros como si aún creyera que el impulso puede ser un plan. Dante aprieta el gatillo dos veces. El primer disparo levanta a Paolo por el hombro. El segundo le da en el centro del torso, justo debajo del esternón. Se pliega sobre sí mismo, deja caer mi cuchillo y se desploma sobre el mármol con un sonido feo y definitivo, mientras el aceite caliente, la colonia y la sangre florecen bajo él como un festín malogrado.

El silencio cae con peso. Entonces, un primo grita. Otros dos intentan coger unas armas que no llegan a usar porque Luca y Harrison ya están sobre ellos con las manos abiertas y los hechos consumados. —No lo hagáis —dice Luca, con un tono aburrido que lo empeora todo—. Se nos han acabado los milagros.

El patriarca se levanta por fin. Mira el cuerpo de Paolo como un granjero mira una valla rota: irritado, no sorprendido. Levanta la vista hacia Dante. Un pequeño y deliberado asentimiento pasa entre ellos. No es afecto. No es absolución. Es permiso.

Y entonces, el sonido que significa que un mundo está a punto de cambiar: sirenas, tenues al principio, luego creciendo, echando dientes a medida que suben por el camino de entrada. Las radios de nuestros guardias crepitan con un lenguaje que no es el nuestro. Los teléfonos de Camilla parpadean con una luz azul fría. —Luces azules en la puerta —dice, y hay un filo duro bajo su dulzura—. No están aquí por accidente. Alguien les ha dado un mapa.

No era solo la venganza privada de un Moretti, entonces. Era un topo que tenía a la policía en marcación rápida. La tensión en la sala vuelve a aumentar, pero de una manera diferente. Los primos se quedan muy quietos. La sonrisa del consigliere muestra dos dientes más. Puedes mantener los cuchillos fuera de un comedor. No puedes evitar que el Estado quiera su parte del pastel.

—A vuestros puestos —dice Dante, ya en movimiento—. Que nadie toque un vaso. Que nadie abra una puerta.

—¿Quién los ha llamado? —pregunto.

—No importa —dice, escudriñando el pasillo—. Nos movemos.

Fuera, las sirenas se dividen: unas en la puerta principal, otras subiendo por el camino trasero junto a la almazara, y unas terceras flotando en la cresta de la colina como una promesa de cerco. Las radios crepitan. En el patio, un perro ladra dos veces y luego decide dejar que la noche se las arregle sola. La casa contiene la respiración.

—Id a los túneles —ordena Dante, y la calma de su voz hace que la sala obedezca—. Ahora.

Todo se acelera. Luca y Rocco pivotan, canalizando a los invitados hacia el salón interior, no para esconderlos, sino para evitar que se pongan en medio. Harrison sella el arco lateral y coloca allí a un hombre que puede contar hasta diez antes de disparar. Camilla se guarda un teléfono, me lanza un segundo en una bolsa transparente y se desliza por el pasillo hacia el ala de servicio. Gabriella me mira

desde el mostrador de servicio; está serena, esperando. Asiento una vez. —La cocina ha terminado —le digo—. Este es el único plato que queda por servir.

Corremos hacia el ala familiar en grupo: Dante, yo, Harrison en el flanco, dos de nuestros hombres por delante para despejar las esquinas sin que parezca que están despejando esquinas. Pasamos junto a los santos del pasillo. Sus manos pintadas siguen en alto, bendiciendo o advirtiendo, no sabría decir. El pasillo huele a limón y a pólvora.

Marco.

Llegamos a su puerta y soy la primera en entrar. Está dormido en un suave revoltijo de sábanas, con su valiente coche encajado bajo el brazo como un salvavidas. La niñera está en la silla con un libro abierto y los pies firmemente apoyados en la alfombra. Levanta la vista una vez, evalúa la situación y ya se está moviendo. —Los zapatos —dice, y mi cuerpo obedece como si tuviera ocho años y llegara tarde al colegio. Dante levanta a nuestro hijo con cuidado, con mucho cuidado, toda su fuerza concentrada con delicadeza en las palmas de sus manos.

Marco parpadea y lo pilla todo rápido, porque así es él. —¿Es hora de ir a ser secretos? —susurra, de la manera que habíamos practicado solo para casos de incendio.

—Sí, es la hora —digo y le doy un beso en los rizos húmedos de la sien.

Desde el pasillo, las radios parlotean en dos idiomas a la vez. —*Carabinieri*… *aprite*… orden judicial… no se muevan… —y la réplica, dura y tajante, de nuestro perímetro exterior.

—El padrone los recibirá en la puerta.

—No lo hará —dice Dante, con la boca tensa—. No esta noche.

Nos movemos. La niñera se desliza detrás de mí como si hubiera nacido para correr en silencio. Harrison cubre la retaguardia, sin libro de cuentas a la vista, pero con los ojos en todas partes. Nos colamos por la lavandería —las planchas de vapor apagadas, el almidón rígido en el aire—, atravesamos la despensa del mayordomo que conozco demasiado bien y llegamos a la junta en el revestimiento de madera.

El panel cede. La estrecha escalera exhala un aire frío. Siento las costillas de la casa a nuestro alrededor. Marco esconde la cara en el cuello de Dante y se asoma con un ojo, como un caballero que cabalga detrás de otro más alto y finge no tener miedo porque sabe quién le cubre las espaldas.

—Recto —susurro—. Por debajo del salón principal. Luego el pasadizo de la fregadera, y después el antiguo conducto de la ceniza.

—Te acuerdas —dice Dante, y parece que se refiere a algo más que a los mapas.

Bajamos en fila hacia la oscuridad: los hombres primero, luego yo con Marco, después la niñera y, por último, Harrison. La piedra está húmeda bajo nuestros zapatos. El vaho de nuestra respiración hace que el haz de la linterna parezca niebla en una botella. Arriba, se oyen golpes de botas, portazos, voces que se envalentonan pensando que el mármol las salvará. Las sirenas se acomodan en su sitio, superponiéndose en una armonía enfermiza.

En el primer rellano, suena un disparo —ni cerca, ni lejos— y la niñera se estremece, pero luego aprieta la mandíbula con una firmeza que me enorgullece. —Mantén la cabeza agachada —le digo a Marco. Él asiente y obedece. Le gustan las reglas que se pueden cumplir con el cuerpo.

El pasadizo de la fregadera es demasiado bajo para los hombros de Luca y demasiado estrecho para las mentiras. Nos abrimos paso serpenteando, con las rodillas golpeando viejas tuberías y los

hombros rozando el yeso áspero. Mi mano encuentra la pared y aprende cada cicatriz y cada clavo como si fueran datos. Huele a hierro, a piedra y a un fantasma de harina.

En la rejilla del conducto de la ceniza, Harrison golpea una, dos, tres veces; un antiguo toque que le hace saber al hombre de fuera que el de dentro es un amigo. Rocco responde con dos. Está allí con una cizalla y un aliento como el invierno. La rejilla cae con una leve maldición. Entra una ráfaga de aire frío. Estamos fuera.

El olivar se agazapa como un escuadrón de ancianos susurrando. La escarcha blanquea el suelo donde no llegan los árboles. Las estrellas se despiertan de golpe porque las sirenas han atraído toda la luz hacia la puerta. Abajo, junto a la almazara, un destello azul tiñe la piedra, luego parpadea y finalmente se estabiliza. Las voces se oyen en hileras. No somos los únicos que nos movemos.

—Por aquí —dice Rocco, adentrándose ya en la sombra—. La terraza inferior, luego el atajo junto a la alcantarilla. La cresta está cubierta de escarcha. Vuestras huellas cantarán.

—Haremos que canten otra canción —dice Luca, apareciendo desde la oscuridad como un chiste que solo quieres de tu lado. Me entrega un chal de lana áspera que huele a cedro —el mío, cogido de nuestra habitación por una mujer que nunca olvida una lista— y señala a Marco con la barbilla—. El pequeño viaja con el capitán.

—No —dice Dante.

—Sí —digo yo, y nos encontramos a medio camino. Acerco más a Marco hacia mí, con el chal alrededor de nuestros hombros, y mi mano libre sobre su valiente coche para que no se caiga. Los ojos de Dante se clavan en los míos por un breve e intenso segundo. Acordamos discutirlo más tarde.

Cruzamos la terraza en una línea escalonada, los hombres de piernas largas y silenciosos, yo más ligera de lo que me siento. El frío es un cuchillo. Mis piernas son gelatina y alambre. En algún

lugar detrás de nosotros, una voz fuerte anuncia una orden de registro como si fuera una oración. Una segunda voz pregunta si quieren hacerlo esta noche o después del café. Más lejos, la puerta de un coche se cierra mal, seguida de un grito que es todo músculo y nada de plan.

Los disparos crepitan una vez, luego dos, y después tartamudean en un coro detrás del ala de la lavandería. Lo siento entre los omóplatos antes de que el sonido llegue a mis oídos. La niñera ahoga un grito, pero sigue moviéndose. Los deditos de Marco se aferran al cuello de mi camisa. —¿Son truenos? —susurra.

—Sí —miento, porque los truenos no persiguen a los niños, y la mentira lo convierte en verdad durante los siguientes seis pasos.

Llegamos al atajo junto a la alcantarilla. Es una hendidura en la colina apenas lo suficientemente ancha para un hombre con una caja. Rocco se desliza primero y arrastra una pesada rejilla para cerrarla detrás de nosotros. Las sirenas rebotan en la piedra como murciélagos. Tenemos veinte segundos antes de que el mundo recuerde que existimos.

—Arriba —dice Harrison, y subimos. La colina nos arroja escarcha y hojas viejas a los tobillos. Las enredaderas se enganchan. una rama me azota la mejilla como una advertencia y saboreo el cobre. El cielo se abre —negro, frío, limpio— y la villa queda atrás, una herida cálida que aúlla en azul.

No vuelvo a mirar atrás. Aprieto a Marco contra mi pecho y sigo la respiración que va justo delante de la mía.

Corremos hacia las colinas hasta que los disparos se convierten en un rumor y el único sonido que queda es el de nuestros pulmones arañando el aire y el de un viejo perro que trota a nuestros talones porque pertenece a quienquiera que se acuerde de darle de comer.

No paramos hasta que la tierra nos dice que es la hora.

25

DANTE

La capilla se alza donde la colina junta sus manos, piedra sobre piedra, con la puerta suavizada por cien inviernos y las oraciones de gente que no tuvo mejores opciones. Huele a cera, a polvo de lluvia, al aceite de limón que una mano cuidadosa ha frotado en los bancos. El cura nos recibe con un gesto de cabeza y esa clase de calma que ralentiza mi pulso un par de latidos. No pregunta nombres. No mira las pistolas. Abre la puerta lateral y deja entrar a mi familia.

Nos movemos juntos a través de una noche que deja de luchar en cuanto la madera se cierra a nuestra espalda. El rostro de Serena está pálido bajo la sombra de su chal, con una mancha de sangre en la mejilla que no es suya. Tumba a nuestro hijo en un jergón cerca del altar: una cama sencilla de mantas dobladas y un colchón fino que aparece como deberían hacerlo los milagros, sin ruido ni alboroto. Marco se duerme antes de que su cabeza toque la almohada. A los niños se les gastan las pilas más rápido que a los hombres. La niñera se sienta en el escalón de piedra junto a la puerta lateral y se aprieta el suéter alrededor de los hombros. Harrison ocupa el último banco con la mirada fija en las bisagras.

Luca se adentra en la penumbra y se convierte menos en un hombre que en un principio.

Me hundo en el banco junto a mi hijo. La madera es fría, pero honesta. Apoyo los codos en las rodillas y respiro —inhalando por la nariz contando hasta cuatro, exhalando por la boca contando hasta ocho— hasta que mis manos dejan de temblar lo suficiente como para volver a ser útiles. Doce horas de viaje, dos emboscadas, un primo muerto sobre mi mármol, luces azules en mi puerta y, aun así, lo único que me revuelve el estómago es el recuerdo de la pequeña mano de Serena soltando mi brazo para coger una olla de aceite caliente.

Marco se remueve, abre un ojo. Brilla a la luz de las velas como una moneda en el fondo de una fuente. Luego abre el otro ojo, más despacio, como el segundero de un buen reloj. Me mira con los ojos entrecerrados y su boca dibuja una pequeña línea insegura.

—¿Vas a dejarnos otra vez? —pregunta.

Todo lo que soy enmudece. Podría contarle una historia, la que incluye rutas y primos y el modo en que los hombres como yo heredan habitaciones que huelen a humo y a fantasmas. Podría decir «No» de la misma forma que se lo he dicho cien veces a hombres que querían una promesa que no podía cumplir. Sería una mentira si lo dijera antes de saber lo que cuesta y cómo pagarlo.

Al principio no puedo hablar. Niego con la cabeza. No.

Busca en mi rostro el truco oculto en la palabra y no lo encuentra. —Vale —dice, simplemente, de la misma forma que una puerta se abre cuando usas la llave correcta. Se apoya en mí sin ceremonias, pequeño, cálido y absolutamente seguro de que la gravedad es una amiga. El peso de su cuerpo contra mis costillas reorganiza la habitación. Lo rodeo con el brazo y siento que algo en mi pecho, que ha estado cerrado desde antes de saber su nombre, se destensa.

Serena está de pie detrás de nosotros, con los brazos fuertemente cruzados y la mandíbula tensa de una forma que indica que ha agotado todo su miedo y toda su rabia, y que ahora funciona a base de disciplina y aceite de limón. El cura le trae una taza de agua caliente y ella asiente con un agradecimiento que parece un juramento. Se acerca a nuestro banco y se sienta tan cerca que su hombro roza el mío, luego posa una mano con delicadeza sobre el pelo de Marco. Es el gesto más pequeño. Y también el más grande: como echar el cerrojo a una puerta que no sabías que tenías.

—Nunca dejaste de ser su padre —dice en voz baja, más como una afirmación que como un gesto de piedad—. Pero tienes que decidir si quieres seguir siéndolo.

La miro. La luz de las velas le pone reflejos dorados en los ojos y dibuja la cicatriz de su muñeca como una línea en un mapa que debería haber seguido hace cuatro años. —Acabo de matar a mi primo en el suelo de mi comedor —digo. La verdad tiene que empezar por algún sitio—. Y el estado quiere desmontar mi casa piedra por piedra. Si me salgo de este camino, no será un paseo por el parque. Será una escalada en plena tormenta. Los hombres intentarán alcanzarme porque es fácil y porque no saben hacer otra cosa. Los Moretti dirán palabras bonitas ahora porque salvé a un patriarca y no derramé su sangre, pero las palabras bonitas pueden romperse cuando tienen hambre.

Ella asiente. —Lo sé. —Mira hacia el altar, al fresco agrietado de un santo que parece cansado de tener razón—. Y también sé que esta vida me seguirá aunque huya. Lo intenté. Y me siguió. Así que lo máximo que puedo hacer es ganar mientras esté aquí. Ganar eligiendo nuestras batallas. Ganar eligiendo dónde te posicionas. Ganar cocinando sopa y no veneno. Ganar enseñando a un niño a decir la verdad aunque haga temblar la habitación. —Vuelve a mirarme—. Así que... decide.

El cura se mueve en silencio en la capilla lateral, encendiendo una vela delgada y colocándola ante un pequeño icono. No nos observa.

Ha visto a más hombres en encrucijadas que yo calles.

Mi teléfono vibra una vez, suave y obsceno en esta sala. Un mensaje de Camilla.

Los Carabinieri siguen en la puerta. El consigliere de los Moretti ha mandado un mensaje: «Hemos visto lo importante. Ocupaos de vuestros asuntos. Mantendremos a los lobos alimentados».

No es una tregua. Es un período de gracia. Dos días, tal vez tres, antes de que el mercado recuerde la afrenta e intente ajustar las cuentas con la sangre de otro.

—Antes de irnos —digo, manteniendo la voz solo para ella y no para la habitación—, el viejo me miró. Me dio un visto bueno que nunca antes me había dado. Era un permiso para levantarme de la mesa y una promesa de guardarme el sitio. Por ahora. —Suelto un aliento que sabe a metal—. Puedo usar eso. Puedo ceder rutas a hombres que no son unas víboras y ponerle cerrojos a puertas con nombre y apellido. Puedo apagar la música y pedir a los chicos que se vayan a casa. Tendrá un coste. Siempre lo tiene.

—Págalo —dice ella. Sin dramas. Solo la cuenta.

Miro a Marco, dormido de nuevo como si la pregunta le hubiera quitado toda la energía. Tiene mi boca cuando está serio. Tiene la serenidad de ella cuando está agotado. Toco el valiente coche que tiene bajo la mano, la pequeña pintura desconchada del guardabarros. —Si digo que sí a tu pregunta —le digo—, lo quemaré todo por él. —Trago saliva y añado lo que hace que la frase sea cierta—. Por ti.

Algo en su rostro se relaja. No es perdón. Es una puerta. —Bien —dice, y su voz se suaviza en los bordes—. Porque no necesito un Don. Necesito un hombre que sepa atar un zapato y espesar una salsa. Necesito un padre que aparezca cuando todo es aburrido.

—No sé ser aburrido —digo, y casi me hace reír.

—Aprenderás. —Se acerca más, la cálida presión de su muslo contra el mío, y coge mi mano magullada entre las suyas. Sus dedos trazan la piel abierta de mis nudillos como si estuviera probando una especia—. Eres terco. Eso ayuda. Haces un plan y lo cumples. Eso ayuda más. Y tienes gente que mataría por ti. Ahora necesitas gente que te diga que no y lo diga en serio.

Giro la mano y entrelazo nuestros dedos. —Tengo a una —digo—. Le tiró aceite caliente a mi primo.

Un fantasma de sonrisa asoma a su boca. —Iba a matarte.

—Lo sé.

—Y no iba a permitir que eso pasara.

—Eso también lo sé. —Reprimo el impulso de añadir la disculpa que pesa como una piedra en mi lengua. No quiere palabras. Quiere pruebas.

Unos pasos rozan el suelo en la puerta. Luca pasa por la rendija abierta el tiempo suficiente para dejar una pequeña bolsa de papel al final de nuestro banco: comida que ha birlado de la cocina de un convento con una sonrisa y una mentira. Vuelve a desaparecer sin enfadar al cura. Harrison murmura en la oscuridad a un hombre al pie de la colina sobre faroles y líneas. La niñera cabecea sentada, con la barbilla en el pecho, una buena guardiana con una vieja columna vertebral.

Cojo la bolsa y encuentro pan que sabe a leña y paciencia, una cuña de pecorino y dos castañas asadas envueltas en papel como regalos. Parto el pan y le ofrezco la mitad a Serena. Lo coge y come como una luchadora: eficiente, pulcra, agradecida sin decirlo. Compartimos el queso, las castañas. Pongo un trocito cerca de la mano de Marco. Fingirá que no tiene hambre cuando se despierte, pero se lo comerá igualmente.

—Guíame paso a paso —digo cuando la comida se ha acabado y al silencio le crece una piel—. Desde donde estoy hasta el final del

camino, donde nuestro hijo pueda dormir con la ventana abierta.

Se reclina en el banco, con el hombro todavía contra el mío. —Primero —dice, adoptando su voz de cocina, esa que hacía que hombres que le doblaban el tamaño se apartaran un milímetro a la izquierda para que una estancia pudiera respirar—, dejas de alimentar a cualquiera en quien no confíes. En los negocios y en la mesa. No más caras nuevas en tu casa. No más favores a primos que no te miran a los ojos. Cortamos la relación con los transportistas y montamos la nuestra. Pagas el doble por manos de fiar y despides a cualquiera que se ría cuando el hombre equivocado cuenta un chiste.

—Hecho —digo, porque esta parte es fácil.

—Segundo, regalas rutas —levanta una mano cuando empiezo a discutir—. A hombres que no las usarán para alimentar su orgullo. A hombres con hijas y perros y huertos. Deja que ganen dinero. Deja que apechuguen con las consecuencias. Tú te quedas con los cerrojos, los libros de cuentas y los abogados. Te quedas con el nombre. Te vuelves más pequeño y más difícil de tocar. Te vuelves aburrido. Dejas que los chicos hambrientos se peleen por las migajas mientras tú asas un pescado y llevas a tu hijo a ver santos con hojas de limonero en las mangas.

Mi risa es más un aliento que un sonido. —Lo haces sonar como una receta.

—Lo es. —Me da un golpecito en el pecho, justo sobre las costillas que me he magullado demasiadas veces—. Tercero, dices la verdad. No a todo el mundo. A la gente que duerme bajo tu techo. A nuestro hijo. A mí. No guardas secretos que nos convierten en objetivos. No desapareces sin llamar. No haces promesas que no puedes permitirte. Dices «no lo sé» cuando no lo sabes. Y luego lo averiguas.

Le sostengo la mirada. Mi primer reflejo es decir *«siempre te he dicho la verdad»*, y esa no es una frase que alguien en mi posición

pueda vender dos veces. Me la trago y asiento. —Puedo hacer eso —digo—. Lo haré.

—Cuarto —dice, con una pequeña sonrisa en la voz ahora, porque sabe que lo que va a pedir sonará a blasfemia en mi mundo—, te encargas de las mañanas. No de las noches. Lo despiertas. Haces café. Preparas un tentempié para un paseo que no sea una ronda de vigilancia. Le enseñas a afilar un cuchillo sin cortar la tabla. Lo llevas al agua y dejas que lance piedras y falle. Le enseñas a decir que no a la gente que lo quiere y a decirlo en serio. Aprendes a hacer una salsa sin probar la sal con rabia.

Lo asimilo. La imagen duele. También cura. —Las mañanas —repito, y la palabra me sabe a nuevo.

Ella mira hacia el altar. El cura enciende otra vela y la deja con un gesto que parece una bendición y una advertencia. *Solo tienes una segunda oportunidad si cambias lo primero.*

Vuelvo a mirar a mi hijo. Ahora está despatarrado, boca arriba como un cachorro que sabe que el suelo no se moverá. Su valiente coche se ha deslizado un centímetro de su mano. Lo vuelvo a poner donde pertenece y pienso en lo que significa «pertenecer» cuando una casa puede ser arrebatada por sirenas, primos y hombres con papeles.

En el banco de enfrente, Luca carraspea suavemente. —Noticias de la colina —dice en voz baja—. Las luces azules se han retirado a la carretera principal. Van a fingir que nunca estuvieron en tu puerta. El consigliere ha enviado una cesta con forma de disculpa. Camilla dice que los lobos están cansados por esta noche.

—Bien —digo—. Mañana llamaré al viejo. —Miro a Serena—. Le haré un regalo que no se espera.

—¿Qué regalo? —pregunta.

—Libertad —digo—. De mí.

Sus cejas se arquean. —¿Confías en que lo acepte?

—Confío en que aceptará una victoria que no le cuesta nada y le hace parecer un rey. —Dejo que mi voz se vuelva seca—. Renunciaré a puestos que nunca quise, a rutas que saben a sangre, a chicos que creen que les debo mi futuro porque pagué su pasado. A cambio, mantendrá mi nombre fuera de las habitaciones donde los nombres van a ser destrozados. Si duda, le recordaré quién no bebió de lo marcado con una equis.

—¿Y si dice que no? —pregunta.

—Entonces nos vamos más lejos —digo—. Al norte. O fuera de Italia. Tengo lugares que me deben favores que huelen a pino, no a humo. Puedo pasar desapercibido en un país más grande.

Ella lo considera. —Puedes —dice—. Si quieres.

Me giro en el banco y la observo por completo. Está agotada. Está preciosa. Hay un rastro de harina en el puño de su manga y sangre —de Paolo— en la palma de su mano, donde no llegó a limpiarla a tiempo con una toalla. Todo en mí quiere sentarla en mi regazo y dormirme sintiéndome completo por primera vez en diez años. Todo en mí sabe que dormir no es la cuestión.

—Entonces, enséñame —digo.

Tres palabras. Aterrizan entre nosotros con el peso de una vida.

Su boca se inclina, casi suave, casi cruel, como se pone cuando está a punto de decirle a un cocinero que lleva toda su carrera salando la comida en el momento equivocado. —Lo haré —dice—. Pero empiezo con una lección de cuchillos, y no te va a gustar.

—¿Por qué?

—Porque voy a recuperar mi cuchillo —dice—. Y cada vez que vayas a cogerlo, te preguntaré si estás cocinando o haciendo pedazos tu propio futuro.

Dejo escapar algo que no es ni una risa ni un sollozo. —Trato hecho.

Me aprieta los dedos una vez. —Entonces empezamos mañana —dice—. Con café. Y contigo diciéndole la verdad a nuestro hijo cuando se despierte.

—¿Qué verdad? —pregunto.

Se inclina hacia mí. Su aliento es limón y calor y algo parecido a la piedad. —Que estás aquí ahora —dice—. Y que te quedas.

26

SERENA

Un año después

La cocina es más pequeña ahora. Esa es la cuestión. Cuatro fuegos, dos hornos, un fregadero que suspira cuando te apoyas en él y una campana extractora que traquetea los días de viento como un fantasma amistoso. La mesa de preparación es una vieja puerta lijada hasta quedar lisa y colocada sobre unas patas robustas. Las paredes son del amarillo cálido de las yemas de huevo y la luz de las velas. Cada rincón huele a piel de limón y madera limpia. Cuando el sol de la mañana se cuela por la ventana trasera e ilumina las sartenes de cobre, toda la estancia se sonroja.

Es Nochebuena otra vez, pero una diferente. Estoy en mi puesto con un cuenco de sémola bajo las manos, trabajándola con el tipo de paciencia que antes reservaba para sobrevivir. El polvo de harina se eleva en pequeñas aureolas. Me siento firme y útil. Dante está en el otro extremo de la mesa, cortando ajos como si fuera una meditación, finos, más finos, finísimos: láminas como el papel que se derretirán en el aceite y lo harán cantar. Marco está a mi lado en un taburete, tan serio como un cirujano, haciendo rodar los ñoquis por las púas de un tenedor y lanzando cada almohadita sobre una bandeja enharinada.

—Manos ligeras —le digo—. Deja que la masa sea ella misma.

Asiente como si le acabara de decir cómo levantar un coche. Lo intenta de nuevo, más suave. La siguiente pieza aterriza con una diminuta dignidad. Dante mira y no puede evitar sonreír. «*Perfetto*» dice. «Podrías cobrar entrada por ese movimiento».

Lleva un abrigo de lana sobre un jersey negro cuando sale para comprobar la cola. No hay kevlar bajo nada. No hay ángulos duros. Su corona es invisible ahora, pero todo el mundo en nuestra pequeña calle la siente cuando le sujeta la puerta a una abuela y se inclina para besar la frente de un niño. La cola ya llega hasta la esquina: vecinos, viajeros con guías de viaje escondidas en los bolsillos, un taxista que jura que conoce a alguien en cada cocina de Roma, tres estudiantes que ahorran todo el mes para poder celebrar esta noche como es debido. El cura de Santa Maria in Trastevere también está allí, con el sombrero en las manos y las mejillas sonrosadas por el frío. Le guiña un ojo a Marco a través del cristal y Marco se lo devuelve como si tramaran algo juntos.

La llamamos *Trattoria Rosso e Limone* porque nos gusta el sabor de las palabras y porque la vida nos dio ambas cosas: el calor rojo y la luz cítrica. El comedor tiene seis mesas: dos contra la pared de ladrillo, dos bajo la ventana que da a la calle, una larga mesa comunal que hace que los desconocidos compartan sal e historias, y un reservado en forma de medialuna junto al hogar para familias que necesitan un rincón donde respirar. En la barra hay más tazas de té que licores. Una pizarra enumera el festín, escrito de mi puño y letra y emborronado por cientos de pequeños roces de hombros.

—Fritto misto di mare

—Baccalà mantecato, crostini

—Insalata di polpo, arance e finocchio

—Spaghetti alle vongole

—Pesce spada in umido

—Anguilla alla griglia, glassa di balsamico

—Zuppa di ceci e cozze

—Torta al limone (no preguntéis la receta)

Camilla dirige el comedor como una directora de orquesta. Cambió los teléfonos por un libro de reservas y una campanilla que suena suavemente, y le gusta más. Gabriella es la dueña de la sala, anticipándose tres pasos a cada necesidad. Harrison lleva los libros de cuentas y las donaciones con un libro mayor que ya no oculta nombres. Luca trae productos de la cooperativa que ayudamos a fundar: cajas de tomates que aún huelen a la mata, bulbos de hinojo gordos y dulces, limones con la piel como papel de buena calidad. Rocco dirige un gimnasio de boxeo para jóvenes a tres calles de distancia. Los sábados, enseña a una docena de chavales a dar directos sin cargarse su futuro. Incluso Pippo pertenece ahora al barrio: más viejo, más lento, satisfecho de dormir junto a la puerta y agitar una oreja cuando suena la campanilla.

El imperio Accardi todavía existe. Solo que ahora es diferente. Las rutas se convirtieron en camiones refrigerados con el logotipo de una organización benéfica en los laterales. El dinero rápido se convirtió en microcréditos para mujeres que cocinan y aún no tienen horno. Los hombres que necesitaban trabajo aprendieron a mover el marisco por la noche sin quebrantar la ley. El patriarca de los Moretti ahora envía cestas en lugar de mensajes. Seguimos contando nuestras salidas, pero la puerta permanece abierta.

Deslizo una sartén de guiso de pez espada al fuego de atrás. La salsa hierve a fuego lento y huele a tomate, alcaparras y paciencia. Abro un poco la tapa, pruebo y añado un soplo de ralladura de limón. Dante inclina la cabeza como si también lo saboreara desde el otro lado de la sala. «Ahí está», dice, y cuando nuestras miradas se encuentran, siento la campana silenciosa de la vida que hemos construido resonar una vez en mi pecho.

Al mediodía, la puerta principal se abre y se cierra como un corazón. Las velas florecen en las mesas aunque sea de día. La gente se quita los abrigos, sacude el frío de sus zapatos y se inclina hacia delante. Enviamos platos, constantes y felices: *fritto* que se mantiene crujiente, bacalao tan tierno como una confesión, pulpo con naranja e hinojo que sabe al lado bueno del invierno. Marco lleva pan a la mesa comunal con cara solemne y la postura de un diminuto rey. «Caliente —le dice a un hombre con manos como papel de lija—. Tiene que comerlo mientras todavía le cuenta su historia». El hombre se ríe y hace exactamente lo que se le dice.

Entre platos, pillo a Dante en el pasaplatos y meto la mano en su abrigo. Ya es un ritual: yo buscándolo entre el calor y el ruido para decirle sin palabras que seguimos siendo nosotros. Me acurruca bajo su barbilla y respira el olor de mi pelo como una costumbre que nunca envejece. «La cola en la puerta sigue creciendo —dice—. El cura dice que les ha dicho que la confesión está cerrada, pero la trattoria está abierta».

—Entonces les daremos de comer a todos —digo, y lo digo de verdad.

Él asiente. —Eso haremos.

Trabajamos dentro del zumbido que hacen las cocinas cuando son honestas: cuchillos firmes, manos rápidas, voces bajas, risas pequeñas y reales. Cuando limpiamos el pasaplatos entre servicios, me da un golpecito en la cadera con la suya y yo se lo devuelvo. La radio en la estantería está sintonizada en una emisora que piensa que Dean Martin sigue siendo una buena idea, y esta noche, lo es. Marco canta *Volare*, desafinado y feliz.

Un hombre con un abrigo de lana que reconozco de reuniones que antes temía se acomoda en el reservado junto al hogar con su esposa y sus dos hijas ya adultas. Sostiene el sombrero en las manos, mira el menú como si fuera un examen que quisiera aprobar y, cuando llega la *zuppa di ceci e cozze*, cierra los ojos al probar la primera cucharada. Después de la segunda, se relaja de una manera

que hace que su cinturón parezca menos un emblema. Paga en efectivo y deja más de lo que debería. Lo hace porque lo necesita y porque esta es nuestra forma de hacer penitencia ahora.

Entre el tercer y el cuarto plato, las campanas de Santa Maria in Trastevere carraspean y luego se lanzan, largas, resonantes, doradas. Toda la calle contiene el aliento como se hace antes de un beso. En nuestra cocina, todo se detiene medio segundo, como si alguien susurrara *escuchad*. Dante se inclina y apoya su frente contra la mía. «Hemos llegado a otra más», dice.

—Sí, hemos llegado —digo.

Coge un trozo de anguila frita de la rejilla con dos dedos y chilla cuando le doy un latigazo en la muñeca con un paño. «Esto es maltrato», dice, impasible.

—Esto es control de calidad —digo y bajo la mirada para ocultar mi sonrisa.

La noche cae pronto y la luz de las velas se vuelve más densa. La larga mesa se convierte en una familia sin que nadie se dé cuenta. Un universitario traduce chistes al inglés para una pareja polaca que los traduce de vuelta y, de alguna manera, el chiste se vuelve más gracioso en el proceso. El cura cuenta un acertijo en latín y se ríe primero. Nosotros nos reímos porque él se ríe.

Salen los últimos platos y la cocina exhala. Limpio mi puesto, guardo mis cuchillos en su funda de lona y me lavo las manos por centésima vez hasta que huelen a limón y jabón. Dante desliza dos platitos en el pasaplatos: porciones de la tarta de limón que finge no entender y que se pasará el resto de su vida intentando robarme.

Nos retiramos al pequeño rincón de degustación, el mínimo espacio que habilitamos detrás de la barra cuando firmamos el contrato, lo suficientemente grande para dos sillas, una estantería de vasos y una vista de nuestra vida. Él se sienta y yo me deslizo en la silla a su lado. El resplandor del hogar le acaricia los contornos y suaviza su

mirada. Sirve un dedo de limoncello en un vaso y deja el segundo vacío. Compartimos el primero como un secreto. La tarta es brillante y fresca en mi lengua. El primer bocado sabe al primer invierno que sobreviví sola. El segundo sabe al primer invierno que no lo estuve.

—¿Cómo se llama esta? —murmura, su pulgar rozando una miga de mi labio inferior, para luego robarla como si hubiera hecho algo heroico.

—Esperanza —digo.

Me besa en el resplandor y las campanas dan la medianoche en punto: grandes, orgullosas, innegables. Una aclamación sube desde la calle y araña nuestra ventana como un gato amistoso. Dante apoya su frente contra la mía y susurra: —Feliz Navidad, chef.

—Feliz Navidad —susurro de vuelta y siento la palabra aterrizar en medio de todos los años que pensé que nunca tendría otra como esta.

La puerta rebota y levanto la vista, lista para decirle a Marco que deje de correr en la cocina, pero no está corriendo en la cocina, está esprintando hacia la entrada con su gorro de punto torcido y su bufanda ondeando tras él como una bandera. «¡Yo abro!», grita, y Gabriella se ríe y finge que no puede ganarle en llegar al pomo.

Abre la puerta de par en par con ambas manos. El aire frío entra de golpe con un olor a piedra e historias. Un silencio cae sobre la gente cerca de la ventana, seguido de un pequeño jadeo colectivo. Porque está pasando. Nieve. En Roma. No mucha, solo del tipo ligero que parece harina cuando la tamizas desde lo alto y la cocina contiene la respiración, solo esa suave nevada que se enreda en el pelo y las pestañas y vuelve a los hombres tiernos por un minuto, pero suficiente.

Marco se vuelve hacia nosotros, con los ojos encendidos y las mejillas de un rojo ardiente. «¡Mamá! —grita—. ¡Es azúcar!».

—Lo es —digo—. Ve a probarlo.

Se lanza al umbral y saca la lengua como si hubiera nacido para la alegría. Los copos aterrizan y se desvanecen como buenos secretos. Detrás de él, Roma reluce: oro sobre piedra, ventanas como estrellas, el agua murmurando en la fuente de la esquina, gente con abrigos y bufandas permitiéndose ser niños durante lo que dura una nevada. Imperfecta. Viva. Llena de segundas oportunidades.

Dante desliza su mano en la mía y aprieta una vez, la presión exacta que dice *hemos hecho esto*. Le devuelvo el apretón. La sala está cálida, la calle está brillante y la vida que hemos construido se yergue sobre sus propios pies y dice *presente* cuando pasan lista.

Atizamos el hogar. Servimos café a la última mesa. Guardamos un trozo de tarta para el desayuno y lo escondemos mal para que Marco pueda encontrarlo. Cerramos la puerta con la llave que nos eligió. Y nos vamos a casa, juntos, a través de un aire que sabe a azúcar.

27

EPÍLOGO

MARCO ACCARDI

Nochebuena, cuatro años después

En la cocina hay reglas.

Regla número uno: no toques los cuchillos a menos que quieras perder un dedo y que el fantasma de la Signora Teresa te persiga para siempre. (En realidad no es un fantasma. Está vivita y coleando, es muy bajita y puede aparecer detrás de ti sin que oigas sus pasos. Crio a papá cuando él aún tenía los codos más afilados que los modales. Dice que si toco el cuchillo de chef de mamá antes de estar preparado, me hará frotar las juntas con un cepillo de dientes hasta que me gradúe en la universidad. Y yo me la creo).

Regla número dos: si mamá dice que pruebes algo, lo pruebas, incluso si parece calamar y huele al mar en verano. Incluso si es verde y tiene un nombre que suena triste. Mamá dice que el gusto va de confianza. Papá dice que el gusto va de pruebas. Yo creo que el gusto va de amor, porque mamá siempre parece que me está dando un regalo cuando me tiende una cuchara.

Regla número tres (muy importante): nunca interrumpas a papá cuando está haciendo la salsa de tomate. Dice que es «un sacramento». Mamá dice que es «una superstición». Yo creo que

probablemente es las dos cosas. Se le pone cara de estatua y solo le habla a la cuchara. Mamá dice que se puede saber mucho de una persona por su forma de remover. La forma de remover de papá dice que antes era una tormenta y ahora es un río.

Tengo nueve años. Llego al estante de las especias sin un taburete si me pongo de puntillas y no se lo digo a mamá. Sé cascar un huevo con una mano (casi siempre). Sé enrollar los ñoquis como si hubiera nacido con la forma en los dedos. Sé lanzarle un paño de cocina a la cabeza al zio Luca desde el otro lado de la sala y darle justo cuando finge que va a robar una albóndiga, que es siempre.

No recuerdo mucho de antes de la *trattoria*. Mamá dice que es normal y que es bueno. Recuerdo un apartamento pequeño donde el suelo estaba frío por la mañana y teníamos que calentar la leche en una olla abollada. Recuerdo a un vecino mayor que olía a tabaco y azúcar y que siempre me guardaba galletas; me enseñó a jugar a la escoba y yo siempre hacía trampas de la misma manera y él siempre me dejaba. Recuerdo haberme escondido una vez, en una iglesia con un techo dorado tan alto que podías posar un pájaro en él, y una estatua que parecía que lloraba, y la voz de papá diciendo: «Vale, vale», una y otra vez, como si intentara contarse a sí mismo una historia que pudiera creer.

Ahora vivimos en una calle que se sabe mi nombre. Los cristales de la *trattoria* se empañan en las noches frías. El suelo de la cocina se mantiene caliente porque los hornos son viejos y leales. Las paredes huelen a piel de limón porque mamá dice que es el olor de la limpieza y la felicidad. En Nochebuena, abrimos las puertas a todo el mundo. A ricos. A pobres. A familias con niños ruidosos. A hombres solitarios con abrigos arrugados. A turistas que lo señalan todo y lo dicen en inglés. Al cura que bebe demasiado y cuenta chistes en latín que nadie entiende, y luego se ríe como si fuera música hasta que todos los demás se ríen también.

Mamá dobla las servilletas en forma de pececitos porque eso le reconforta el corazón. Papá alinea las cucharas como si fueran

soldados porque eso le calma la mente. La Signora Teresa se sienta en un taburete alto junto al pasaplatos y finge que no está dirigiendo todo el cotarro con las cejas. El zio Harrison lee el libro de cuentas como si fuera un cuento para dormir a las facturas y todas se quedan dormidas. La zia Camilla se encarga del comedor con una sonrisa que hace que la gente pague incluso cuando les dice que coman gratis. El zio Rocco trae un tren de niños del gimnasio de boxeo, los sienta en la mesa larga y todos comen como si fuera un deporte.

A mí me gusta sentarme en el alféizar de la ventana con un trozo de pan caliente en el regazo y ver cómo la calle inspira y espira. Las vespas zumban. Las campanas suenan como pájaros dorados. Algunas noches se oyen los zapatos sobre los adoquines a una calle de distancia y puedes saber si la persona está contenta o no. Mamá dice que tengo oído para eso. Papá dice que tengo ojo. La nonna dice que tengo su genio y que más me vale gastarlo con la masa.

Esta noche es Nochebuena otra vez. La cocina es una fiesta. Hay cuencos por todas partes y todos huelen a hogar. Mamá se mueve como una canción que te sabes de memoria. Papá está en los fogones con la salsa de tomate y tiene los hombros relajados, así que sé que estamos a salvo. Ya no lleva la chaqueta dura. Lleva jerséis que parecen suaves y que a veces hacen que mamá se muerda el labio. Todavía comprueba las cerraduras con la mirada, pero ya no cuenta las salidas en voz alta. Cuenta cucharas.

Servimos siete pescados porque es lo que todo el mundo espera, pero mamá dice que se puede preparar un festín con cinco si esos cinco son honestos. La gente entra con frío y se va con calor. El zio Luca entra con una bandeja de limones extra del mercado y actúa como si no acabara de espantar a tres palomas del umbral con un siseo. Me levanta en brazos, me da una vuelta y me deja en el suelo como si no acabara de tirarme casi la cena.

—*Capitano* —dice, porque así me llama cuando cree que he hecho algo valiente—. ¿Listo para la medianoche?

—Nací listo —le digo. Él me hace el saludo militar. Yo se lo devuelvo. Roba una albóndiga. Le lanzo un paño. Blanco perfecto.

La cola llega hasta la esquina. La zia Camilla lleva el pelo recogido con un lápiz atravesado, un libro de reservas bajo el brazo y una risa para cada mesa. Hace un truco con el que convierte a la gente triste en gente hambrienta. Funciona. Papá dice que podría gobernar Roma si el alcalde le diera un despacho y dos sillas decentes.

Me cuelo por la cocina como un espía y observo a papá con la salsa. Sostiene la cuchara como se sostiene la mano de alguien a quien quieres: con firmeza, pero sin mandar. Echa una hoja de albahaca y no remueve enseguida. Espera. Siempre espera. Dice que la salsa le dice cuándo está lista para que la muevan. Dice que si te apresuras, lo recuerda y te la devuelve más tarde. Levanta la vista y me pilla mirándolo. Enarca una ceja. Esa ceja es famosa en nuestra casa. Significa «¿qué estás haciendo, *piccolo signore*?».

—¿Vas a enseñarme? —pregunto. No suelo preguntar así. Hoy sí. Porque me siento alto. Porque siento que mis ocho años son un número con hombros. Porque mis manos saben algo y mi cabeza está lista para oírlo.

Mamá mira por encima del hombro con una sonrisa que nace primero en sus ojos y luego en su boca. —Está listo —dice, como si llevara esperando a decirlo desde que mis manos eran del tamaño de un limón.

A papá se le dibuja en la boca esa pequeña sonrisa que significa algo grande. Es la sonrisa que puso el día que me enseñó a atarme los zapatos y no tocó los cordones ni una vez. —¿Crees que estás listo? —pregunta, como si fuera un examen que ambos ya sabemos que aprobaré porque he estudiado el amor todo el año.

—Mamá dice que tengo manos para ello —digo, sacando pecho lo justo para hacer gracia.

—Entonces, ven aquí —dice. Me sube al taburete. Me da la cuchara de madera de mango largo. Es la que usaba mamá incluso antes de que tuviéramos esta cocina. Es la que papá no deja que nadie más coja cuando es la hora de la salsa. Pesa y está suave por tantos años de síes. Pone su mano sobre la mía una vez y luego la suelta. Su palma está cálida y segura en mi espalda.

—Cierra los ojos —dice.

Lo hago. La cocina se hace más grande cuando cierro los ojos. Los sonidos se vuelven altos y amables. Oigo el susurro del aceite, el raspar de un tenedor, la queja de la pata de una silla, la puerta que dice hola y adiós cien veces. Lo huelo todo: limón, ajo, cebolla, tomate, albahaca, el ligero quemado de cuando a alguien se le olvida un trozo de pan en el horno, el azúcar de las castañas, el orgullo tímido de las almejas cuando se abren.

—Ahora prueba —dice papá.

La cuchara me toca los labios. Está caliente y es seria. La rozo con la lengua, despacio. La salsa es intensa y brillante, un poco dulce y un poco ácida, y me llena la boca como un abrazo desde dentro. Siento que se me levantan las cejas. Sigo con los ojos cerrados. Todas las reglas dicen que debería decir algo como «más sal» o «más tiempo» o «más paciencia». Mamá dice que, si eres honesto, siempre falta algo.

Pero no noto ningún hueco. Noto una historia que ha terminado como prometía al principio.

Él espera. No me mete prisa. Nunca mete prisa en esta parte.

—Dime qué le falta —dice.

Mantengo los ojos cerrados y sonrío, y luego intento ocultarlo porque quiero ser guay como papá, pero no funciona. —Nada —digo.

No se ríe. No dice «buen chico». Solo suelta el aire como un hombre que ha estado cargando algo pesado y se lo pasa a alguien más alto. Su palma encuentra la parte de atrás de mi cabeza y descansa ahí un segundo. Me besa el pelo y no me da vergüenza, aunque la Signora Teresa está mirando seguro y se lo contará a todo el mundo. Mamá apoya la cadera en el mostrador y nos mira como una reina que una vez le pidió algo al cielo y todavía no puede creer que le dijera que sí.

—Vale —dice papá en voz baja—. Remueve.

Remuevo. Despacio. De la forma correcta. De la forma que él me enseñó, que en realidad es la forma en que ella le enseñó a él, que es la forma en que alguien le enseñó a ella una vez, cuando era más joven que yo y valiente en los lugares equivocados. La salsa se mueve como si confiara en mí. Me siento más alto. Me siento pequeño, pero en el buen sentido. Siento que el techo de Santa Maria podría volver a sostener un pájaro.

Afuera, las campanas de la iglesia ensayan y luego suenan en directo. Doce largas notas doradas que se me clavan en los huesos. Sacamos los últimos platos. La gente aplaude y silba. Alguien empieza a cantar y todos los demás fingen enfadarse y luego cantan también. Este año no nieva, pero podría nevar, y estaríamos listos con tazas para atraparla.

El cura tira una silla, se disculpa en latín y en inglés y luego le besa la mano a mamá, y yo pongo una mueca y ella me ve y me devuelve la mueca, y esa es nuestra broma. El zio Luca me levanta y me da una vuelta, y mis pies salen volando y no se me cae la cuchara porque soy un profesional. La zia Camilla me da un bombón envuelto en papel dorado y me dice que no se lo diga a la nonna. Se lo digo a la nonna. Me quita la mitad.

En las esquinas se dan besos de medianoche, aunque finjas no mirar. Mamá y papá creen que no veo el suyo. Sí que lo veo. Creen que no oigo cómo llaman a la tarta de limón cuando creen que estoy dormido. Sí que lo oigo. Creen que no sabía que éramos diferentes

antes de volvernos normales. Sí que lo sabía. Lo sé. Lo sé todo y ahora todo encaja, como un puzle que antes era un montón de piezas.

Remuevo la salsa. Vuelvo a cerrar los ojos, solo para comprobar, para asegurarme. El sabor sigue siendo completo. La sala sigue cálida. La puerta está abierta. La calle es ruidosa de una manera que me calma la mente. Oigo respirar a la ciudad y no suena asustada. Suena llena.

—Nada —digo de nuevo, pero esta vez no es para responder a una pregunta. Es para decirle a la sala que sé lo que es tener todo lo que importa y ningún hueco que haga ruido por la noche.

Mamá se apoya en el mostrador, se cruza de brazos y me mira como si yo fuera alguien que ella hizo a propósito. Papá se para detrás de mí y me pone las manos en los hombros como si yo fuera una puerta que él mantiene abierta, no porque tenga que hacerlo, sino porque quiere que corra el aire.

—¿Listo para dar de comer a la calle? —pregunta.

—Nací listo —digo de nuevo, y esta vez todos se ríen, hasta yo.

Abrimos más la puerta. Roma reluce. La gente entra desde el frío. Les damos cuencos. Les damos pan. Yo sigo removiendo. Sigo probando. Guardo las reglas en el bolsillo como si fueran monedas. Mantengo los ojos en la cuchara, en la puerta y en las manos de las que provengo. Y cuando papá dice: «Ahora dime qué le añadirías si tuvieras que hacerlo», pruebo una vez más, solo para asegurarme, y niego con la cabeza con una sonrisa que no puedo ocultar.

—Nada.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa
